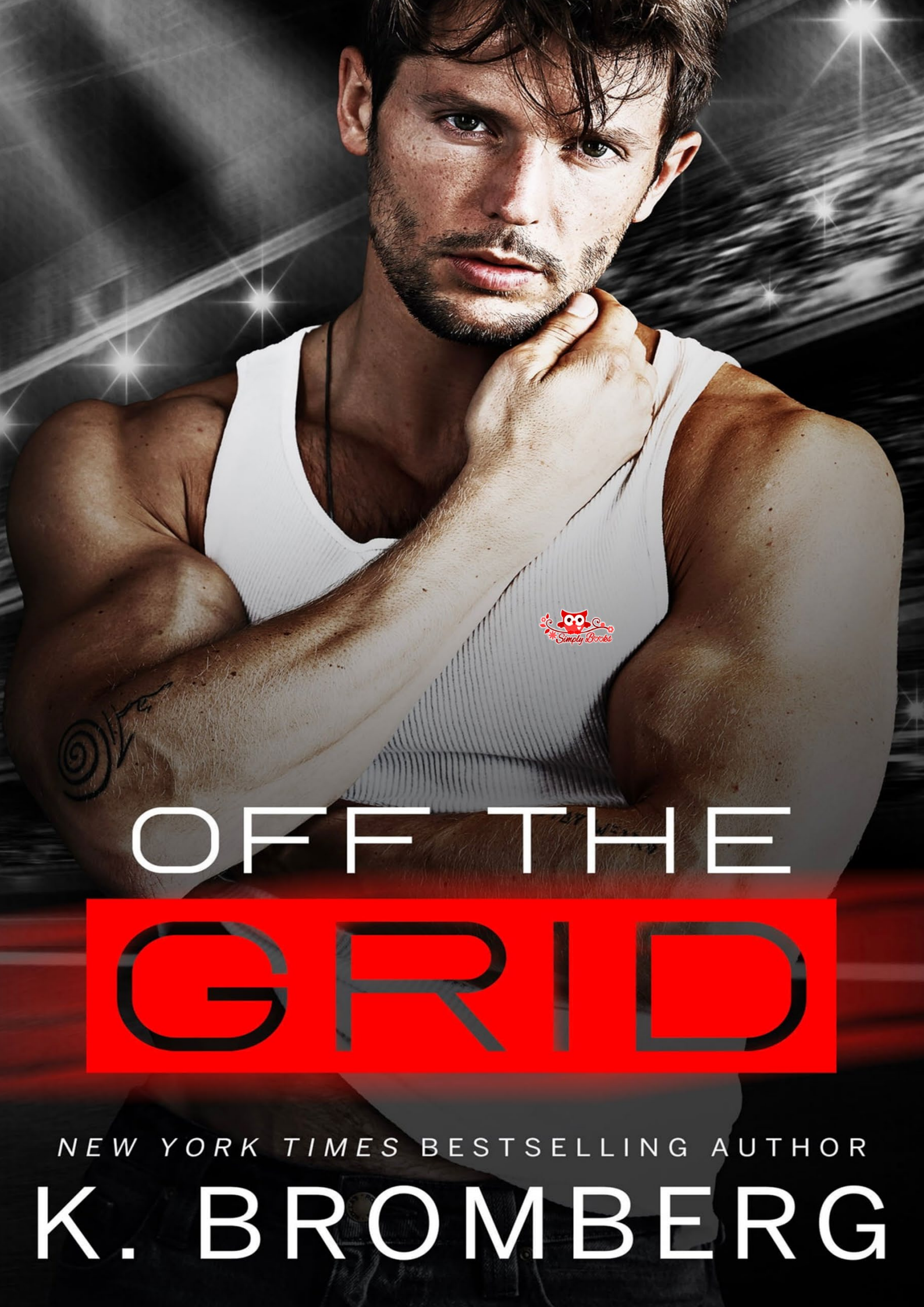




OFF THE

GRID

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

K. BROMBERG

GRID

2
Simply Books

ESTE LIBRO LLEGA A TI
GRACIAS A



¡Descubre tu próxima aventura!

K. BROMBERG
OFF THE

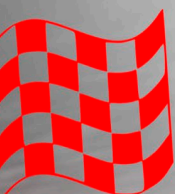
IMPORTANTE

Esta traducción fue realizada por un grupo de personas fanáticas de la lectura de manera **ABSOLUTAMENTE GRATUITA** con el único propósito de difundir el trabajo de las autoras a los lectores de habla hispana cuyos libros difícilmente estarán en nuestro idioma.

Te recomendamos que si el libro y el autor te gustan dejes una reseña en las páginas que existen para tal fin, esa es una de las mejores formas de apoyar a los autores, del mismo modo te sugerimos que compres el libro si este llegara a salir en español en tu país.

Lo más importante, somos un foro de lectura **NO COMERCIALIZAMOS LIBROS** si te gusta nuestro trabajo no compartas pantallazos en redes sociales, o subas al Wattpad o vendas este material.

¡Cuidémonos!



K. BROMBERG
OFF THE

GRID

CRÉDITOS

Traducción

Mona

Corrección

AnaVelaM

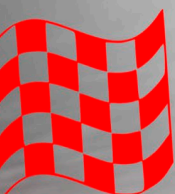
Queen Wolf

Nanis

Karikai

Diseño

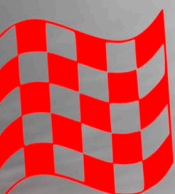
Bruja_Luna_



K. BROMBERG
OFF THE

ÍNDICE

IMPORTANTE _____	3	CAPÍTULO VEINTIUNO _____	133
CRÉDITOS _____	4	CAPÍTULO VEINTIDÓS _____	140
SINOPSIS _____	7	CAPÍTULO VEINTITRÉS _____	143
PRÓLOGO _____	8	CAPÍTULO VEINTICUATRO _____	148
CAPÍTULO UNO _____	11	CAPÍTULO VEINTICINCO _____	151
CAPÍTULO DOS _____	21	CAPÍTULO VEINTISÉIS _____	155
CAPÍTULO TRES _____	30	CAPÍTULO VEINTISIETE _____	160
CAPÍTULO CUATRO _____	33	CAPÍTULO VEINTIOCHO _____	166
CAPÍTULO CINCO _____	40	CAPÍTULO VEINTINUEVE _____	171
CAPÍTULO SEIS _____	53	CAPÍTULO TREINTA _____	177
CAPÍTULO SIETE _____	56	CAPÍTULO TREINTA Y UNO _____	181
CAPÍTULO OCHO _____	64	CAPÍTULO TREINTA Y DOS _____	189
CAPÍTULO NUEVE _____	70	CAPÍTULO TREINTA Y TRES _____	194
CAPÍTULO DIEZ _____	76	CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO _____	199
CAPÍTULO ONCE _____	82	CAPÍTULO TREINTA Y CINCO _____	203
CAPÍTULO DOCE _____	87	CAPÍTULO TREINTA Y SEIS _____	206
CAPÍTULO TRECE _____	95	CAPÍTULO TREINTA Y SIETE _____	213
CAPÍTULO CATORCE _____	99	CAPÍTULO TREINTA Y OCHO _____	218
CAPÍTULO QUINCE _____	102	CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE _____	227
CAPÍTULO DIECISÉIS _____	113	CAPÍTULO CUARENTA _____	233
CAPÍTULO DIECISIETE _____	117	CAPÍTULO CUARENTA Y UNO _____	237
CAPÍTULO DIECIOCHO _____	119	CAPÍTULO CUARENTA Y DOS _____	241
CAPÍTULO DIECINUEVE _____	123	CAPÍTULO CUARENTA Y TRES _____	244
CAPÍTULO VEINTE _____	130		



GRID



CAPÍTULO CUARENTA Y

CUATRO _____ 250

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO 252

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS __ 256

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE _ 259

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO _ 263

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE 269

CAPÍTULO CINCUENTA _____ 272

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO _ 273

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS __ 276

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES _ 280

CAPÍTULO CINCUENTA Y

CUATRO _____ 282

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO 284

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS __ 286

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE _ 289

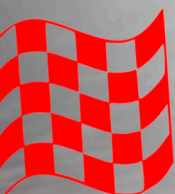
CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO 292

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE 295

EPÍLOGO _____ 298

ON THE EDGE _____ 301

ACERCA DE LA AUTORA _____ 302



K. BROMBERG
OFF THE

SINOPSIS

Spencer Riggs está luchando por su lugar, su nombre, en el deporte de élite de la Fórmula 1.

Su último sueño. Un futuro determinado por su pasado. Su legado.

Es apasionado, temerario, e inquebrantable en su búsqueda de todas las cosas.

Incluida yo.

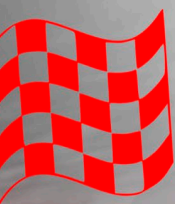
Camilla Moretti estaba decidida a no volver a una cosa: la Fórmula 1.

Las sombras la habían mantenido alejada, pero la devoción familiar la trajo de vuelta. Después de todo, Moretti Motorsports es su legado.

Es dinámica, inteligente, espectacular, y alguien de quien no puedo alejarme. Ni quiero.

Tengo un objetivo. Una meta para toda la vida.

Pero podría tirarlo todo por la borda por ella.



PRÓLOGO

Riggs

Azúcar.
Cuando cierro la boca en torno a la sustancia esponjosa y algodónosa, estallan pequeñas sensaciones de estallido y calor. Pronto se disuelve en mi lengua.

Primero me como la nube rosa.

Una pequeña pizca en cada vuelta.

Otro mordisco por cada vez que el coche de mi padre vuela por la estrecha recta de vuelta haciéndome retumbar el pecho y vibrar los oídos bajo los auriculares.

Intento cronometrarlo para que dure hasta la mitad de la carrera. Sé que es la mitad cuando mi madre se mueve hacia la parte delantera del palco en el que nos sentamos. Eso es lo suyo. Su posición de la buena suerte. El lugar que ocupó la última vez que mi padre ganó una carrera.

El algodón azul de azúcar es la siguiente.

Vuelvo a jugar. Una mordida para cada vuelta.

Hasta que quede una sola pieza.

Lo guardo para él.

No me lo como para que, cuando salga del coche y corra a abrazarme, pueda ponérselo en la lengua, hacer un sonido exagerado de bofetada y decir: —Mm-mmm-mmm, la victoria es dulce.

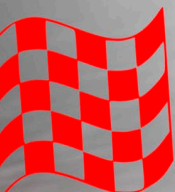
Me reiré porque parece tonto diciéndolo con el cabello sudoroso y las marcas del casco marcadas en las mejillas.

Luego me subirá a sus hombros para que pueda ver a toda la gente dándole palmaditas en la espalda, felicitándolo.

Mucha gente te quiere cuando eres piloto, sobre todo cuando acabas en el podio.

Pero no como yo lo quiero. O como lo hace mamá.

Mi cuerpo vibra cuando otro montón de coches atraviesa a toda velocidad la recta final de las tribunas. Pero esta vez no levanto la vista. Estoy demasiado ocupado mirando lo que queda de mi algodón azul de azúcar.

K. BROMBERG
OFF THE

Demasiado ocupado preguntándome si doy otro pequeño mordisco, si eso dejará suficiente para mi padre.

No hay forma de que dure, miro hacia el televisor de la cabina para ver el número en la pantalla, diez vueltas más.

De ninguna manera.

Me lamo los labios, con el azúcar pegajoso. Tal vez si me salto algunas vueltas. Tal vez eso estará bien, y él nunca sabrá que comí de más.

—Maldita sea.

Oigo la maldición incluso con los auriculares puestos y levanto la vista. Mamá ha retrocedido desde su lugar de la suerte. Gunther, el tipo que le dice a papá lo que tiene que hacer, está enojado.

Otra vez.

A veces le gusta gritar a papá y tirarle los auriculares.

Él asume demasiados riesgos.

Va a hacer que maten a alguien.

¿Por qué seguimos premiando su temeridad?

Esta vez ha merecido la pena. Pero, ¿y la próxima?

Memorizo lo que dice Gunther en la cabina. Luego, cuando papá me arropa, le cuento lo que dice. Nos reímos de lo tontas que parecen sus amenazas.

Pero he ganado, ¿no?

Pero subí al podio, ¿verdad, Spencer?

Pero terminé en lo alto de la clasificación, ¿no?

Eso es lo que me dice con una sonrisa, un guiño y luego me despeina el cabello antes de apagar las luces. —La victoria es dulce —repite antes de cerrar la puerta para que me duerma y sueñe con ser algún día como él.

—Maldita sea, Riggs —Gunther murmura de nuevo.

Doy otro mordisco al algodón de azúcar y sonrío de oreja a oreja. Esta noche, podré usar la palabra *MS* cuando le cuente a papá lo que ha dicho Gunther. Nunca me hace fingir.

Mamá se enoja por eso.

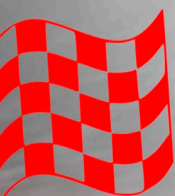
Papá se llevará el dedo a los labios para decirme que lo diga más bajo para que ella no lo oiga.

Gunther dice algo más. *En voz alta*. Pero entre el ruido de la multitud y el grito de otra persona, no puedo distinguir qué es.

Se oye un grito. Luego jadeos.

Miro a la pared de gente que tengo delante.

Entonces miro hacia donde ellos miran: el gran televisor de arriba.



GRID

10
Simply Books

El humo y las piezas vuelan por todas partes.

Neumáticos.

Grava.

Partes azules.

Las piezas del coche de papá.

Hay silencio en la cabina. Me quito los auriculares, pero sigue habiendo silencio.

—No. No. No. No. —Mi madre repite la palabra en voz baja. Una y otra vez mientras mueve la cabeza de un lado a otro, con la mano en el pecho.

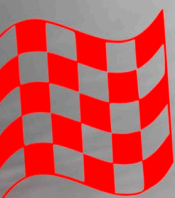
Si alguna vez tengo un accidente, mira mis manos, hijo. Si se mueven, significa que estoy bien.

No se mueven.

Las miro fijamente. Esperando a que se muevan.

Entonces estalla el incendio.

Entonces mi mundo cambia para siempre.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO UNO

Camilla

Mis zapatos crujen en el suelo resbaladizo de la sede de Moretti Motorsports. El pasillo que va desde la recepción hasta el despacho de mi padre es como una línea de tiempo de nuestra historia en la F1, desde los años sesenta hasta el presente. Las paredes están llenas de fotos. Las entregas de cada año. Los pilotos contratados. Las victorias conseguidas.

Avanzo lentamente por el museo ambulante, contemplando las imágenes que me rodean mientras revivo algunas de ellas también en mi mente. Los momentos que sólo una niña recordaría. Estar sobre los hombros de mi nonno mientras caminaba por el paddock. Escondida detrás de las piernas de mi padre mientras escuchaba las reuniones de pilotos. Mirar podio tras podio con un piloto de Moretti y preocuparme por si el chorro de champán me rozaba la piel, por si me emborrachaba y me metía en problemas.

Puedo sentirlo aquí conmigo en estos pasillos. Mi nonno. Su amplia sonrisa y su estruendosa risa. El sabor amargo de los caramelos de limón que me dejaba sacar a escondidas del recipiente que siempre llevaba consigo. La forma en que se inclinaba y me explicaba algo al oído para que lo entendiera. Cómo mi manita desaparecía dentro de la suya. Sus maldiciones verbales cuando el coche chocaba contra un muro o hacía un trompo en una barrera. La forma en que levantaba un vaso después de una carrera y brindaba por sus pilotos.

Mi sonrisa es automática al pensar en él. El hombre que inició este imperio para nuestra familia. Apuesto a que nunca habría pensado que su padre, mi bisabuelo Nonno, que hizo una fortuna vendiendo sus negocios de aceite de oliva, acabaría fundando y poseyendo un equipo de carreras de F1 que ha resistido el paso del tiempo.

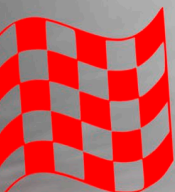
Apenas.

Tantos años. Tantos recuerdos.

Y entonces me acerco a las fotos del año en que dejaron de importarme las carreras. El verano que hizo que no quisiera volver a estar cerca de la F1.

Mis pies vacilan mientras miro las fotos. Lucho contra los recuerdos. Recuerdos que he enterrado pero que aún existen bajo el tejido cicatricial endurecido.

K. BROMBERG
OFF THE



—Ha sido un verano estupendo, ¿verdad? —La voz de mi padre retumba en el pasillo mientras se dirige lentamente hacia mí. El bastón que lleva en la mano es nuevo y algo en lo que intento no fijarme demasiado a pesar de lo mucho que me cuesta verlo.

Vuelvo la vista a la foto que mira y sonrío mientras se acerca. —Fue tu último verano antes de dejarme para ir a la universidad en Estados Unidos. Ese año hicimos ocho podios. Estuvimos a punto de ganar el campeonato. Lo recuerdo como si fuera ayer.

Yo también. Y ojalá pudiera olvidar.

—No me acuerdo de todo —digo sinceramente, pero miento sobre las razones—. Estaba abrumada, asentándome en la vida universitaria, luchando contra la nostalgia, adaptándome a la forma de hacer las cosas en Estados Unidos —haciendo frente a todo lo demás que sucedió—, que tengo que ser honesta, seguir al equipo ese año no era una prioridad.

—O cualquier año después —dice sin malicia, antes de ponerse a mi lado, pasarme el brazo libre por encima del hombro y acercarme a él. Me da un beso en la coronilla, como solía hacer cuando era pequeña. Me concentro en eso, en la sensación de que está ahí, mi héroe, y no en el hecho de que ahora necesite un bastón. Ni en el hecho de que su cuerpo se sienta más débil de lo que recuerdo la última vez que me abrazó.

—¿No es eso lo que se supone que deben hacer los niños? —pregunto.

Asiente. —Sí. Ir a conquistar el mundo es la evolución natural de las cosas, pero eso no hace que sea más fácil para un padre cuando lo haces. Podría decirte mil veces lo orgulloso que estoy de ti, pero nunca cuantificaría cuánto.

Dejo que sus palabras resuenen, pero luego me sacudo la melancolía que las acompaña. Sonrío y me hundo en su tacto, tan feliz de poder hacerlo. —Diablos, ya sé dónde acudir cuando necesito un subidón de ego.

—Siempre. —Se hace a un lado y guiña un ojo—. Ahora, ven. Quiero hablarte de algunas cosas.

—¿Debería preocuparme por lo que son estas cosas? —me burlo.

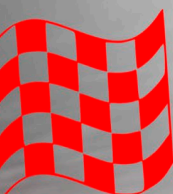
—No —dice con un atisbo de sonrisa en la voz mientras nos dirigimos a su despacho.

—¿No? Así de definitivo, ¿eh?

—Así de definitivo.

Entramos en su oficina y su pared de cristal de ventanas que da a las profundidades de Moretti Motorsports. La zona central del edificio está abierta y todas las plantas son visibles. Ingeniería. Marketing. Entrenamiento. Publicidad. Logística. Las docenas de cosas que hay que hacer a diario para que este equipo funcione a pleno rendimiento.

—Las cosas parecen... *ocupadas* —digo mientras doy la espalda a todo el ejército de gente que trabaja más allá y tomo asiento en el lado opuesto de



su escritorio, como hace él. Vuelvo a notar el ligero temblor de su mano, pero no lo comento.

—Las cosas están ocupadas. De hecho, mucho. Parece que va a ser un año prometedor si las primeras carreras sirven de indicación. —Sonríe—. Por otra parte, todas las temporadas empiezan así, ¿no?

—¿Qué solía decir Nonno? Neumáticos frescos, paredes intactas y conductores hábiles es todo lo que necesitamos.

—Cierto. Muy cierto. —Sonríe suavemente mientras ambos pensamos en mi abuelo. El gigante en nuestras vidas y en el deporte—. Esperemos a los *dioses de las carreras* que podamos tener suerte con los tres durante todo el circuito este año.

—Entonces... —pregunto. No me puse nerviosa cuando me pidió que fuera a verlo. Es un hombre muy ocupado, así que no me lo pensé dos veces cuando me invitó. Es sólo un padre pidiendo ver a su hija mientras está en la ciudad. Pero ahora que estoy aquí, decir que tengo una curiosidad cautelosa es quedarse corto—. ¿Querías verme?

—Siempre todo negocios. Siempre dispuesta a largarte de aquí lo antes posible. —Sonríe—. Espero cambiar eso.

—¿Qué significa?

Me mira fijamente durante un rato y luego suelta la bomba. —Quiero que vengas a casa. Aquí. A trabajar en Moretti.

—Oh. —Eso no era lo que esperaba que dijera—. Pero trabajo en casa. En Italia —digo por reflejo, refiriéndome a mi puesto en la empresa familiar original: Moretti Olive Oil.

Pero antes de que pueda procesar adecuadamente la magnitud de lo que me acaba de preguntar, hace caso omiso de mi comentario y suelta una bomba aún mayor.

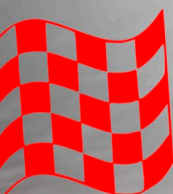
—Más específicamente, quiero empezar a enseñarte las cuerdas para que puedas tomar el timón... y dirigir Moretti Motorsports tú misma en un futuro próximo.

Lo miro fijamente, congelada en mi sitio y parpadeando rápidamente como si eso fuera a hacer que sus palabras se digirieran más rápido. —Papá. Yo...

—Lo sé. Lo sé. —Levanta las manos, el temblor apenas perceptible y su sonrisa rebotante de orgullo. Se me contrae el pecho de emociones encontradas—. Es algo grande y te lo estoy soltando de sopetón. Sé que no se te dan bien las sorpresas y que debería haberte dado más pistas... ¿pero es tan malo que te quiera aquí? ¿Conmigo? ¿Con nosotros? ¿Ser parte de lo que solías amar? ¿Continuar el legado?

He aprendido a bloquear las emociones, y ahora mismo me está viniendo bien. De lo contrario, la emoción espesa en su voz me habría tenido ya.

K. BROMBERG
OFF THE



—Papá. —Su nombre es un suspiro. Una pregunta. Una *mierda*—. No entiendo. ¿Qué pasa con el tío Luca? ¿No se suponía que era él? —Me he quedado sin palabras, y no sé si eso es bueno o malo. Mi tío Luca es el segundo al mando aquí. Siempre lo ha sido. Es comprensible pensar que sería el sucesor natural cuando mi padre dejó el cargo.

O cuando su enfermedad le impedía realizar adecuadamente sus tareas cotidianas.

—Sí. Esa es la presunción que todo el mundo tiene. Pero Luca y yo hemos hablado de esto largo y tendido. De hecho, él quería estar aquí para formar parte de esta discusión para que supieras que tienes su bendición, pero tiene reuniones que no podía cancelar. Es un astuto hombre de negocios que entiende el *porqué* de este cambio de dirección. Seguirá siendo la mano firme entre bastidores mientras tú eres la carismática de cara al público. Serían un equipo, pero serías tú al cien por ciento, chica, si eso es lo que quieres.

Lucho contra el impulso de levantarme de la silla y moverme. Para aplacar la repentina inquietud que acaba de provocar en mí su petición. —Esto es mucho. Como... guau.

Asiente con mesura. —Lo es. Sí, lo sé. Pero, por otra parte, esto —señala su propio cuerpo, que acabará arrasándose hasta que no pueda sobrevivir más—, nunca debió ocurrir así.

—Papá —repito. La única sílaba es una mezcla de emociones. Resignación. Tristeza. Desesperación. Me resulta más fácil fingir que no es real. Que su diagnóstico acabará de otra manera o que un avance médico evitará el resultado irremediable de esta enfermedad.

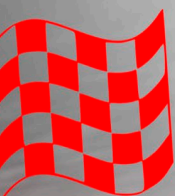
—Lo sé. —Su sonrisa es suave. Agrisulce. Más triste que otra cosa porque, como me ha explicado antes, no quiere que tenga que verlo decaer, lo que inevitablemente ocurrirá—. Pero es lo que hay. Tenemos tiempo, esperemos que mucho, ¿no?

Asiento, escuchando la esperanza en su voz y queriendo aferrarme a ella. —Sí. Tenemos todo el tiempo del mundo porque eres un hombre testarudo. —Hago un comentario que los dos sabemos que es mentira, pero al que nos aferramos de todos modos—. Así que es discutible que me pidas que intervenga.

—Digamos que estoy haciendo todo el escenario de prepararte para lo peor, esperando lo mejor, Cami. —Se levanta de su asiento y se dirige lentamente hacia las ventanas y su compañía más allá.

Solía subirme a esos anchos hombros. Solía agarrarme a su cabello con mis manitas y cantar canciones tontas con él mientras recorría estos pasillos haciendo sombra a su propio padre.

Los recuerdos surgen de la nada. Tantos. Tan únicos. Tan malditamente puros. Me aferro a ellos mientras recopila sus pensamientos.



—Sólo hemos hecho cinco podios en dos años, Camilla. No hemos ganado una carrera en cuatro. —Ambas cosas pesan mucho sobre él, como deberían pesarle a cualquier dueño de equipo. Pero mi padre no es cualquier dueño de equipo. Es el que dirige una marca icónica que ha sido conocida y respetada en todo el mundo desde su exitoso comienzo—. Estamos rindiendo por debajo de lo esperado. Las oportunidades que tenemos se esfuman por una razón u otra. Nos hemos convertido en el equipo que la gente ve pero no nota. El equipo del que empiezan a olvidarse o, peor aún, al que miran con lástima. Simplemente estamos *ahí*.

—Han sido un par de años malos. Todos los equipos los tienen. Pero no entiendo qué tiene que ver el éxito del equipo conmigo. Conoces este negocio por dentro y por fuera. ¿Eso no te haría a ti y al tío Luca los hombres adecuados para el trabajo de cambiar las cosas?

Por no mencionar el hecho de que no estoy cualificada para dirigir este monstruo. ¿Sé mucho sobre el negocio debido a años de exposición? Claro. Diablos, es de lo único que hablamos en la mayoría de las reuniones familiares. Es por lo que hacemos viajes familiares.

¿Tengo algún interés en que la empresa tenga éxito? Por supuesto.

Pero ninguna de esas cosas me da las habilidades necesarias para dirigir este lugar. Pueden ayudar, seguro, pero definitivamente no son lo que se necesita para entrar y dirigir.

Lo último que quiero es asumir un papel y fracasar en el legado que me han dejado.

—Papá, ser Moretti de nombre no significa que sepa lo que tengo que hacer o que eso garantice que seré buena en ello.

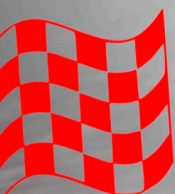
Asiente lentamente y se gira hacia mí, ahora con las manos en los bolsillos del pantalón. No sé si es para controlar sus temblores por mí. Se le da bastante bien disimularlo lo mejor que puede. —Tienes razón. Podrías verlo así. Que Luca sería la elección natural o que hay una alta probabilidad de fracaso con el nepotismo. O podrías decir que claramente lo que hemos estado haciendo, lo que Luca y yo hemos estado haciendo al timón, no está funcionando. Algunos incluso podrían decir que somos dinosaurios anquilosados en nuestras costumbres.

—Entonces estarían equivocados.

Levanta un dedo para señalar algo. —O podrías verlo y pensar que necesitamos un par de ojos nuevos. Una nueva perspectiva. Alguien que pueda venir aquí y no sólo aprender las cuerdas, sino que pueda construir un equipo mientras pone su maestría en marketing en buen uso.

—Tengo veinticinco años. ¿Te das cuenta de lo ridículo que suena esto? ¿Poner a alguien de mi edad al mando de todo esto? —Extiendo las manos para señalar todo lo que hay más allá del cristal.

—Por eso empezaríamos el proceso ahora. No soy ingenuo si pienso que puedes llegar el primer día y estar lista. Te llevará unos años crecer en



este puesto. Para aprender los entresijos. Quiero poder enseñarte mientras pueda.

—Creía que no íbamos a hablar de eso —advierto, porque si no reconocemos su enfermedad, entonces no puede estar pasando, ¿no?

—Debo mirar hacia el futuro, niña, y hacerlo significa que sé que este lugar estará cuidado. Protegido. Tener un futuro.

Siento la lengua gruesa en la boca mientras me esfuerzo por saber qué decir a eso.

No hay absolutamente nada que pueda decir, así que vuelvo a centrarme en mí. En disipar esa idea suya que me aterra y me intriga a partes iguales, aunque nunca admitiría ninguna de las dos cosas porque ambas son polarizantes.

—¿Quién en su sano juicio se dejaría dirigir por mí cuando saben más que yo?

—¿Desde cuándo te importa lo que piense la gente?

—Esto es algo diferente a preocuparse por lo que piense la gente. No puedes liderar sin ser respetada. No puedes...

—Precisamente por eso te contrataríamos como consultor especial para crear una agresiva campaña de renovación de medios para Moretti. —Branding. Medios sociales. Llevar a Moretti al siglo XXI. Todo el mundo sabe que sabes de marketing. Mira lo que hiciste con la reciente campaña de rebranding que lideraste.

—Sí, pero eso tiene que ver con el aceite de oliva. Con el producto de la empresa —digo mencionando nuestra empresa familiar, Moretti Olive Oil—. Eso no se traslada a las carreras.

—No tiene por qué. Quiero que nos cambies de marca. Nos conoces a nosotros, nuestro producto y lo que creemos mejor que cualquier otra persona. Y mientras lo haces públicamente, aprenderás todo lo demás entre bastidores. Me seguirás y te convertirás en una especie de utilitaria. Una persona que puede intervenir en cualquier posición cuando sea necesario. Así los empleados te verán aprender, te verán en cada puesto y aprenderán a confiar en que entiendes el negocio y cómo llevarlo.

—Oigo lo que dices, pero no creas que alguien se lo va a tragar.

—Lo harán.

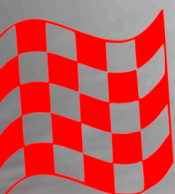
—¿Cómo, papá? ¿Qué voy a aportar yo que no haya aportado ya tu enorme departamento de marketing?

—Juventud. Una perspectiva diferente. Un punto de vista exterior.

—Puedes contratar a cualquiera para que lo haga.

—No quiero a nadie. Te quiero a ti. —Se encoge de hombros sin disculparse—. Aquí somos de la vieja escuela. Hemos estado haciendo lo mismo año tras año. Puedo traer gente nueva todo lo que quiera, pero parece que se quedan estancados en los confines de lo que solíamos ser.

K. BROMBERG
OFF THE



Necesitamos una reinversión. El equipo de carreras se ve pero no se conoce. Existimos, pero no hay emoción, no hay chispa. Necesito crear expectación para que, aunque no ganemos, la gente nos siga. Eso traerá más patrocinios, más dinero para que podamos dar un salto en la clasificación de constructores.

—Es una suposición enorme.

—No, no lo es. Es justo lo que esta empresa necesita. *Tú eres* justo lo que necesita.

—Una nueva perspectiva y una campaña de marketing no garantizan el éxito.

—No lo hace. Pero te pone ante los empleados. Hace que tu ética de trabajo sea conocida y probada. De ese modo, para cuando esto se note —dice, señalando su cuerpo y el Parkinson que intenta apoderarse de él lentamente—, ya serás conocida, y a la gente no le preocupará tanto que asumas un puesto de liderazgo.

Lo miro fijamente y niego, sabiendo que este punto es discutible, pero reiterándolo de todos modos. No es la primera vez que lo planteo. —Sigo sin entender por qué sientes la necesidad de mantener el diagnóstico en secreto. Debe de ser agotador.

—Lo es, pero déjame conservar mi orgullo un poco más, Cami. —Su voz es suave. Su sonrisa es reticente—. No quiero sentirme como un mono en un zoológico con todo el mundo mirándome en una jaula y esperando a que mi cuerpo dé señales de ello. No quiero que me mimen. No quiero que se hagan excepciones. No quiero ser el tema de artículos para que alguien pueda usar esto como una forma de decir que la F1 es inclusiva o cosas por el estilo. Sólo quiero ser yo mientras pueda.

Las lágrimas me queman la garganta, pero lucho contra ellas. Es la primera vez que me da una razón para su secreto.

Es la primera vez que comprendo el porqué.

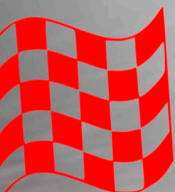
—De acuerdo —digo en voz baja—. ¿Pero cómo explicas lo del bastón?

—Problemas de cadera. Órdenes del médico. —Se encoge de hombros con una sonrisa sin disculpa—. Rara vez lo necesito, así que la excusa pasa. Sobre todo cuando estoy estresado, porque el estrés exacerba los síntomas. Otra razón por la que te necesito a bordo. Saber que estás aquí y que dirigirás este lugar con integridad y determinación como lo ha hecho nuestra familia durante generaciones me ayudará con eso.

—¿Pero qué pasará con *mi* trabajo? No puedo levantarme e irme.

—Claro que sí. Eso es lo bueno de trabajar para la empresa familiar —dice y levanta las cejas en señal de desafío.

—Ustedes me educaron para terminar lo que empecé. Soy tanto del Aceite de Oliva Moretti, probablemente más, que de esta empresa.



—Pero también te he dicho que cuando surjan oportunidades, no las dejes pasar.

Jesús. Él tiene una respuesta para todo.

—Además —dice—. si no recuerdo mal, hace unas semanas fuiste tú quien dijo que se sentía estancada. Te estoy ofreciendo algo diferente. Algo nuevo y desafiante. Sólo hay diez equipos de F1 en el mundo. Somos uno de ellos. Pensaría que aprender a supervisar uno te intrigaría, ya que los techos de cristal son algo que parece dispuesta a romper.

—Es que... es *mucho*. —Suelto la última palabra entre risitas. Porque lo es. Todo. La pregunta. La brusquedad. El posible trastorno de mi vida. Su diagnóstico.

La familia Moretti comenzó su imperio a finales del siglo XIX, primero cultivando aceitunas y luego aprendiendo a transformarlas en aceite de oliva. Ahí es donde siempre se ha esperado que estuviera mi lugar, en Moretti Olive Oil. Ayudando a dirigir ese gigante. *No en este*.

—Lo es. Sé que lo es. —Tuerce los labios mientras nuestras miradas se sostienen, antes de que una suave sonrisa dibuje las comisuras de sus labios—. En parte, quiero dejar este deporte mejor de lo que nací en él. Necesitamos más mujeres en él. Y no sólo para que podamos decir que están aquí, sino porque ven las cosas de otra manera. Ver otros ángulos. Mirar los problemas desde otro punto de vista. Tienen opiniones que sin duda son diferentes a las de los propietarios, que son todos hombres.

—¿Y la otra parte?

Su sonrisa llega hasta sus ojos. —Tal vez quiero esa conexión contigo como la que solíamos tener. Cuando eras pequeña, luego cuando eras adolescente y nos sentábamos en el paddock con el pecho retumbando, los oídos zumbando y el corazón palpitando durante una carrera. Llámame nostálgico, dime que me estoy haciendo viejo, pero echo de menos esos días contigo.

Jesús. Hablando de agarrar mi corazón y apretarlo. Había huido del deporte. Mi único objetivo había sido escapar. Por mi propio bien. Pero egoístamente, nunca me detuve a considerar lo que él había perdido. Cómo mi abrupta ausencia, y los años siguientes, lo habían afectado. Había estado demasiado ocupada tambaleándome por... y bueno, corriendo.

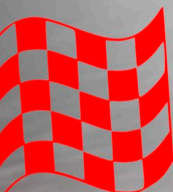
Hacer frente.

Curación.

—Yo también lo echo de menos. —Y lo extraño. Son algunos de los mejores recuerdos—. Es que. . . No sé, papá.

Ladea la cabeza y me estudia. No siento nada más que amor por su parte a pesar de su escrutinio. —No ha habido ni un solo momento en el que hayas dicho que te parece una buena idea o que te hace ilusión. Ni siquiera una sonrisa al respecto. ¿Quieres decirme qué está pasando realmente, Camilla? ¿Por qué no quieres esta oportunidad? —Me mira fijamente con una

K. BROMBERG
OFF THE



expresión en los ojos que insinúa que sabe que sus palabras son ciertas. Que hay mucho más en la historia de por qué me fui.

Abro la boca y la cierro. Todas esas veces que me sentaba en sus hombros o en los de Nonno y les decía que quería dirigir este lugar corriendo de vuelta. Este era mi sueño. Mi mayor esperanza.

Mis ojos se fijan en la foto de mi bisabuelo en su aparador, mi nonno, mi tío Luca, mi padre y yo: cuatro generaciones de Moretti. El pasado. El presente. Y lo que se suponía que era el futuro.

Cualquiera podría mirarlo y ver que somos parientes. El cabello oscuro. La piel aceitunada. Los ojos marrón claro. Nuestros gestos.

Estoy orgullosa de formar parte de esta familia, de este legado. Odio dudar de su petición.

—¿Cami? —me pregunta.

—Por nada —miento—. Encontré lo mío con el marketing. Se me da bien, eso es todo.

No responde y cuando por fin miro hacia él, me está estudiando. Eso nunca es bueno. El hombre puede leerme como a un libro.

Hay una razón por la que tuve que poner espacio entre nosotros, todo un océano, hasta que pude lidiar con la nueva realidad que la cadena de acontecimientos me dejó aceptando.

—Eres buena. A eso me refiero. El equipo te necesita. La empresa te necesita. *Yo te necesito.*

Y la daga se retuerce con esas últimas palabras.

Me pellizco el puente de la nariz, se está librando mi propia guerra interna de la que él no tiene ni idea.

—Te diré una cosa, chica. Dame un año. El resto de esta temporada, en realidad. Ven a trabajar conmigo y si después de ese tiempo no te he conquistado y sigues sin querer esto, no te lo volveré a pedir. Puedes volver a MOO y acabar con las carreras —dice, el nombre con el que cariñosamente llamamos a Moretti Olive Oil.

—Intentas engatusarme porque sabes que no querré dejarte, ¿verdad? —Me burlo.

—¿Puedes culparme? —Se ríe y su sonrisa ilumina sus ojos.

—¿Puedo tener algo de tiempo para pensarlo?

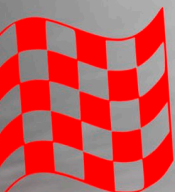
—Por supuesto. Pero, Cami, te necesito en esto. Realmente te necesito.

—Lo sé. Sólo necesito pensar las cosas.

Se vuelve hacia el mundo Moretti del más allá.

—Estoy aquí si necesitas contarme cosas. Como siempre.

—Gracias, papá.

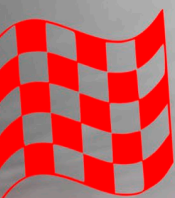


GRID

20
Simply Books

Pero no es verdad. Él está enfermo y, un día, antes de lo que esperábamos, no estará aquí.

Y ese es el día que más temo en el mundo.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO DOS

Riggs

Un borrón de color en mi periferia.

No aficionados individuales. Ni las pancartas de los patrocinadores. Ni el gris de las paredes del circuito.

Sólo un muro de color en movimiento mientras sobrevuelo la barda de salida y salgo a la primera curva.

—García está dos punto uno por detrás —me dice Pierre al oído mientras llevo el coche al límite, esperando que me digan que estoy forzando demasiado.

Pero no llega.

Ni una palabra por la radio.

Saben que necesitamos esta victoria.

Hay que tenerla.

Reduzco ligeramente la velocidad cuando llego al vértice de la curva, prácticamente puedo sentir a García acorralándome mientras reduzco la velocidad, antes de volver a pisar el acelerador a fondo, con los pulgares volando sobre los botones del volante.

Faltan cuatro vueltas.

Cuatro vueltas para contener a este hijo de puta.

—Los neumáticos —digo mientras lucho con el coche para salir de la curva. He estado luchando todo el puto día para mantenerme en cabeza—. Creo que...

—No se pueden deshacer.

Hago una mueca al salir de la curva con las manos cansadas y el cuello dolorido, tratando de poner la mayor distancia posible entre García y yo.

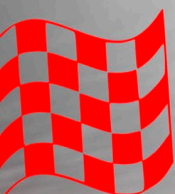
Deberíamos haber cambiado los neumáticos.

Se lo dije a Pierre antes de encajonarme. No pensó que fuera necesario. Él puede mirar todas sus putas métricas, que el equipo lo asesore, pero yo soy el que está en este coche. Los siento vibrar. Deslizarse. No los mando como debería poder hacerlo.

Y ahora mismo mi cuerpo está pagando el maldito precio de la cagada.

Esperemos que no nos cueste también la carrera.

K. BROMBERG
OFF THE



Necesitamos una victoria.

Diablos, necesitamos un maldito podio.

Cualquier cosa para ganar algunos puntos. Para ganar algunas primas de patrocinio.

Este circuito funciona únicamente con dinero. Y cuando no lo tienes, es casi imposible ganar.

Puede que todos tengamos los mismos coches, pero el dinero hace girar todo el mundo alrededor de los coches.

—Buen trabajo —elogia Pierre en su tono entrecortado pero tranquilizador—. Dos punto ocho ahora. Tenemos que empujar en esta vuelta. Intenta ganar más espacio en este sector.

—Entendido —digo, mi voz es un lío vibrante mientras las G me golpean más fuerte con cada kilómetro por hora que tomo.

Ya he recorrido este bucle trece veces, pero sigo repitiendo en mi cabeza lo que vendrá a continuación. Sigo planeando lo que tengo que hacer.

Pronto llegaremos a la barrera. Luego una curva cerrada a la izquierda. Luego una curva a la izquierda seguida de una sutil curva en S. A continuación, el muro que llama a todos los coches a rozarlo antes de entrar en un estrecho pasaje en fila india.

Si puedo golpear eso con García todavía detrás de mí, entonces estaré bien sentado.

—Empuja. Empuja. Empuja —me anima Pierre, y yo respondo en consecuencia.

Está mirando los indicadores del coche. Él sabe lo que está corriendo caliente y mi división para cada sector. Él es mis ojos, mis oídos, mi instructor.

La conciencia en la pista que no quiero pero que necesito.

Agarro el volante y lucho contra la curva, mis neumáticos golpean la banda de rodadura al llegar a la curva en S y salir de ella.

—Está a tu derecha. Acercándose.

Mierda.

Vamos, Riggs. Vamos. Vamos. Vamos.

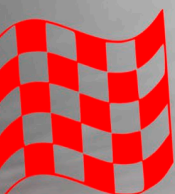
Me centro en las tareas que son naturales. En las habilidades que he perfeccionado en el simulador y con ejercicios de reacción. En las horas que he pasado estudiando y sintiendo cada maldita curva de esta pista.

Llega otra curva, una cerrada a la derecha. Mis frenos se bloquean momentáneamente. El chirrido. El humo. El temblor de la rueda.

Mierda. Lucho mientras me salgo de mi línea pero gano el control.

—Punto ocho segundos.

—Entendido. —Recupero el control, con el pulso acelerado y la adrenalina por las nubes.



Empujo el coche en la siguiente recta, necesitando sacar más de un segundo a García para evitar que use el DRS. De ninguna manera voy a dejar que ese cabrón tenga la oportunidad de pasarme y adelantarme.

Entramos en la siguiente curva y, cuando aminoro la marcha, él intenta tomar el exterior. Me resisto y acelero para poner distancia entre nosotros.

—Empuja, Riggs.

Vete a la mierda, Pierre, estoy ocupado.

Pensamientos que no debería tener pero que tengo mientras fuerzo el coche hasta el límite.

—Uno punto uno.

Respiro aliviado. Voy a poder aguantar. Voy a ganar esta maldita carrera. Voy a...

El coche se sacude y, de repente, la fuerza sobre mi cuerpo cede. Las luces de mi volante parpadean. El coche frena.

García pasa volando a mi lado.

Luego Montpier.

—Pierre —grito en mi casco, pero sé que no puede hacer nada.

El motor acaba de explotar. Está jodidamente tostado.

La carrera está perdida.

Carajo.

La palabra se repite constantemente mientras se levanta la bandera de precaución.

Mientras salgo de mi coche.

Mientras los oficiales despejan mi coche.

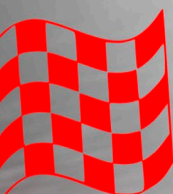
Entro al paddock, cierro de un portazo y me paseo por la pequeña zona, intentando calmar la energía desbordada que me está comiendo vivo.

Estaba tan cerca. Tan jodidamente cerca que podía saborearlo. De ganar. De dar el salto a la F1 y aguantar esta vez. De ganar algo de dinero que pueda conservar en vez de tener que invertirlo en este deporte que amo y odio. Amor porque, ¿cómo carajo no? Odio porque puedo tener todo el talento del maldito mundo, pero es difícil que te vean cuando tienes una mierda de coches, motores y apoyo.

Muchos de mis amigos, con los que crecí en el karting, están allí, viviendo el sueño en la cima de nuestro deporte. Y aún tengo que unirme a ellos permanentemente.

Tuve una oportunidad. Una oportunidad que llegó y se fue y que ha puesto para siempre un asterisco junto a mi nombre.

Me pellizco el puente de la nariz y aprieto los ojos, ignorando los veinte mensajes de texto que iluminan mi teléfono en una esquina de la habitación.



De mi agente.

De mi madre.

De mis amigos.

No pasa nada. Lo hiciste muy bien a pesar de todo.

Gran carrera.

Lástima lo del motor.

Los tendrás la próxima vez.

No tengo que leerlos para saber lo que dirán. Para saber que son positivos y de apoyo y de todo lo demás.

Es lo último que quiero cuando estoy ocupado castigándome por lo que acaba de pasar. Por la mierda que estoy más que seguro que estoy a punto de conseguir en los próximos minutos.

Llaman a la puerta. Entonces se abre de golpe y Fontina asoma la cabeza. —Hora de la prensa.

—¿Qué tan malo es? —pregunto.

—¿Qué parte? ¿La parte en la que rozaste neumáticos con Bickman y se fue contra el muro?

—Estábamos rueda con rueda. No es culpa mía que tenga problemas de conciencia espacial. Demonios, seguí el protocolo. Yo tenía la ventaja. Yo tenía el derecho de paso.

Ella levanta las cejas y se limita a murmurar: —Hmm.

Estupendo. Justo lo que quería oír.

—No está herido, ¿verdad? ¿Eso no ha cambiado? —pregunto y ella niega—. Bien. Es una carrera. Eso es todo lo que es. Sabes muy bien que me habría hecho exactamente lo mismo si las tornas hubieran cambiado.

Pone los ojos en blanco, pero su mirada es sombría. —Puntos de discusión para la rueda de prensa. Ha sido un gran esfuerzo de equipo. El problema con el motor ya ha sido diagnosticado y será solucionado. Reitera que nunca has golpeado intencionadamente a nadie y que revisarás las cintas para aprender de hoy y mejorar.

—Espera un momento —digo y me pongo una gorra del equipo mientras se registra su última parte—. ¿Es eso lo que se está diciendo? ¿Que lo puse en la pared a propósito?

Mierda.

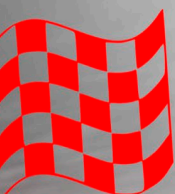
Ella se encoge de hombros. —No ocultas exactamente el hecho de que no hay amor perdido entre ustedes dos.

—Nunca llevaría eso a la pista.

—Lo sé. Tú lo sabes. El público piensa lo que quiere.

—Carajo —murmuro.

K. BROMBERG
OFF THE



—Arco iris y unicornios, Riggs. Eso es todo lo que tienes que pensar, y sonreirás.

—Más bien tacones y lencería. —Resoplo.

—Lo que sea que haga flotar tu barco, pero no te voy a proporcionar ese visual.

—Oh. No sabía que tuvieras visuales de unicornios que proporcionar.

—Listillo. —Agita la mano—. Vámonos.

Gruño, pero me dirijo a la rueda de prensa posterior a la carrera. Es el último lugar en el que quiero estar, no es el de nadie cuando abandonas una carrera, y, por supuesto, es la pesadilla de mi existencia últimamente.

—Primera silla a la derecha. —Fontina me dirige y luego susurra: —Unicornios y arco iris.

Doy un trago a mi botella de agua y me dirijo a la silla. Empiezan las preguntas mundanas, sobre todo a mis homólogos. Reflexiones sobre su carrera. Cosas que esperan conseguir. Luego me toca a mí.

—Riggs, se ha hablado un poco de tu inconsistencia y fiabilidad y mucho de tu imprudencia en la pista. ¿Quieres hacer algún comentario al respecto? —pregunta un periodista.

—Yo diría que deberían ponerse al volante, donde se te indica que conduzcas tan rápido como puedas para ganar una carrera, todo ello mientras manejas esa fina línea de no forzar demasiado el motor o saber que el neumático de tu oponente está a una pulgada del tuyo. Los motores explotan. Los coches chocan. Ocurren cosas. Hay una razón por la que pocos llegan tan lejos, y no es porque sea fácil.

—¿Así que estás diciendo que tienes la culpa de que el motor haya explotado hoy?

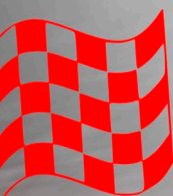
—Estoy diciendo que somos un equipo y todos tenemos la culpa cuando las cosas van mal y todos debemos ser alabados cuando las cosas van bien. —Yo sigo la línea de la compañía cuando estoy jodidamente enojado porque el mismo maldito problema que hemos tenido con el motor en las últimas cuatro de seis carreras se presentó de nuevo en esta carrera.

—Se hablaba en la radio de una decisión con neumáticos —salta otro reportero.

—¿Y? —pregunto, con cautela. No puedo recordar el intercambio que tuve con Pierre. El intercambio que es público. Lo único que espero es que lo que haya dicho no vaya a ser utilizado en mi contra o para ponerme en un aprieto.

—Parece que te molestó la decisión de no pasar —dice el periodista.

Suelto una media risita y sacudo la cabeza. Juega, Riggs. El final deseado es pasar de la Fórmula 2 a la Fórmula 1. Hacer el comentario de listillo como te gustaría no es una opción.



—Puedo tener la opinión que quiera, pero mi equipo lee el coche por mí. Saben lo que es mejor y lo que ellos digan es lo que vale. El trabajo en equipo es la única forma de tener éxito en este deporte. —Me aclaro la garganta y enarco las cejas como diciendo *¿hemos terminado ya?* Tengo fama de que no me gustan mucho estas ruedas de prensa.

—Pero eso no es exactamente lo que dijiste en la radio —insiste.

—Fue en el calor del momento. La adrenalina estaba por las nubes. Suele ocurrir. Mi equipo sabe que los respeto a ellos y a sus opiniones. Al fin y al cabo, eso es lo único que importa —digo.

—¿Y Bickman? —grita una voz desde el fondo.

—Me alegro de que esté bien. Nadie quiere estrellarse o ser la causa de que otra persona se estrelle. Igual que en la radio se dicen cosas de las que te arrepientes, en la pista también pasan cosas de las que te arrepientes. Tocamos neumáticos. Podría haber sido yo el que estuviera en el muro y tú preguntándole por qué me puso en la valla. A veces simplemente pasa. —Sonrío y me levanto de mi asiento, bastante harto de esto.

—Riggs tiene poco tiempo hoy —dice Fontina, siguiendo mi ejemplo.

—Una pregunta más, Riggs —grita una voz que conozco demasiado bien. Harlan Flanders. Carajo—. ¿Crees que tus travesuras nocturnas de anoche contribuyeron a los resultados de hoy?

¿De qué mierda está hablando?

Me detengo en seco y fulmino con la mirada al periodista. —¿Te refieres a la cena de patrocinio que tuvo el equipo hace *dos* noches?

—No. Hablo del club, la bebida y el baile en el escenario.

Me río entre dientes. El maldito imbécil. Intentando dar una imagen al público, a los equipos de F1, a mi propio maldito equipo, de que no me tomo esto en serio.

Tratando de sabotearme con rumores.

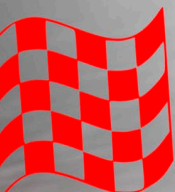
—A menos que el club estuviera en mi habitación, te aseguro que yo no estaba allí. Pero hipotéticamente si yo estaba allí, ¿cómo se correlacionaría eso con un motor soplado hoy?

—Dímelo tú —desafía de una forma que los periodistas no suelen hacer. Pero éste lo hará, teniendo en cuenta que hace unos meses le robé a su chica sin saberlo. Bueno, no tan robada, quizá *prestada* sea un término más adecuado. No soy de los que se quedan con nadie mucho tiempo, y mucho tiempo significa una noche o dos.

Si hubiera sabido que estaba jugando con fuego, nunca me habría acostado con *ella*.

¿Y cómo iba yo a saber que estaban juntos? Le tomé la palabra de que estaba soltera.

Continuó.



Reaccioné.

Nos divertimos. La diversión terminó. Seguí adelante.

Aparentemente, ellos no lo han hecho, porque es la misma mierda, diferente rueda de prensa.

Suelto una risita y la sonrisa que se dibuja en mi cara es de puro *jódete*. —¿Tienes una pregunta de verdad, Flanders?

—Has forzado demasiado el coche —dice—. Corres demasiados riesgos.

Y tu novia hace buenas mamadas. Especialmente cómo hace ese pequeño giro de su mano y el movimiento de su lengua.

Levanto las cejas como respuesta y varios de los presentes se mueven incómodos, percibiendo claramente que hay algo más que un simple intercambio de preguntas y respuestas.

¿Y cómo no van a pensar diferente si el cabrón me ha estado tocando las pelotas en las últimas ruedas de prensa con idioteces como esta?

—Creo que no tener la cabeza despejada y estar centrado en otras cosas que no sean las carreras te puede hacer eso —continúa.

Mi sonrisa vuelve y es jodidamente ártica. —Me tomo muy en serio mi trabajo y a quienes han invertido tiempo y dinero en mí. Las únicas opiniones que me importan son las de los propietarios, mi equipo y los aficionados. La tuya es irrelevante. Si quieres hacerte un nombre, hazlo a costa de otro.

Me levanto de mi asiento junto a mis compañeros, miro fijamente en la oscuridad a dondequiera que esté sentado el cabrón y sonrío. Luego salgo de la sala y sólo veo que Fontina me *mira*. La mirada que todo piloto sabe que significa que su relaciones públicas tendrá que hacer algo de limpieza por él.

—¿Qué? —Pregunto mientras caminamos por el pasillo, sus cortas piernas luchando por seguir el ritmo de las mías.

—Si tienes que preguntarme *qué*, entonces ya lo sabes —dice.

—El tipo es un imbécil. Me tiene manía. Tú lo sabes. Yo lo sé. Y estoy bastante seguro de que toda la maldita afición lo sabe por cómo sigue persiguiéndome.

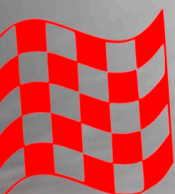
—Eso parece, pero la prensa sigue siendo nuestra amiga —dice y me da una palmada en el hombro.

Mierda, si lo sé. Te pueden hacer o deshacer. Y aunque la he cagado mucho durante mi tiempo, sé quién me pone la mantequilla en el pan.

El equipo. La prensa. Los aficionados. Las redes sociales.

—Me presionaba para que reaccionara. No le di ninguna. Debería estar impresionado por mi moderación.

—Eso depende de si vas a decir algo más que *sin comentarios* a los periodistas que se arremolinan fuera cuando te dirijas al estacionamiento.



—Depende de quién esté todavía por aquí —bromeo.

—Esta es la única vez que voy a decir que espero que sea lencería y tacones para que estés preocupado.

—No hay quejas.

Fontina pone los ojos en blanco y reacciona exageradamente a mi empujón juguetón. Puede que sea mi encargada de prensa en StarOne Racing durante los últimos años, pero también es como una hermana pequeña. Sarcástica. Sin tonterías. Y me devuelve el golpe si es necesario.

—Tengo una idea —murmuro.

—No me gusta cuando tienes ideas —bromea—. Sobre todo porque son locas o temerarias o están destinadas a meterme en problemas.

O que me haga más conocido cuando se haga viral como han hecho algunos de mis otros.

No tener prensa es mala prensa.

—Nada loco. Tal vez sólo el tiempo para otro video.

—¿Te refieres a otra mirada dentro de la adicción de Spencer Riggs a perseguir el subidón de adrenalina?

—Exacto. —Muestro una sonrisa que conquista a la mayoría de las mujeres y hace que se desabrochen el sujetador sin preguntar.

No funciona con ella.

Puede que lo intentara hace tiempo.

Me alegro de que no fuera así.

—Estupendo. No he oído eso. —Se tapa los dos oídos.

—¿Qué? Ayudaste con el último.

—¿Te refieres al vídeo en el que intentaba frenéticamente convencerte de que no hicieras paracaidismo? Ese no era yo tratando de ayudarte a ser viral. Ese era yo tratando de ayudarte a mantenerte con vida.

Extiendo las manos a los lados. —Viví. —Pone los ojos en blanco—. Además, ¿saltar de un avión con un paracaídas atado a la espalda es más peligroso que yo yendo a trescientos kilómetros por hora?

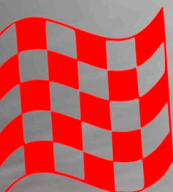
Me mira dudosa. —Sabes que en algún momento tu contrato va a ser revisado para prohibir todas las hazañas que desafíen a la muerte a menos que estés al volante de tu coche.

Le sonrío. —Genial. Supongo que eso significa que será mejor que los haga todos antes de que eso ocurra.

Pone los ojos en blanco y gime. —Eres molesto.

—Perfecto. Eso es lo que quería. —Ella es tan fácil de irritar.

—Intenta que no te maten, ¿de acuerdo?



—¿No es ése el objetivo de cada día? —Me encojo de hombros mientras ella se limita a negar.

—Te veré luego, Riggs. No te metas en líos, ¿quieres?

—Sabes que eso es algo que no puedo prometer. —Le hago un simulacro de saludo y me dirijo a mi caravana, pero vacilo al girarme.

A veces tardo un segundo en procesar la vista que tengo ante mí.

La pista y su estadio.

La gente, aficionados, trabajadores de la pista, periodistas, que aún se arremolina en la tribuna.

Los equipos trabajan diligentemente en los garajes y el paddock, desmontando todo lo que han aportado para crear esta pequeña ciudad que sólo dura una semana cada vez.

Me recuerda a cuando era niño. A sentarme en los hombros de mi padre. A formar parte de algo tan grande, pero siendo tan ingenuo. No tenía ni idea de lo grande que era.

Y ahora estoy aquí. Realmente jodidamente aquí.

Bueno, *casi* hemos llegado.

Donde a tantos les gustaría estar. Tan cerca de mi sueño. Tan cerca del siguiente nivel que casi puedo saborearlo.

Puedo con los Harlan Flanders del mundo con tal de llegar a la cima.

Los años en el karting. Las interminables horas de entrenamiento. Poner mi vida en pausa para perseguir este formidable sueño. El dolor y la angustia con cada paso adelante y luego dos pasos atrás. El mendigar, pedir prestado y robar para encontrar un medio de estar aquí. Para estar a la altura del nombre que llevo con orgullo. Para formar parte de toda esta entidad.

Spencer Riggs. Piloto de Fórmula 1. Uno de los veinte únicos pilotos en el mundo que tienen esa distinción.

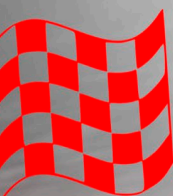
Ese es mi sueño. Sentir el gruñido del motor detrás de mí, sentir el calor del suelo debajo de mí y oír el rugido de un público que agota las entradas un domingo por la tarde al cruzar la línea de meta.

Llegaré hasta allí.

Tengo que hacerlo.

Te haré sentir orgulloso, papá.

Ha sido un camino largo y duro, pero no me detendré hasta que pueda enorgullecerte.



CAPÍTULO TRES

Camilla

Sí. Estoy rezando por una gran temporada, Dr. Bergman.
No quería oír la conversación. La que había entre mi madre y el médico de mi padre.

Lucha todo lo que puede, pero el estrés lo supera últimamente.

Estaba de pie junto a su casa cuando me acerqué a la puerta, con el teléfono pegado a la oreja y la voz baja mientras hablaba.

Tiene sus días buenos y sus días malos. Mientras los buenos superen a los malos, eso es todo lo que puedo pedir. Creo que una victoria le vendría de maravilla.

La preocupación que vacila en su voz me rompe el corazón.

Cualquier tipo de éxito ayudaría a su estado de ánimo. Los ataques de depresión y ansiedad son cada vez más frecuentes. Yo sólo... Creo que una temporada exitosa podría ayudar a todos.

Escuchar sus palabras, su preocupación, su amor por él... solidificó mi decisión en ese mismo momento.

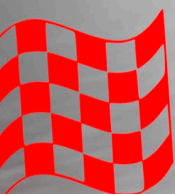
Es contra lo que he estado luchando. Volviendo y enfrentándome a los demonios que quedan. Que son desenterrados cuando juro que han sido muertos y enterrados.

Pero esto es por mi padre. Para ayudarlo como pueda en esta lucha, aunque sólo sea para reducir los niveles de estrés. Esto es por mi madre, para que pueda tener a mi padre aquí más tiempo y su trabajo como cuidadora siga siendo más fácil por ahora.

Si es la única forma de que mis padres me dejen cuidar de ellos, dejarme ayudar, es una oportunidad que voy a aprovechar.

No es como si lo que me ofrecen no fue una vez mi sueño. Era *todo lo* que quería hacer.

Pero lo único que quería hacer entonces parece un poco, bueno, muy, diferente ahora. Es dejar un trabajo que me encanta. Por ego, me encantaría decir que soy insustituible. Pero no lo soy. He creado un gran equipo a mi alrededor que podría sustituirme fácilmente y hacer un trabajo igual de bueno. Pero eso no significa que la transición sea fácil. ¿Cómo escribes todo



lo que tienes en la cabeza para otra persona cuando ni siquiera te das cuenta de que lo tienes en la cabeza?

Luego está la complejidad de recoger mi vida y mudarme al otro lado de Europa, al Reino Unido. Claro, podría dejar mi casa y guardarla para cuando vuelva, pero hay plantas que regalar, amigos de los que despedirme, servicios de mensajería que cancelar... Todas las pequeñas cosas del día a día en las que no piensas hay que pensarlas y ocuparse de ellas. Hay que pensar y ocuparse de todas las pequeñas cosas cotidianas en las que uno no piensa.

Por no hablar de empaquetar mis pertenencias.

Mi fortuna económica me permite dejar atrás mi mobiliario, pero aún tengo que empaquetar ropa, cosas personales y demás.

Es un trastorno absoluto de mi mundo cuidadosamente conservado y de mi cordura. No me entusiasma ninguna de las dos cosas... pero ¿cómo no voy a estar de acuerdo?

Es mi padre. El hombre que me ha dado la oportunidad de tenerlo todo. ¿Cómo puedo decir que no?

A veces, amar a alguien significa sacrificarse por su bien.

Esta es una de esas veces.

Con un gesto resignado de que estoy a punto de meter mi vida en una batidora y darle al botón de arranque, entro en casa de mis padres sin avisar a mi madre de que estoy aquí.

Es extravagante para la mayoría de los estándares: habitaciones grandes, mucha luz, muebles blancos y madera natural. Parece que pertenecer a una casa en las playas de Malibú, en el país natal de mi madre, Estados Unidos, y no a una campiña inglesa, la tierra adoptiva de mi padre después de Italia. Todo en ella es un reflejo de mis padres.

Elegante pero cálido y acogedor. Espacioso pero hogareño.

No hay duda de dónde estará mi padre. Su amor por la cocina ha sido una constante en mi vida y una importante fuente de alivio del estrés para él. El aroma del ajo y la albahaca me dice que estoy más que en lo cierto.

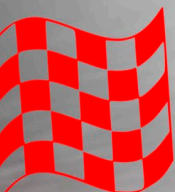
—Huele a gloria —murmuro mientras me acerco y le doy un beso en la mejilla. Me tiende una cuchara para que pruebe su salsa marinara casera, como si tuviera alguna duda de que iba a estar increíble.

—¿Ves? —Levanta las cejas—. Deberías visitarme más a menudo. Entonces podría cocinar para ti todo el tiempo.

—¿Sucedería lo mismo si estoy más que de visita? Digamos... si me mudo aquí para ocupar un puesto de marketing en esta pequeña y desconocida escudería.

Recordaré la sonrisa que se dibuja en los labios de mi padre mientras viva. Sus ojos se iluminan. Sus hoyuelos se hacen más profundos. Todo su cuerpo se relaja, deja el cuchillo en la meseta y me mira con lágrimas en los ojos antes de parpadear. —¿De verdad? —me pregunta.

K. BROMBERG
OFF THE



GRID

32
Simply Books

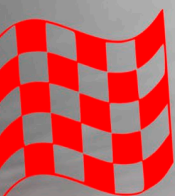
Asiento. —De verdad. Sólo necesito una semana o dos para volver a casa y empacar las cosas. Luego volveré.

Extiende la mano. —Una temporada.

Lo agito. —Una temporada. —Y entonces lo atraigo para darle un abrazo y lo agarro fuerte.

Si mi padre puede enfrentarse a sus demonios, yo también puedo.

Podemos enfrentarnos a ellos juntos.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO CUATRO

Camilla

—¿Así que has venido para quedarte? —pregunta Gia mientras se pasa una mano por su sedoso cabello negro y recorre con la mirada a los clientes del bar antes de volver a dirigirla a mí.

Me encojo de hombros y me llevo la copa de vino a los labios, saboreando el rico tinto italiano en mi lengua. Sabe a casa, con sus colinas onduladas y su cielo soleado. Sé que vuelvo dentro de dos días para empezar a recogerlo todo y volver aquí como empleada de Moretti Motorsports, pero me parece que hace demasiado tiempo que no estoy allí, aunque solo hayan pasado unas semanas.

Supongo que será mejor que me acostumbre, ya que es oficial que me mudo aquí. Wellingshire. Un lugar al que he llamado segundo hogar a lo largo de los años, pero nunca primero. Mis padres se mudaron aquí cuando mi padre tomó el timón de mi nonno, y yo me mudé con ellos, pero era un adolescente. Aún estaba bajo sus alas. Esta será la primera vez que viva aquí como adulto independiente y han cambiado tantas cosas desde entonces,

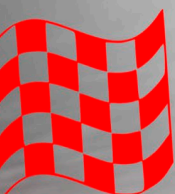
—Así es. —Asiento y sacudo la cabeza, casi como si aún intentara hacerme creer lo que he acordado—. Me voy a casa, de vuelta, como quieras llamarlo, durante una semana o dos para organizar y hacer las maletas y no sé.... —Suelto una risita incrédula.

—Estás luchando con esto, ¿verdad? —Gia pregunta.

Asiento. —Lo estoy, pero... nuevos comienzos y todo eso —digo como tratando de convencerme de ello. Y me he entusiasmado un poco más con el cambio, pero eso no significa que no me dé miedo también—. Me da pavor empaquetar y *clasificar*, si eso tiene sentido. Es mucho en lo que pensar en poco tiempo.

—Claro que sí, pero tengo una idea —dice Isabella, la única mujer que conozco capaz de hacer que un corte pixie resulte francamente sexy. Podría ser que se complementara con su metro ochenta de estatura, sus pómulos afilados como cuchillas y los labios perfectamente hinchados que muestra cada vez que se sube a la pasarela en un desfile, pero ¿quién lleva la cuenta?—. ¿Por qué no dejas toda tu ropa en tu casa de Roma? ¿Así tengo una excusa para llevarte a un fabuloso tour por todas las tiendas de diseñadores de Londres? Podemos comprar hasta caer rendidas y salir del otro lado con un cambio de imagen total para ti.

K. BROMBERG
OFF THE



Frunzo los labios mientras la miro fijamente. Ir de compras es horrible. Sí, no soy normal. —Gracias, pero prefiero ver cómo se seca la pintura que hacer eso. Además, tengo ropa de sobra. Sólo tengo que traerla aquí.

Gia e Isabella intercambian una mirada que no entiendo exactamente y que no estoy segura de querer entender.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada —dice Isabella, pero la conozco mejor que eso.

Pero justo cuando estoy a punto de hablar, Gia me reorienta. —Piensa en la emoción a la que te estás lanzando. Muchos viajes. Gente famosa intentando cortejarte para poder entrar en el garaje durante el fin de semana de la carrera. Fiestas glamurosas con patrocinadores. Me muero sólo por la moda.

Levanto una ceja solitaria como para insinuar que se está perdiendo la realidad de todo esto. —Un montón de trabajo. Muchos dolores de cabeza. Nunca estar en casa.

Gia se limita a hacerme un gesto con la mano para demostrar que me ignora. —Suena como un montón de excusas para que me una a ti en todos esos lugares locos. Muchos hombres calientes por conocer. —Menea los hombros y mira a Isabella—. ¿Verdad?

—Por supuesto. Estoy a favor —murmura Isabella, preocupada por algo al otro lado de la barra.

—¿Todo para qué? —pregunta Gia, llamándole la atención.

Isa pone los ojos en blanco. Hasta parece sexy. —Jet-setting. Hombres calientes y sudorosos en trajes de carreras cuyos egos son probablemente más grandes que el mío. —Todos resoplamos porque nadie tiene más ego que Isabella—. Quiero decir, eso es *si* puedo encajarlo en mi agenda.

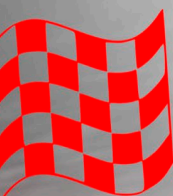
Gia me mira y las dos nos echamos a reír. —Oh, nuestras disculpas, su real alteza. No queríamos interrumpir su gira de trotamundos y prepotencia.

—Da igual. —Isabella agita una mano desdeñosa hacia nosotros, completamente indiferente a nuestros comentarios—. Ustedes saben lo que quiero decir.

—Sí, cariño. —Gia saca la palabra. Tomarle el pelo a Isabella es algo que hacemos. Ni siquiera ignoramos lo ridículas que sonamos. Para el resto del mundo, llevamos una vida más que privilegiada. Cuando se trata de compararnos a las tres, no hay duda de que Isabella es sin duda la diva. Y lo que es mejor, es la dueña.

—Así que... —dice Isabella, volviendo su atención hacia mí y con una mirada que me preocupa.

—No me gusta cuando empiezas las frases con 'tan' y me miras de esa manera —digo, girándome para seguir la dirección en la que sigue mirando por encima de mi hombro.



Hay un grupo de cinco hombres en el extremo opuesto de la barra, todos muy atractivos, y cuando miro, dos de ellos miran hacia nosotros. La forma en que uno de ellos empuja al otro cuando ambas miramos indica que saben que los están observando. Vuelvo a mirar a Isa y enarco una ceja. —La respuesta a lo que sea que estés maquinando en tu cabeza es un no rotundo. Y punto. No va a pasar.

Sé lo que parece cuando estoy a punto de que mis dos amigas más cercanas me encarrilen.

Esto es lo que parece.

—Tan opinadora cuando ni siquiera sabes lo que voy a decir. —Isabella se ríe como hace con todo. Vuelve a mirar a los hombres, luego a Gia, luego a mí, su sonrisa se ensancha—. Todo lo que estaba pensando es que si vas a hacer este gran cambio en tu vida, tal vez deberíamos ayudarte.

—¿Ayudarme? Ya no me gusta como suena esto.

Vino. Necesito más vino. Desesperadamente.

Miro hacia la barra en busca de nuestro camarero y, por error, me encuentro con los ojos de uno de los chicos que están allí. Es alto, moreno y tiene los ojos claros. Eso es todo lo que capto porque, en los mejores momentos, mi juego de aversión a los ojos es fuerte. Ahora mismo no es diferente.

—¿Qué tienes en mente? —Gia le pregunta a Isabella como si no estuviera sentada con ellas.

Isabella me estudia, con los ojos entrecerrados y los labios fruncidos. —Como he insinuado antes. Actualización de cabello. Ropa y estilo revisados...

—No me pasa nada en el cabello ni en la ropa —afirmo.

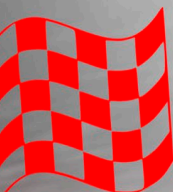
—Si quieres seguir soltera y sin sexo, no es verdad. —Isabella arruga la nariz. Mi sentido de la moda ha sido una manzana de la discordia para ella desde que empezamos a salir hace cinco años. Ha sido una broma constante que ella está decidida a rectificar mi guardarropa en algún momento—. Vaqueros anchos. Camisas abotonadas. Air-Jordans. El uniforme de Camilla Moretti está bien si... *no eres tú*. ¿Por qué escondes tu belleza?

—Vaya. Muchas gracias. —Me río, sin ofenderme lo más mínimo. Mi ropa es una elección que hice conscientemente hace años y que se ha convertido en un hábito. Los miro, vuelvo a mirarla y sonrío—. Al menos son de diseño.

—No pasaría nada —dice Gia—, si no hubiéramos visto fotos antiguas tuyas sin el uniforme actual de Camilla Moretti.

—Tienes un cuerpo, chica. Muéstralo. Fuera —dice Isabella y da una larga chupada a su pajita.

—Lo dice la mujer que no tiene problemas en pasearse desnuda. —Sacudo la cabeza—. No hay problema con la ropa.



—Cami —dice Gia.

—Mira... Llegaré a un acuerdo. Puedes renovar mi cabello -no un pixie- pero la ropa se queda. Me siento cómoda con esto. Incluso te dejaré mejorar mis zapatos si eso te hace feliz.

Isabella me mira, con los labios torcidos en una sonrisa y las cejas levantadas. —¿Pueden ser algo sin suela gruesa de goma? ¿Como algo de tiras con tacón?

Suspiro sabiendo que puedo ceder en esto. Al menos es un compromiso. —Sí, claro.

—Tomaré cada pequeña victoria que pueda conseguir. —Así que, cabello y zapatos. *Por ahora.* Pero vamos a revisar esto de nuevo.

—Tomaremos lo que podamos —dice Gia, volviendo a mirar a Isabella.

—Dios —gimo—. ¿Qué más están tramando?

—No tramando. Sólo... *ayudando.* —Isabella ofrece una sonrisa apaciguadora.

—Más bien ofreciendo una ayuda que ni siquiera sabes que necesitas —añade Gia.

Sí. Definitivamente estoy siendo manipulada.

—Gia y yo queremos emparejarte con uno de nuestros amigos de aquí ya que, *uno*, no sacas tiempo para hacer nada por ti misma aparte del trabajo y, *dos*, estás en un sitio nuevo así que es buena idea conocer gente nueva....

—*Uno* —digo, imitando a Isabella, —quizá no quiera salir con nadie. Los hombres dan más problemas de los que valen. Y *dos*, conozco a mucha gente... cuando *quiero*.

—Que es nunca. —Gia se ríe.

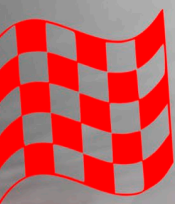
—Estoy más que bien pasando el rato sólo con ustedes dos —digo, ignorando su comentario—. Además, estaré demasiado ocupada para salir o comprometerme o tener que preocuparme por los sentimientos de alguien.

—Dios mío, Cami. ¿Cuándo te volviste tan aburrida? —Gia se burla lloriqueando mientras me empuja juguetonamente el hombro.

—*No soy aburrida.* Las tengo a ustedes. Tengo un trabajo que será totalmente nuevo para mí, así que tendré que lanzarme a él. En las próximas semanas, cuando me traslade aquí, tendré un nuevo lugar que explorar de forma no turística: tiendas de comestibles, cafeterías, ese tipo de cosas.

—La emoción me tiene en vilo —dice Isabella con desgana.

Levanto el dedo para hacerla callar. —Y cuando *quiera* sexo, o necesite un poco de liberación que no pueda encontrar comiendo chocolate y bebiendo copiosas cantidades de vino, encontraré a un buen tipo y tendré sexo sin preocuparme de hilos en los que enredarme. —digo la mentira encogiéndome de hombros con indiferencia—. ¿Ves? Tu preocupación por mi vida amorosa es innecesaria.



—¿Y cuándo exactamente ocurrió eso por última vez, eh? ¿Y me refiero a la parte del *buen sexo*? —Gia pregunta, con los brazos cruzados sobre el pecho y las cejas levantadas—. Quiero decir... ha pasado un frío minuto.

—Eso es lo que pasa cuando reniegas de los hombres —afirmo ante sus risitas descaradas.

—¿Ves? Ahí es donde cometiste el error. Se suponía que debías renunciar a idiotas como Daniel y Blake y... cualquiera que estuviera antes que ellos y de los que no quieres hablar. *No de los hombres en general* —dice Gia—. Simplemente has tenido mala suerte con los hombres. ¿El lado positivo? La mala suerte se puede romper.

O tal vez soy yo la que está rota.

Lo que pasó está muerto y se fue. ¿Y qué si me ha hecho indiferente al sexo? ¿Qué me ha hecho alejar a la gente?

—Por eso ya estamos planeando con quién emparejarte. La excusa de que vives en Roma ya no vale cuando vives aquí, en la misma ciudad que nosotros. —Los ojos de Gia se iluminan como los de un niño en una tienda de caramelos. Esa mirada me dice que estoy jodida. Que ya se han tomado medidas. Que ya se están haciendo planes.

Señor, ayúdame.

—Como he dicho muchas veces, en las muchas otras veces que hemos tenido esta conversación, puedo manejar mi propia vida amorosa, muchas gracias.

La sonrisa de Isabella se dibuja lentamente en sus labios. —La vida amorosa es diferente a la vida sexual. Una que pretendes tener, pero sabemos que no es así. La otra es inexistente.

—Que es justo como lo quiero —miento, dispuesta a morir en esta colina.

—Genial. —Gia esboza una sonrisa—. Podemos ayudar con eso. No te arriesgarás por ninguna de las dos opciones, así que para eso nos tienes a nosotras.

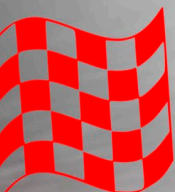
¿Por qué siento que acabo de caer en una trampa que no vi venir?

—Te lo dije. Estaré demasiado ocupada para el sexo —digo.

—Buen intento, pero no vas a salir de ésta tan fácilmente —dice Gia—. Además, nos prometiste que volverías a salir. Eso fue hace tres o cuatro meses, y todavía no te he visto ni siquiera poner el dedo meñique del pie en la piscina de citas... así que tus amigas vienen al rescate.

—Tengo mis razones. —Un camión lleno de ellas, en realidad.

—Todos tenemos motivos, pero yo recuerdo perfectamente una noche concreta en París —dice Gia—. Unas cuantas botellas de vino. Una gran charla íntima. Y tú tomando aire y diciendo que necesitabas un cambio. De trabajo. Con el paisaje. Con tu vida amorosa. Con ser más valiente en tu forma de enfrentarte al mundo.



—Es casi como si el universo te hubiera escuchado, Cami, y te estuviera dando la oportunidad de todo eso ahora mismo —dice Isabella, uniéndose a la charla de ánimo.

Y tienen razón. Tuvimos esa charla. Salí de aquel café al aire libre un poco ebria y mucho más decidida a dejar de saltar sobre las sombras.

Pero sigo saltando, ¿no?

—Así que agárralo por las pelotas, o al hombre que encuentres —Gia guiña un ojo—, y llévatelo de paseo.

—En todos los aspectos. —Isabella se ríe.

—Ugh. —Cierro los ojos y arrugo la nariz sabiendo que tienen toda la razón—. Bien. De acuerdo. Sí al cabello y a los zapatos. A exponerme. Pero, ¿puedo acomodarme un poco antes de lanzarme a los lobos de las citas? v— Tal vez eso me dé algo de tiempo. Entonces estaré tan ocupada viajando con el equipo que no será una posibilidad.

Estás huyendo de nuevo, Cami, y sólo han pasado segundos desde que dijiste que ibas a dejar de hacer eso. Un poco patético.

Gia me mira dudosa, como si no creyera nada de lo que digo. Me conoce bien. Y luego dice: —Así que cabello actualizado, todavía trabajando en la ropa, unas cuantas citas a ciegas, ¿qué más nos falta, Isa?

—Un lugar para vivir —dice Isabella—. Conocemos algunas zonas que serían perfectas para ti.

—Ya lo tengo resuelto —le digo—. Mañana tengo cita para ver unos cuantos sitios. Por las fotos y la proximidad al trabajo, ya sé qué piso quiero alquilar.

—Vaya. Impresionante. Te mueves rápido —dice Isabella—. Al menos en ese aspecto. —Me guiña un ojo y yo pongo los ojos en blanco, ignorando el comentario.

—Sí, bueno, era eso o escuchar a mis padres decirme una y otra vez cómo podía vivir con ellos. Los quiero y todo, pero... um, no.

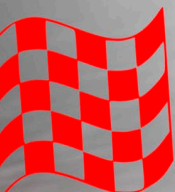
—Y vivir con los padres nunca es bueno para el escenario de la llamada del botín —dice Gia.

—Cierto —dice Isabella—. Pero sigo pensando que deberías echar un vistazo a unos cuantos que he encontrado en mi zona.

—Lo haré si hace falta —digo simplemente para apaciguarla, pero no me apetece precisamente estar en el centro de la ciudad, donde parece que nadie duerme nunca y donde los cláxons y las voces resuenan por el barrio a todas horas de la noche.

—¿Cuándo volverás para que podamos empezar a hacer planes? —pregunta Gia, cien por ciento en plan Renovación a Camilla Moretti.

—Tenemos que programar a Genovese del Salón para ella —dice Isabella. Ella está al tanto de toda la moda, de todo, aquí—. Luego a Valentina para la piel.



—Y estoy pensando que el primer encuentro será con Hunter, ¿no? Tiene el mismo rollo que Cami. Despreocupado pero tenso —dice Gia y se ríe, hablando como si yo no estuviera aquí.

—Hunter. Luego Archie. Posiblemente Paddy después. Ella necesita opciones. A las mujeres fuertes e independientes les gustan las opciones.

—¿Dónde está el vino? —murmuro, mirando de nuevo por encima del hombro para ver dónde está nuestro camarero. Nuestras copas están más vacías que llenas, y creo que voy a necesitar varias rondas para acabar esta noche.

Cuando miro hacia atrás, las dos me están sonriendo bobaliconamente. —¿Por qué no vas a averiguar el estado de nuestras bebidas mientras Gia y yo planeamos tu reforma de vida?

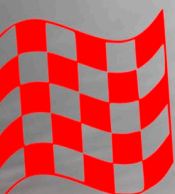
—Me duele la cabeza —refunfuño.

—El vino ayuda con eso —dice Gia y guiña un ojo—. Esto va a ser muy divertido.

Me chocan los cinco mientras me levanto y me dirijo al bar.

Esto fue una emboscada planeada.

Nadie va a hacerme creer lo contrario.



CAPÍTULO CINCO

Camilla

—Será sólo un minuto, cariño —me dice nuestra camarera cuando llego a la barra. Tiene el cabello rosa, un anillo en el labio inferior, ropa rara y acento cockney. Me encanta todo de ella—. Esta noche estamos llenos. Pido disculpas por la tardanza.

—No hay problema. No tenemos ninguna prisa —le digo.

—Sí, pero segura que no has venido aquí a beber agua. —Se ríe y levanta una bandeja repleta de bebidas que parece pesar más que ella.

Me río con ella y, cuando me doy la vuelta para volver a la mesa, estoy a punto de cruzarme con el chico que visto antes. Lo que la distancia dejaba a la imaginación, de cerca no decepciona.

Es llamativo.

Cabello oscuro con ondas. Ojos color gris claro enmarcados por gruesas pestañas. Rasgos afilados. Una sonrisa que utiliza habitualmente, por la forma en que me la muestra y espera que reaccione.

Odio admitir que lo hago.

Mi sonrisa de vuelta es automática mientras doy un paso atrás. —Lo siento. —Mi risa suena nerviosa mientras levanto las manos—. Me disculpo. Eso me pasa por no mirar por dónde iba.

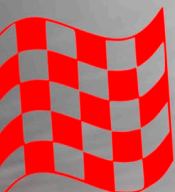
Entrecierra los ojos, pero su sonrisa se dibuja en la comisura de los labios. —Pongo en duda la sinceridad de esa disculpa —bromea, inclinando la cabeza hacia un lado y estudiándome—. De hecho, creo que tienes más que un hábito de toparse con tipos endiabladamente guapos, como yo, por supuesto.

—Naturalmente.

—Porque tengo la sensación de que eres demasiado tímida para acercarte a ellos —levanta una mano—, a mí... y decirles lo que quieres.

Me pongo en pie y le sostengo la mirada. Normalmente, esto no es lo mío: que me aborden en un bar. Pero cuando la opción es hablar con él o volver a la Operación Resplandor con Gia e Isabella, agradezco la distracción.

—¿Y cómo lo sabes? —le pregunto mientras cambia de peso y coloca su bebida en la mesa que tiene a su lado.



—Llámalo corazonada.

—¿Tus corazonadas siempre son correctas? —le pregunto.

—Ya veremos. —Su sonrisa ilumina aún más su rostro—. Pregúntamelo otra vez dentro de unos diez minutos.

—¿Diez minutos? —Lanzo una carcajada—. ¿Ese es el tiempo que crees que te va a llevar convencerme de que te diga exactamente lo que quiero?

—Sí.

—Lo dices con absoluta confianza.

Levanta las cejas y asiente. —¿Y?

—Y nada. —Me encojo de hombros—. Pero estoy bastante segura de que voy a demostrar que te equivocas.

El mohín que me pone es más que adorable y me dan ganas de ceder. Pero antes de que lo haga, me dice: —Sé cómo puedes compensarme.

—¿Compensarte qué? —Me río.

—Que no me digas lo que quieres. No te dejas hipnotizar por mi confianza. —Marca los puntos con los dedos—. El hecho de que no me estás dando toda tu atención.

—¿No?

—No.

Dios, su sonrisa es una mezcla de adorable y sexy, ¿y cómo es posible esa combinación?

—¿Por qué piensas eso?

—Porque sigues mirando por encima de mi hombro a tus amigas preguntándote si deberías seguir hablando conmigo o si deberías darles la señal para que vengan a rescatarte.

—¿La señal?

—Ya sabes, *la señal*. —Él asiente—. Un giro de tu cabello. Los dedos cruzados a los lados. La cosa predeterminada que acordaste con tus amigas que les dice que necesitas ser rescatada.

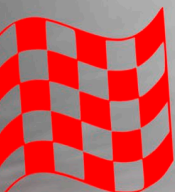
—Ah. Sí. *Esa señal*. —Miro por encima de su hombro hacia donde tanto Isabella como Gia se han fijado en nosotros y nos miran atentamente. *Qué bien*. Justo lo que necesitaba.

Por otra parte... tal vez pueda hacerles creer que he congeniado con quienquiera que sea este tipo, no es que sea una dificultad cuando tiene su aspecto, y conseguir que dejen de obligarme a salir con sus amigos de su plan.

—No hay ninguna señal. Ninguna en absoluto —digo.

—¿No?

—No.



—Entonces, ¿por qué no dejan de mirarnos? —pregunta, mostrándoles una sonrisa y un saludo de mano antes de girarse hacia mí y esperar una respuesta.

—Están ocupadas intentando planear mi traslado aquí, mi vida amorosa... lo que sea. —Pongo los ojos en blanco.

—¿Te mudas aquí? —pregunta.

—Lo estoy —digo asintiendo.

—Chica afortunada. Este es un lugar increíble para mudarse.

—Lo dice el nativo.

—No. Lo dice la persona que se mudó aquí.

—La misma diferencia. El acento es el mismo.

—Pero no lo es. Pronto lo descubrirás.

—Seguro que sí. —Inclino la cabeza—. ¿Pero por qué aquí?

—Estoy manifestando algo.

—Ahora mismo parece que estás manifestando cómo llevar a una mujer a tu piso.

—¿Funciona?

La mirada que le dirijo en respuesta, los hombros caídos, los ojos levantados por debajo de las cejas, los labios fruncidos de disgusto, le dice todo lo que necesita saber. *No*.

Tuerce los labios y se resiste a sonreír. Sólo sirve para hacerlo aún más guapo, ya que sus ojos grises como nubes de tormenta se iluminan con humor. —¿Y tu vida amorosa? ¿Dices que están por ahí planeándola? —Asiento—. ¿Quieres que lo estén?

Suspiro. —Dios, no. Quién sabe dónde acabaré, obligada a hacer alguna cosa absurda y caprichosa con un tipo llamado Guy o Rocky o algo así.

—Hay tanto que desentrañar en esa afirmación. —Se ríe—. ¿Lúdico caprichoso? ¿Eso existe?

—Lo hace —digo con un asentimiento definitivo para respaldar mis palabras.

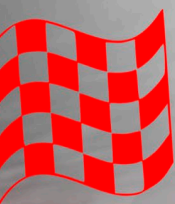
—Supongo que se refiere a algo que uno haría en una cita: una actividad, un lugar, dos pajitas, un batido, y *no* otra cosa.

—Correcto. Una cita. *No otra cosa*. —Pongo los ojos en blanco. Deja que un hombre deduzca algo sexual.

—Tú eres quien lo dijo. No yo. —Levanta las manos y se ríe—. Además, ¿qué tienes en contra de las citas ridículas y caprichosas?

—Nada. Tienen un propósito, pero no para mí.

—Entonces, ¿qué es exactamente lo que te gusta hacer en las citas?



Levanto una ceja y me encojo de hombros, pero enseguida me doy cuenta de cómo se interpretará esa respuesta. Su sonrisa se ensancha. Sí. He dado en el clavo.

—¿Es así? —murmura.

—No quise decir eso. Quise decir...

—Shh. —Se inclina para que me llegue el aroma fresco y limpio de su colonia. Huele increíble, pero es su cálido aliento contra mi oreja lo que me produce escalofríos. La reacción visceral me sorprende—. No digas eso tan alto. Estás en una habitación llena de hombres desesperados. Por lo que sabes, puede que ya se esté formando una fila a tu espalda.

—¿Hay alguno? —bromeo mientras él da un paso atrás pero permanece más cerca de lo que estaba al principio. Es alto, de hombros anchos y músculos que se agolpan ligeramente bajo la tela de la camisa con cada movimiento.

Hace ademán de mirar detrás de mí antes de encontrarse con mis ojos. —Todavía no. Pero te aseguro que llegará.

—Ah, sí. La siempre constante fila de hombres esperándome donde quiera que vaya.

—Debería haber uno.

Golpeo mi copa de vino contra el cuello de su cerveza rubia. —Gracias por el cumplido, pero no, gracias. No me interesa.

—¿No gracias en lo que respecta a la fila o no gracias como en *mí*?

—¿Qué tal un no, gracias en general? —Sonríe y enarco las cejas.

Resopla. —No me extraña que tus amigas estén planeando tu vida amorosa.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunto.

—Significa que tienes delante a un hombre coqueteando descaradamente contigo, y ni siquiera te das cuenta. —Sus ojos se clavan en los míos y el calor sube de repente a mis mejillas.

No soy buena en esto. ¿*Quién lo es*?

Pero solía serlo. ¿No es eso lo que más me molesta?

—Tal vez asumí que eras sólo un buen tipo que necesitaba un descanso de sus amigos al igual que yo soy una buena chica que necesitaba lo mismo.

Sisea. —Vaya. ¿Tan débil es mi juego?

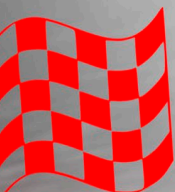
Me río. Dios, qué bien sienta reírse. —No. Tu juego es perfecto. Eres divertido. Eres guapo. Eres...

—Mira eso. Por fin estás coqueteando.

—No. No lo estoy. Yo...

Lanza una carcajada, sus hoyuelos se hacen más profundos. —Creo que eso debería ofenderme.

K. BROMBERG
OFF THE



—No deberías. Yo sólo... —Sacudo la cabeza y gimo por no poder hablar.

—Sólo estás, ¿qué?

Está bien coquetear de vuelta, Cami. Los locos asentimientos de Isabella por encima de su hombro lo dicen.

—Es una larga historia. —Vacío el resto de mi vaso, necesitando rellenarlo ahora más que nunca.

—Las historias siempre lo son, ¿verdad?

—Mmm.

Es como si me hubiera dado permiso para ligar, y ahora no puedo formar palabras.

—Te diré una cosa. Necesitas que tus amigas te rescaten y tenías razón, yo también estoy en una situación en la que necesito que me salven.

—¿Necesitas que te salven? Lo dudo mucho.

—No tanto salvado sino más *ayudado*.

—¿Ayudado?

—Sí. Estoy en una situación un poco complicada.

—Entonces despégate.

—La señora tiene chistes.

—Siempre. —Asiento—. Entonces, ¿qué es exactamente con lo que necesitas ayuda?

—Bueno, la verdad sea dicha, es culpa mía. Me dejé llevar por mi ego. —Asiente inclinado hacia un lado y los ojos fijos en mí.

—¿Es así?

—Sí. Estábamos charlando, tomando unas cervezas, una cosa llevó a la otra, y puede que presumiera de que podía conseguir a cualquier mujer en este pub.

—¿Alguna mujer?

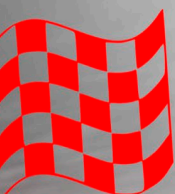
Mueve la cabeza de un lado a otro. —Eso es lo que dije.

Hago ademán de mirar alrededor del enorme pub tipo almacén, con su iluminación oscura y su vibrante decoración. —Hay mucha gente para elegir. ¿Debería ofenderme que, de todas estas mujeres, me miraras a mí y pensaras que yo sería la tonta que se tragaría una frase así y me ayudaría?

—Ouch. Siento el aguijón de esa reprimenda.

—Deberías.

—Pero... —Levanta el dedo para que espere, su sonrisa se ensancha—. A lo que no me dejaste llegar es que cuando hice esa afirmación, mis compañeros la superaron. Me apostaron que era imposible que la mujer más



guapa de aquí me diera la hora, así que... aquí estoy. —Hace una reverencia simulada cuando su cumpleaños se asienta—. Intentando ganar esa apuesta.

—Ah, mira eso, acabas de encontrar tu juego. Buen intento. —Reconozco una frase cuando me la dicen.

Se ríe, pero mira por encima del hombro a sus compañeros y, al igual que Gia e Isabella, sus cuatro amigos miran hacia nosotros.

Tal vez no sea una línea.

Tal vez sea verdad.

¿Y cómo te hace sentir eso, Camilla?

—*¿Hora del día?* Esa definición parece pintada con una pincelada muy amplia —digo—. ¿Qué significa exactamente?

Sonríe. —Eso está por verse, ¿no? Supongo que cuanto más grande, mejor.

—Siempre. —Mentiría si dijera que no me gustó el rápido abrir de sus ojos y el aleteo de sus fosas nasales.

—Y su coqueteo mejora a cada minuto que pasa —murmura mientras sus ojos me miran de arriba abajo—. Creo que me ruega que me quede aquí toda la noche a ver cómo acaban las cosas.

Nuestras miradas se sostienen mientras la tensión sexual se carga entre nosotros.

No puedo evitar sonreír. Es encantador en todos los sentidos. Definitivamente es guapo. Una mujer sería estúpida si se alejara de esta conversación.

¿Pero no es eso lo que habría hecho en el pasado? ¿Dejarme incomodar y marcharme?

Esta vez no.

No cuando estoy tratando de demostrar a Gia e Isabella que estoy siendo más segura de mí misma. Que me estoy exponiendo. Que no quiero que me engañen.

—Esta apuesta tuya —digo finalmente—. ¿Qué consigues si ganas?

—Mi orgullo intacto. Algunos extras por su parte.

—¿Extras?

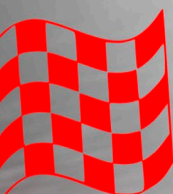
—Mi cuenta del bar aumentó durante un mes. Derecho a presumir. Con suerte, un número de teléfono al que pueda llamar más tarde para una cita —dice.

—Ah, así que esa es la parte de *la hora*. Un número de teléfono como prueba de que te lo he dado.

—Podría ser una prueba, sí. Podría haber una escala involucrada.

—¿Una escala? Hablar conmigo es el primer peldaño. Mi número de teléfono el segundo peldaño. ¿Algo más el siguiente peldaño?

K. BROMBERG
OFF THE



—Sí. Creo que más allá de eso tendría crédito extra.

—Crédito extra, ¿eh? —Asiente—. ¿Y si pierdes la apuesta? —le pregunto.

—Puede haber algún tipo de desafío involucrado.

—¿Como qué?

—Un tatuaje precario y vergonzosamente colocado.

—Qué precario y qué embarazoso.

Resopla. —Digamos que prefiero mantener mi dignidad.

—No puedo ayudarte entonces.

—¿En serio?

—Sí. Necesito los detalles —bromeo.

Resopla y niega. —Campanita en mi bíceps.

—Vaya. Ya veo. —Lucho contra una risa y fracaso—. Y aceptaste la apuesta, ¿por qué?

—Porque odio perder. —Se encoge de hombros—. Yo *no pierdo*.

—Hay una primera vez para todo. —Me río entre dientes.

La camarera se acerca y sustituye mi vaso vacío por otro nuevo. —Invita la casa por la espera —dice.

—No es necesario —le digo.

—Insisto, amor. Has sido más que paciente.

—Gracias.

—¿Me das otra cuando puedas? —pregunta la chica del bar. Y mientras se afana en hacer su pedido, miro mi teléfono que suena en mi mano. Por supuesto, Isabella me está mandando un mensaje: **Será mejor que actúes o si no iremos a decirle cuánto tiempo hace que no tienes sexo decente y se lo propondremos nosotras mismas.**

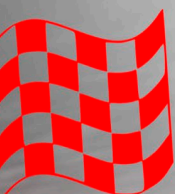
Levanto la mirada y me encuentro con el desafío de Gia y ella, que levantan las cejas y cruzan los brazos sobre el pecho. Lo de *atreverse está escrito en sus caras*, y no tengo que preguntarme si lo harán o no.

Ya lo han hecho en el pasado y no queremos que se repita. Me vienen a la mente visiones de pie sobre la barra de un bar, con un megáfono y una hilera de tragos, antes de tomarlas.

Pero es suficiente recordatorio para saber que cumplen su amenaza.

—¿Tú también recibes mensajes? —pregunta mientras levanta la vista del teléfono que tiene en la mano y de su pantalla que no deja de encenderse.

Me río entre dientes. —Sí. —Le tiendo el teléfono lo suficiente para que vea la pantalla de texto, pero no para que pueda leerlo—. Amenazan con venir aquí y proponértelo ellas mismos en mi nombre.



Se ríe. —Los míos me dicen que soy pura palabrería y nada de acción. Que es imposible que consiga tu número de teléfono. Que se me ha acabado el tiempo y que necesito algo más que eso.

—Más que mi número, ¿eh?

—Sí. Es eso o mi cita con la aguja del tatuaje se acerca. —Se ríe.

—¿Y si consigues más que eso? —pregunto, con la mente dándole vueltas a cómo vender esto a nuestros amigos.

—Tengo curiosidad por saber qué tienes en mente.

—Bueno, hay una manera de que puedas ayudarme a quitarme a mis amigas de encima, y yo puedo ayudarte a ganar tu pequeña apuesta.

Mi idea es fingir. Intercambiar nuestros números. Fijar una cita por mensaje de texto a la que nunca vayamos, pero que ambos podamos enseñar a nuestros amigos como prueba. Coquetear un poco más para que no haya dudas de que nos gustamos.

Mata dos pájaros de un tiro.

Pero cuando levanto la vista y veo que Gia se levanta de nuestra mesa para poder vernos mejor a los dos, tengo la sensación de que un falso acuerdo para quedar no va a funcionar.

El mensaje de Isabella que zumba en mi teléfono lo dice todo: **Las acciones hablan más que las palabras, Moretti.**

He venido aquí con una charla personal para animarme a decir que mis amigas tienen razón. Que necesito vivir más y pensar menos en el pasado. Bueno, eso no es exactamente lo que dijeron, pero ellas no saben toda la verdad sobre por qué soy como soy. Sólo lo saben dos personas: yo misma y la otra persona a la que he evitado como a la peste.

—¿Crees que ambos podemos ganar nuestros respectivos combates? —pregunta, con la sonrisa jugueteando con la comisura de sus labios.

—Sí, quiero.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

No tengo tiempo de armarme de valor como haría normalmente. Gia e Isabella se abalanzan sobre mí y son suficiente motivación para sacarme de mi zona de confort y lanzarme al maldito fuego.

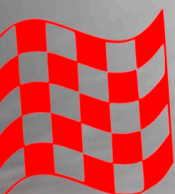
—Así. —Me acerco y aprieto mis labios contra los suyos.

Creo que a los dos nos sorprende la acción, pero su sorpresa tarda una fracción de segundo en desaparecer y su cuerpo en responder.

Y oh, cómo responde.

Sus manos se deslizan por mi espalda y un puño en mi cabello mientras sus labios dominan los míos. Mientras su lengua se desliza entre mis labios, con un ligero sabor a la cerveza que está bebiendo, y se burla de los míos. Emite el más suave de los gemidos, pero lo oigo al mismo tiempo que lo siento retumbar contra mi pecho.

K. BROMBERG
OFF THE



Pero hay algo que supera con creces todas esas cosas: la forma en que reacciona mi cuerpo. El dolor agudo pero dulce que arde con fuerza. Los escalofríos que recorren mi piel. La forma en que ansío más su beso y la sensación de sus manos sobre mi piel.

Un sentimiento que no había sentido en años.

Un sentimiento que pensé que nunca volvería a sentir.

Un sentimiento que me demuestra que no estoy rota.

El beso no dura más que unos segundos, ya que estamos en una sala llena de gente y el único propósito era demostrar un punto y hacer que nuestros amigos agitaran sus banderas blancas.

Pero cuando nos separamos, cuando damos un paso atrás y nuestras miradas se cruzan, es obvio que él está tan asombrado de que lo bese como yo de cómo me ha hecho sentir el contacto de sus labios.

Lo miro fijamente.

Asombrada.

Estupefacta.

Me hormiguean los labios y siento que voy a electrocutar cualquier cosa que toque.

No recuerdo la última vez que ocurrió.

Doy otro paso atrás, incapaz de procesar la peculiar mirada de su rostro porque estoy demasiado ocupada *sintiendo*.

—Es una forma de convencerlos —dice mientras se pasa una mano por la mandíbula. Su sonrisa se ensancha. Hay una cualidad tímida en él que suaviza la arrogancia de la mejor manera—. ¿Estás bien? Quiero decir, sé que me siento bien y todo eso, pero eso ha sido para morirse de risa.

La sonrisa arrogante.

Los ojos grises pálidos.

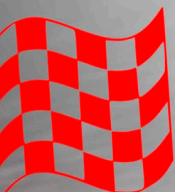
El movimiento de su nuez de Adán.

—Estoy bien. Sí. —Niego e intento librarla del zumbido de mis oídos. Es entonces cuando me doy cuenta de que Isabella y Gia están de pie unas mesas más abajo, con la mandíbula floja y los ojos muy abiertos con la sorpresa grabada en las líneas de sus rostros—. Yo... ¿Por qué me siguen hormigueando los labios? —Espero que eso te ayude a ganar.

—Con eso es más que suficiente. —Uno de sus amigos grita algo al otro lado de la barra, no llego a oírlo, pero eso le hace girar la cabeza y levantar un dedo hacia ellos—. Tengo que irme. Tenemos... planes. Para más tarde.

—Sí. Sí. —Gracias a *Dios*. Necesito orientarme.

—Gracias por ayudarme.



—Lo mismo digo. —Los dos retrocedemos un paso mientras una repentina incomodidad se instala entre nosotros ahora que el shock ha pasado—. Oh. Nuestros números. Tenemos que, ya sabes, venderlo.

—Sí. Sí. —Deja su teléfono sobre la mesa y toma el mío. En unos segundos se ha enviado a sí mismo un mensaje desde mi teléfono—. Soy yo —dice, dejando mi teléfono junto al suyo sobre la mesa. Me estrecha la mano. Es tan formal después de habernos besado. Pero se la estrecho—. Encantado de hacer negocios contigo.

Nos reímos y hay un momento en el que ambos nos miramos fijamente. Sus ojos se oscurecen. Sus labios se separan. Y entonces, de forma tan sorprendente como cuando lo besé, me agarra por la nuca y acerca su boca a la mía.

Su beso es más dominante esta vez. Más control. Más de todo lo que era el mío, *pero mejor*. La presión de su mano en mi cuello. La suavidad de sus labios. La forma en que inclina la cabeza para profundizar el beso. El roce de su pulgar sobre mi mandíbula.

No. Lo que sentí la primera vez definitivamente no fue una casualidad.

Fue real, es *real*. El cosquilleo, el dolor, el dulce ardor. Los tres se adueñan de mi cuerpo por segunda vez.

Y cuando termina el beso, cuando se echa hacia atrás y me mira con esa sonrisa engreída y ladeada que tiene, asiente. —Ya está. —Golpea la mesa con la mano—. *Ahora estamos en paz*.

Me río mientras toma el teléfono y la cerveza de la mesa, me hace otro gesto con la cabeza y vuelve con sus amigos.

Cuando se sienta con ellos, todos le aplauden y chocan los cinco. Cuando voy a tomar mi teléfono y mi copa de vino de la mesa, me fijo en la tarjeta de visita que ha dejado.

O al menos eso es lo que creo que es hasta que le doy la vuelta y veo la palabra **ATRÉVETE** en azul brillante impresa en letras de fantasía en la parte superior y en negrita. Y las siguientes palabras escritas debajo: Encuentra a la mujer con menos probabilidades de ligar y consigue su número de teléfono.

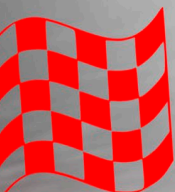
Me quedo mirando la carta de los retos, intentando no ofenderme por ello, pero es normal que lo haga. Cualquiera sentiría lo mismo.

Hablando de un golpe a mi ego.

Hablando de dar la razón a mis propias palabras sobre que los hombres no valen la pena.

Estupefacta e ignorando la presión en el centro de mi pecho, miro en dirección a sus amigos y los veo riéndose y dándole palmaditas en la espalda.

Las lágrimas amenazan y me arde la garganta. *Esta es la razón. ¿Por qué iba a ponerme ahí fuera sólo para sentirme así?*



—Eh, ¿qué ha sido eso? —pregunta Isabella con un pequeño contoneo y una mano levantada para chocar los cinco que yo no devuelvo.

—Tienes su número, ¿verdad? —Gia pregunta—. Porque, maldita chica, eso estuvo caliente y definitivamente te saliste de la caja.

Asiento y palmeo la estúpida tarjeta, esperando ocultar mi mortificación. —Sí, lo hice. Vamos a quedar cuando vuelva. Ahora vuelvo. Voy al baño.

—¿Quieres que una de nosotras...

—No, estoy bien. —Hago acopio de una sonrisa e intento caminar con la mayor calma posible hacia el baño, al otro lado del bar.

Sólo cuando cierro la puerta del baño me hundo contra ella y dejo que las emociones me golpeen. Vergüenza. La rabia. Incredulidad. Las tres pasan por mi cabeza mientras miro fijamente la estúpida tarjeta.

Yo era el blanco de su broma. De *su broma*.

Intento sacudirme el pensamiento pero no se desprende del todo.

—Me apostaron que no había forma de conseguir que la mujer más guapa de aquí me diera la hora, así que... aquí estoy. Intentando ganar esa apuesta.

Bueno, tenía razón en una cosa: en intentar ganar una apuesta. Y yo también tenía razón en que yo era la que parecía más crédula. El blanco más fácil elegido para que él pudiera ganar su maldito desafío.

Apoyada en la cabina del baño, cierro los ojos y me doy una charla de ánimo que no alivia el dolor desmoralizador.

Vamos, Cami. Te prometiste a ti misma que nunca le darías a otra persona el poder de derribarte. De robarte tu orgullo. Para tomar una parte de ti y arruinarla. Para convertirte en una víctima.

Cierro los ojos y siento la carta en la mano como lava chamuscándome la piel.

Y entonces me río como una loca en el baño vacío. De mí misma. De la situación. De en qué se ha convertido toda esta noche.

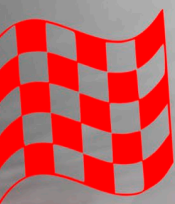
Una emboscada. Un encuentro accidental. Un beso excitante. Un desastre inminente.

¿No es propio de mí encontrar al único hombre que me ha puesto el cuerpo febril... y sin embargo he sido el blanco de su broma imbécil y llena de testosterona?

Que se joda.

Pienso las palabras mientras me encojo de hombros para alejar el escozor con la intención de salir del baño, excusarme ante mis amigas diciendo que no me encuentro bien y volver al hotel.

Pero en cuanto vuelvo a entrar en el bar, las risas de su mesa me golpean los oídos y me incitan a seguir adelante.



Más bien, han sido sustituidos por el deseo de avergonzarlo delante de sus amigos. De recuperar un poco de mi dignidad. Para hacerle saber que *lo sé*.

Muchas veces me alejo de las situaciones y pienso en lo que *debería* haber dicho. Esta noche no. Esta vez no. Voy a decirlo ahora.

Con la tarjeta en la mano, me acerco al imbécil que se regodea en su victoria.

—Disculpen —digo acercándome a la mesa. Mi voz hace que los cinco levanten la cabeza y se callen. Mi sonrisa es, un poco socarrona cuando la dirijo al imbécil sin nombre—. Creo que olvidaste algo.

De un manotazo dejo la carta en el centro de la mesa y el ambiente se vuelve glacialmente silencioso al darse cuenta de que conozco su juego infantil.

—Mira, cielo...

—Ahórratelo. —Levanto la mano para que deje de hablar—. No hace falta que me expliques por qué los hombres adultos creen que una mierda así es divertida, igual que no hace falta que les diga a todos tus amigos que tu juego es lamentablemente flojo y que tus habilidades para besar son mediocres. —Sus ojos brillan de asombro—. Pero bueno, no todos podemos ser buenos en todo, ¿no? —digo encogiéndome de hombros y con una sonrisa de *que te jodan*—. Pierde mi número.

Hay una ronda de risitas nerviosas, como si no estuvieran seguros de si pueden reaccionar o si deben hacerlo.

—Te diría que disfrutaras del resto de la noche, pero estaría mintiendo. Salud. —Giro sobre mis talones y no me alejo ni tres metros de la mesa antes de oír su voz.

—Hey. Espera.

Siento su mano en mi bíceps.

Me cuesta todo lo que tengo no soltarle el brazo de un tirón. En lugar de eso, aprieto los dientes y me doy la vuelta con calma, enarcando las cejas y mirando hacia abajo, donde me está tocando.

—No. Estoy bien. Puedes quitarme la mano de encima. Las folladas por lástima no son lo mío.

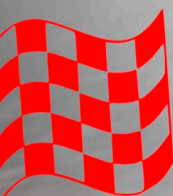
—Eh, vamos —dice mientras mira por encima del hombro a sus amigos y luego de nuevo a mí, casi como si tuviera miedo de que lo oyeran—. La carta era... real al principio, pero luego me encontré contigo y....

—Y viste a una mujer con menos probabilidades de ser coqueteada. Vaya manera de aumentar tu ego mientras lastimas el mío. Maldito acto de primera clase.

—Fue un maldito juego.

—Lo sé. Y eso dice mucho más de ti de lo que podría decir de mí. —Lo miro. La vergüenza se convierte en asombro. El dolor se transforma en ira—.

K. BROMBERG
OFF THE



No quiero tus disculpas. No las acepto. —Doy un paso atrás—. Diría que fue un placer conocerte... pero no lo fue.

—No te habría besado por segunda vez si la carta fuera cierta —suelta.

—No te habría besado de haber sabido lo de la tarjeta. —Retrocedo otro paso—. ¿Te sientes mejor ahora? ¿Tu culpa absuelta? Puedes volver a sentirte como el buen chico que no eres.

—Mira. Dije que lo sentía.

—¿Eso también estaba en una tarjeta de retos? Disculparse con alguna mujer desprevenida que...

—Ni siquiera sé cómo te llamas —dice como si fuera a decírselo.

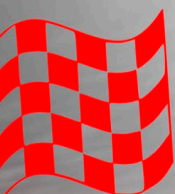
—Suerte la mía. —Miro por encima de su hombro hacia donde sus amigos intentan fingir que no prestan atención—. El resto de los idiotas de tu manada te están esperando. Mejor no hacerlos esperar.

Esta vez, cuando me alejo, no miro atrás. Y si empieza a seguirme, no soy peor por no saberlo.

Es bueno saber que lo que le dije a mis amigas antes estaba en lo cierto. Los hombres no valen la pena.

Simplemente no lo valen.

¿Y las pocas veces que lo valen? Parece que es cuando más daño pueden hacer.



CAPÍTULO SEIS

Camilla

—**D**ime por qué aceptaste empacar y mudarte.
Miro fijamente a mi terapeuta. Su cabello rubio y sus rasgos suaves parecen encajar con el tema todo neutro de su consulta. Su voz es suave y su sonrisa también. Ella ha sido mi estrella polar durante todo esto. La única persona que sabe lo que ha pasado.

Lo que empezaron siendo visitas semanales se convirtieron con el tiempo en mensuales. Luego pasamos a cada varios meses.

Ahora me despido porque me mudo.

Mi propia sonrisa coincide con la suya porque he pensado mucho en esto durante la última semana que he estado en casa y recogiendo mi vida.

—Si no es ahora, entonces cuándo, ¿verdad? Quizá quiero pasar más tiempo con mi padre mientras esté bien. Tal vez no quiero decepcionarlo. Tal vez estoy intrigada por el desafío. Y quizá sea un poco de las tres cosas.

Ella asiente con ese gesto estoico, *te escucho pero no te juzgo*. —Y tal vez estás aceptando estar allí a expensas de ti. En un ambiente que posiblemente podría desencadenarte.

—Se me ha pasado por la cabeza. Más veces de las que probablemente debería... pero la verdad sea dicha, tal vez esto es lo que necesito para finalmente superar ese último obstáculo. Tal vez sea hora de recuperar mi vida.

—Creía que ya lo habías hecho.

Asiento. —En cierto sentido. Pero estoy harta de vivir asustada. Esta es mi oportunidad de no hacerlo.

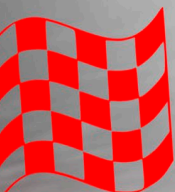
—¿Miedo? —Reflexiona—. Yo no diría que vives asustada. Diría más bien que vivías a salvo. Hemos trabajado el aspecto mental de lo que pasó. Has tenido novios desde entonces. Has tenido amantes.

—Y hemos hablado de cómo ha ido.

—Pasitos de bebé, Camilla. Nadie puede robarte la felicidad ni decirte cómo debes actuar o cómo debe sentir tu cuerpo.

Pero, ¿qué ocurre cuando no se siente en absoluto?

K. BROMBERG
OFF THE



—Mecánico. Frío. Entumecido. ¿Deberíamos continuar con todas las razones por las que me han dejado?

—Y como he dicho, cuando llegue el momento, todo encajará, como dijiste la otra noche. Puede que el tipo fuera un imbécil, pero dijiste que era la primera vez que alguien te tocaba y te hacía sentir viva. No hay nada que trivializar. Eso es enorme.

Nuestros besos viven libres de rentas en mi cabeza. El dolor que me quemaba entre los muslos aún más.

Ha sido una sensación que sólo yo podía crearme durante los últimos seis años. Eso fue hasta que besé al idiota del bar y ahora, está al frente y en el centro de mi mente. Toda la metáfora de recibir una gota de agua en un desierto parece una descripción adecuada de cómo me he sentido desde entonces.

—Es patético, eso es lo que es —bromeo.

—No. Es una buena señal si me preguntas.

—No estoy segura de estar de acuerdo con esa teoría —digo.

—¿Y eso por qué?

—Porque intenté reproducir la sensación, la situación... el momento, y nada.

—Cuéntame más.

—Algunas de mis compañeras querían despedirme por todo lo alto, así que organizaron una especie de fiesta de despedida en un club. Salí a la pista de baile después de haberme tomado unas copas y con la guardia baja. Había un chico. Era guapo. Simpático. Coqueteamos. Me besó. Mirando hacia atrás, creo que deseaba abiertamente que el beso sucediera para ver si podía convocar ese sentimiento de nuevo, pero no. Nada.

—Si no sentías nada físicamente, ¿en qué pensabas?

—¿Podemos acabar con esto? ¿Ves? Sigo rota. —Me río entre dientes porque es más fácil hacer eso que admitir lo mucho que quema. Pensar que no lo estaba, por fin, y darme cuenta de que aún lo estoy.

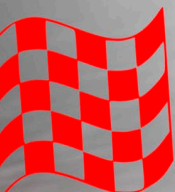
—No estás rota. Eso no existe. Míralo de esta manera: no rehúyes el acto sexual como hacen muchas personas en tu situación. De hecho, lo has utilizado como una vara de medir para tratar de demostrarte a ti misma que está bien. Que tú estás bien.

Y parece que sólo ha demostrado que no lo estoy.

—Si a la primera no lo consigues, inténtalo, inténtalo y vuelve a intentarlo —bromeo, pero me lo tomo más que en serio. Indiferente. Así es como he sido, como me he sentido hacia el sexo durante tanto tiempo, que ansío algo más que indiferencia.

—El sexo ha sido tu prueba de fuego y eso está bien. Pero lo que tienes que hacer es tranquilizarte y escuchar a tu cuerpo. Está bien que algo te haga sentir bien y que quieras más. Besar a todos los hombres de la habitación

K. BROMBERG
OFF THE



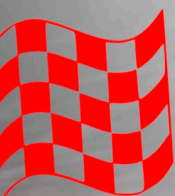
GRID

55
Simply Books

hasta encontrar al que encienda tu piel en llamas y, cuando lo hagas, agarrarte fuerte para que puedan arder juntos.

—¿Es una prescripción oficial? Quiero decir, ¿dormir por ahí? Hay un nombre nada agradable para eso, que preferiría que no me llamaran.

—Haces bromas cuando estás nerviosa, Camilla. Igual que ahora. Eso significa que lo que ese tipo te hizo sentir despertó algo dentro de ti. Tal vez te abrió la herida pero te ofreció un bálsamo para aliviarte. ¿Quién sabe lo que puede pasar después?



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO SIETE

Riggs

Pero está bien, ¿verdad? Miro la repetición en el monitor por décima vez. Los neumáticos chirriando. El coche levantándose. Volcando. Dando vueltas de campana. El metal cede. Los neumáticos volando. La grava salpicando.

Luego viene el fuego.

Sacudo la cabeza y contengo la respiración momentáneamente mientras lucho contra recuerdos igual de aterradores. Recuerdos que han perdido claridad con el paso del tiempo, pero no la capacidad de golpearme en el estómago.

Pero a pesar de la reacción visceral, no puedo apartar los ojos de la pantalla.

Mi estómago sigue caído a mis pies mientras veo cada repetición a cámara lenta, aunque ya sé lo que va a ocurrir a continuación.

Maxim se queda inmóvil mientras el coche se detiene tras derrapar sobre la grava.

Sus manos se mueven mientras trabajan frenéticamente para soltar el volante que lo atrapa en el coche.

Su casco blanco se balancea entre las llamas.

Su cuerpo se eleva a través del halo y luego cae, dejándose caer sobre los neumáticos desparramados que momentos antes eran una barricada de seguridad.

Tropieza. Luego se cae. Luego se arrastra lejos del calor hasta que se desploma... segundos antes de que el equipo de seguridad corra hacia él y lo arrastre lejos de la bomba de relojería de un coche.

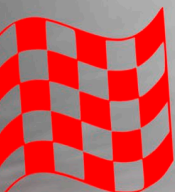
Es la peor pesadilla de todo corredor.

El muro abalanzándose sobre ti. El coche derrumbándose a tu alrededor. El fuego que te envuelve.

Maxim. Su cuerpo sin vida. El equipo haciendo todo lo posible para protegerlo de las cámaras en caso de que esté gravemente herido, y no sea capturado por la cámara para convertirse en un espectáculo viral.

Para que su familia no tenga que verlo morir en cámara. Como hizo mi madre. *Como todos lo hicimos.*

K. BROMBERG
OFF THE



—Está en el hospital —dice Pierre estoicamente.

—¿Qué significa eso? Exijo, mis pies necesitan moverse y cada parte de mí ansioso como la mierda.

Mis días en el karting pasan por mi mente. Horas y horas odiando a ese cabrón por tener todo lo que necesitaba para triunfar: los padres, el dinero, los patrocinadores, el equipo... y aprendí a quererlo como a un hermano cuando me di cuenta de que era como yo. Impulsado a triunfar en un deporte que, sin ayuda de nadie, te roba la confianza en ti mismo al tiempo que se convierte en tu único objetivo.

Maxim y yo somos competidores. Hay días en los que me cae bien y otros en los que lo detesto. Pertenecemos a un grupo de pilotos de élite que compiten por uno de los veinte codiciados puestos de F1.

Ha conseguido su plaza allí con Moretti Motorsports.

Sigo insistiendo en ello.

¿Estoy celoso de que él tenga la suya? ¿De que la mayoría de mi clase, que ha crecido junta en este extraño circuito, haya llegado al penúltimo nivel? Mierda, sí. ¿Le deseo algún mal por ello?

Sólo un puto idiota desearía eso.

Y sí, lo soy a muchos niveles, pero no cuando se trata de algo así.

Pero ahora... ¿ahora? ¿Quién mierda sabe si está bien?

Porque si él puede ser herido, entonces todos podemos serlo, y ese no es un pensamiento que ninguno de nosotros quiera tener. Nunca.

Un pensamiento con cuya realidad he convivido toda mi vida, pero que he dejado de lado con la justificación de que la tecnología ha avanzado kilómetros. Los coches son más fuertes. Los equipos de seguridad más protectores. El deporte más seguro.

Pero esa justificación no sirve de nada si Maxim resulta herido.

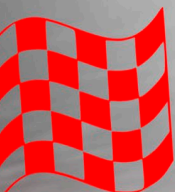
—¿Has sabido algo de él? ¿Cómo está? —pregunto, obligándome a mirar a otro sitio que no sea la pantalla donde se repite el accidente. Mi equipo hace lo mismo. Lo explican como si estuvieran estudiando el comportamiento del coche, dónde cedió, cómo se desintegró, etc., pero sé que están tan horrorizados por el accidente como yo. Por el hecho de que Maxim salió de él. Por la incógnita de si está bien o no.

—El collarín siempre es por precaución —murmura, se levanta las gafas y se frota los ojos antes de apagar el monitor.

—Pero lo sacaron por aire, ¿verdad? Quiero decir... mierda. —Tomo mi teléfono—. Le enviaré un mensaje a su hermano y veré...

—Tienes que entrar en el coche, Riggs —dice Pierre, poniéndose delante de mí y poniéndome en mi sitio. La orden es más para que ponga la cabeza en su sitio que otra cosa. Es una forma de obligarme a tragarme ese miedo inherente que acecha bajo la superficie con cada puto límite que superamos. Con cada vuelta que engañamos a la muerte.

K. BROMBERG
OFF THE



—Tenemos poco tiempo en pista esta semana —dice—. Tenemos que aprovechar al máximo el tiempo que tenemos.

Dudo cuando no debería y luego me enojo conmigo mismo por hacerlo. Dejar que Maxim me joda la cabeza incluso ahora a pesar de estar en circuitos separados.

—A la mierda —murmuro, agarro el pasamontañas y me lo bajo de un tirón.

No digo ni una palabra más mientras me pongo el casco, me abrocho el cinturón, me pongo los guantes y bloqueo el volante.

Visualizo las curvas de la pista por la que voy a conducir. Una y otra vez, trazo el mapa que he grabado en mi mente. Cualquier cosa y todo para alejar de mi cabeza la imagen del cuerpo de Maxim cayendo al suelo.

Todo para luchar contra el recuerdo que veo cada vez que mi motor se pone en marcha: mi padre. Sus labios teñidos de azul por el algodón de azúcar. Su risa, un ruido por encima del rugido de los motores que siempre echaban chispas. Una sonrisa que guardaba sólo para mí.

Mi motor gira. Mi radio suena. Y paso las siguientes quince vueltas convirtiéndome en uno con el coche tanto como puedo. Por mucho que lo odie en un buen día, ahora mismo, me gusta que el coche no esté bien ajustado. Me da algo en lo que concentrarme. Algo en lo que perder mis pensamientos.

Pero en cuanto entro en el garaje y salgo del coche, las primeras palabras que salen de mi boca son: —¿Se sabe algo?

Pierre mira a Ricky y luego a mí. —Todavía no. ¿Extraoficialmente? Algo sobre un coma inducido para ayudar con la hinchazón o alguna mierda así. La mierda del cerebro nunca es buena. No soy médico, así que no sé qué mierda significa aparte de eso.

Sé lo que significa, pero no quiere decírmelo. Coma. Hinchazón. Mierda cerebral. Sus heridas no son sólo un paseo rápido a la tienda médica para ser mirado y dado de alta.

Esto es mucho más serio que eso. *Mierda, hombre.*

Meto mi labio inferior entre los dientes, luchando contra el impulso de hacer la jodida pregunta que tengo en la punta de la lengua. La pregunta que me convierte en un cabrón egoísta por el mero hecho de pensarla, por no hablar de ponerle voz.

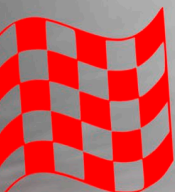
Pierre me salva y responde por mí. —No es que sea un experto, pero sus lesiones significan que va a estar fuera durante algún tiempo.

—Es un duro golpe para Moretti. Maxim estaba empezando a arrasar. Eso y que su piloto de reserva fue recogido para su propio viaje con Centurion la semana pasada —dice Ricky—. ¿A quién carajo van a conseguir para llenar sus zapatos?

Pierre me mira a los ojos pero no dice nada.

¿Crees que serás tú?

K. BROMBERG
OFF THE



No tiene por qué.

Estoy cualificado. Más que cualificado. Tengo mi super licencia. Aprovecho las conexiones que tengo a través del nombre de mi padre para subirme a la cabina de un coche de F1 al menos una vez al mes. *¿Me tendrán en cuenta?*

—Creo que todos pensamos lo mismo —le digo a Ricky y salgo de la conversación.

Lo último que quiero oír son sus especulaciones sobre quién debería ser. Quien debería ser soy yo, maldita sea.

Pero no lo haré.

En el fondo, lo sé.

He pasado por esta canción y este baile demasiadas putas veces. El subidón de las esperanzas. El salto cuando suena el teléfono. La desesperación aplastante y la duda cuando llaman a otra persona.

De ninguna manera voy a renunciar a este sueño. Pero cada vez que se produce una situación como ésta, siento que se rompe otro trocito de mi determinación. Otra parte de mí se va hacia un sueño desperdiciado que muchos piensan que nunca debería tener la oportunidad de alcanzar.

Salgo de la zona de garajes y entro en el paddock. Otros pilotos de F2 se arremolinan, pero hay una expectación tácita en el ambiente. Una expectación tan emocionante como enfermiza.

¿Quién se quedará con su lugar?

No soy el único que espera que suene mi teléfono.

¿Se producirá hoy la llamada? ¿Tratará Moretti esto como el negocio que es y preparará a un piloto para ocupar el lugar de Maxim en la próxima carrera?

Porque eso es lo único que tiene este puto deporte. Es una pasión, pero por encima de todo, lo que importa es el balance final del imperio. Es profundamente gratificante pero ferozmente cruel.

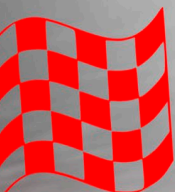
Todos sabemos que es peligroso. Que estás a un milisegundo, a una sobrecorrección, a un golpe de neumático de la destrucción total. De posiblemente morir.

Y, sin embargo, nos subimos al coche día tras día. Vamos al límite vuelta tras vuelta. Lo damos todo por nuestro equipo, por nosotros mismos, por nuestros fans, pero sabemos que la máquina de la F1 avanzará más rápido que la mierda cuando nosotros no podamos.

Nunca nada es suficientemente bueno, ni suficientemente rápido... nunca estamos satisfechos. Y el deporte nos recompensa con una victoria o nos castiga con un accidente.

El intermedio es igual de insatisfactorio.

K. BROMBERG
OFF THE



Me cruzo con los ojos de algunos conductores que están de pie con sus equipos y no hace falta pronunciar palabras para saber lo que están pensando. *Espero ser yo. Espero ser yo quien reciba la llamada. Espero ser el que finalmente tenga la oportunidad.*

Yo también estoy rezando por lo mismo.

Deseamos lo mejor para nuestro compañero, que está claramente herido, mientras esperamos en silencio que esta sea nuestra oportunidad. Que esta sea nuestra llamada.

¿La diferencia entre Maxim y yo? ¿Un golpe de suerte? ¿Una decisión en una fracción de segundo que te hace ganar o perder?

Todos tenemos la habilidad. Es sólo el momento lo que nos ha jodido de una forma u otra. La cantidad de dinero que tenemos que gastar en equipos que podrían haber marcado la diferencia en un momento u otro. El apellido que podría significar algo en este pequeño pero selecto círculo.

Por otra parte, tengo el mismo apellido, pero parece que el mío me inspira compasión de vez en cuando y hace que la gente se mantenga alejada.

—¿Riggs?

Miro a Elio, mi jefe de equipo, que me hace señas para que vuelva al garaje. —¿Sí?

—Vamos a repasar el último ajuste que hicimos —dice, con los antebrazos cubiertos de tatuajes abultados contra el puño de la camiseta del equipo. Los auriculares le cuelgan del cuello y una gota de sudor le resbala por la sien.

—Sí. Claro. Bien —digo distraído, pensando que tengo que ir a tomar el teléfono, por *si acaso, pero* sin querer parecer más ansioso de lo que ya estoy.

Y sintiéndome como un idiota por querer mi teléfono.

Me mantengo ocupado. Elio y yo hablamos de los ajustes y de lo que pretende conseguir con ellos. Repaso las finanzas con el director de mi equipo porque, carajo, el F2 no es como esa extraña dicotomía de parecer que lo tienes todo mientras sabes que lo estás pagando tú solo de tu puto bolsillo.

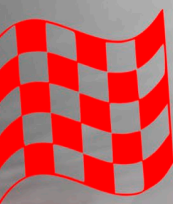
Para el mundo, parece que estás comiendo caviar cuando para los que están en mi pellejo, tenemos suerte si conseguimos unas putas sardinas.

¿Va a sacar Moretti a un piloto reserva de otro equipo de F1? ¿O promoverán temporalmente a un piloto de F2 para ocupar el asiento de Maxim hasta que vuelva?

Los segundos se convierten en minutos. Los minutos se convierten en horas. Ninguno de los conductores quiere irse, por *si acaso*.

Pero lo hacemos. Uno a uno. Poco a poco. La pista se vacía mientras los rumores empiezan a instalarse a mi alrededor.

K. BROMBERG
OFF THE



Haskell salió corriendo con el teléfono pegado a la oreja. ¿Recibió la llamada?

Diego se ha encerrado en el cuarto del conductor y habla por teléfono con alguien.

Suena mi teléfono. Me apresuro a tomarlo antes de que suene por segunda vez, pero me desinflo. —¿Sí? ¿Qué pasa, Fontina?

—No parece que te haga mucha ilusión saber de mí. —Se ríe sarcásticamente.

—Lo siento. Es que... ¿qué necesitabas?

—Ese vídeo que hiciste ayer se ha vuelto viral. Si sigues con esta mierda, me van a despedir, y vas a estar conduciendo y haciendo tus propias redes sociales para el equipo.

—Por supuesto, se hizo viral. Soy yo, ¿no? —bromeo, pero no tenía ni puta idea.

Hago un vídeo. Publico un vídeo. Estoy demasiado ocupado como para sentarme a ver los me gusta o las visitas de uno en uno.

Prefiero vivir la vida a verla pasar en una pantalla.

Y, sin embargo, sigo publicando. Sigo contribuyendo.

—Eres un idiota. —Ella suspira.

—Gracias. No es nada nuevo, ¿verdad? —Abro la boca para preguntarle si ha oído algo, pero la cierro de golpe. Si lo hubiera hecho, me lo habría dicho. Sabe cuánto lo deseo. Todos los conductores en mi lugar lo saben.

—Quiero decir, ¿cómo tu comentario a Flanders se convirtió en un meme?

—¿Comentarios? —Hice muchos comentarios. Algunos no estoy seguro de si los expresé o no.

—Sí, eso de que *si quieres hacerte un nombre, hazlo usando las espaldas de otro*. —Hace una pausa—. Sabías eso, ¿verdad?

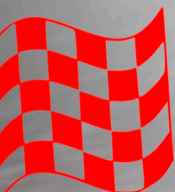
Me río entre dientes. —No. No lo hice. Ya te dije que no estoy mucho en las redes sociales. Pero claro. Impresionante. Estoy a favor de todo lo que pueda mantener a ese idiota en su sitio.

—Secundo ese sentimiento, pero quizá la próxima vez podamos trabajar juntos en ello para que al menos pueda llevarme algún mérito con el jefe.

—¿Quieres grabarme saliendo de la ducha y que se me caiga la toalla accidentalmente? Adelante.

—Qué asco. —Ella exagera como era de esperar.

—Está claro que no es tan asqueroso si lo han visto millones de personas, ¿verdad? —me río. El vídeo que supongo que se hizo viral era algo



más que una simple insinuación de mi cuerpo. Era una transición: yo con una toalla alrededor de la cintura, la toalla cayendo y, cuando volvía a recogerla, con el traje de bomberos puesto y una sonrisa de megavatio. Si las chicas pueden hacer segmentos de *Prepárate conmigo* ¿por qué no los chicos?

Obviamente, funcionó.

—Millones. Ja. Si no lo has visto, ¿cómo sabes cuántas vistas hay, eh?

—No lo sé. Sólo una suposición y por tu reacción, es una correcta.

—Si tu ego crece más, tendremos que aumentar el tamaño de tu casco.

—Sólo una advertencia. No compruebes mis DMs. Es como si los locos se hubieran desatado esta semana.

—No ves los videos, pero revisas sus mensajes directos. Empiezo a pensar que estás mintiendo, Riggs.

—Me gusta mantenerte adivinando. Pero en serio, no los revises.

—¿Peor de lo normal?

—No quieres saberlo. —Estoy de acuerdo con que se envíen fotos, ¿qué hombre no lo estaría? Pero trazo la línea en ver cosas puestas en lugares que no deberían estar allí.

Hay algo a favor de dejar algo un poco en el misterio.

—Tomo nota. Muy anotado. —Se ríe—. Si te conocieran, no te enviarían nada —bromea.

—No es mi personalidad lo que buscan, Fontina.

—Ew. Asqueroso otra vez. ¿Estás tratando de hacerme vomitar mi almuerzo?

—Eres tan fácil de irritar.

—Y eres tan fácil de distraer. —Su voz se suaviza—. Espero que haya ayudado.

Me restriego una mano por la mandíbula y suelto una media carcajada, agradecida por la llamada. —Así es. Gracias. Te lo agradezco.

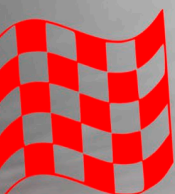
Suspira exasperada. —Vete a casa, Riggs.

—Estoy en ello —digo mientras tomo mi mochila, me la cuelgo de un hombro y decido dar por terminado el día. Si aún no he recibido la llamada, es que no va a llegar.

Otra oportunidad perdida. Otra oportunidad dejada pasar.

Pero, ¿por qué éste ya duele mucho más?

Porque me lo merezco más que nadie aquí. Seguro que ellos piensan lo mismo, pero yo llevo aquí más tiempo que la mayoría. Soy el único que queda de aquella prometedora elección de pilotos que entraron todos juntos que no ha tenido su oportunidad. He ganado los campeonatos de la Eurocup, la F4 y la F3 y he conseguido los puntos para mantener mi Super licencia.



Es mi hora.

No hay duda de que Ari no tardará en llamarme. Mi agente es famoso por llamarme para informarme de todas las razones por las que me han rechazado esta vez: demasiado llamativo, demasiado poco llamativo o que parezco poco serio porque me divierto demasiado.

¿La que más odio? Que corro demasiados riesgos, que soy peligroso como lo era mi padre, y no quieren tener mi sangre en sus manos.

Mi favorito es Riggs es demasiado egoísta.

Pues claro que sí, carajo. Es un requisito para ser un piloto de F1 exitoso y de largo recorrido. Deberían querer que lo fuera. Deberían querer que mi único objetivo fuera el juego final y no preocuparme por herir los sentimientos de la gente.

En este deporte se gasta mucho dinero sin sentido, y nadie se conforma con acabar fuera del podio.

Las he oído todas. Todas las excusas de por qué no me han subido.

Sin duda esta noche vendrá otra. Por eso lo mejor es volver a casa, tomar la bebida que me apetezca y revolcarme en la soledad.

O con una mujer.

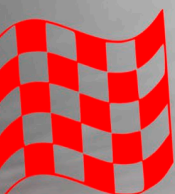
Decidiré cuál a medida que avance la noche.

Pero me permitiré una noche.

Un indulto de piedad.

Una noche en la que odio ser el hijo de Ethan Riggs.

Un momento en el que odio a todo el mundo antes de volver a la rutina y a la pista, mañana.



CAPÍTULO OCHO

Riggs

El camino de salida es largo.
Por el paddock, donde todo el mundo se mira, pero nadie habla.

A través del torniquete, con sus guardias de seguridad y los que se arremolinan justo fuera de él, esperando una foto rápida o interactuar con un conductor.

Luego salimos al estacionamiento, casi vacío.

Para mi mala suerte, es entonces cuando mi teléfono suena en mi mano.

Al menos no habrá testigos de la mala noticia.

—Ari Fornierj. ¿Qué razones te han dado esta vez? —pregunto a modo de saludo, el sarcasmo goteando de mi tono.

—Spencer.

Mis pies vacilan ante la gravedad de su tono. Por el uso de mi nombre de pila cuando nadie me llama por él. *Es Maxim. Tiene que serlo. Dios, no es bueno, ¿verdad?* Echo un vistazo al estacionamiento y me detengo. —¿Qué pasa?

—Eres tú.

—¿Qué quieres decir con que soy yo? —pregunto.

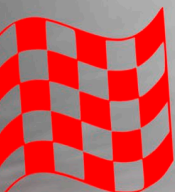
—Llamaron. Es tu turno, Riggs. Por fin es tu maldito turno.

—Ari... —Carajo. La emoción se me agolpa en la garganta y las lágrimas me arden en el fondo de los ojos mientras intento encontrar las palabras—. Será mejor que no me estés jodiendo.

—No en algo como esto. Nunca. —Hace una pausa y se aclara la garganta, el momento claramente llegar a su corazón calloso también—. Esto es real. Créelo. Por fin ha llegado tu hora.

—¿Maxim? —Trato de procesar esto. La emoción que me embarga junto a la culpa de tener una oportunidad porque mi amigo está herido. La repentina descarga de adrenalina de que todo está a punto de cambiar.

—Sus heridas no son graves, pero necesitará un tiempo de recuperación. Según todos los informes preliminares, estará bien.



—Bien. Eso está bien. —Me hago creer para aliviar mi culpa de que su accidente sea mi fortuna.

—Pero Moretti tiene que ocupar su lugar mientras tanto. Por suerte, queda tiempo hasta la próxima carrera, pero eso no significa que no estén pensando ya en ello. Han encadenado unas cuantas salidas buenas y no quieren perder el ritmo.

Sé que Moretti lo ha pasado mal últimamente. Maxim era su número uno. Eso significa que su número dos, Andrew Eriksson, pasará al uno, y yo entraré como piloto número dos.

Pero han tenido dos buenas carreras tras unos últimos años nefastos.

Es el lugar perfecto para que yo entre e intente hacerme un nombre: el icono del automovilismo, que últimamente ha sido mediocre. No podría pedir mejor momento.

Habrán expectativas, pero no milagros. Aunque en la F2 utilizamos los mismos circuitos, corremos en fines de semana diferentes, por lo que mi familiaridad con los trazados también es una ventaja.

—Carajo. —Es todo lo que se me ocurre decir mientras intento alinear mis pensamientos y recordar qué circuito me espera.

—Qué suerte tienes de haberte mudado a Wellingshire. El cuartel general de Moretti está justo allí.

—Es toda esa manifestación que dijiste que era una mierda.

Lanza una carcajada. —Nunca dije que fuera una mierda. Es más como... *mierda nueva* que es para aspirantes a hippies.

Me río, la tensión abandona mi cuerpo con cada segundo que pasa. —Bueno, sea lo que sea, funcionó, ¿verdad? Recibí la puta llamada. —Golpeo el aire con el puño cuando lo que quiero es gritarlo a los cuatro vientos.

—Lo hiciste, Riggs. Dios, lo hiciste.

La realidad golpea. El caos que me espera en los próximos días. Un caos del que he sido testigo directo, así que estaré preparado para el torbellino que se avecina.

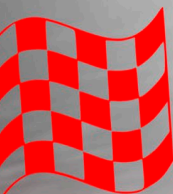
—¿Y ahora qué? ¿Adónde tengo que ir? ¿Cuándo tengo que estar donde tenga que estar? —La adrenalina empieza a disminuir. Mis manos tiemblan y mi voz vacila.

—He pedido los detalles. Estoy segura de que te conseguirán algo de tiempo al volante, ya sea aquí en Silverstone o para que te vayas pronto a la próxima carrera. Va a ser una locura: moldeado de asientos, ajustes de trajes, ruedas de prensa, fotos, reuniones con los ingenieros de carrera sobre los datos de telemetría.

—Lo sé. Estoy... —*Sin palabras.*

—Vete a casa. Te diría que hagas las maletas, pero no estoy segura de que necesites hacerlas todavía. Así que tal vez ir a casa y aclarar tu cabeza y manifestar o alguna mierda por el estilo.

K. BROMBERG
OFF THE



—Eres una cómica normal —digo mientras me deslizo al volante de mi coche.

—Siempre. Están enviando un contrato. En cuanto lo revise y haga los cambios necesarios, te lo haré llegar. Por ahora, todo lo que sé es que es un puesto temporal. Carrera a carrera, pero si se determina que Maxim está fuera por un largo período de tiempo, hay espacio para revisiones y ajustes.

—Tomaré lo que sea.

—Es más dinero. Mucho más. Más ventajas. Alojamientos de primera clase...

—Nada de eso importa, Ari. —Más es *la oportunidad*—. Esta es la oportunidad que he estado esperando. Lo es todo.

—Lo es.

—Eso es todo lo que importa. —Santo cielo. Esto es realmente real—. Hablamos en un rato.

—Suena bien. —Estoy a punto de terminar la llamada cuando dice—: ¿Oye, Riggs?

—¿Sí?

—Felicidades, hombre. Te lo mereces más que nadie.

La llamada termina. Me siento en el coche, con las manos agarradas al volante, la cabeza apoyada en el reposacabezas y las emociones agitándose más rápido de lo que puedo procesarlas.

Cierro los ojos con fuerza. Lo único que oigo es mi pulso acelerado. El latido de mi corazón hace que sienta que mi cuerpo salta con cada latido.

Esto es todo, Riggs. Esta es la oportunidad por la que has trabajado toda tu vida.

Mi grito retumba en los confines cerrados de mi coche. Lo entono hasta que me quedo ronco y se transforma en una carcajada incrédula.

Santo cielo.

Mierda.

Me duelen las mejillas de sonreír y la cabeza me marea de emoción.

Esto está ocurriendo. Esto está ocurriendo de verdad.

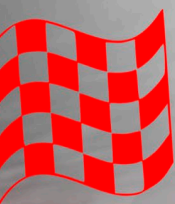
¿Oíste eso, papá? Lo conseguí. Finalmente lo logré.

Me seco la lágrima tan rápido como cae.

Mis pensamientos se aceleran con las cosas que tengo que hacer. Con las cosas que probablemente van a ocurrir a continuación. En las posibilidades que por fin están a mi alcance. En que soy la única persona que puede aprovecharlo al máximo.

Pero hay una cosa que necesito hacer más que nada.

—Mamá —le digo cuando contesta al teléfono.



—Lo sabía. Lo sabía. Lo sabía —grita, mientras el teléfono emite todo tipo de ruidos de estática por lo que supongo que es ella dando saltos—. Oh, Dios. No dices nada. Por favor, dime que tengo razón.

Me río y siento como si una válvula de presión liberara vapor al hacerlo. —Tienes razón. —Casi susurro las palabras, la gravedad de todo me golpea—. Al final todo ha valido la pena.

Los recuerdos pasan por mi mente como una presentación de diapositivas.

Carreras de karts en las que yo era el niño que se presentaba con un kart construido con piezas de deshuesadero, una madre que aprendió por su cuenta a trabajar en ellos para poder ayudar a su hijo, para poder ser el padre que él necesitaba porque no tenía ninguno, y un traje de carreras que ella misma cosió para que yo pudiera parecerme a los demás.

Claro, yo era el hijo de Ethan Riggs, pero el dinero de Ethan Riggs se lo había comido un agente de mierda que exigía más de su quince por ciento, abogados codiciosos que se llevaban su parte y las multas de los impuestos sobre la renta que nunca se pagaban.

Todas lecciones aprendidas por las malas.

A lo que nos quedaba, mi madre se aferraba con fuerza.

Así que dormimos en nuestra camioneta la noche anterior a una carrera para ahorrar dinero, ya que los hoteles eran muy caros. Jugamos a juegos tontos para entretenernos mientras nos acostábamos en la cama de la camioneta bajo la capota de la caravana y esperábamos a que llegara la mañana.

En aquel momento me avergonzó. El hijo de un antiguo piloto de F1 intentando ponerse los zapatos sobredimensionados de su padre pero sin tener el dinero para hacerlo. La comparación que nunca podría estar a la altura.

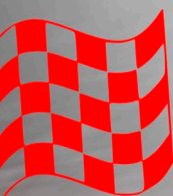
Guardo esos momentos como una insignia de honor. Especialmente ahora. Lo hice sin dinero. Con muy pocas conexiones. Con las agallas de mi madre y mi maldita determinación.

Luego ella se tragó hasta el último gramo de miedo que tenía cuando pasé a los coches. Sé que le aterrorizaba que siguiera los pasos de mi padre, pero me dejó seguir la pasión que le arrebató a su marido. Me dejó ser quien soy y no intentó trasladarme su miedo. Su apoyo inquebrantable me ha mantenido con los pies en la tierra, pero también me ha permitido volar. Ha sido un silencioso pilar de fortaleza cuando he fracasado y me he preguntado si todo este trabajo merecía la pena.

Ha sido mi roca, siempre, incluso cuando no me lo merecía.

Por supuesto, ella sería la primera persona a la que llamaría.

—Spence. Ni siquiera sé qué decir o a quién decírselo o cómo celebrarlo. —Está nerviosa y eso me hace sonreír.



—Lo sé. Me siento igual. —Golpeo el volante con el puño porque es lo único que se me ocurre hacer.

—¿Y ahora qué? —pregunta, y entonces oigo su voz apagada decir a alguien en su trabajo: —Mi bebé. Consiguió la carrera. —Luego chilla.

Sonríó. No puedo evitarlo. —Estoy esperando instrucciones. Sobre dónde ir. De cuándo estar allí.

Hay una pausa. Una respiración profunda. —Hazme saber dónde tengo que estar —dice suavemente.

Sé lo difícil que es para ella decir esas palabras. El sacrificio que está haciendo al hacerlo.

Juró no volver a pisar un circuito de F1 tras la muerte de mi padre. Me ayudó en mi época de karting, pero cuando empecé a correr con coches, sobre todo en circuitos en los que mi padre había corrido, no pudo hacerlo.

Lo intentó. Una y otra vez. No importaba la pista, el resultado seguía siendo el mismo: un ataque de pánico de proporciones épicas.

Pero aun así apareció.

Aun así, intentó estar a mi lado mientras yo luchaba por superar las emociones de seguir los pasos de mi padre. Y luego vino el ataque de pánico, tan violento y fuerte que todos pensamos que estaba sufriendo un infarto.

Esa fue la última vez que le permití venir a la pista.

Ya había perdido a uno de mis padres por culpa de las carreras. Seguro que no iba a perder a otro.

Estoy seguro de que ella sintió algo parecido. Mi padre era su único amor verdadero. Lo vio morir. Soy el único pedazo de él que le queda.

Así que llegamos a un acuerdo. Yo correría. Ella lo vería desde casa. Es casi como si la idea de poder cambiar de canal en caso de que ocurriera algo malo fuera suficiente. Hubo un entendimiento mutuo sobre por qué ella no podía estar presente durante el fin de semana de la carrera.

Diablos, ya es bastante difícil para mí algunos días.

Debe ser brutal para ella.

—Hemos hecho un trato, mamá. No puedes ir al circuito —le digo, aunque me encantaría que estuviera allí.

—Pero esto es diferente.

—No, no lo es. Déjame hacer algunas carreras primero. Así no tendré que preocuparme por ti y podré concentrarme en la pista. En el coche.

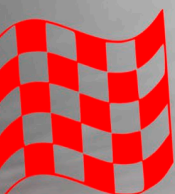
—Spencer.

—Lo digo en serio. ¿Por qué cambiarlo ahora? Obviamente funcionó.

Ella exhala. —Debería estar allí. Quiero estar allí.

—Mamá —le digo mientras se lo dice a otra persona de fondo que entonces grita.

K. BROMBERG
OFF THE



—Todos en el trabajo van a estar hartos de oírme anunciarlo —dice refiriéndose a la residencia asistida en la que trabaja—. Pero no me importa. Mi bebé por fin lo ha conseguido —canta en voz alta y luego susurra: —Estoy deseando ver la cara de la gruñona Maude cuando se lo diga. Cree que el único deporte en el que merece la pena perder el tiempo es el críquet. Se va a enojar cuando decore la sala de actividades con banderas a cuadros todos los días de carreras.

—Pobre Maude —digo.

—Spencer Riggs —dice en voz baja, y sé que habla en serio cuando me llama por mi nombre completo—. Estoy muy orgullosa de ti. —Su voz rebosa orgullo y me llega al corazón de la forma en que un niño quiere que sus padres lo quieran—. *Él también lo estaría.*

Me duele el pecho como a un niño que añora a sus padres.

—Eso espero.

—Ya lo sé. —Y como si ella misma sintiera la necesidad de romper la tensión, se ríe locamente—. Esto es muy emocionante. Tengo que volver al trabajo. Seguro que tú también. Quiero decir... ¡yahoo!

—Estás loca.

—No me querrías de otra manera.

—Muy cierto.

—Te quiero, hijo.

—Yo también te quiero, mamá.

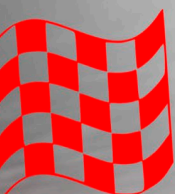
Termino la llamada, sacudiendo la cabeza y compadeciéndome de la bronca que va a echar a todo el mundo. Y sin duda lo hará.

Arranco el motor y empiezo a dirigirme a casa. La silueta de la pista se dibuja ante mí, el cielo y las nubes empiezan a teñirse lentamente de los colores del atardecer.

Pero hay una nube obstinada que aún no ha cambiado de color.

Una nube obstinada que parece una pelusa de algodón de azúcar azul.

Yo también te quiero, papá.



CAPÍTULO NUEVE

Camilla

Miro fijamente el exterior de Moretti Motorsports. Es un monolito de cristal y piedra que parece no tener fin, con un enorme lago artificial a lo largo de su fachada. El lago está rodeado de césped verde y sobre él hay una réplica de uno de nuestros coches de F1 originales.

Mi nonno se empeñaba en asomarse a su despacho y recordar el lugar donde creció en Italia. Su casita estaba cerca de un lago que visitaba todos los días con sus hermanos.

Se trajo el lago a la ciudad de Wellingshire cuando decidió establecer la sede de Moretti aquí, en el Reino Unido. Así ha sido desde entonces.

Hace poco más de dos semanas me detuve aquí pensando que iba a pasarme a comer con mi padre antes de volver a Roma. Pensé que me diría lo de siempre: —*Deberías mudarte aquí.* —Lo que no esperaba es que me pidiera que me hiciera cargo de la otra empresa familiar. Una especie de proyecto pasional de los Moretti.

El aceite de oliva hizo que nuestro nombre fuera muy conocido. También proporcionó a mi abuelo el capital necesario para financiar lo que le gustaba casi tanto como a mi abuela: las carreras de F1.

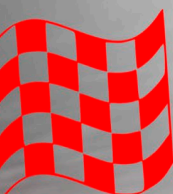
Hace quince días, salí de este edificio confundida e inquieta. Hace doce días, me senté en un pub con Isabella y Gia, rechazando todas las posibilidades sobre este nuevo plan de resplandor antes de volver a casa a recoger mis cosas para regresar a mi nueva aventura.

Ahora vuelvo, con mi vida completamente revuelta, mi nuevo apartamento convertido en una meca de cajas sin abrir y desorden, y mi mente decidida a sacar lo mejor de todo esto.

La cautela baila con la anticipación antes de fundirse con la estruendosa emoción de empezar algo nuevo.

Pero hay algo más que eso mientras contemplo el símbolo de un icono de las carreras que una vez fue la envidia de la industria.

Está la lista de promesas que me hice a mí misma. La lista en la que juré que trabajaría y cumpliría cuando mis pies cruzaran ese umbral por primera vez como empleada.



Desde el punto de vista profesional, estoy decidida a marcar la diferencia: renovar nuestra imagen, crear expectación y contribuir de algún modo a ganar una carrera, o al menos subir al podio, durante el año que dure mi mandato.

Personalmente, la lista es más profunda. Una vez que entre en el edificio, he prometido librarme de todo el miedo y las inseguridades que he dejado que me poseyeran durante demasiados años. Estoy decidida a vencer el fantasma que me retiene, incluido el poder que, sin saberlo, le di a otra persona en el proceso.

Nueva ciudad. Nuevo trabajo. Nueva tú.

Aquí no pasa nada, Camilla.

Abro la puerta y pongo un pie en mi nueva vida.

La mañana pasa volando. Me llevan de un departamento a otro y me presentan al personal. No estoy ciega. Veo las miradas cómplices que se intercambian. No hay duda de que en la oficina se envían mensajes de texto de cubículo a cubículo con la palabra nepotismo lanzada como si fuera un caramelo.

Pero no dejo que me moleste. No puedo. Probablemente me sentiría igual si estuviera en su lugar.

Desgraciadamente, o afortunadamente para mí, el accidente de Maxim el pasado fin de semana y la preocupación por su recuperación, así como por cómo debe avanzar el equipo, eclipsan mi llegada.

—¿Se acabaron las presentaciones? —me pregunta mi padre cuando entro en la sala de conferencias donde ha dispuesto que hoy trabajemos codo con codo.

Porque eso tampoco grita nepotismo.

—Se acabaron. Sí.

—¿Y? ¿Pensamientos? ¿Primeras impresiones? —Su sonrisa es amplia y sus ojos vivos. Parece feliz y, por ahora, eso me basta para que este trastorno merezca la pena.

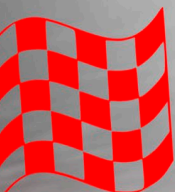
—Cuando se den cuenta de que sé de lo que hablo, entrarán en razón.

—Lo harán. No me preocupa lo más mínimo. —Se mueve en su silla—. Y te necesitamos ahora más que nunca después de este fin de semana.

—¿Cómo está Maxim?

Su suspiro lo dice todo. —Quemaduras de tercer grado en las manos. Una conmoción cerebral grave. Hinchazón cerebral que creen tener controlada, pero que no sabrán hasta que lo despierten. —Sacude la cabeza, con la preocupación marcada en las líneas de su rostro—. Y quién sabe lo que le costará superar mentalmente.

—¿Cuándo revertirán el coma?



—No estoy seguro. Imaginan que harán el desbridamiento de las quemaduras mientras está inconsciente para ahorrarle parte de la miseria. — Apoya la barbilla en la mano—. Mierda, Cam. Creía que estaba... Si no fuera por el HANS... No quiero ni pensar cómo sería esta conversación.

Todo director general teme que uno de sus conductores muera o resulte gravemente herido. Mi padre no es una excepción. Y no se equivoca con el HANS. Desde la introducción del reposacabezas obligatorio, ha habido muchas menos lesiones en la cabeza en todos los deportes de motor.

Sin duda, la tecnología ha sido amiga de las carreras.

—Es mejor que lo que temías hace cuarenta y ocho horas, ¿verdad? Así que tenemos que tomar todo lo positivo que podamos.

—De acuerdo.

—Odio sonar grosera, pero ¿qué sigue? ¿Quién lo sustituirá mientras tanto? —pregunto, sabiendo que la máquina no puede parar.

Su suspiro lo dice todo. —No es que haya nunca un buen momento para que un conductor salga herido, pero este es especialmente un momento de mierda. Nos agarraron con los pantalones abajo. Pashmi fue elegido por...

—Nuestro conductor de reserva, ¿verdad?

Asiente. —Sí. Bien por él. Le dieron un contrato a tiempo completo. Malo para nosotros, porque ocurrió la semana pasada y aún no habíamos cubierto la vacante.

—Así que has tenido que ir de compras —digo en términos que pueda entender.

—Correcto.

—¿En F2 o uno de los pilotos reserva de otros equipos? —le pregunto. Como los pilotos pueden cambiar de equipo y los equipos pueden cancelar contratos ad hoc, tengo curiosidad por saber en qué está pensando.

—Hemos llamado a un piloto de F2.

—Oh. —Eso no es lo que esperaba que dijera—. ¿No es una transición enorme? No tenemos tanto tiempo para esperar a que un novato consiga su Super licencia. Para adaptarse. Para aprender el coche.

—Conoce la F1 y tiene su licencia. Asiste regularmente a los entrenamientos de los viernes con su actual equipo.

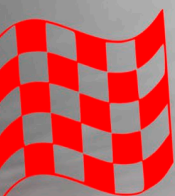
Jesús. —¿Eso significa que ni siquiera es piloto reserva? —Si hubiera ganado campeonatos, seguramente sería piloto reserva en algún sitio.

—Me gusta para nosotros.

Estupendo. Ya no me está gustando esta decisión.

—¿Y cómo se encuentra uno un coche de F1 para practicar al azar? Suena un poco desesperado si me preguntas.

—O dedicado.



Miro a mi padre mientras sigue en lo suyo, tecleando en su portátil como si esta conversación no tuviera ninguna importancia. —Papá.

—¿Hmm?

Espero a que levante la vista. —Por eso perderemos, si agarramos al primer piloto que esté disponible y medianamente cualificado.

Su sonrisa es lenta y constante. Su voz contiene un toque de sorpresa. —¿Vamos a pelearnos en nuestro primer día, Camilla?

—¿No es por esto por lo que me pediste que viniera? ¿Para aprender? ¿Para cuestionar? ¿Para mejorar lo que tenemos?

—Lo es. Sí. —Asiente lentamente—. Pero también es sentarse y escuchar. Es difícil aprender cuando estás juzgando.

De acuerdo, entonces. Esto de trabajar para él puede ser más difícil de lo que pensaba.

—¿Cómo se llama? —le pregunto.

—Spencer Riggs. Estoy seguro de que has oído hablar de él.

—Papá, apenas he tenido tiempo de ponerme al día sobre los pilotos que tenemos en nuestro equipo en la última semana que he estado recogiendo mi vida, y mucho menos de educarme sobre los pilotos de F2 que nunca planeé tener que conocer.

—Entendido —dice, ampliando su sonrisa—. Creo que te va a gustar este tipo.

—¿Por qué? ¿Porque es un buen conductor o porque te ha encantado? —Me lanza esa mirada que me dice que tengo que andar con cuidado. Levanto las manos en señal de rendición—. Es una pregunta válida.

—Tiene talento en bruto, Camilla. Tiene los tiempos de vuelta más rápidos en F2 este año. Termina bien cuando su coche hace lo que tiene que hacer. He oído que trabaja bien con su equipo. —Mueve la cabeza de un lado a otro como si estuviera contemplando algo—. Además, creo que te va a encantar.

—Ajá. ¿Y eso por qué?

—No rehúye a la cámara. Le encanta llamar la atención.

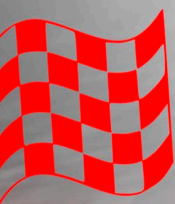
—Esperemos que no rehuya más el podio.

—Gracioso —dice, y yo sonrío, la tensión entre nosotros disminuye—. Lo digo en serio. A la cámara le encanta y tiene un cierto carisma que creo que te va a gustar. Es guapo. Tiene un gran seguimiento social que lo hace fácilmente comercializable, al menos eso es lo que dice Elise.

Elise. Me devano los sesos para ponerle cara al nombre. Mi nueva mano derecha. Sí. Elise Coddington.

Al menos tiene opiniones que no teme compartir. Estoy de acuerdo.

—Bueno, eso es una ventaja —digo—. ¿Cuál es su récord en F2?



Mi padre tuerce los labios.

—¿Papá? —pregunto, su falta de respuesta, es respuesta suficiente—. Esta es la parte en la que te digo que creo que estás perdiendo la cabeza. ¿No crees que eso es un gran problema?

—Por favor. Hablas con franqueza. —Se ríe entre dientes.

—Pensé que habíamos cubierto eso, por eso me trajiste a bordo. Ojos frescos. Nuevos puntos de vista. Opiniones contundentes.

—Muy cierto. —Me mira a los ojos y sonrío con orgullo. Se echa hacia atrás y entrelaza los dedos detrás de la cabeza—. Veamos. Spencer Riggs. En los últimos dos años ha ganado la pole cinco veces.

—¿Cuántas victorias? —pregunto. Las victorias lo son todo en este deporte. Las victorias dan puntos. Y los puntos son vitales para el dinero.

Pero mi padre sólo levanta el dedo para que me calle y pueda terminar. —El tipo nació en este deporte. Conoce todos los aspectos como la palma de su mano. Tiene grandes conocimientos de ingeniería, reflejos superiores y una sorprendente adaptabilidad a las distintas condiciones. Es el primero en llegar a la pista cada fin de semana y el último en irse. Hace simulaciones después de una carrera para estudiar lo que hizo mal y cómo puede hacerlo mejor.

—Todavía no me has contestado —digo, pero no he descartado los atributos que mi padre ha enumerado.

—Es profesional dentro y fuera de la pista y sabe que el equipo es lo primero antes que uno mismo.

Me aclaro la garganta y enarco una ceja. —¿Papá?

—Ganó tres carreras la temporada pasada, Cam.

—¿La temporada pasada? ¿No esta? ¿Y . . . eso es todo? —pregunto. Los pilotos que ascienden a F1 dominan su división. Son ganadores del campeonato. Son conocidos por la gente de F1. *¿La gente siquiera sabe quién es este tipo Riggs?*

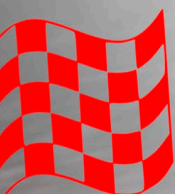
—Ha liderado muchas carreras, pero cosas ajenas a su voluntad han impedido más podios.

—¿Cómo?

Suspira exasperado. Está claro que ahora mismo se está replanteando subirme a bordo. —Fallos de motor. Precauciones a destiempo. Ser golpeado. Es fuerte, tenaz...

—Me suena a mala suerte.

—Son cosas que pasan. Son las carreras. Pero el chico tiene talento, Cam. Talento en bruto como no he visto en mucho, mucho tiempo. Creo que este es su momento. Creo que puede ser una gran incorporación a nuestro equipo.



—Está claro que nadie más lo ha visto tampoco o ya tendría transporte, ¿no? —¿Debería preocuparme por las decisiones que está tomando ahora? Quiero decir—. ¿Por qué no tomar a uno de los pilotos reserva de uno de los otros equipos? Encuentra un contrato que uno de los otros equipos te permita comprar. ¿No sería una apuesta más segura?

Se acerca con paso firme a la ventana para poder mirar las oficinas que hay más allá de la suya, con una mano en la cadera. —Lo sería, sí, pero nada ha cambiado aquí por tomar la apuesta más segura ahora, ¿verdad? —Se gira para mirarme y me encanta la picardía de sus ojos—. Quiero agitar las cosas. Creo que Riggs puede ser nuestro hombre para hacerlo.

Hay una línea muy fina entre sacudir las cosas y joderlas. Esperemos que ocurra lo primero.

—¿Riggs?

—Así lo llama todo el mundo.

Estupendo. ¿Quién demonios se hace llamar Riggs?

—Me reservo el juicio.

Se ríe. —Nunca he sido un seguidor.

—Nunca —le digo.

—Te va a gustar. Te lo prometo.

—Un piloto engreído que acaba de ascender y que probablemente disfruta de las ventajas que conlleva ese ascenso: dinero, actitud y mujeres. No puedo esperar a conocerlo.

—Parece que sí. Llevas toda la vida en esto. Ya sabes cómo va. Algo de esto es un espectáculo...

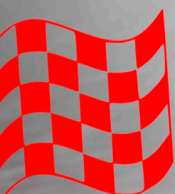
—Algunos no lo son. —Me río entre dientes.

—Bueno, podrás comprobarlo por ti misma porque está de camino para que todo el mundo lo conozca.

—No puedo esperar —murmuro irónicamente.

—Asegúrate de actuar con un poco más de entusiasmo cuando lo conozcas. Queremos que piense que lo queremos aquí.

—Puede que lo queramos aquí, pero tendrá que ganarse el puesto, igual que yo.



CAPÍTULO DIEZ

Camilla

Por muy emocionante que sea empezar en un sitio nuevo, también es francamente agotador. Los nombres que hay que recordar. Los cubículos que hay que localizar para ir al correcto. El plan de marketing actual que hay que revisar para comprender el panorama general de dónde está Moretti y determinar los lugares a los que tiene que ir.

Mi padre tenía razón. Su marketing está en la era de los dinosaurios. Hay mucho margen de mejora, pero cuando algo es tan antiguo como esto, la resistencia al cambio va a ser real. Tengo la sensación de que la resistencia va a venir de la mayoría, no sólo de unos pocos empleados quisquillosos. Que empiece la ardua batalla.

La única forma que se me ocurre de solucionarlo, y es algo sobre lo que reflexioné mientras hacía las maletas, es utilizar a los conductores de los equipos para modernizar la marca.

Son jóvenes. Son guapos, bueno, Andrew y Maxim lo son. No sé acerca de este tipo Riggs. Esperemos que tenga algo con que trabajar cuando se trata de él.

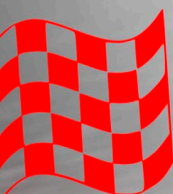
Es un plan obvio, algo que técnicamente ya se está haciendo. Pero pienso retocarlo con la creatividad y la innovación de Camilla Moretti.

—Así que tendremos que conseguir nuevas fotos de los conductores. Incluso tengo permiso para renovar el logotipo de la empresa antes de pegarlo en todo lo que podamos. Tenemos que ver esto a través de los ojos de gente aún más joven que nosotros. Queremos a los veinteañeros y adolescentes que comparten publicaciones y luego las vuelven a compartir para que las cosas se vuelvan virales. Ellos serán quienes transmitan el deporte a la próxima generación.

—Estoy de acuerdo. Creo que esta lista que hemos elaborado es exhaustiva y deja suficiente margen para la interpretación, pero no tanto como para que no podamos actuar en consecuencia. —Golpea el escritorio con el bolígrafo—. Empezamos con buen pie.

—Y sólo va a ser más fuerte. —Asiento a Elise, una agradable sorpresa por no decir otra cosa. Es joven, culta y más que receptiva a mis ideas. Frustración fue la palabra que utilizó para referirse al marketing de Moretti, así que al menos estamos de acuerdo—. Has hecho una gran aportación. Gracias.

K. BROMBERG
OFF THE



—Estoy entusiasmada. Este plan supera todo lo que hemos hecho desde que estoy aquí. Es fresco y moderno y no atrae a viejos de cincuenta y tantos años como todo lo demás que hemos hecho.

—Cierto. —Me río entre dientes y echo la silla hacia atrás—. Voy a tomar algo —digo.

—Estaré aquí. —Levanta la mano sobre la pared de su cubículo a modo de broma.

—¿Quieres algo?

—No. Estoy bien. Creo que una decimocuarta taza de café podría estar empujando el revestimiento de mi estómago demasiado lejos.

Me río. —Sí. Probablemente. Cuando vuelva, quiero revisar tanto a Andrew como al nuevo piloto, Spencer. Hacer una inmersión profunda en sus redes sociales, en ellos en general, y ver cómo podemos orientar esta nueva campaña en torno a ellos específicamente.

—No pierdes el tiempo, ¿verdad?

Me detengo y le sonrío. —Tengo mucho que hacer y poco tiempo para demostrar a todo el mundo que no estoy aquí por nepotismo. Además, con el nombre de Maxim en los medios en este momento, es un buen momento para capitalizarlo. Sé que roza el mal gusto, pero así son las cosas.

—De acuerdo. Todos de acuerdo.

—¿Seguro que no quieres nada?

—No. Estoy bien.

Tomo el camino más largo hasta la sala de descanso, dejando que la nostalgia de estar aquí se apodere de mí.

Pensé que sería raro. Que la mera proximidad a este mundo haría que me cerrara en banda y me volviera loca. Pero hasta ahora no ha ocurrido ni lo uno ni lo otro y eso me da esperanzas de que siga siendo así.

Sin embargo, ¿estar en una carrera, en el paddock o en el garaje? Eso ya es *otra cosa*. Ya me ocuparé de ello cuando llegue el momento.

La sala de descanso de la planta está vacía cuando entro, lo cual es un milagro en sí mismo, teniendo en cuenta la cantidad de empleados que hay en el edificio en un momento dado. Agradezco el momento de silencio.

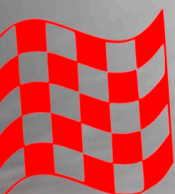
Con sus luminosos conjuntos de mesas y sillas, unos cuantos sofás, un sistema de juegos en un rincón, por no hablar de una pared forrada de cestas y estanterías que albergan todos los tentempiés imaginables para el personal, el espacio resulta acogedor.

Y guarda tantos recuerdos.

De pequeña, esta solía ser mi razón favorita para venir a trabajar con mi padre. Los interminables tentempiés y dulces para un niño son como Disneylandia.

Siguen siendo tentadores de adulto.

K. BROMBERG
OFF THE



Estoy mirando la selección, de espaldas a la puerta, cuando oigo: —Uy, esta no es la sala de conferencias.

Me doy la vuelta y me quedo inmóvil cuando un par de ojos grises se cruzan con los míos. Ojos grises que forman parte de un paquete muy seductor que sé que es una farsa.

—¿Qué haces aquí? —preguntamos los dos al mismo tiempo y luego nos detenemos como si estuviéramos guionizados.

—Oh mira, es la Chica Baggy Bar. ¿Qué haces aquí?

¿Chica Baggy Bar?

—Oh mira, ¿eres el Idiota o prefieres Dare Dick? Y yo podría preguntarte lo mismo. Pero mierda, me sorprende que siquiera reconozcas mi presencia sin necesitar una carta de reto en la mano para hacerlo. —Mi sonrisa es tan sarcástica como mi tono.

Resopla en respuesta y luego me mira de arriba abajo con una expresión discernible. Solo sirve para enojarme, para recordarme lo mortificada que me ha hecho sentir... y para que parezca que puedo sentir cada piel de gallina mientras se forma antes de que me recorra todo el cuerpo.

Y ahí está. *Otra vez.*

Aprieto los dientes y me odio por tener otra reacción que no sea de odio hacia el hombre que tengo delante.

Esa noche dejé toda la situación en un lugar de poder. Me niego a dejar que me devuelva a otra cosa que no sea eso.

—Estoy esperando una respuesta —digo.

—Las damas primero.

—Oh, mira. Tiene modales —chasqueo—. Lástima que sé que son sólo para mostrar.

—Tienes derecho a tener tu propia opinión. Igual que yo tengo la mía. —Se encoge de hombros con indiferencia—. Qué suerte que trabajes aquí, ¿eh? Déjame adivinar, estás en atención al cliente. Una voz agradable detrás de un teléfono sin rostro.

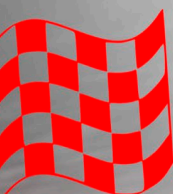
Lo absorbo. Los zapatos. La camisa polo Moretti Motorsports. Los ojos muy abiertos. Los labios entreabiertos que se transforman en una lenta sonrisa cuando cree que aún lo estoy observando.

Tartamudeo mentalmente cuando dos cosas quedan muy claras.

Uno, sólo hay una razón lógica para que esté vestido así. Y no es porque sea un fan demasiado entusiasta que ha irrumpido aquí para una rápida emoción.

Mierda.

Él es Spencer Riggs. Nuestro nuevo conductor. Tiene que serlo.



Es la única explicación razonable, ya que he conocido a todas las personas de este edificio y él no era una de ellas. Además, lleva un polo de conductor.

Y dos... claramente no sabe quién soy. Que soy una Moretti.

—Estás mirando. —Su hoyuelo se hace más profundo cuanto más petulante se vuelve su sonrisa—. Eso debe significar que tengo razón sobre tu trabajo o... que sigues interesada en mí.

—No. Espera. ¿Qué?

Se ríe entre dientes. —Tú eres *la* que me besó.

—Tú eres *el* que me devolvió el beso —replico y entonces me doy cuenta de que mi afirmación no prueba nada más que el hecho de que tenemos química. Química que preferiría negar—. Y tú eres el que fue un idiota.

—Ya te lo expliqué. Fue un desafío. Tú estabas allí, así que actué en consecuencia. Compartimos dos besos intensos que *ambos* disfrutamos. Caso cerrado.

—¿Cómo sabes que lo disfruté?

Su sonrisa se vuelve ladeada. —No vi que me empujaras cuando fui por el segundo. Por tus manos en mi camisa me pareció que te gustaba... pero, ¿qué sé yo?

Me tiene ahí. Me tiene cuando yo no quiero que lo haga de ninguna manera, y me da más que vergüenza admitirlo. Utilizo mi confusión y la convierto en ira porque es mucho más fácil que reconocer cómo este gran espacio de repente se siente tan pequeño con él en él.

Mira el reloj y maldice. —Mira, entiendo que esta es la sorpresa de todas las sorpresas, pero tengo una reunión a la que llegar.

—Sí. Adelante —le digo.

—Estupendo. Gracias. —Asiente y retrocede unos pasos.

—Una pregunta más —digo, sin poder evitarlo.

—¿Qué es eso? —Se detiene y me mira a los ojos.

—¿Por qué yo en el bar?

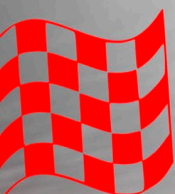
—Te lo dije. Conveniencia.

—Mentira —le digo, y sus ojos se abren de par en par—. Y la razón por la que sé que es mentira es porque te sentiste culpable cuando lo descubrí. Me perseguiste. Mostraste un atisbo de conciencia cuando parecería que no la tienes en absoluto.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que tienes razón?

—No. Quiero que me digas qué hay en mí que te hizo elegirme.

—Dios. —Exhala un suspiro y mira por encima del hombro como si esperara que hubiera alguien más allí antes de volver a mirarme—. No fue



nada en particular, ¿bien? Eres guapa. Preciosa. Pero eso no significa que seas mi tipo.

Deja esta conversación.

Vete.

Pero no escucho mis propios consejos. —¿Y qué es entonces?

—Digamos que me gustan las mujeres que tienen un poco más de confianza. Que son dueñas de su sexualidad en lugar de esconderse de ella.

—Vuelve a mirarme de arriba abajo: mis vaqueros holgados, mi camisa abotonada de gran tamaño.

Mierda. *Golpe directo. Buen trabajo... imbécil.*

Si supiera cuántas veces intenté ignorar la vocecita en mi cabeza que me decía que estaba haciendo el ridículo. Cuántos ataques de pánico se desencadenaron cuando intenté demostrarme a mí misma que lo era. *Cómo odio haber sentido la necesidad de esconderme durante tantos malditos años.*

—¿Y? —pregunto, claramente una glotona de castigo.

—No. Creo que ya he dicho suficiente. —Mira por encima de su hombro antes de encontrarse con mis ojos.

—¿Por qué hacerlo ahora, verdad?

—Mira. No estoy seguro de si estás haciendo esto para poder enterrarme aún más en un agujero que estás cavando para mí o si estás tratando de golpearte a ti misma un poco más. Ninguna de las dos cosas me atrae.

—O tal vez quiero ver lo que piensan los demás cuando me miran. Resulta que sé que no tienes problema en hacer que la gente se sienta como una mierda.

Su suspiro resuena, y casi me siento mal por haberlo puesto en un aprieto. *Casi.* Pero ahora que mi petición está ahí fuera, quiero que la responda.

El problema es que está condenado si lo hace y condenado si no lo hace. Rechaza mi petición y es un imbécil. Cumplirlo y se ve aún más superficial.

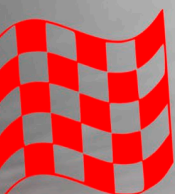
Una expresión de dolor se dibuja en su rostro.

—La opinión de un hombre es todo lo que pido.

—Apenas nos conocemos. No está bien que me preguntes esto.

—Al igual que la tarjeta de desafío no estaba bien. Sígueme la corriente, ¿quieres? —¿Por qué sigo insistiendo con esto? ¿Estoy tratando de castigarme por *sentir* de repente? ¿Por gustarme el zumbido que vibra bajo mi piel cuando él está cerca?

—Mira. —Toma aire—. Eres preciosa. Tu cara. Tus rasgos. Tus ojos. Pero está más que claro por la ropa que llevas que odias tu cuerpo. —Se me



eriza la piel ante su escrutinio—. Puede que tengas algo en contra de las curvas, pero te aseguro que nadie más lo tiene.

Se me llenan los ojos de lágrimas y parpadeo tan rápido como salen. Resoplo y asiento.

Lucha con emociones internas que no puedo nombrar. Está en la profundidad de sus ojos y en el pulso de su mandíbula. Casi como si acabara de tomar conciencia y se diera cuenta de que sus palabras duelen.

—¿Estás contenta? ¿Tienes tu respuesta? ¿Puedo irme ya? —Las palabras y el tono difieren mucho de la expresión de su cara.

—Eres un absoluto idiota.

No me pierdo el gesto de sus ojos. Vuelve a mirar el reloj y maldice mientras yo intento comprender el cambio de arrepentido a arrogante. Está claro que quiere abandonar esta conversación. Yo también. —Mira, ¿esto va a ser un problema aquí? ¿Lo del bar? Porque no puede serlo. Tengo demasiado en juego como para joderlo. —Se mete las manos en los bolsillos—. ¿Qué hará falta para que vuelvas a tu cubículo y finjas que esa noche nunca ocurrió? ¿Dinero? ¿Mierda firmada que puedas subastar? ¿Qué te mencione en una de tus redes sociales? ¿En mi red social? Di tu precio.

Hay tantas maneras en las que podría joderlo ahora mismo.

Tantas formas en las que podría jugar con su cabeza.

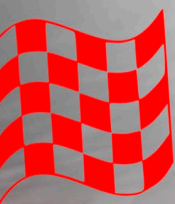
Pero creo que conozco una forma aún mejor.

Sacudo lentamente la cabeza. —No quiero nada de ti. No te preocupes. Será mejor que vuelva a mi cubículo antes de que mi jefe piense que he dimitido.

Me mira con recelo. —¿Entonces estamos bien?

Asiento. —Estamos bien.

Y no puedo esperar a ver lo *bien* que se sentirá la próxima vez que nos veamos.



CAPÍTULO ONCE

Camilla

Dios, está bueno.

Esas tres palabras han salido de la boca de Elise más veces de las que puedo contar en la última hora. Si ha notado que entrecierro los ojos cada vez que las dice, no se ha inmutado.

Hemos seguido ampliando nuestra lista de posibles ángulos de marketing. El enfoque actual consiste en estudiar las redes sociales de los pilotos. La de Andrew es básica y aburrida. ¿La de Riggs por otro lado? El hombre sabe cómo hacer un chapoteo en la comercialización de sí mismo.

Es un vídeo viral tras otro. Paracaidismo en una isla tropical. Recién salido de la ducha con sólo una toalla alrededor de la cintura. Una broma tonta a su ingeniero de equipo en Fórmula 2. Sudando durante un entrenamiento con los pantalones cortos ajustados y la camiseta pegada al pecho.

Y esa sonrisa suya. Cada vez que la muestra, creo que Elise se derrite aún más.

¿Pero yo en cambio? Cada vídeo que vemos sólo sirve para irritarme más. El hecho de que sea encantador y guapo no hace más que aumentar la irritación.

—Maxim es un *gran* tipo —dice Elise mientras cuelga el teléfono, —pero tiene la personalidad de una alfombra. No tiene carisma. Todo carreras, todo el tiempo. No es que eso tenga nada de malo. No quería decir...

—Estás bien. —Me río—. Es mucho más fácil comercializar a alguien que lo entiende. Spencer, quiero decir, Riggs, *lo entiende*.

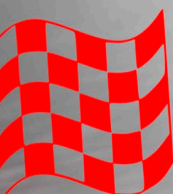
—¿Ya lo conociste? —susurra casi como si no le permitieran preguntar—. He oído que está en la oficina hoy para reuniones.

Asiento. —Lo está. Seguro que ya se ha probado el uniforme y se ha hecho un molde del trasero para el asiento. Ahora está reunido con los fisioterapeutas para repasar el plan. Luego se reunirá con los nutricionistas y comerá. Tendrá más reuniones para conocer a la tripulación y sus trabajos.

—¿Todo eso antes de ir a la pista más tarde? —pregunta Elise, con los ojos muy abiertos.

—Sí. Lo van a meter en una batidora los próximos días hasta que escupa como nuevo piloto del equipo Moretti.

K. BROMBERG
OFF THE



—Jesús.

—Has acertado —murmuro, aún confusa por el repentino cambio de actitud que había experimentado antes.

No es tu problema, Cam. ¿Después de lo que te hizo? ¿El bar y los comentarios de hoy? Definitivamente no es tu problema.

—Tendremos que escudriñar su biografía para ver qué podemos sacar de ella o si hay algún ángulo que podamos aprovechar. —Palmeo la gruesa carpeta de papel manila que hay sobre la mesa a mi lado—. Esa es mi próxima inmersión profunda.

—¿Todavía no lo has buscado? —me pregunta Elise, con expresión curiosa.

—¿No? ¿Hay algo importante que deba saber?

—Sí. Su padre era...

—¿Cami?

Los dos miramos a Halle, la ayudante de mi padre, que está en la puerta de mi despacho. Es una de esas personas demasiado lindas, demasiado burbujeantes para su propio bien, pero es tan simpática que no puedes enojarte con ella por eso. Sólo puedes desear tener una décima parte de *todo lo que ella tiene* para ti.

—¿Sí?

—Tu padre preguntó si podías subir a la sala de conferencias.

—Enseguida voy —le digo mientras se aleja, y Elise chilla.

—Vas a conocerlo ahora mismo, ¿verdad? —pregunta.

Lo único que puedo hacer es reírme entre dientes porque mientras ella puede estar emocionada, yo puedo estar tramando la manera perfecta de entrar en la habitación y sorprenderlo. Sin duda, la hora que ha pasado viéndolo sin camiseta y encantada por sus payasadas ha contribuido a alimentar el pequeño flechazo que siento por él.

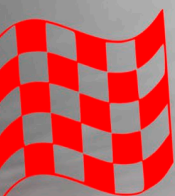
—Lo más probable.

—Apuesto a que huele bien. Y que está aún más bueno en persona. —Ella se contiene y sus mejillas se calientan—. Te prometo que soy profesional. —Se ríe y luego dice en voz baja y juguetona: —Vaya forma de causar una primera impresión a mi nuevo jefe deseando a nuestro nuevo piloto.

—En realidad es una buena señal. Son el grupo demográfico al que queremos dirigirnos, así que si puede provocar esa reacción en ustedes, significa que tenemos esperanzas de renovar nuestra imagen.

—¿En serio? —pregunta.

—De verdad. Creo que tú también vas a ser de gran ayuda para que lleguemos.



—Alucinante. —Elise se pavonea con una enorme sonrisa y los ojos muy abiertos. Recuerdo cuando era nueva en un trabajo y esperaba que se fijaran en mí. Deseando que mi jefe se fijara en mí y viera potencial en lugar de en un chico más joven que no sabía lo que hacía.

Sólo cuando voy de camino a la sala de conferencias me doy cuenta de que Elise no llegó a terminar de hablarme de la biografía de Riggs. Me arrepiento de no haber tomado la carpeta al salir para poder ojearla al subir.

No se puede culpar a una chica por querer estar informada mientras muestra a alguien.

Cuando llego, la reunión ya está en pleno apogeo, así que me quedo en la puerta y espero a que me metan en la conversación. Spencer me da la espalda, tiene los hombros anchos, las manos juntas sobre la mesa y asiente mientras mi padre habla.

¿Está nervioso? ¿Emocionado? ¿Precavido? ¿Preocupado por volver a fracasar? Probablemente sea una mezcla de las cuatro cosas.

¿Y por qué me importa?

Porque tengo que hacerlo.

Porque mi padre tiene puestas sus esperanzas en este nuevo piloto, que a mí no me gusta, pero parece que a todo el mundo sí.

Mi padre se ríe y atrae mi atención hacia él, donde se encuentra perfectamente en su elemento. Lo que hace es ser director general de Moretti, pero lo que más le gusta es hablar con los pilotos, debatir sobre el deporte, estar en contacto directo con las personas que hacen posible este mundo en lugar de estar detrás de su mesa.

Y la expresión de su cara lo confirma.

Su sonrisa se ensancha cuando se fija en mí. —Cami. Vamos, entra. — Me tiende la mano para hacerme pasar mientras mis ojos están cien por ciento fijos en Spencer Riggs.

¿Cuál va a ser su reacción?

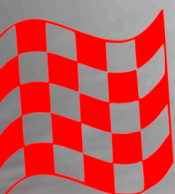
—Spencer Riggs, esta es mi hija y la encargada de marketing, Camilla Moretti.

Un ligero aleteo de sus fosas nasales. Un rápido apretón de mandíbula. Una tensión de los tendones de su cuello. Tengo que reconocérselo a Spencer. Disimula bien su sorpresa. Lo suficiente como para que no obtenga la satisfacción que esperaba al sorprenderlo.

Maldita sea.

Y la sonrisa de megavatio que esboza cuando se levanta de su asiento y me tiende la mano dice que él también lo sabe. —Encantado de conocerte, Camilla. Estoy deseando trabajar contigo.

Nuestros ojos se sostienen mientras intento ignorar el calor de su mano y el repentino salto de mi pulso. —Felicidades por la llamada, Spencer...



—Llámame Riggs. Todo el mundo lo hace.

Asiento. —Bienvenido al equipo. Estoy deseando ver lo que puedes hacer.

Su hoyuelo guiña un ojo mientras me suelta la mano. —Creo que todo el mundo lo está.

—Este es un calibre diferente al que estás acostumbrado —digo, tratando de hacer una sutil indirecta—. ¿Crees que estás preparado?

—No hay necesidad de preocuparse por mí. Siempre estoy a la altura de las circunstancias. —Una sonrisa juguetea con la comisura de sus labios y juro por Dios que está coqueteando conmigo delante de mi padre.

Coqueteando conmigo, una mujer que *no* es su tipo.

No te habría besado una segunda vez si la carta fuera cierta.

—Supongo que tendremos que ver qué cartas te tocan.

Suelta una carcajada y sacude la cabeza. —Supongo que sí.

Nuestros ojos se sostienen demasiado tiempo antes de que desvíe la mirada y mire a mi padre. Tiene una expresión extraña en la cara: los labios apenas levantados, los ojos entrecerrados, casi como si estuviera interpretando una situación que no existe.

—Entonces, Riggs. —Su sonrisa se vuelve encantadora—. Camilla es mi gurú de marketing. Y *mi hija*, pero no deberías echarle eso en cara.

—No, señor. —Le sigue el juego y se ríe.

—Hoy es su primer día oficial en esta división de la empresa, y la he puesto manos a la obra. Ella es la responsable de dar a conocer tu cara al público. Que la gente te identifique como un conductor Moretti. Crear la imagen que vas a tener que respaldar con tu talento.

—Perfecto —dice con otra mirada hacia mí antes de volver a mirar a mi padre—. Haré todo lo posible para darle lo que necesita.

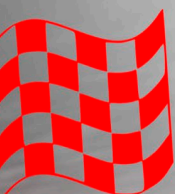
Pongo los ojos en blanco. El encanto y las insinuaciones son tan densos como su mierda.

Hombres. No vale la pena la molestia, la complicación o el esfuerzo.

Me echa un vistazo e intensifica su sonrisa cómplice. ¿Por qué no puede ser feo?

Entonces quizá mi cuerpo no me traicionaría. Tal vez mis ojos no se sentirían atraídos por él, y mis labios no recordarían cómo se sentía el suyo contra los míos.

Contrólate, Cami. Un enorme y astronómico control. El hombre es claramente inmaduro y rencoroso a juzgar por los juegos egoístas que juega con las mujeres. *Recordar sus besos debería sopesarse con esos defectos.* Esas... banderas rojas.



Qué ironía. Llevo toda la vida odiando que mi cuerpo no reaccione en absoluto, incluso ante hombres que en su momento pensé que me importaban de verdad, y ahora que lo hace, no quiero que lo haga.

Los mendigos no pueden elegir, Camilla... pero pueden ser muy exigentes.

Es asombroso que este *repentino despertar* haya ocurrido a su alrededor. Con él.

Lo estudio. Sus manos fuertes y sus antebrazos venosos. Su piel bronceada y sus anchos hombros. Sus ojos grises y su barba incipiente.

Y aunque todo eso es atractivo en sí mismo, el hombre se comporta de una manera que sólo parece aumentar su atractivo. Seguro de sí mismo. Un poco arrogante. Mucho carisma.

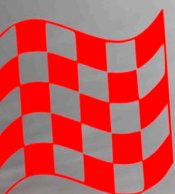
Todas las cosas que me gustan en un hombre, pero que no quiero que me gusten en este.

Me mira a los ojos y sonríe como si supiera que estoy pensando en él. Mi primera inclinación es apartar la mirada. El hombre acaba de intentar pagarme abajo. Pero no lo hago. Lo miro fijamente.

Es mi trabajo construir la presencia de Moretti en la F1 y en el mercado global. Promocionar a este hombre. Ahora mismo, no puedo evitar pensar que esto último sería mucho más fácil para mi estado mental si no hubiera tenido interacciones previas con Spencer Riggs. Si yo no supiera que podía besar mejor que cualquier hombre que he conocido . . . y *no es un imbécil inmaduro*.

—Si no me necesitas —digo, empezando a moverme hacia la puerta, pero mi padre me hace un gesto para que me quede. Qué bien. Justo lo que quería.

—Me alegro de que estés a bordo. Estoy deseando que empieces a trabajar. Ahora, hablemos del horario...



CAPÍTULO DOCE

Riggs

Ella distrae.

Su perfume. Sus labios carnosos. Sus bromas sin sentido que ella cree que me demuestran lo dura que es pero que, en realidad, me demuestran que sigue interesada.

Y creo que eso va a ser un problema.

Porque no hay nada peor que una mujer luchando contra algo que realmente quiere. La hace irracional. Decidí ganarla a ganar cuando sólo lucha contra sí misma.

Aunque no negaré que es seductora. En cuanto la vi en el bar, me quedé intrigado. Ojos castaños claros enmarcados por gruesas pestañas. Su cabello oscuro recogido en una elegante coleta sugiere que es todo negocios.

Mis dedos se curvan al recordar lo que sentí con su mano agarrada a ellos.

Se lo daré a ella. Es guapa de esa manera sofisticada y con clase. Lo suficiente como para sentir curiosidad por lo que hay debajo de toda esa ropa holgada. No es que importe. Es la hija del jefe, y conozco los límites. Esta oportunidad es demasiado importante para mí como para distraerme.

Aunque es una pena, ya que tuvo las pelotas de enfrentarse a mí delante de mis amigos.

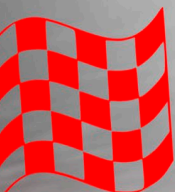
Al menos puedo respetarla por eso y por sus indirectas durante esta conversación. ¿Me las merezco? Sí, probablemente. Probablemente. Pero carajo si un hombre no puede divertirse un poco en un bar. Sin duda, ella y sus amigas miraban a los hombres y adivinaban lo grandes que eran sus pollas y posiblemente los descartaban por sus suposiciones. ¿No es lo mismo?

Y si hubiera sabido quién era, una maldita Moretti, probablemente no habría intentado utilizarla para ganar el desafío.

A la mierda. Me miento a mí mismo, lo habría hecho. Ella era cebo de igualdad de oportunidades justo cuando yo necesitaba que lo fuera. Sin reparos. Igual que no me miento a mí mismo que la mujer definitivamente sabe besar.

Como los cinco mejores besos de entre muchos más de los que puedo contar. ¿Es malo que solo de recordarlo y verla delante de mí se me ponga la polla dura debajo de la mesa?

K. BROMBERG
OFF THE



—En otras palabras, una recuperación sin fecha a partir de ahora.

Llevo mis pensamientos de vuelta a la habitación. De vuelta a Carlo Moretti y sus declaraciones sobre las heridas de Maxim. Cosas en las que no puedo pensar ni detenerme antes de subirme al mismo volante tras el que mi amigo acaba de resultar gravemente herido. —Es duro como un clavo. Se recuperará. Esperemos que no le queden secuelas.

—Al menos podemos decir que sabemos que nuestros coches son lo más seguros posible. Aunque no podemos controlar el fuego.

—La pesadilla de todo conductor.

—Basta de cosas que dan miedo. —Da una palmada y luego cierra las manos. Camila levanta la cabeza al oírlo, y sus ojos buscan inmediatamente a su padre. Hay algo en su mirada que me resulta extraño, pero lo dejo pasar y me encuentro con la amable sonrisa de Carlo—. Entonces, ¿tienes todo lo que necesitas?

—Creo que sí. Sólo estoy... asimilándolo todo.

Asiente, con una sonrisa nostálgica. —Es algo fácil de hacer en este edificio que guarda tanta de nuestra historia. Asegúrate de dar un paseo por los alrededores, empápate de todo.

—Lo haré. Gracias.

Mira a Camilla y le sostiene la mirada un instante. Algo se intercambia entre ellos que no puedo leer antes de que vuelva a mirarme. —En lo que a mí respecta, cuando pises la pista por primera vez como piloto de F1, haces borrón y cuenta nueva. Un nuevo comienzo. En Moretti no miramos por el retrovisor. Sólo miramos hacia adelante. Si todos tuviéramos nuestro pasado sobre nuestras cabezas, ni una sola persona tendría la oportunidad de avanzar. Los errores se cometen para que podamos aprender de ellos.

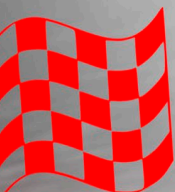
—Sí, señor —digo, con tanta emoción en la garganta que casi me duele tragar. Había muchas cosas que esperaba que ocurrieran hoy, pero definitivamente no era esta.

Nuestras miradas se sostienen, la gracia que me está dando más que reconocida y apreciada.

—Bien. Me alegro de que lo hayamos aclarado. Así que ve a explorar la sala de exposiciones. Conviértete en testigo de nuestra historia. La historia de la que queremos que formes parte. En la vida sólo se tienen muchas primeras veces. —Carlo guiña un ojo—. Esta es una en la que tienes que dar un paso atrás, hacer una pausa y dejar que lo asimiles... porque tu vida está a punto de volverse loca.

Asiento, ya me gusta este hombre de voz suave cuya presencia es como un gigante en la habitación. Tardo un segundo en encontrar las palabras. —Gracias, señor. De nada.

—Ahora si me disculpas, Halle sigue haciéndome señas a través de la ventana. Creo que me necesitan en otro sitio para algo sobre lo que estoy seguro que alguien más puede tomar una decisión. —Se levanta lentamente



de su asiento—. Nos vemos en la pista. Estoy deseando ver tu sesión de pruebas.

Sale de la habitación y yo me levanto dispuesto a seguirlo, pensando que probablemente sea mejor que deje las cosas con Camilla como están.

Lo último que necesito es que vuelva la confusión que sentí antes en la sala de descanso. Sobre la necesidad de defender a mis amigos de mierda y nuestro juego en el bar. Más de dar la justificación que exigió saber por qué ella no es mi tipo.

Ambas me sentí incómodo dándolas.

Una cosa es tener un poco de valor líquido. Otra cosa es cuando estás cara a cara con una mujer y ves que se le llenan los ojos de lágrimas por las palabras con las que acabas de herirla.

No me gustaba precisamente esa extraña sensación en la boca del estómago que tenía al verla de nuevo. Peor aún fue cómo se retorció cuando se quedó allí de pie con expresión severa pero ojos devastados.

Pared arriba.

Modo de defensa activado.

Complicaciones evitadas a toda costa.

Ahora no es el momento de tener corazón. Ahora es el momento de abrocharse el cinturón y ser egoísta. De pensar sólo en mí y en el camino que me ha llevado hasta aquí.

Y recordar que intenté pagarle a una Moretti.

Jesucristo.

—Un minuto, por favor. —No me lo está pidiendo. Me lo está diciendo. *Jodidamente perfecto.*

—Claro. ¿Qué puedo hacer por ti? —Me giro para mirarla, con una sonrisa exagerada.

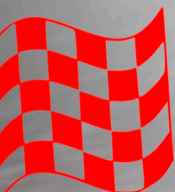
Me mira con los brazos cruzados sobre el pecho y una mirada amarga. —Es curioso cómo ha funcionado, ¿verdad? Y ni siquiera necesité una *carta de desafío* para hacerlo.

Ella quiere cerrar cuernos. No todo está olvidado como esperaba.

—Hola, Camilla. Encantado de conocerte *por fin*. —Voy a *matarla con amabilidad*.

Mi corazonada es que la irritará más que nada. No puede enojarse porque alguien sea complaciente y exagerado, ¿verdad?

Además, ¿qué conductor en su sano juicio se pelearía a propósito con la hija del jefe? Yo no. No después de todo el trabajo para tener la oportunidad de estar aquí. Y ya he empezado en terreno inestable con Wills y sus malditas cartas de desafío.



Si quiere hacer el papel de zorra, puede hacerlo. Su apellido se lo permite. El mío, en cambio, no.

Me frunce el ceño.

La sonrisa que le devuelvo es más brillante que el sol. —¿Así que deberíamos regresar a eso? Eh. Formamos parte del mismo equipo. Compañeros de equipo. Compañeros de trabajo. Dos personas que trabajan juntas.

Su expresión es estoica mientras me estudia desde el otro lado de la habitación.

—El trato de silencio es entonces. ¿Debería hablar por los dos? —pregunto—. ¿Por dónde empezamos? Qué tal con, no me dijiste quién eras —digo.

—Lo mismo podría decirse de ti. —Se encoge de hombros.

—No había mucho espacio para hablar cuando me besabas. —¿Cómo vas a manejar eso, Moretti?

Sus ojos se abren de par en par. El ajuste de su mandíbula. —Estamos aquí para hablar de marketing. De ti. De la empresa. Ese tipo de cosas.

—Oh. Pensé que me decías que me quedara atrás. Que cerraras la puerta para que pudiéramos tener algo de intimidad y hablar de nosotros. —Sonríe y me apoyo en el alféizar, imitando su postura.

No le gusta, así que se cambia.

Yo hago lo mismo.

El ceño fruncido que me pone es sexy. Tan malditamente sexy. —No hay un nosotros, Riggs.

—Ah, pero lo hay.

—¿Cómo es eso?

¿Qué va a romper esa maldita armadura suya y hacer que se relaje? Ah. Perfecto. —Estabas pensando en lo mucho que quieres besarme otra vez.

Ella se burla. —Yo no.

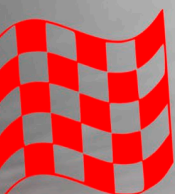
—¿No? —pregunto, me encanta sacarle una reacción.

—No.

—Tan autoritaria —me burlo—. ¿Ni siquiera un poquito?

—Esta conversación es ridícula. —Ella resopla y se mueve a otra parte de la habitación.

Me convierto en la imagen especular de ella. —¿Cómo querías que fuera esta conversación? ¿Querías que cuestionara tus habilidades? ¿Que te pidiera ver tus credenciales de marketing para asegurarme de que sabes cómo manejarme? —Le guiño un ojo—. ¿Preguntar si estás aquí sólo por tu nombre y no por tus habilidades? ¿Ese es el argumento que querías?



Su única respuesta es cruzarse de brazos y fruncir los labios. Si las miradas mataran, yo estaría muerto.

—¿O esperabas que me arrastrara? Apuesto a que te gusta una buena humillación. Especialmente de un hombre. ¿Te hace sentir poderosa? ¿Al mando? ¿Es eso lo tuyo?

Su expresión permanece impasible, su postura corporal severa.

—Si es así, ¿en qué estabas pensando? ¿Qué te pediría perdón por la carta del desafío? ¿Por el beso que iniciaste y que ambos podemos admitir que fue jodidamente fantástico? ¿Cómo sería eso? ¿Yo de rodillas? ¿Yo colmándote de regalos? Ah, ya sé. Yo ganando una carrera y dedicándotela, ¿verdad?

Hay un atisbo de sonrisa. Perfecto. Funciona.

—Sabes que acabas de intentar pagarme abajo, ¿verdad?

—¡Ella habla! —Levanto las manos y le sonrío. Y me cruzo de brazos segundos después de que ella lo haga. Su suspiro lo es todo—. Y por supuesto, intenté comprarte. Lo que sea por el bien de la empresa, ¿no? Necesitas a tu piloto en buena posición con todo el mundo. Especialmente con la gente que hace girar el mundo. —Me encojo de hombros—. Y aquí estoy.

Pone los ojos en blanco. —¿Crees que esto va a funcionar? ¿Todo este rollo de "más santo que tú" que tienes?

—¿Rollo? —Muevo los ojos inocentemente.

—Olvidas que tengo una parte de las llaves de tu éxito.

—Ohhh. Ahora estás jugando duro. Tengo que decirte, Moretti, una mujer fuerte es una de esas cosas que me excitan. Como, me encanta una mujer que puede manejarse a sí misma. Así que estás advertida.

—¿Advertida? —Otra lucha para negar su sonrisa.

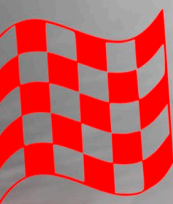
Siseo con una respiración exagerada. —Sí. Hablamos de ojos saltones y palabras tartamudeadas. Rodillas débiles y demandas para entrar en mi... no importa. No puedo decir eso aquí. —Echo una mirada dramática a mi alrededor—. Eso no es políticamente correcto.

—No creo que te importe lo que es políticamente correcto.

—Pero de todo, eso es por lo que estás más enojada. ¿Mi intento de sobornarte en la sala de descanso?

—No. —Su boca sigue una línea recta, pero sus ojos, Dios, esos preciosos ojos de mierda, se iluminan con humor.

—Oh, estabas pensando en lo increíblemente difícil que va a ser comercializarme. Soy exigente. Tan jodidamente exigente. Viral cuando necesito ser viral, pero eso lo hace difícil cuando tengo un puto desastre de una historia con una etiqueta de autodestrucción adjunta. Un *Riggs* en todos los sentidos de la palabra. *Igual que su padre*. Por otra parte, esperemos que no o no tendrás un corredor para comercializar, ¿verdad?



Estoy tan en racha que ni siquiera pienso en las palabras que digo, pero sus labios se abren de golpe, diciéndome que no tiene ni idea de lo de mi padre. Sus ojos se ablandan aún más.

No quiero compasión. No la necesito, carajo. Lo que era sólo diversión y juegos y bromas de repente se convirtió en mucho más.

—¿Riggs?

—No. Nada de eso. —Sacudo la cabeza, rechazando inmediatamente la compasión en su voz—. Porque sabes exactamente cómo me siento. Dos vástagos luchando por hacerse su propio nombre y demostrar que el privilegio que conlleva no es un factor. El tuyo es un atributo. El mío es un perjuicio.

Me aclaro la garganta. Me muevo por la habitación. Necesito sacudirme la repentina oleada de emociones de la cabeza.

Se suponía que esto iba a ser divertido. Se suponía que era una *negocio de matarla con amabilidad* y ahora, de repente, me siento incómodo y quiero que esto termine.

—¿Qué te parece esto? —pregunta, contribuyendo por primera vez—. Para que conste, creo que mi padre eligió mal el sustituto de Maxim.

Mis pies vacilan y mis pensamientos dan tumbos. Pero, sobre todo, reconozco un salvavidas cuando lo necesito, y ella me lo acaba de dar. Algo de lo que alimentarme en lugar de quedarme atascado pensando en mi padre.

—Bueno, mierda. De acuerdo. —Asiento varias veces y frunzo los labios—. Soy el tipo equivocado, ¿eh?

La miro. Tiene de nuevo los brazos cruzados sobre el pecho y vuelve a desafiarme con esos ojos suyos. —Sí.

—Afortunadamente para mí, tu opinión no es la que importa.

—No estés tan seguro de eso.

—¿Por qué intentas convertir esta encantadora charla en algo diferente? ¿Volvemos al aspecto rastrero? ¿Debo arrodillarme aquí mismo? —Señalo al suelo y hago como que me bajo.

—No te atrevas —grita.

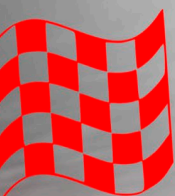
—Entonces, ¿por qué? Es porque tienes miedo de no ser capaz de controlarte a mi alrededor, ¿no? Las miradas. El cuerpo. El sentido del humor. Soy jodidamente irresistible. Creo que los chicos buenos terminan últimos en tu libro, ¿verdad? Eso significa que no quieres que te guste por eso.

Puse las palabras, pero no estoy encantado con su excavación. Pero me merezco eso y mucho más.

—No. Significa que necesitamos victorias. Es imperativo.

—¿Y? —La irrito.

—Y no creo que tengas la experiencia para conseguirnoslos.



—Eres una experta en esto, ¿supongo? Igual que eres una experta en lo increíble que beso, ¿verdad?

—Esto no es una broma. Lo digo en serio.

—Yo también. —Apoyo el culo en la mesa y vuelvo a imitar su postura—. ¿Qué hace falta para demostrarte que soy digno? —Mi arqueo de ceja ante la insinuación es una mera costumbre. *Posiblemente no.*

—Puntos. Un podio. Una victoria.

—¿Todo en ese orden? Quiero decir, que es una puta ganga lo que haces.

Se encoge de hombros. —Mi trabajo es dar a conocer de nuevo este lugar. Esas tres cosas harán que se conozca.

—Lo haré saber.

Su sonrisa es amplia y casi burlona. —Entiendo que hay que tener confianza para conducir a trescientos kilómetros por hora...

—Doscientos treinta a veces, si queremos ser precisos. —Odia la corrección. Perfecto—. Y puedo cumplir con eso.

Resopla. —Es un objetivo muy alto para alguien que nunca ha corrido en F1.

—Tu padre no tiene reparos en mi habilidad.

—¿Por qué estás aquí? ¿Eres capaz?

—¿Qué? —pregunto acercándome a ella. Lo suficientemente cerca como para ver el pulso de su garganta y oír su rápida inhalación. Mi mirada baja hasta sus labios y su beso que no quiero pero recuerdo, y luego vuelve a sus ojos, un poco abiertos y asustados. Mi voz es baja y uniforme cuando hablo—. Estoy aquí porque he demostrado mi valía. ¿Soy capaz? Claro que sí. ¿Siento haber herido tus sentimientos antes en la sala de descanso? ¿Arrepentido por no haberte dicho que eres guapísima con o sin cambio de estilo? Sí y sí. ¿Qué más tienes para mí, Moretti?

Nos miramos mientras ella abre la boca y luego la cierra... y retrocede bruscamente, con una risita de incredulidad saliendo de sus labios.

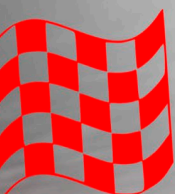
—¿Qué tiene tanta gracia? —pregunto—. Estabas pensando en besarme otra vez, ¿verdad? ¿Es por el labial? Me deja los labios súper suaves y besables. Aunque me gustaría pensar que es más mi habilidad....

—Dios mío. ¿Quieres parar? Por favor. —Levanta las manos y se encuentra con mi sonrisa.

—¿Por qué? Estaba a punto de hablarte de los corazoncitos que vas a dibujar por todo tu calendario.

Su cuello se sobresalta como un latigazo. —¿Qué?

—Los días que me veas. Estarás tan emocionada que colorearás corazoncitos en el día, llenarás todo el cuadrado de ellos, para anotarlo.



Sacude la cabeza, sin saber cómo tratarme, que era exactamente mi objetivo. —Esto ha sido...

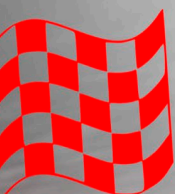
—Esclarecedor. Frustrante. ¿Estimulante? ¿Necesitas un diccionario de sinónimos? —Me burlo.

—¡Argh! —dice, y me río mientras se dirige hacia la puerta—. Tengo que volver al trabajo.

—Creía que esto era trabajo. —Entrecierro los ojos y me hago la tonto—. ¿No lo es?

—No.

—Bien. Espero que tengas un excelente resto del día. —Sonrío cuando me mira a los ojos por última vez—. Oye, ¿Moretti? —Se detiene en la puerta pero no se gira para mirarme—. Ya conseguiré que dibujes corazones de ensueño en ese calendario.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO TRECE

Riggs

Poder.
Está por debajo de mí.
Detrás de mí.

Todos jodiendo a mi alrededor.

La diferencia de unos trescientos ochenta caballos entre mi coche de F2 y el Moretti F1 no parece mucho, pero lo es. Hay una gran diferencia entre ir a trescientos kilómetros por hora e ir a trescientos cincuenta.

Además, todo en mi nuevo coche es simplemente... suave. La suspensión. La conducción. La forma en que toma las curvas. La forma en que vuela por las rectas.

Y complejo. La telemetría. Las lecturas. La cantidad de información que mi ingeniero de carreras tiene sobre mi coche tras unas pocas vueltas a la pista. La forma en que puede utilizarlo para ayudarme a conducir mejor.

Y cosas en las que necesito hacer ajustes. Mi asiento moldeado. Cómo entro en los cajones, porque aunque los coches son parecidos, hay una diferencia del de manejo y del personal. El volante y las reacciones del coche ante él.

Todo resulta familiar pero nuevo al mismo tiempo. Emocionante e intimidante. Abrumador pero *correcto*.

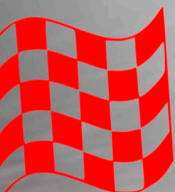
—Buen tiempo de vuelta, Riggs —dice mi ingeniero de carrera, Hank, mientras me dirijo hacia la fila de cajones y el paddock—. Creo que una vez que te sientas mejor con el coche, recortaremos más tiempo.

—Me sentí bien. Rápido. Sólo necesito *sentir* más este coche. Trabajar en mi conciencia espacial. Lo rápido que responde. Cómo se sienten los diferentes neumáticos.

—Esperemos que tengamos una serie de condiciones meteorológicas para que podamos probar las distintas variaciones y se pueda ensayar con ellas.

—Crucemos los dedos.

—El equipo está trabajando horas extras en tu asiento. Debería estar listo en los próximos dos días —me dice, refiriéndose al asiento que se



amolda a mi cuerpo. Me abraza donde tiene que abrazarme y me apoya donde tengo que apoyarme, ya que estamos acostados mientras conducimos.

Además, el asiento es extraíble, por lo que en caso de emergencia y si necesitan sacar a un conductor del coche sin causarle más lesiones, pueden llevarse todo el asiento.

—Gracias. Mucha gente está trabajando duro para ayudar a que esto ocurra. Se lo agradezco.

—Sólo hacemos nuestro trabajo.

—Todavía se aprecia.

—Tenemos toda la semana reservada para que te familiarices con todo. Repasaremos todas las lecturas dentro de un rato, cuando la tripulación termine sus tareas.

—Gracias, Hank.

Me acerco a la señal de cajones y apago el motor. Los miembros del equipo se arremolinan alrededor del coche, pero yo me quedo sentado un momento. No suelto el volante. No me desabrocho el arnés. En lugar de eso, me siento con el casco puesto, las manos en el volante y la franja de la visera lo suficientemente oscura como para ocultar mis ojos mientras los cierro y dejo que esto se asimile.

Cada frustrante DNF. Cada evento de karting en el que luché contra mi kart de segunda categoría y la expectación y condena que venían con mi apellido y aún así crucé la línea antes que los demás. Las dudas desgastantes. La interminable dedicación. Las victorias en el podio.

Por fin estoy aquí. *Parte del último sueño.*

No te acostumbres. ¿No es eso lo que Ari me recordó? ¿No es eso lo que sé de primera mano? No acostumbrarse, porque es más difícil cuando sabes cómo es y te lo quitan, que imaginar cómo es y no probarlo nunca.

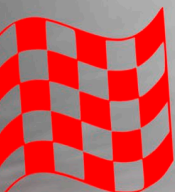
Pero no va a ser arrancado.

No lo será.

Esto se siente demasiado bien. Demasiado cómodo. Y sí, tengo los nervios a flor de piel y sin duda vomitaré antes de la primera carrera, pero *por fin estoy viviendo el sueño.*

Deja que Maxim mejore. Bien. Muy bien. Que vuelva a su asiento aquí, a su lugar aquí, pero sólo después de que todos tengan la oportunidad de ver lo que puedo hacer.

Hay rumores de que dos pilotos podrían retirarse al final de la temporada. Yo quiero uno de esos puestos. Voy a luchar como un demonio para conseguirlo.



Unas manos me ayudan a desabrocharme el cinturón. Me aferro a mis pensamientos con una determinación tan feroz como la que me ha llevado hasta aquí y me despliego del coche.

Me quito el casco y el pasamontañas, me froto el cabello con las manos y espero a que se acerque Omar, el director del equipo. —¿Qué te ha parecido?

—Rápido y suelto, y lo digo de la mejor manera posible. —Tengo la sensación de que me van a hacer esta pregunta sin parar hasta que consiga algún tiempo de vuelta tácito que les haga sentirse más seguros en su decisión de ofrecerme la convocatoria—. Vuela en las rectas. Tengo que acostumbrarme al agarre de los frenos. Fui un poco tímido en las curvas, pero eso es sólo porque quiero tener más confianza en saber dónde está espacialmente antes de cortar más cerca de la pared.

—Es una buena respuesta. Todo normal para alguien que entra. —Se ajusta el sombrero en la cabeza mientras nos adentramos en el garaje.

—Unos días más y estaré listo. Verás cómo reduzco mis tiempos por vuelta.

Omar asiente y me da una palmada en la espalda. —Eso es lo que me gusta oír. Ahora entremos y miremos las métricas. Verás que los datos nos permitirán hacer pequeños ajustes que marcarán la diferencia.

—Estoy deseando aprender más.

—Eso lo dices ahora. Espera a dormirte y a que todos los datos te rondan por la cabeza y no te dejen dormir.

—No me quejaré —digo mientras cruzamos el callejón que va del garaje al paddock. Normalmente es aquí donde nuestro equipo de logística instala nuestras suites de hospitalidad, pero no es fin de semana de carreras, así que sin duda todo nuestro edificio está siendo transportado a la siguiente carrera del circuito.

—Nos han dejado montar una oficina aquí detrás —dice Hank mientras abre de un empujón una puerta en la que hay numerosos ordenadores sobre escritorios con auriculares en cada mesa—. Empecemos a revisar antes de que Anya te lleve.

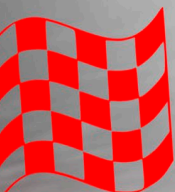
—¿Anya? —Hay tantas personas y nombres que se me tiran encima tan rápido que la cabeza me da vueltas de intentar entenderlos a todos.

—Tu asesora de relaciones públicas. ¿Aún no la conoces? Será tu mano derecha. Grabará todas tus entrevistas. Supervisará tu agenda. Vigilando dónde tienes que estar.

Así que mi nueva Fontina, pero con un alcance mucho mayor.

—He echado un vistazo a tu agenda. Eres un hombre muy ocupado. Físio después de Anya. Una reunión de equipo para revisar los cajones. Tiempo en simulador para practicar el próximo circuito. ¿Te apuntas?

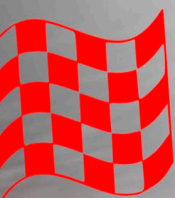
—He estado esperando esta oportunidad toda mi vida.



GRID

98
Simply Books

—Ahora ve a quitarte eso —dice, refiriéndose a mi traje de carreras azul oscuro de mi antiguo equipo—. Aquí sólo nos gusta el rojo.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO CATORCE

Riggs

— **A** nuestro hermano de otra madre. Por nuestro amigo. Al hombre que acaba de recibir el paseo de su vida. Queríamos aprovechar esta última oportunidad para ir de fiesta contigo antes de que tengas que seguir por el buen camino el resto de la temporada —grita Micah desde donde está de pie en una de mis sillas a la multitud de gente que llena mi piso.

Algunos que conozco.

Algunas no las conozco.

Algunos son... quién carajos sabe.

—¿Por el buen camino? ¿Yo? —Resoplo aunque eso es exactamente lo que haré, carajo.

Este es mi último hurra. Un último beso de despedida a la fiesta y a la bebida por un tiempo. No es que lo haga mucho de todos modos, pero en ciertos casos, me dejaré llevar.

Y entonces pagaré el precio, porque cortar por lo sano no significa que me salte el cardio y el entrenamiento del día siguiente. Significa que lo hago dos veces para castigarme por ello.

—Tu rectitud durará tres días como máximo —dice Junior.

—Quizá cinco —remacha Micah, —pero lo que perderás en resacas, lo ganarás en ventajas de la F1.

Las ventajas de la F1: más potencia, más dinero, codearse con los ricos y famosos, learjets para viajar, hoteles de cinco estrellas en los que alojarse y coños en abundancia. Eso era lo que habíamos decidido que ganaría con mi ascenso durante nuestra fiesta de preparación.

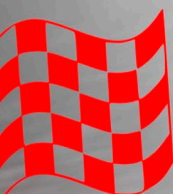
—Cierto, pero no te preocupes, beberemos por ti mientras tanto. Iremos de fiesta por ti. Follaremos por ti...

—¡Vaya! Todavía puedo follar por mí mismo, que los jodan —grito y recibo un clamor de vítores de todos los presentes.

—Me ofrezco voluntaria como tributo —grita una voz hacia el fondo de la sala provocando otra carcajada.

—Prométenos una cosa —dice Wills mientras vacía una cerveza clara y deja el vaso en el suelo.

K. BROMBERG
OFF THE



—No te prometo una mierda. La última vez que lo hicimos casi acabo con un tatuaje de Campanita en el brazo —digo. Las malditas cartas de reto.

—Pero esto... esto es importante.

—Dímelo a mí, colega —le digo.

—Su primer gran éxito en la F1 debe celebrarse con nosotros. Aquí. Otra fiesta como esta. Aquí mismo. —Todo el lugar estalla en vítores y gritos—. Es primordial celebrar las victorias. Incluso las pequeñas.

—Sí, sí —digo. No le prometo una mierda. ¿Me permitiré una noche para soltarme? Probablemente. Muchos de los corredores a los que he admirado a lo largo de los años han expresado lo importante que es darse un respiro de vez en cuando.

Que incluso los deportistas de élite necesitan un descanso de vez en cuando.

—Hablando en serio —dice Micah, levantando de nuevo su vaso de trago y cambiando de tema, lo cual agradezco—. Estamos impacientes por ver cómo lo logras en el Gran Premio de España. —Wills levanta su vaso y todos hacemos lo mismo—. Esta es nuestra despedida, cuídate, gana una carrera, estamos orgullosos de ti, fiesta para ti. Sláinte, amigo.

—Sláinte— gritan las cerca de treinta personas que llenan mi nuevo piso. Por la mañana va a ser un puto desastre, pero vaya si ahora no tengo dinero para contratar a alguien que lo limpie.

La copa sube. La quemadura baja. Y mi cabeza se marea mientras recorro la habitación, deseando sentarme. Necesitando sentarme. Pero tanta gente me empuja en todas direcciones.

Me vienen más números que nunca. Me piden más favores de los posibles para meter a la gente en las carreras. Pierdo la cuenta del número de bebidas que consumo.

No son muchos. No bebo tanto durante la temporada, así que me afecta mucho más.

¿Cómo demonios voy a levantarme por la mañana para hacer cardio? ¿Nada menos que a las ocho de la mañana?

No me jodas.

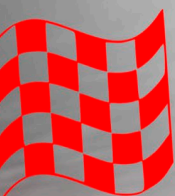
Debería haber pensado en eso de antemano, Riggs.

Tropiezo y la risa de Micah recorre la habitación. —Tienes un aspecto horrible.

—Gracias. —Le doy el pulgar hacia arriba—. Hora de dormir.

—Pero si sólo son las dos y media —dice Junior dándome una palmada en la espalda.

—Exacto. —Tomo un sorbo de agua con la mano—. Ustedes, cabrones, pueden seguir. Yo tengo que dormir. —Me tambaleo sobre mis pies mientras



la habitación hace alguna cosa rara parecida a Salvador Dalí en mi cabeza—. Asegúrate de que todo el mundo salga de aquí antes de que te desmayes.

—Ah, hombre. ¿Qué tiene eso de divertido? —Micah murmura a través de su sonrisa—. Nos encargaremos de ello.

—Gracias y... —Intento encontrar mis palabras pero mi cabeza está tan jodidamente borrosa—. Gracias por esto. Ha sido muy amable por tu parte. —Les doy un puñetazo a los dos y me meto en mi habitación.

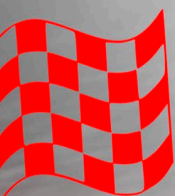
Cierra la puerta.

Métete en la cama.

Y luego sentir a una mujer cálida y muy desnuda deslizarse detrás de mí.

Jesucristo.

Ventajas de la F1.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO QUINCE

Camilla

—**N**o llevo aquí el tiempo suficiente para empezar la Operación Resplandor. ¿Puedes darme al menos unas semanas más? —le ruego a Gia, que hoy ha estado encima de mí con mensajes y llamadas.

—Vas a seguir diciendo eso. Pero soy una perra tenaz. No voy a dejar pasar esto. —Su risa es rica mientras flota a través de la línea.

—Lo sé. Créeme que lo sé. Pero estoy en medio de tanto caos. Déjame orientarme antes de que empieces a cambiarme.

Suspira, pero sé que va a ceder. —De acuerdo. Como quieras. ¿Pero sabes qué me quitaría de tu vista?

—¿Qué?

—Haz tu propio resplandor. Sorpréndenos. Estaríamos tan sorprendidos que olvidaríamos la parte de nuestro plan de tenderte una trampa.

—Así que sobornarte entonces.

—Lo que haga falta. O puedes sobornarme con uno de tus pilotos calientes. Con gusto tomaré uno de ellos como premio de consolación.

—Estás enferma.

—Lo sé y me encanta.

—Adiós, Gia.

—Adiós, amor.

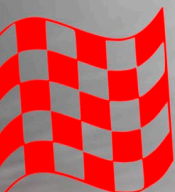
Cuelgo el teléfono con una sonrisa en los labios. Una sonrisa que se me pega hasta que llega la tarde y mis constantes bostezos la sustituyen.

—¿Cansada?

—Agotada. —Miro a Elise cuando entra en la sala de conferencias donde he puesto mi campamento por el momento. Tiene las manos llenas de carpetas, su portátil y lo que parece ser su siempre presente Starbucks. Lleva un lápiz detrás de la oreja y los múltiples brazaletes de sus muñecas tintinean con cada movimiento.

Es estilosa al estilo boho-chic que una vez intenté pero nunca me quedó bien.

K. BROMBERG
OFF THE



—¿Cómo ha ido la reunión? —pregunto.

—Bien. Realmente genial. Veremos cuál es su propuesta cuando llegue.

—Gracias por tomarlo por mí.

—No hay problema. —Señala las cosas que hay a mi alrededor—. Quizá deberías dejarlo por hoy. Duerme un poco.

—Demasiado que hacer. —Y lo hay. Puedo enumerar diez cosas de la parte superior de mi cabeza ahora mismo.

—Teniendo en cuenta que estás aquí antes de que yo llegue y sigues en tu mesa cuando me voy, estoy pensando que quizá tu agotamiento tenga que ver con que trabajas demasiado. —Sin miramientos, tira sus archivos sobre la mesa con un ruido sordo—. Dale unas semanas más y todo el mundo ignorará tu apellido y sabrá que estás aquí por lo que sabes y no porque tu padre esté sentado en el último piso.

—Esa es la esperanza. Gracias. Pero el letargo de hoy se debe más a un vecino odioso y sin cortesía.

—Qué asco. —Se sienta y da un largo sorbo a su cerveza fría—. Mi antiguo piso era así. Una pesadilla.

—Espero que esto haya sido cosa de una sola vez.

Levanta los dedos cruzados y sonríe. —Tengo buenas noticias que podrían ayudar. Han llegado nuevas fotos de los pilotos. A la cámara le encantan los dos, así que nos va a facilitar mucho el trabajo.

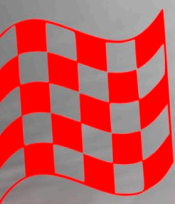
—Eso siempre es una ventaja. —Ahogo otro bostezo y miro su café. Yo también necesito una dosis de cafeína.

—Así es. Ya he hecho que el equipo cree maquetas con sus fotos. Kimberly está recogiendo las muestras y debería tenerlas aquí en los próximos treinta minutos. Una vez que decidas y apruebes, creo que deberíamos sacarlas cuanto antes.

—De acuerdo. Primero priorizaremos eso. Luego quiero repasar una lista de posibles ideas de campaña que podemos empezar con poca planificación o participación de fuerzas externas para que podamos llamar la atención sobre este equipo. Algunas pueden funcionar. Otras puede que no. Sabes tan bien como yo que las redes sociales son un tiro al aire a la hora de conseguir que las cosas arraiguen.

—Un juego de azar definitivo.

Pasamos los siguientes treinta minutos informándonos mutuamente de lo que hemos conseguido. Cuando Kimberly entrega los gráficos, cambiamos de marcha y nos centramos en ellos. Los pros y los contras de las nuevas fotos de los pilotos. Andrew es un hombre atractivo, el aspecto clásico de su herencia sueca, con el cabello rubio y los ojos azules, pero el hombre parece soso cuando está al lado de su compañero de equipo. Riggs parece oscuro, nervioso y peligroso, pero eso contrasta con su vibrante sonrisa y sus ojos penetrantes.



—Jesús —murmura Elise—. La cámara lo adora.

Asiento, mis opiniones son una extraña lista de contrastes. El beso en el bar. La carta del reto y el daño que causó. El intento de sobornarme en la sala de descanso. La conversación en esta misma sala de conferencias en la que intentó conquistarme con su ingenio y humor. El shock de saber más tarde quién era, o mejor dicho, quién era su padre, y no saber cómo responder.

Cada una de esas interacciones me provocó una emoción diferente, un sentimiento distinto, y estoy luchando por priorizar cuáles debo sentir la próxima vez que lo vea.

Porque verlo es inevitable. Puede que haya estado a propósito en todos los sitios donde él no está los últimos días, pero no puedo hacer que eso dure mucho más.

¿Es el villano o el héroe, Camilla? ¿O tal vez un poco de ambos?

Miro fijamente su imagen devolviéndome la mirada y hago un gesto decidido con la cabeza. —Definitivamente no será difícil empujar estos —digo.

Las ideas que he estado meditando empiezan a tomar forma. —Creo que necesitamos...

Un golpe en la puerta abierta nos hace levantar la vista a Elise y a mí. Y la imagen que tenemos delante cobra vida en forma de Spencer Riggs de pie ante nosotros.

Elise aspira un rápido suspiro a mi lado.

—Señoritas. Buenos días. —Me mira a los ojos y asiente antes de cruzar la habitación y tenderle la mano a Elise—. Spencer Riggs. Encantado de conocerte.

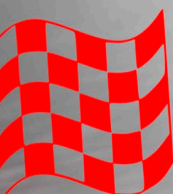
Elise se queda inmóvil, con los ojos muy abiertos y una sonrisa de oreja a oreja. —Hola. Sí. Hola. —Alarga la mano cuando él se la toma y ella se derrite lentamente al contacto. O al menos yo noto que lo hace—. Encantada de conocerte. Estábamos estudiando tu paquete.

Riggs levanta los ojos y sonríe. —Bueno. Si eso es lo que la nueva campaña de marketing es...

—Dios mío. Me refiero al paquete de *marketing*. —Señala las fotos mientras me muero de vergüenza por ella—. Marketing. Fotos. No tu... ya sabes... ese paquete. —Entierra la cabeza entre las manos mientras sus mejillas se sonrojan—. Creo que ahora mismo me estoy muriendo de una muerte lenta y dolorosa.

Riggs estira la mano y le aprieta el hombro, sin inmutarse por el hecho de que ella esté claramente flechada por él, y gana puntos conmigo por la acción. —¿No odias cuando tu boca te traiciona? —dice y me mira levantando las cejas como dando a entender que los dos lo hemos hecho en el poco tiempo que llevamos conociéndonos—. Tú estás bien. ¿Ves? Ya he olvidado lo que dijiste.

K. BROMBERG
OFF THE



—Sigo pensando que la muerte es una opción mejor —dice ella, pero se asoma entre los dedos y se encuentra con su mirada tranquilizadora—. Pero gracias.

Asiente y señala la imagen que más me gusta. —Esa es la que deberías usar.

—Oh, ¿ahora somos expertos en marketing? —pregunto, necesitando volver a poner esa cuña entre nosotros que su amabilidad con Elise eliminó. Y mientras lo miro fijamente, no sé por qué.

Miento.

Lo sé.

Hay algo en Spencer Riggs que me asusta. Y me asusta de todas las mejores maneras que no entiendo ni estoy segura de querer entender. He estado en su presencia un puñado de veces desde que nos conocimos. Aunque limité a propósito nuestra interacción, no importó porque todas y cada una de las veces, me quedé cuestionando mi reacción innata hacia él y mi cordura poco después.

Su presencia es como una pluma que roza mi piel. Me produce escalofríos al mismo tiempo que quiero apartarla. O una comparación mejor sería la electricidad estática en el aire antes de que caiga un rayo.

Está ahí. No se ve, pero se siente. Hace que todo mi cuerpo se dé cuenta, reaccione.

Ninguna de estas reacciones es deseada y, sin embargo, se producen.

Ignorando mi comentario, se coloca entre Elise y yo y apoya las manos en la mesa para mirar más de cerca. —No soy un experto en marketing, pero sé lo que llama la atención de la gente y ese gráfico hará precisamente eso.

Muevo mi silla para tomar distancia. No necesito oler su colonia. No necesito ver las manchas grises oscuras mezcladas con el gris claro de sus ojos. No necesito sentir su brazo rozando distraídamente el mío.

Y por la forma en que me mira cuando sus ojos se encuentran con los míos, sabe exactamente lo que está haciendo.

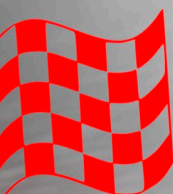
—¿Por qué? —No sé si me refiero a su opinión gráfica o por qué sigue tocándome.

Un fantasma de sonrisa pinta sus labios.

Sabe *exactamente* lo que hace.

—Parecemos el poli bueno y el poli malo. La cara que conocen y la nueva que no está probada. Es el contraste que le gustará a la gente. Somos un equipo, pero seguimos pareciendo dispuestos a luchar en la pista. —Se encoge de hombros—. Hazme el malo. Me da igual. Siempre causa más sensación cuando triunfa el villano.

—¿Eres nuevo en la F1 y pides ser el antihéroe?



Se encoge de hombros. —Llámallo como quieras. Sólo te hago saber que me parece bien como me pintes. Ya va a ser una batalla ganarme a los seguidores de Maxim sin que yo tenga la culpa. Ellos le son fieles y yo estoy ocupando su lugar. Luego está Andrew, que nunca agita el barco. Y ahora estoy yo, una cara nueva sobre la que se reservan el juicio. A los hombres les encantará que traiga a sus mujeres y novias al deporte y me odiarán por ello al mismo tiempo.

—Vaya. Sí que te tienes en alta estima.

—No, sé cómo funciona este juego. Además, me probaré a mí mismo en la pista. Te lo he prometido. —Me mira y asiente—. Ahí responderé a todas sus dudas.

El bostezo surge de la nada, como suele ocurrir, e intento sofocarlo sin éxito.

Riggs levanta una ceja mientras se pone de pie, poniendo su entrepierna justo en mi línea de visión.

—Perdón —digo mientras intento volver a centrarme en los gráficos.

Riggs se da la vuelta y apoya el culo en el escritorio, aún entre nosotros, y me mira a los ojos. —¿Te estoy aburriendo?

—No. Lo siento. —Sacudo rápidamente la cabeza—. Mi maldito vecino me mantuvo despierta toda la noche. Música alta. Gente llamando a mi puerta accidentalmente en vez de a la suya.

—Ambos sabemos que no tienes problema en enfrentarte a la gente —dice, —así que ¿por qué no marchaste hasta allí y les diste tu opinión?

Miro a Elise, que tiene el ceño fruncido, sin duda preguntándose cómo sabe Spencer Riggs que no tengo problemas para enfrentarme a la gente.

—Acabo de mudarme. Lo último que quiero es enojar a la gente. Gente de la que podría necesitar ayuda, como recoger mi correo o lo que sea, ya que estaré viajando mucho.

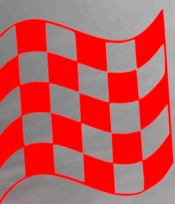
—Dile que tu padre es policía. Que pasa a menudo para ver cómo está su hijita o algo así.

—Podría ser fácil para él sumar dos y dos quién es mi padre una vez que vea mi apellido.

—Cierto. —Mueve la cabeza de un lado a otro—. Sigo votando por regañarlo. Parece que eres gruñona cuando estás cansada. Eso, y que necesitas todo el sueño reparador que puedas conseguir.

Veo la picardía en su sonrisa e intuyo las bromas que está buscando. Elise, en cambio, no. Sus ojos se abren de golpe y su mandíbula se afloja cuando él se dirige a la puerta.

Resoplo. —Supongo que eso significa que deberías dormir veinticuatro siete.



—Eso no es lo que piensa el público. —Guiña un ojo—. ¿Necesitan algo más de mí, señoritas? ¿Mi buen aspecto? ¿Mi ingenioso encanto? ¿Mi opinión injustificada?

—¿Qué tal mejores habilidades de conducción? —le ofrezco, a lo que sisea por la insinuación. Entonces, su carcajada llena la sala de conferencias y se vuelve hacia nosotros con una sonrisa pecaminosa.

—No te preocupes. Las tengo a raudales.

—Aún no he visto pruebas de nada.

—Bitch, bitch, bitch. —canta mientras pone los ojos en blanco—. Puedo mostrarte mis habilidades de primera mano.

Nuestras miradas se sostienen y, por impasible que intente mantener mis rasgos, me gana la sonrisa. —Diría que lo deseas, pero ambos sabemos que no es así.

—¿Qué es lo que dicen? El desafío de un hombre es el placer de otro.

—No sé quiénes son, pero creo *que* se equivocan de refrán.

—Ellos son yo, y el dicho es cierto.

—Eres incorregible.

—Gracias. —Hace una reverencia simulada—. Debe ser brutalmente duro seguir enojada conmigo.

—Nada difícil.

Enarca una ceja, frunce los labios de forma sugerente y se balancea sobre los talones. Juro por Dios que esa sonrisa tiene una conexión con algo que ni siquiera yo entiendo. Un dolor lento, hirviente, que revolotea y me hace moverme en el asiento para calmarlo.

Se ríe entre dientes y sale de la habitación, mientras Elise y yo observamos su contoneo.

—¿Estaba coqueteando contigo? —Elise pregunta, con tono asombrado—. Porque estoy bastante segura de que estaba coqueteando.

—Fue una broma. Y es... nos conocimos por casualidad antes. —Agito una mano con indiferencia, como si no importara—. Es una larga historia. Un encuentro fortuito en el que ninguno de los dos sabía quién era el otro. —Hora de reconducir la situación—. ¿Dónde estábamos? Ah. Bien. Gráficos. Creo que todos estamos de acuerdo en cuáles funcionan mejor.

—Te estás desviando.

—¿Lo estoy haciendo bien?

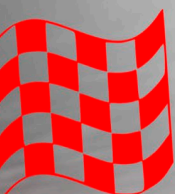
Se ríe y señala el gráfico. —Tiene razón en lo del villano.

—No le demos ningún crédito, ¿de acuerdo? —Bromeo.

—Bien, pero hay algo que quiero enseñarte. Algo que creo que podemos usar de alguna manera en beneficio de los Moretti.

—¿Qué es eso?

K. BROMBERG
OFF THE



Desplaza su portátil para que ambos podamos ver la pantalla, teclea algunas cosas en el navegador hasta que aparece un sitio de redes sociales y, en cuestión de segundos, la cara de Riggs aparece en la pantalla.

Está claro que ha estado corriendo. Lleva la camiseta alrededor del cuello y le cuelga sobre los pectorales. Tiene el cabello mojado y rizado. Tiene el pecho empapado en sudor y la cara ligeramente enrojecida por el esfuerzo.

—Otro que es viral —murmura.

Puedo ver por qué. El hombre definitivamente no es una dificultad a la vista.

Riggs sostiene el teléfono mientras da las últimas zancadas por un empinado sendero de tierra rodeado de frondosa vegetación.

—Bien, estaba terminando de correr, con un poco de resaca la verdad, así que intento concentrarme en cualquier cosa que no sea vomitar. Y me puse a pensar en un consejo que me pidió un amigo. Algo sobre lo que quiero tu opinión. —Hace una pausa y agarra el extremo de su camisa para secarse el sudor de la cara. Mira a alguien por encima del hombro y luego sonríe a la cámara.

Muy conveniente la colocación de su bíceps flexión, si yo lo digo.

—Hace unas semanas, un amigo mío estaba en un pub tomando unas cervezas con sus amigos. Se hizo un reto. Conseguir el número de teléfono de una mujer. Una mujer que pensó que se iría sola a casa esa noche. ¿Por qué se iría sola a casa, te preguntarás? Eso lo decidía el amigo. Para salvar su ego, el tipo aceptó el reto. Y ganó. Encantó a una chica con la que no tenía intención de salir. Ella dio el primer paso y lo besó. Él hizo el siguiente y le devolvió el beso.

Está hablando de nosotros.

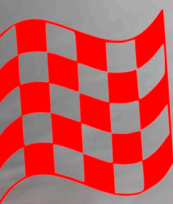
Mierda, hablando de nosotros.

Mi expresión debe de ser dudosa, porque Elise pulsa la pausa y dice: —Espera. Daré mi opinión cuando acabe el vídeo.

Vuelve a pulsar reproducir.

—Mira. El idiota la utilizó. Simple y llanamente. Luego ella se enteró de que era un reto. Obviamente, sus sentimientos fueron heridos. Mi amigo pensó que no la volvería a ver, así que no hay mal que por bien no venga. — Se pasa una mano por la mandíbula y se oye el rasguño de la barba justo antes de suspirar—. Pero la volvió a ver. ¿Es él el idiota por no disculparse con ella? ¿O es la victoria, una victoria, y debería tomarla y salir corriendo? ¿Debería preocuparse por sus sentimientos y ofrecerle una disculpa o seguir como si nada hubiera pasado? ¿Es idiota o no?

El vídeo termina y vuelve a empezar, pero Elise lo detiene antes de que se reproduzca. Pero incluso con el vídeo parado, podemos ver cómo aumenta el número de visitas y de me gusta.



Eso no es lo que piensa el público.

Así que eso es lo que quería decir ese comentario.

—Los comentarios son una locura. La gente le hace sus propias preguntas SUI.

—¿SUI?

—¿Soy un idiota?

—Cristo. Riggs se ha convertido en un regular *Querida Abby*.

—Mira a toda esta gente pidiendo consejo. Dando consejos. —Se detiene y me mira—. Espera. ¿Quién es *Querida Abby*?

Me río y niego. Eso me hace sentir vieja. Cierto que *Querida Abby* era de la época de mi madre, pero sigo sabiendo quién es. —*Querida Abby*, era una columna de consejos. La gente escribía a un periódico. Ella respondía y ellos lo publicaban.

—¿Como en línea?

Bajo la cabeza un momento y me río. —No. En un periódico impreso de verdad.

—Guau. —Sus ojos se abren de par en par—. Así que es *súper* vieja.

—Algo así. —No puedo con ella ahora. Vuelvo a mirar la pantalla y la imagen estática de Riggs—. ¿Por qué me enseñas esto... *oh*. —Saco el sonido mientras me golpea—. Crees que Riggs debería hacer una columna de consejos. Interactuar así con los fans.

—Exactamente. Si consigue tanta atención con un solo post, ¿te imaginas cómo reaccionaría la gente si supiera que puede enviar una pregunta y posiblemente tener la oportunidad de que Riggs se la responda?

La miro fijamente, con los dientes hundidos en el labio inferior mientras contemplo su concepto. —Podría funcionar. Sin duda tiene el poder y el encanto de una estrella. —Hago una pausa, mi mente da vueltas a la idea—. Definitivamente creo que podemos usar esto a nuestro favor.

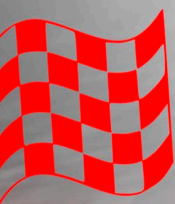
—Quizá podamos pedir que vaya sin camiseta. —Ella guiña un ojo y luego dice: —¿Qué? Sabes que eso sólo ayudaría a que el vídeo se hiciera viral.

Tiene razón, pero... ¿qué tan poco profesional es pedirle que haga eso?

—Tenemos que encontrar una manera de relacionarlo con Moretti —digo.

—Exactamente. Y lo hacemos haciéndole dar sus consejos mientras está sin camiseta, sudoroso de hacer ejercicio o correr, y con, digamos, una gorra Moretti o unos calzoncillos bóxer puestos....

—¿Tenemos calzoncillos Moretti? —pregunto estupefacta. ¿Por qué? ¿Por qué?



Se ríe. —No, pero estoy segura de que podemos hacer algo rápidamente si es necesario.

—Claro que podemos. —Pongo los ojos en blanco, odio imaginármelo con eso puesto. Me lo imagino y *me gusta* lo que veo.

Él lo haría. Es tan arrogante que disfrutará de la atención, y yo soy tan egoísta que quiero que lo haga porque sé que funcionará.

Mierda. ¿Cuándo pasé de odiar a ese tipo a querer usar la buena apariencia que me atrajo de él en beneficio de mi empresa?

Vaya cambio de marcha.

Pero ese cambio empezó la primera noche que nos conocimos, ¿no? Cuando me persiguió en el bar porque le importaba haber herido mis sentimientos. Eso no significa que tuviera que perdonarlo o incluso creer las palabras que dijo, en aquel momento no lo hice, pero también demuestra que tiene conciencia.

Y ahora, cuanto más le conozco -en persona, a través de las cosas que mis compañeros de trabajo han dicho sobre sus interacciones con él, a través de las diversas entrevistas que he visto, ¿es tan malo que estoy empezando a creer que no es sólo el imbécil con la tarjeta del desafío? Que en realidad es tonto, atento, divertido...

No se suponía que esto fuera así.

—Le estás dando demasiadas vueltas —dice Elise.

—No, me lo estoy imaginando. Un Riggs sin camiseta con una gorra de Moretti o en el paddock con el cartel detrás de él... algo así funciona para lo visual, pero tenemos que dar una razón para que la gente que no le conoce entre en su página y participe.

—¿En qué estás pensando?

—Estoy pensando en algo que no se puede comprar.

—Deja de tomarme el pelo. ¿Qué pasa?

—Un viaje con todos los gastos pagados a una carrera con privilegios de invitado en el paddock.

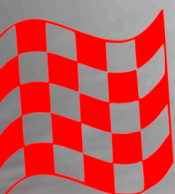
—Mierda —dice ella—. No estás jugando, ¿verdad?

Sonríe. —No. Si vamos a hacer un chapoteo, podríamos hacerlo a lo grande, ¿no?

—Me encanta, pero... Te dejo a ti para que lo firmes... —Señala hacia arriba, presumiblemente al despacho de mi padre.

Le guiño un ojo. —Déjame a mí.

—Ves, vienes con beneficios —se burla—. Creo que es un plan estelar, pero sabes que va a ser un trabajo, ¿verdad? ¿Ordenar a través de un bazillion entradas y averiguar qué pregunta para Riggs para dar consejos sobre?



—Cierto, pero eso significa que un billón de personas nos prestan atención, y eso es un montón de mierda más de lo que tenemos actualmente, así que es una victoria.

—Tienes razón.

Me reclino en la silla y cruzo los brazos sobre el pecho. —También nos conviene que mantenga su mierda de adicto a la adrenalina que publica. Cosas que no hagan que se traguen a Moretti. Así su página crecerá orgánicamente y luego espolvorearemos algo de marca Moretti.

—Sus redes sociales son una mina de oro. Una vez que empiezas a verlo, no puedes evitar seguir desplazándote. —Tuerce los labios con líneas de concentración grabadas en la cara mientras piensa algo, como he aprendido que es propensa a hacer—. Ahora sólo tenemos que conseguir que el nombre de Moretti aparezca en ella de alguna manera, si a él le parece bien, ya que es su página personal.

—Le parecerá bien. Está intentando impresionar al nuevo jefe. Intenta ampliar esta convocatoria hasta la F1 y convertirla de alguna manera en un trabajo permanente. Tiene ganas de quedarse aquí, así que nos dejará usar ese afán en nuestro beneficio.

Ella resopla. —Y aunque no lo fuera, es un piloto de F1. Él es todo sobre sí mismo como todos lo son. Por supuesto, dirá que sí si eso significa más atención, más adoración hacia él.

—Muy cierto. —Eso es algo que no ha cambiado en mi tiempo alejado del deporte. Los pilotos son todos iguales. Egoístas. Competitivos. Hábiles. Concentrados—. Dejémosle hacer su primera carrera. Trabajaremos entre bastidores mientras él se concentra en eso. Entonces podemos lanzarlo la semana después.

—¿Así que nada de sacarle el tema?

—Todavía no. Averiguaré cuándo es mejor acercarse a él.

—Tiene sentido. Así que lo que hay que hacer es hablarle de SUI, y yo me reuniré con nuestro equipo para ver si podemos perfeccionar esta idea con gráficos y eslóganes y cómo facilitarlo para que podamos empezar de inmediato. —Teclea y toma notas.

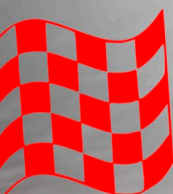
—Suena bien.

—¿Tenemos que meter a Andrew en esto de alguna manera? —pregunta.

—Sin duda. Tiene el mismo ego, pero el suyo es más un caballo negro, un triunfador silencioso. El centro de atención no es lo suyo como lo es de Riggs. O . . . oh, tal vez él hace una pregunta a un piloto. Algo que es un poco menos ... si eso tiene sentido, porque no se flexiona tan fuerte en las redes sociales.

—Inteligente. Buena idea. —Va a darle un sorbo a su café y luego pone cara de disgusto—. Mierda. Estoy sedienta. —Se levanta de su asiento—. ¿Quieres algo? Voy por más.

K. BROMBERG
OFF THE



—No. Estoy bien. Pero gracias.

Elise sale de la sala de conferencias y yo vuelvo a darle reproducir en el vídeo. Ella tiene razón. Los vídeos de Riggs son adictivos.

Veo uno de paracaidismo. Otro de alpinismo. Pero vuelvo a ver el vídeo de los consejos.

Lo observo.

Escucho sus palabras.

¿Es esta su forma de no disculparse, de disculparse? ¿Su rama de olivo extendida hacia mí para suavizar lo sucedido?

La guerra del ángel y el diablo en mi hombro. Queriendo creer lo mejor de él como persona, pero también sabiendo cómo son los pilotos, cómo son los tipos como él, más de lo que me gustaría admitir.

¿No fue eso lo que me atrajo de Brandon hace tantos años?

Vuelvo a mirar la pantalla y veo a Riggs congelado en su sitio. ¿Es por eso que asomó la cabeza aquí de la nada?

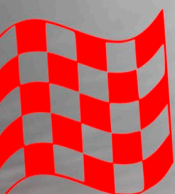
¿Para ver si ya había visto su mensaje?

¿Para ver si lo perdonaba?

Miro fijamente su brillante sonrisa y su apuesto rostro y sé la respuesta. Sí. Probablemente ya la sé.

Pero de ninguna manera voy a dejar que lo sepa todavía.

¿Qué tiene eso de divertido?



CAPÍTULO DIECISÉIS

Riggs

Me arden los ojos y me duelen las manos.
Tengo los hombros tensos y el cuello agarrotado.
¿Es por todo el cardio extra y los ejercicios isométricos de cuello que hemos estado haciendo para intentar preparar mi cuerpo para la fuerza g?

¿O es simplemente por las horas que he pasado sentado en este simulador, memorizando cada curva del circuito en el que voy a empezar esta semana?

En cualquier caso, necesito trabajar para no tener el cuello y los hombros tan tensos o va a ser una carrera muy larga. Me dolerá la cabeza por la tensión. Afectará a mi tiempo de reacción. Añadirá unas centésimas de segundo en un deporte en el que ese parpadeo de tiempo importa.

Omar entra en mi periferia mientras la pantalla se vuelve negra y el circuito simulado que tengo delante desaparece.

—Ha sido impresionante. Mejor de lo que esperaba —dice con su profundo barítono.

—Voy a tomarme un descanso y luego volveré a ello unas horas más.
—Me separo del simulador—. Pero quiero ponerme el casco y los guantes. Un ensayo general completo para poder replicar la carrera con las cosas que puedo controlar.

Levanta una ceja.

—Tomo nota. Se lo haré saber al equipo.

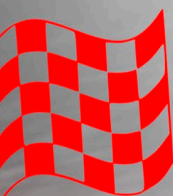
—Gracias. No quiero que se queden aquí...

—Sí, así es, y todos estamos más que de acuerdo con ello. —Sonríe por primera vez—. Nadie en Moretti va a desaprobarte la dedicación.

No sé cómo responder a eso sin parecer un lameculos, así que no lo hago. En lugar de eso, hago estiramientos para desbloquear los músculos, uno por uno, con la rutina que me ha preparado el fisioterapeuta.

—Dime algo —me dice.

—¿Qué es? —Lo miro desde donde me toco los dedos de los pies.



—¿El simulador? ¿Por qué has pasado tanto tiempo en el circuito de Suzuka? —pregunta en referencia al trazado japonés.

Lucho con lo que lo apaciguará.

La verdad le dará un susto de muerte. Porque es la pista en la que murió mi padre. Porque si puedo dominar el único lugar que me aterroriza más que cualquier otro, entonces sé que estoy listo.

Porque estar allí, por morboso que suene, me permite sentir un trocito de él conmigo.

No me di cuenta de que alguien miraba cuando me quedaba aquí hasta tarde y trabajaba por mi cuenta.

—Es mi circuito de referencia. Uno de los más técnicos —digo—. Si puedo hacerlo bien allí, entonces puedo ajustarme y adaptarme y hacerlo bien en cualquier sitio.

Asiente, pero sus ojos se cruzan con los míos y dicen que sabe que en parte estoy mintiendo.

—Cada conductor tiene un circuito que tiene que dominar. Ese debe ser el tuyo.

—Lo es.

Deja el tema y se dirige hacia la puerta.

—La cena está lista en la cafetería.

—Gracias.

—Y no te quedes hasta muy tarde. Salimos para Barcelona por la mañana.

—No lo haré.

Me quedo mirando la puerta por la que acaba de pasar, con su pregunta en el centro de mi mente.

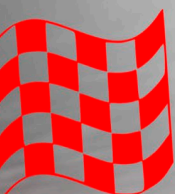
Nadie en Moretti ha salido a preguntar por mi padre ni a hablar de su legado, que flota sobre mi cabeza como un globo de plomo. Tan cerca que se nota, pero tan lejos que a veces no lo veo porque va detrás de mí.

Ni siquiera Camilla. Ni siquiera después de nuestra sesión de hash-it-out en la sala de conferencias.

Pero sé que todo el mundo lo sabe. Estoy seguro de que probablemente ha habido algunas discusiones al respecto. Sé que todo el mundo se pregunta cómo voy a afrontar Suzuka si tengo contrato con el equipo cuando llegemos a esa parte del campeonato.

Y, sin embargo, nadie lo aborda de plano.

¿Fue algo impuesto por Carlo? ¿O la gente de aquí tiene suficiente decoro para dejarme demostrar la persona que soy en lugar de ponerme etiquetas hechas para otro hombre?



Me da que pensar mientras subo las escaleras y como algo rápido antes de volver a la simulación.

Pero hay una cosa más que tengo que hacer antes de que mi noche esté completa y esté listo para salir.

Algo que me va a costar muchísimo, pero que necesito como recordatorio para asentarme en la realidad.

Para presentar mis respetos por esta oportunidad.

—¿Riggs? —contesta Dee al primer timbrazo, con voz más que sorprendida.

—Hola. ¿Cómo estás? —pregunto por cortesía cuando sé la verdad. Está agotada. Cansada. Dominada por la preocupación, el miedo y todo lo demás.

—Ya sabes —murmura.

—No me lo puedo imaginar. —El nudo en mi garganta crece hasta proporciones épicas—. ¿Algún cambio?

—Sus manos están... Esperan que la piel cicatrice y, con el tiempo, le permita la misma movilidad para que pueda flexionar las manos y... ya sabes. —*Sostener un volante.*

No puedo imaginar amar a un hombre que se pone voluntariamente en peligro. Y dejarle correr de nuevo, dejarle hacer lo que ama, a pesar de haber bailado ya demasiado cerca de la muerte.

¿No es eso lo que mamá hizo con papá?

¿No es eso lo que hace por mí?

Dios mío. Me paso una mano por el cabello y respiro hondo.

—Estoy seguro de que funcionará. ¿Y sigue de buen humor?

—Lo está.

—¿Los niños?

—Están mejor ahora que han podido verle, y ya no da tanto miedo como con todos los tubos y vendajes.

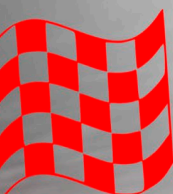
—Eso está bien. —Hago una pausa—. ¿Todavía sigue sin querer hablar con nadie?

—Sí. Lo siento. Pero sabe que has estado llamando y comprobando. Él solo... no quiere que nadie lo vea así. Es ridículo, pero no es una batalla que esté dispuesto a librar ahora mismo. Es orgullo mezclado con preservar su imagen para que otros equipos no lo vean débil. Para mí es una tontería, pero es lo que siente.

—De acuerdo.

—Gracias —dice, sintiendo que la conversación se acaba.

—¿Por qué?



—Por las flores. Por los mensajes. Por no olvidarte de él mientras tienes tu oportunidad.

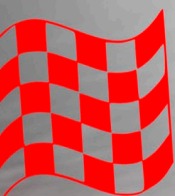
Hago una pausa y miro la simulación que tengo ante mí. Mi sueño me rodea.

—Sí, como que te jode la cabeza. —Su accidente. Su lesión. La magnitud de todo esto. Los demonios a los que tendré que enfrentarme cuando salga a la pista.

—Seguro que sí —dice suavemente—. Pero súbete al auto y haz una carrera infernal. Maxim querría eso para ti. Solo lo mejor para su Riggs.

—Gracias, Dee.

Y cuando termino la llamada, estoy un paso más cerca de estar preparado.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO DIECISIETE

Camilla

—**J**esús. Realmente tiene una erección por Riggs, ¿no? —pregunto mientras sostengo mi placa en la pantalla del torniquete y se me permite el acceso al paddock.

Hojeo el artículo escrito por Harlan Flanders. Es normal cuestionar la capacidad de un corredor, especialmente cuando es nuevo, pero hay un claro rencor en el artículo. Una evidente antipatía. Y una pizca de amargura.

—Lo hace —dice Elise mientras camina a mi lado. Normalmente no viaja con el equipo, pero lo he dejado organizado para que pudiera hacerlo esta vez. Es importante ver lo que está promocionando—. Si no lo supiera, diría que está enfadado por algo que hizo Riggs y se está vengando de él a través de la prensa.

—Genial. Justo lo que necesitamos. —Pero este artículo ridículamente unilateral y subjetivo es la distracción que necesitaba.

Me da una excusa para tener la cabeza gacha y la atención desviada hacia mi teléfono mientras entro en un paddock por primera vez en seis años.

No miro hacia arriba. No me fijo en los garajes a la izquierda del ancho callejón ni en los centros médicos contruidos a medida que cada equipo ha enviado aquí.

En lugar de eso, me centro en mi teléfono.

A desplazarme con el pulgar.

En fingir que no estoy dando un paso adelante enorme y monumental al que mi terapeuta daría una ovación de pie.

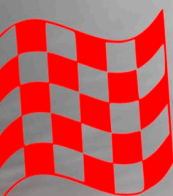
Una vez que esté dentro de nuestras oficinas aquí, me sentiré mejor. Más segura. En un lugar donde Brandon no se atrevería a poner un pie.

—¿Camilla? —pregunta Elise.

—¿Qué? Lo siento. Estaba... leyendo. —Levanto la vista del teléfono.

—Es increíble, ¿verdad? —Miro hacia donde mira Elise y contemplo el paddock.

K. BROMBERG
OFF THE



Todo es más grande y extravagante de lo que recordaba. Que las fotos le hacen justicia. Las oficinas de hostelería tienen tres pisos y son anchas, con exteriores detallados. Cubiertas en la parte superior con mesas de ping-pong, un restaurante con servicio de catering en una planta, oficinas en otra. Y, por supuesto, un lugar para que los medios de comunicación pasen su tiempo con el equipo.

—Lo es —le digo. *Definitivamente lo es.*

Me quedo boquiabierta y abrumada.

Pero, sobre todo, el miedo que esperaba sentir, el temblor de manos, las miradas nerviosas por encima del hombro, la paranoia, *no existe.*

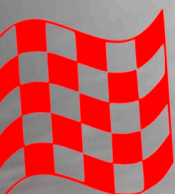
Hay un trasfondo de emoción. De anticipación. De estar de vuelta aquí.

Es totalmente inesperado y bienvenido al cien por cien.

No me hago ilusiones de que el miedo no vuelva. Que ver la parte posterior de una cabeza rubia y unos hombros anchos a tres metros por delante de mí en la multitud, no incitará un ataque de pánico en algún momento.

Pero tomaré esto como una victoria ahora mismo.

Una victoria que estoy deseando repetir.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO DIECIOCHO

Riggs

Es un curso técnico.

Lo único que oigo es el pulso retumbando en mis oídos mientras miro fijamente el árbol de luz que tengo delante desde mi parrilla de salida de P10.

Curvas cerradas. Curvas cerradas.

Mis manos se aferran al volante mientras la voz de mi padre, o como imagino que sigue sonando después de haber memorizado casi todas las entrevistas que he podido conseguir a lo largo de los años, se repite sin cesar en mi cabeza.

Tramos largos en los que se puede activar el DRS.

El estómago se me revuelve con una mezcla de emoción y nervios. Ambos bienvenidos. Ambos cargados.

No hay lugar para errores mentales. Ninguno.

Los motores giran a mi alrededor. Corredores a los que he admirado durante años. Corredores contra los que he competido en los circuitos inferiores. Amigos. Enemigos. Todos son ahora competidores.

Un descuido puede llevarte al paredón.

Amo este deporte y al mismo tiempo lo odio. Cada vez que me pongo al volante, en todos los niveles en los que he competido, es una lucha entre hacer lo que me gusta y temerlo.

Entre honrar a mi padre y la posibilidad de acabar como él.

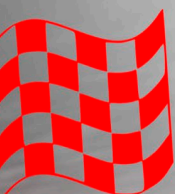
De tomar cada curva y perdonarme a mí mismo por querer aflojar mientras lo imagino lanzándose por la pista y luego odiarme por la misma maldita razón.

—Comprobación de radio, Riggs.

—Jaque.

Tienes esto, Spence. La voz de mi padre.

K. BROMBERG
OFF THE



Conduce rápido. Ten cuidado. Cruza la línea de meta por mí. Las palabras de mi madre de nuestra llamada telefónica anterior.

Luz. Luz. Luz. Luz. Luz.

Salgo de la línea de salida y me meto en la refriega de todos los demás autos que compiten por una buena salida.

Ten cuidado en la primera curva. La probabilidad de accidente es alta.

Puedo oír su voz incluso ahora que estoy luchando fuera de la línea por la posición y utilizarla como medio para calmarme, si eso es posible. La adrenalina corre por mis venas como nunca.

Lo tienes, hijo. Te adaptarás. Haz la primera vuelta y te adaptarás.

Y así es.

Sin embargo, lleva más de una vuelta. De hecho, parece que contengo la respiración durante las cuatro primeras. Porque cuatro vueltas es lo más lejos que he llegado en una carrera de F1 antes. Ahora es solo más primeras veces de aquí en adelante. Y a las diez vueltas, cuando adelanto a mi primer auto, se añade otra carga a mi confianza.

—Bien hecho, Riggs —me dice Hank al oído.

Ahora presiono más. Conduzco un poco más fuerte. Con más seguridad.

Lucho duro pero limpio. Quizás más tímido de lo habitual, pero esto son las grandes ligas y cruzar la línea de salida/meta después de sesenta y seis vueltas es más importante que nada para mí. Demostrar que puedo manejar el monoplaza y situarme entre la mitad y la cabeza es el objetivo que se ha marcado el equipo.

Demostrar que un Riggs puede volver a sentarse en el asiento de un F1 y no matarse es lo que necesito.

Lucho contra los fantasmas de mi pasado al mismo tiempo que lucho contra la competencia que me rodea. Vuelta tras vuelta. Vuelta tras vuelta. Batalla tras batalla por la siguiente posición.

La resistencia es la clave. Conduces para sobrevivir. Conduces con la esperanza de que, cuando te bajes del auto al terminar la carrera, estarás en una posición mejor que al empezar.

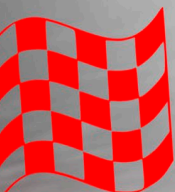
Preferiblemente en los puntos.

Se acaba en un santiamén.

La bandera a cuadros ondea.

—Eso es P7. P7, Riggs —dice Hank con la voz firme con la que me ha dirigido todo el día—. Excelente trabajo para ser tu primera carrera. Objetivo cumplido. Terminaste en los puntos.

Terminaste en los puntos.



Eso es lo que Carlo Moretti me ha pedido hoy. Acabar en puntos en mi primera carrera de F1 con Moretti.

O como él dijo, en mi primera carrera de F1, porque para él, esta es mi primera.

Y lo hice.

Por primera vez en dos horas, mi corazón se desprende de mi garganta y aterriza de nuevo en mi pecho, donde pertenece.

Pero eso no significa que mi cabeza no deje de dar vueltas o que mis labios no dejen de sonreír.

Santo cielo.

Mierda.

—Bien hecho, chicos. Gracias por todo el trabajo —le digo al equipo que me escucha por la radio mientras me dirijo al pit lane y a mi garaje—. Buen trabajo. Realmente un gran trabajo.

Menudo subidón.

Cada segundo.

Cada kilómetro de cada vuelta.

Apago el motor y salgo del auto con la ayuda de mi equipo. Me encuentro con gritos de júbilo y miro por encima de los boxes hacia el palco donde están todos mis amigos colgados del borde animándose, viajando hasta aquí para apoyarme aun sabiendo que no podré pasar mucho tiempo con ellos debido a mi vertiginosa agenda.

Hago un simulacro de saludo y luego bombeo el puño antes de inspirar profundamente.

Terminé en los puntos.

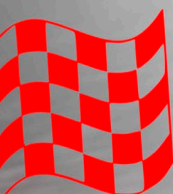
¿Estoy soñando?

¿Esto es de verdad?

Pero antes de que pueda hacer o pensar otra cosa, un funcionario de la FIA se reúne conmigo. Me dirige a la báscula situada en una zona neutral del garaje. Anotan mi peso, que se sumará al de mi auto, para asegurarse de que nuestro total combinado cumple el requisito de peso mínimo.

—Riggs. —Me dirijo hacia las voces cuando terminan los asuntos oficiales de la FIA y entro en el garaje Moretti. Mi equipo me recibe con un estruendoso aplauso. Puede que me haya pasado unos centímetros de mi marcador de boxes al entrar a box y les haya dado un susto de muerte, pero siguen aquí. Todavía emocionados de haber ganado puntos para el equipo.

Me reciben con palmaditas en la espalda y elogios, pero cuando atravieso la multitud, me encuentro de frente con el señor Moretti en persona. Carlo está apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos y expresión de satisfacción.



—Enhorabuena por tu primera carrera en rojo Moretti —dice, extendiendo la mano para estrechármela—. Nos has hecho sentir orgullosos.

—Gracias por la oportunidad, señor. —Asiento—. Solo voy a mejorar. Sonríe.

—Sé que lo harás.

Me doy la vuelta para irme... No tengo ni idea de dónde se supone que tengo que ir después, así que estoy más que agradecido cuando oigo un *disculpen* que se eleva entre el ruido. Anya cruza entre la multitud.

—Felicidades. Gran primera carrera. Eso solo significa que más gente de lo normal quiere hablar contigo.

—Claro. Bien. —La adrenalina sigue corriendo por mis venas. Podría hablar con todo el mundo ahora mismo y no me cansaría.

—Eso lo dices ahora. —Se ríe entre dientes—. El trabajo solo está hecho en tres cuartas partes. Tenemos una rueda de prensa. Fotos. Luego el debriefing del equipo.

Asiento, ya informado de lo que me espera.

—Me parece bien. Yo... —Miro a Camilla a través del caos del garaje. Lleva sus típicos vaqueros anchos y su polo Moretti de gran tamaño. La expresión de su rostro es ilegible.

—Oh —dice Anya cuando ve a quién estoy mirando. Vuelve a mirar a Camilla antes de mirar hacia mí y emite un sonido indistinto de desaprobación—. Solo una recomendación. Probablemente no sea la mejor idea enfadar a la hija del jefe.

—Lo sé.

¿Por qué se enfadaría? *Oh...* Debe haberlo visto.

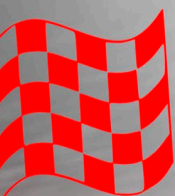
Esa es la única razón por la que tiene que estar enfadada conmigo. *Que yo pueda pensar por lo menos.*

Y la verdad es que olvidé por completo que había programado la publicación en las redes sociales. Lo hice hace días sin pensarlo. En la última reunión que tuvimos, ella le había dicho al equipo lo que esperaba implementar después de esta carrera. Yo simplemente intentaba adelantarme y darle una idea de lo que pedían.

Pero puede que me haya dejado llevar tanto por la semana de la carrera y todo lo que conlleva que me he olvidado del post.

—¿Acaso quiero saber lo que hiciste? ¿Qué clase de lío voy a tener que intentar arreglarlo?

—No. —Sonrío a Camilla antes de volverme hacia Anya, con un subidón mayor que nunca—. Puedo limpiar mis propios desastres perfectamente.



CAPÍTULO DIECINUEVE

Camilla

La pista es oscura. Las luces de la ciudad a lo lejos y la luna llena en lo alto proporcionan luz suficiente para distinguir las formas, las barreras de agua y su cinta reflectante, las vallas metálicas, los bordillos rojos de la chicane de la pista que tengo debajo.

No sé por qué he vuelto aquí. El paddock ha sido o está siendo desmantelado para poder guardarlo en contenedores y enviarlo al siguiente circuito junto con los vehículos. Las gradas se han limpiado de la basura que dejó el público durante la carrera. Sin embargo, me encontré hablando con la seguridad de la puerta para entrar en las instalaciones y subir al palco de prensa.

¿Era la perspectiva que necesitaba?

¿Una oportunidad para descomprimirme y darme una palmadita en la espalda por haber superado mi ansiedad y estar aquí esta semana?

Elise puede ir por mí, papá. Tengo tanto que hacer que no es buena idea que salga de la oficina.

Sí, no funcionó. Y en retrospectiva, me alegro de que no lo hiciera.

Los últimos días me han demostrado que soy más fuerte de lo que creía.

Y eso nunca es una mala revelación.

Eso no quiere decir que no haya tenido algunos ataques de pánico por haber estado a punto de encontrarme con él. O que no hubiera una rápida retirada para esconderme en el baño y recordarme... que le jodan.

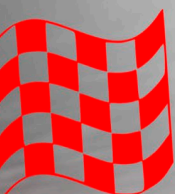
Pero lo hice.

Pasé la semana con un mínimo de sobresaltos.

Hice algo que no creía que pudiera hacer y en parte estoy enfadada conmigo por dejar que el miedo me poseyera y no haberlo intentado antes.

Me voy de España más fuerte que cuando llegué hace cinco días, y daré esos pequeños pasos cualquier día de la semana.

K. BROMBERG
OFF THE



—No deberías estar aquí.

Salto al oír una voz en la puerta. Una voz que conozco. Me giro y dejo que el suspiro caiga de mi boca.

—Estás en mi lista de mierda, Riggs —digo.

—Perfecto. Parece un lugar bastante cómodo para mí cuando se trata de ti. —Su sonrisa es amplia y sus ojos juguetones—. ¿Por qué te has enfadado esta vez? —Me tiende el móvil—. ¿Tomo notas? ¿Hago una lista? No queremos olvidar ni una sola cosa por la que tenga que arrastrarme más tarde.

La mayoría de los tíos se vuelven menos atractivos cuanto más abren la boca y hablan. Riggs, en cambio, se vuelve más sexy.

Cruzo los brazos sobre el pecho. Una forma inútil de protección cuando se trata de él.

—El post de consejos que hiciste anoche.

Su sonrisa es rápida como un rayo y letal en el departamento de los guapos.

—¿Qué pasa con eso? Solo estaba adelantándome a lo que Elise y tú me pidieron.

—Creo que el pie de foto era: *¿Debería o no acostarme con la hija del jefe? Preguntando por un amigo.*

—Sí. ¿Tu punto? La gente tenía todo tipo de opiniones. *Y proposiciones* para mí. —Se encoge de hombros inocentemente—. Te lo enseñaría, pero podrías ponerte un poco celosa de todas esas mujeres deseándome.

—Difícilmente. —Resoplo—. *Mi punto* es lo que estás insinuando.

—No estoy insinuando una mierda. Solo hago una simple pregunta al público que me adora. —Mueve las pestañas inocentemente.

—La gente va a pensar que estás hablando de mí.

—Déjalos.

Tomo mi teléfono y le echo un vistazo.

—Uno coma cuatro millones de personas y contando para ser exactos.

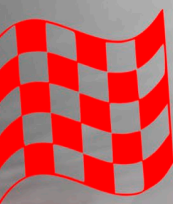
—¿Tantas visitas ya? Yo diría que misión cumplida.

—No. No es misión cumplida. Se suponía que no ibas a elegir las preguntas tú. Se supone que debemos hacer eso *por* ti. Se supone que...

—Puedo ocuparme de las preguntas que respondo en mi propia página. Llevaba equipo Moretti. Me aseguré de que la marca y los elementos visuales estuvieran ahí. Lo que menos me gusta, Camilla, es que me controlen.

—Bien. Estupendo. —Levanto las manos, enfadada porque esto haya interrumpido mi paz y tranquilidad—. Pero tú no eres el que tiene que responder ante su padre si se acuesta con un conductor.

Porque eso *no* era vergonzoso.



—Ya eres mayorcita. Estoy bastante seguro de que tu vida sexual no es asunto de tu padre. Además, la última vez que lo comprobé, me odiabas a muerte y todo lo que tienes que hacer es mentir y decir que no te gusto especialmente. Podemos ceñirnos a esa historia y todo irá bien, ¿verdad?

Le miro fijamente durante un rato. Abro la boca. La cierro.

—¿Por qué, Camilla Moretti, empiezo a gustarte de verdad? —pregunta, con su sonrisa burlona a la cabeza.

—No. —Me burlo—. Nunca he dicho eso.

—No tenías por qué hacerlo. Llevas tus emociones en la manga, y puedo ver las tuyas por mí justo ahí. —Señala mi bíceps—. Como un gran tatuaje.

—Estás loco. —Pero me estoy riendo y ¿no es eso algo que él parece sacar de mí más que cualquier otra cosa?

—Quizás. —Se encoge de hombros y guiña un ojo—. Pero no se lo digamos a nadie. Estamos ocupados fingiendo que nos odiamos, ¿recuerdas?

—Eso no va a impedir que la gente asuma que estamos follando. La vida no es tan sencilla.

—Por supuesto que sí. ¿Por qué complicarlo? A veces hacer que la gente adivine o se pregunte aumenta la intriga. Por algo en mis vídeos la toalla cae de vez en cuando, pero nunca llegan a ver lo que hay debajo.

—Oh, Jesús. Estamos llenos de nosotros mismos, ¿no?

Mi comentario es respondido con una sonrisa y ya está. Le sostengo la mirada y lo asimilo. Lleva el cabello húmedo recién salido de la ducha. Una camiseta negra de cuello de pico y un vaquero azul oscuro.

—¿Por qué estás aquí? —pregunto.

—Podría preguntarte lo mismo —dice—. Probablemente tengamos las mismas respuestas. Ambos estamos tomando nuestra primera carrera bajo nuestros cinturones en nuestras nuevas posiciones.

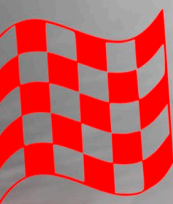
—Pensé que estarías de fiesta por la ciudad con tus amigos.

Se encoge de hombros.

—Salí con ellos. Los vi patear unos cuantos... Estoy en modo entrenamiento. Intento mantener mi figura de niña. —Se levanta la camiseta para mostrar unos abdominales que parecen tallados en alabastro—. ¿Crees que funciona?

El hecho de que tenga que forzar la vista para no mirarle me dice que su ejercicio está funcionando.

—¿No bebes durante la temporada? —pregunto. La mayoría de los conductores se dan un día de trampa de vez en cuando. Tengo curiosidad por lo que Riggs piensa.



—Ahora no. —Frunce los labios y mueve la cabeza de un lado a otro—. Prometí a mis amigos que tendríamos una noche de descanso, una noche de celebración. Ese será mi único desliz.

—Tus amigos. *Esos amigos*, supongo. —Los amigos de las cartas atrevidas.

—Sí. Con los que tan bien te has mezclado hoy. Monstruos totales e idiota, ¿verdad?

Le lanzo una mirada. Por supuesto, no eran monstruos ni idiotas. Todos parecían tipos bastante honrados. Pero aguantaré mi rencor un poco más.

—Nunca respondiste. Estás aquí. ¿Por qué?

Su expresión se suaviza, casi se vuelve nostálgica.

—No sé, algo me ha hecho volver aquí. —Deja la bolsa de viaje que lleva al hombro y se acerca a mi lado para tener una vista completa de la pista—. Quizá fue la tranquilidad después de un subidón tan absoluto. Tal vez fuera el consejo de tu padre: empápate de todo, de cada momento. Tal vez fue...

—¿Tal vez fue qué? —Hay una tranquila calma en Spencer Riggs ahora mismo que estoy experimentando por primera vez. Lo vi antes de la carrera de hoy y simplemente pensé que era su preparación. Pero está aquí ahora y hay algo en ello, una realidad, que es entrañable de una manera que no quiero admitir.

—Quizá me esté despidiendo de algunos viejos fantasmas. O posiblemente dándoles las gracias. Tal vez esperando poder dejar de perseguirlos finalmente. No estoy seguro de cuál.

La cruda honestidad de su tono es inesperada y cautivadora. El suspiro que emite poco después dice que desearía poder retractarse de su confesión. Su intento de cambiar de tema lo refuerza.

—¿Por qué estás aquí, Camilla?

Me callo un momento y miro hacia la pista oscura y desolada y pienso en lo de hoy antes de la carrera.

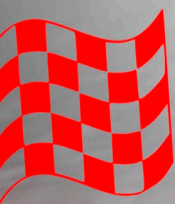
Presa del pánico, empujo la puerta del baño y la cierro a mi espalda. El corazón se me acelera y siento la ansiedad como dedos que me suben por la garganta. Cerrándome las vías respiratorias. Estrangulándome.

Respira, Cam. Solo respira.

Puedo oír la suave voz de mi terapeuta repitiendo las palabras una y otra vez mientras me agacho y pongo las manos en las rodillas y me concentro en mi respiración.

Lo que me llamó la atención fue su melena rubia y esa risa inconfundible que oí desde el otro lado de la calle. Me quedé helada cuando me miró y sonrió. Sonrió como si lo que había pasado nunca hubiera sucedido.

K. BROMBERG
OFF THE



El pánico se apoderó entonces de mí. Los temblores. Los recuerdos que se repetían en mi mente.

Me quedo paralizada cuando oigo el inconfundible sonido de alguien vomitando en la cabina del otro extremo del cuarto de baño. Antes de que pueda recobrar la compostura, la puerta se abre de golpe y Riggs está de pie, pálido como un fantasma, con el sudor salpicándole el nacimiento del cabello y el mismo temblor que siento yo ejemplificado en su exhalación.

Parece sorprendido de verme aquí. De ser sorprendido en un momento vulnerable. Pero entrecierra los ojos y se ríe mientras se inclina sobre el lavabo, se echa agua en el rostro y se enjuaga la boca.

—Parece que no soy el único que odia el día de la carrera, ¿eh?

—No. Sí. —Cierro los ojos momentáneamente y veo los urinarios a mi derecha y me doy cuenta de que he entrado en el baño de hombres—. Lo siento. No quería...

—Camilla. —Su voz me detiene y me obliga a mirarle.

—No pasa nada. No pasa nada. —Asiente y luego sale y vuelve con el equipo.

El hombre que está a mi lado se enfrenta sin duda a algo parecido a lo que yo me encuentro. Hoy estaba convencida de que eran los nervios previos a la carrera, pero más tarde, cuando le vi llamar a su madre antes de subir al auto y escuché a los comentaristas hablar de su padre, me di cuenta de que podría estar luchando contra el recuerdo de su padre. El hombre que tenía fama de conductor salvaje y temerario. El conductor que había sido advertido en numerosas ocasiones, señalado en negro por algunos otros, y que había perdido la vida de la forma más horrible. Y Riggs solo tenía nueve años.

Sí, lo busqué. Sus defectos. Sus logros. Las críticas y los elogios. Y las fotos de una viuda afligida y un niño que es su viva imagen antes y ahora.

Si mi suposición es cierta, la razón por la que estoy aquí arriba palidece en comparación con la gravedad de la de Riggs, pero si algo he aprendido a lo largo de los años es a reconocer que todo el mundo lucha contra algo. Aunque no tengan el mismo alcance, siguen siendo igual de conmovedoras.

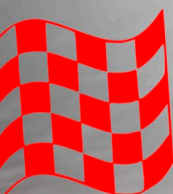
—¿Por qué estoy aquí? —repito—. Hacía tiempo que no venía a una carrera. Para mí ha sido mucho estar aquí hoy. Estar en el paddock. En el garaje. Al igual que tú, me estoy dando un momento para dejarlo asimilar.

—¿Por eso tenías un ataque de pánico en el baño? —Entorna los ojos hacia mí.

—No lo tenía. Yo...

—Ahórratelo, Camilla. Estoy muy familiarizado con su aspecto. Los conozco de primera mano por mi madre. Estabas teniendo uno. No necesitas dar explicaciones. —Se encoge de hombros—. Todo lo que necesito saber es si estás bien ahora.

K. BROMBERG
OFF THE



Le estudio y me pregunto quién es este hombre. Engreído un minuto. Craso al siguiente. Dulce al instante siguiente. Curioso constantemente.

—Sí. Lo estoy.

Asiente.

—Bien. ¿Por qué dejaste el negocio familiar? De las carreras — pregunta.

Vaya. Ese fue un cambio de tema que no vi venir. En vez de tartamudear con una excusa, prefiero ser vago.

—Muchas razones.

El silencio se come el espacio y cuando me giro para mirar por fin a Riggs, se ha acercado un paso, pero es la mirada de sus ojos lo que me detiene. Curiosa. Inquisitiva. Preocupada.

—Creo que hay una razón en particular, pero no te presionaré al respecto.

—¿Por qué dices eso? —Mi espalda se endereza al instante.

Se encoge de hombros con indiferencia, pero la expresión de su rostro es todo menos eso.

—Porque todos tenemos un secreto que guardamos a escondidas. El que pensamos que podría arruinarnos, pero esperamos que no sea así. El que escondemos en los baños y nos da ataques de pánico. Y luego añadimos otra capa de esperanza de que quizá algún día mejore. —Parece que habla desde la experiencia y, por alguna extraña razón, eso me hace sentir menos aislada.

—Tal vez —murmuro.

Se vuelve hacia mí, apoya la cadera en la mesa y me estudia con atención.

—¿Tiene algo que ver lo tuyo con el paddock, que cada vez que entras en él parece que tengas miedo de que vaya a salir el hombre del saco de algún sitio? ¿Por eso te escondiste en el baño de hombres?

El corazón me da un vuelco ante sus palabras, pero modero mi expresión para no delatar nada.

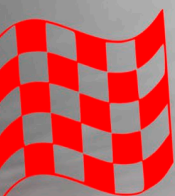
—No creo que tengas ni idea de lo que estás hablando.

—La preciada y única hija de la familia Moretti. La que estaba en todas las carreras, todo el tiempo, como una más del equipo. Y de pronto, no estaba. Se fue como un fantasma. Ahora ha vuelto. —Entorna los ojos hacia mí—. Un observador casual pensaría que algo podría haber pasado para alejarte.

¿No es esta su versión de presionar?

—¿Ser universitaria para hacerme un nombre propio?

—¿Un nombre propio pero has vuelto para trabajar en el negocio familiar de aceite de oliva? —pregunta, con expresión petulante—. No eres la única que puede buscar a alguien en Google, Cami.



—Es Camilla.

Se encoge de hombros.

—Quizá me gusten las dos cosas.

—Quizás no quiero que te guste... *no importa*. —Ni siquiera vale la pena discutir. Y peor aún, ¿es raro que me guste que se haya tomado la libertad de usar mi apodo?

—¿Por qué has vuelto al imperio familiar?

—¿Qué te importa?

—Nada. Solo tengo curiosidad por saber por qué te fuiste y por qué has vuelto.

—Me fui por la escuela. Lo dejé porque hubo un accidente en la carrera la última vez que estuve aquí y no me gustó. Una cosa es saber que este deporte es peligroso. Otra es estar aquí cuando ocurre. —La mentira es suave, como si se hubiera practicado. Y no es así.

Y en cuanto digo las palabras, me doy cuenta de lo jodidamente insensible que parezco ante un hombre que vio morir a su padre en un accidente.

—Riggs. Lo siento. Eso fue...

Levanta la mano para detenerme y luego habla como si su historia fuera otra.

—A ver si lo he entendido bien. Te fuiste por un accidente. Y luego vuelves el día después de que uno grande se lleve por delante al piloto número uno. Claro como el barro.

—Estás metiendo la mano en cosas que no existen, Riggs.

Pero sus ojos buscan los míos de una forma que me dice que no cree ni una palabra de lo que digo. En lugar de discutir conmigo, levanta las manos como si se rindiera.

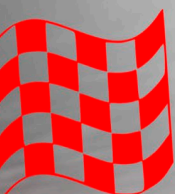
—Dejaré de intentarlo. —Sonríe suavemente—. Sé lo que debemos hacer.

Le miro con desprecio. ¿Por qué de repente se rinde tan fácilmente?

—¿Qué?

—Celebremos. —Me da la espalda y saca algo de su bolsa de viaje. Me sorprende ver que es una botella de Dom Pérignon. Empiezo a rebatirle lo que sea que vaya a preguntarme, pero me hace callar—. Sígueme la corriente, Moretti. Creo que tú y yo tenemos que hacer algo para conmemorar nuestra primera carrera en F1.

—¿Dónde has...? —grito cuando descorcha la botella, que vuela por algún lugar de la cabina. Choca con el techo al mismo tiempo que un chorro de líquido burbujeante sale de su punta y me salpica los zapatos.



CAPÍTULO VEINTE

Riggs

La risa de Camilla resuena mientras salta y yo enderezo la botella para que deje de derramarse.

—Ten. —Se la tiendo.

—¿Qué? ¿Directamente de la botella?

—Sí. Tenemos clase. Además —digo mientras la agarra—. No es como si nuestros labios no se hubieran tocado antes, ¿verdad?

—No me lo recuerdes —gime y bebe un sorbo larguísimo de la botella. Sisea cuando las burbujas golpean su nariz y su tos se convierte en carcajada.

—Oye, no estoy tan mal —le digo mientras me mira por encima de la botella antes de dar otro sorbo. Examino su rostro y me alegra ver que lo que la había ensombrecido segundos antes ha desaparecido y ha sido sustituido por fastidio *hacia mí*—. De hecho, beso muy bien.

Me mira, con las mejillas llenas de burbujas, y resopla mientras traga saliva.

—¿Te besas a menudo, entonces?

—No.

—Entonces, ¿cómo lo sabes?

Me da la botella y, descaradamente, bebo un buen trago. Un trago no va a matarme, ¿verdad? Además, parece que el momento lo necesita.

—Me lo han dicho. Antes. Mucha gente.

—Muchas. —*Huh*. Podría haberme engañado. Extiende la mano para agarrar el champán y yo la retiro.

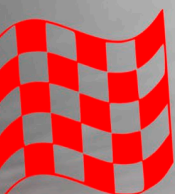
—¿Crees que voy a compartir contigo después de que me insultes?

Me mira.

—Imagínatelo. Que te insulten por algo que no puedes cambiar. Mi ropa. Tu beso. —Se encoge de hombros y, a pesar de sus palabras, su sonrisa y su tono son juguetones.

—Touché. —Me aferro al champán. Sigo pensando que se viste como una marimacho, pero diablos si no hay algo en Camilla Moretti que me está empezando a gustar. Su actitud. Su descaró. Esa ligera vulnerabilidad que asoma de vez en cuando—. Y para que conste, soy bueno besando.

K. BROMBERG
OFF THE



Resopla.

—Solo expongo los hechos.

Pone los ojos en blanco y se ríe.

—Necesito otra copa para simplemente estar aquí y digerir esto.

—Yo no comparto nada cuando tú te ensañas conmigo.

—Pobrecito. ¿He herido tu ego? —Hace un mohín con el labio inferior y, cuando la imito poniendo los ojos en blanco, se abalanza sobre la botella que le niego.

Giro el cuerpo para impedir que la alcance. Ella tropieza y yo me tambaleo, o algún movimiento cliché por el estilo, pero acabamos pecho con pecho, nuestros rostros a escasos centímetros de distancia.

La risa que sale de su boca se detiene entrecortadamente.

Siento el calor de su jadeante exhalación en mis labios.

Puedo sentir el roce de sus pechos contra mi pecho con cada inhalación que hace.

Puede ver cómo le tiembla el pulso a lo largo de la línea de la garganta.

Durante unos breves instantes, olvido dónde estamos, quién es ella y mis motivos para atreverme esa noche.

Todo lo que recuerdo es el sabor de su beso.

La suavidad de sus labios.

Ese gemido bajo y estrangulado que emitía desde el fondo de su garganta y que tiraba de mis pelotas como si fueran las yemas de sus dedos.

Sus ojos se abren de par en par y se parecen mucho a como me siento yo. Conmocionado. Desconcertado. *Excitado.*

Levanto la mano, le aparto un mechón de cabello que ha caído sobre la mejilla y se lo paso por detrás de la oreja; algo, lo que sea, para mantener las manos ocupadas y la mente alejada de sus labios entreabiertos y sus ojos muy abiertos. Ha sido un día infernal y una noche demasiado sombría. *¿Pero esto? Esto se siente como algo que quiero pero que sé que no debería tener. Como algo que necesito desesperadamente, como si me estuviera ahogando y Camilla fuera lo único que puede reanimarme.*

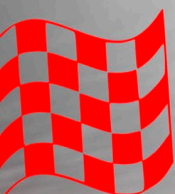
—¿Deberíamos probar tu teoría sobre mis habilidades? —murmuro.

—Riggs —susurra con una voz temblorosa que me hace querer acercarme a ella y besar esa vulnerabilidad.

Me remuerde la conciencia.

Con lo que es correcto.

Con lo que no quiero pero de repente quiero.



Con las putas consecuencias, algo que normalmente no me importaría, que no quiero joder dada mi primera experiencia completa de F1 en mi haber.

Mis dedos rozan su brazo desnudo mientras lo bajo y ella salta hacia atrás como si la hubiera electrocutado.

—Lo siento. No quería...

Empujo la botella hacia ella para que deje de divagar y para evitar dar un paso al frente y hacer lo que no consigo quitarme de la cabeza.

Está nerviosa. Sus manos necesitan algo que hacer. Arreglarse el cabello. Tocar el escritorio. Ajustarse la camisa sobre los hombros. Llevarse la botella a los labios y volver a bajarla.

—¿Por qué tienes eso? ¿Champán? ¿La botella?

Huh. La mujer que nunca se pone nerviosa está nerviosa.

¿Por qué me gusta haberle hecho eso?

—Otro conductor me lo ha dado hoy como felicitación.

—Oh. —Me mira y luego mis manos y luego de vuelta a la pista.

Toc. Toc. Toc.

El sonido llega unos segundos antes de que una risita de barítono retumbe en el palco de prensa.

Camilla y yo saltamos como si fuéramos dos cables con corriente que se han tocado. Sus chispas se desvanecen cuando nos giramos para ver al guardia de seguridad en la puerta abierta.

Tiene los hombros anchos y el cabello oscuro y rizado. Nos mira a los dos con desconfianza.

—Creía que venías corriendo porque se te había olvidado algo —le pregunta a Camilla. Su mirada recorre la habitación, fijándose en el champán que tengo en la mano y en la porción derramada en el suelo—. Y yo no te dejé entrar aquí.

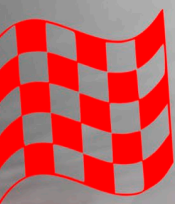
Mi sonrisa es un destello de apaciguamiento.

—Estaba preocupado por ella. Aún no había vuelto, así que entré a buscarla. No estabas en las puertas. Tú...

—Dios mío —dice. Veo el momento en que me reconoce—. Spencer. Riggs. Señor Riggs. Lo siento. No era mi intención, lo siento, pero tengo mi trabajo que hacer.

Hace maravillas para el ego ser reconocido por el público en general.

—No te preocupes. Sólo nos llamó la atención lo genial que es la pista cuando está vacía. —Miro a Camilla y luego de nuevo al guardia—. Saldremos enseguida. Danos un segundo para recoger nuestras cosas.



CAPÍTULO VEINTIUNO

Camilla

—C amilla. —*Esa voz.*
Estoy inquieta.
Ansiosa.

Agotada por la semana.

Pero el calor del aliento de Riggs en mis labios.

Las bromas en el palco de prensa de hace horas que poseen mi mente.

El retumbar de su voz en mis oídos. Me ha creado un dolor que me quema mientras lo contemplo de pie ante mí, en mi habitación de hotel, mirándome como si me preguntara si estoy segura de querer hacerlo.

Quiero decir que no. Debería. Es un tipo que no quiero que me guste. Que no quiero querer.

Pero compartimos auto de vuelta al hotel del equipo.

Caminamos por el pasillo hacia nuestras habitaciones.

Y me siguió al interior. No protesté.

¿Ponemos a prueba tu teoría sobre mis habilidades?

—Camilla —murmura, pero no extiende la mano para tocarme.

Dudo, pero solo dura un segundo antes de poner a prueba la teoría en la que he estado pensando en el taxi durante todo el trayecto hasta aquí. *Si me tocara, si hiciera algo más que besarme, ¿me paralizaría o solo aumentaría el ardor que ha creado?*

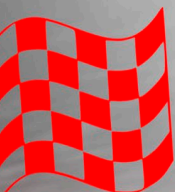
Me deja el primer paso a mí.

Me hace desearlo. Me hace actuar sobre ese deseo. Me hace desear su beso y su tacto y la sensación de nuestra piel deslizándose una contra la otra.

Todas cosas que antes toleraba. Toleradas para que la persona con la que salía se sintiera bien. Sentir que estábamos bien. Como si yo estuviera bien.

Pero ahora se siente muy diferente.

K. BROMBERG
OFF THE



Me acerco a él. Nuestras bocas se encuentran en un roce de labios. Una vez. Dos veces. Luego otra que él profundiza.

Nuestras lenguas se burlan la una de la otra. El sabor del champán y la menta. De deseo y lujuria.

Nuestras manos recorren la piel del otro. Las mías suben por su espalda hasta engancharse en sus hombros. Las tuyas suben por mi frente hasta tocarme un pecho, y la otra se extiende por la parte baja de mi espalda y me sujeta contra él.

Pequeños fuegos artificiales estallan en cada lugar que tocamos. Las terminaciones nerviosas que creía muertas y desaparecidas para siempre detonan. Una a una. Una tras otra. Cada mini explosión trabaja para lo que espero que sea un gran final.

—Camilla —gime cuando mis dedos suben el dobladillo de su camisa y él tira de ella hasta quitársela, mientras encuentro su piel firme y cálida debajo.

E incluso eso es nuevo para mí. Tocarlo y encontrar placer en ello. Recorrer con las yemas de los dedos los surcos y abolladuras alimenta el dolor que parece que solo él puede crear en mí.

Me quito mi propia camisa por encima de la cabeza, desesperada por sentir las yemas de sus dedos sobre mi piel. Saber lo que es que te toquen cuando parece que hace una eternidad que no pasa y lo he disfrutado.

Nuestros labios vuelven a encontrarse, esta vez con más fuerza. Más desesperados. Y nos reímos el uno contra el otro al tiempo que me desabrocho el sujetador.

Aparto las manos. Dejo que haga los honores. Y la forma en que desliza sus manos desde mi trasero por mi espalda desnuda, la fuerza que desprenden, reconfortante y excitante al mismo tiempo, antes de quitarme el sujetador y dejarlo a un lado.

Se echa hacia atrás, sus ojos recorren mi pecho desnudo, y sisea en un suspiro apreciativo.

—Jesús, Camilla.

Los pezones me escuecen, el dolor es tan punzante allí como entre los muslos. No sabía que los pechos pudieran palpar así.

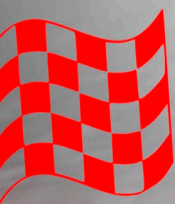
—Riggs. —Su nombre es una súplica y una orden a la vez.

Pero se queda ahí y espera a que yo actúe. Que inicie. Que le muestre lo que necesito.

Alargo la mano, meto los dedos en la cintura de su pantalón y tiro de él hacia mí. Aterrizo contra mi pecho, pero esta vez el contacto de nuestras pieles desnudas, el calor de nuestros cuerpos, es como encender la mecha de un cartucho de dinamita.

He esperado seis años para sentir algo, cualquier cosa. Y ahora que lo siento, no quiero esperar ni un maldito segundo más.

K. BROMBERG
OFF THE



Quiero ahogarme en sensaciones. Dejarme invadir por los sentimientos. Quiero arder de dolor.

—Tócame —murmuro—. Bésame. —Le beso y le tiro del labio inferior—. Fóllame, Riggs.

Se le escapa una risita mientras se echa hacia atrás y me mira.

—¿Seguro que sabes lo que estás pidiendo?

Enarco una ceja.

—Me agarraré fuerte, pero eso significa que será mejor que me lleves a dar un buen paseo.

Su risa retumba en la habitación. Sus ojos se cruzan con los míos. Una oportunidad para echarme atrás. De salvarme a pesar de mis bravuconadas.

Pero no hago ninguna de las dos cosas.

En lugar de eso, con mis ojos clavados en los suyos, empiezo a desabrocharme el vaquero. A bajar la cremallera. Dejo que caigan por mis caderas y se acumulen en mis tobillos en el suelo.

—Joder, mujer —exclama, viéndome por primera vez sin una montaña de ropa holgada—. Eres... impresionante.

Y si hay algo que me llevo de esta noche hasta ahora, es lo que siento al escuchar esas palabras. Escuchándolas de él.

Tengo una reacción visceral ante ellas. Mi garganta traga saliva. Mis labios se separan. Me pesan los pechos. Entre mis muslos crece la humedad.

Se desabrocha el botón de arriba.

—Impresionante.

Baja la cremallera.

—Sexy.

Lo empuja junto con sus calzoncillos sobre sus caderas para que su polla se libere con la acción.

—Irresistible —dice. O al menos creo que lo dice porque estoy demasiado ocupada mirando a Spencer Riggs en todo su esplendor desnudo.

El hombre es una obra maestra y su polla coincide con esa teoría. Tiene un tamaño un poco superior a la media, unos muslos firmes y una sexy V en el abdomen que me deja la boca seca.

—Creo que esto va a ser un problema, Cami.

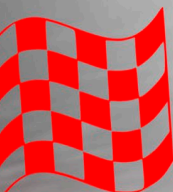
Levanto los ojos hacia los suyos. Se han oscurecido y sus párpados están cargados de deseo.

—¿Por qué? ¿Qué? —Dios, no. Por favor, deja que pase.

—Te he deseado desde ese primer beso. Desde la sala de conferencias. Y aún más ahora que te estoy viendo desnuda.

—¿Por qué es esto un problema?

K. BROMBERG
OFF THE



—Porque voy a necesitar follarte bien duro, al principio. Sacar toda esa necesidad reprimida que he estado acumulando para ti. Entonces iremos por el segundo asalto.

—¿Segundo asalto? —Mi sonrisa es incrédula. *¿En serio?*

—Mmm. —Sus ojos recorren mi cuerpo y prácticamente puedo *sentir* su mirada mientras lo hace. Se detiene a mirarme el coño y sin duda mi excitación es visible en mis muslos, igual que la gota de semen en su polla—. Definitivamente, segunda ronda. Nos tomaremos nuestro tiempo. Satisfaremos todas tus necesidades. Ya me habré corrido una vez, así que podré durar más. —Sus ojos se dirigen a mis labios y luego vuelven a los míos—. Por otra parte, eres bastante follable, así que puede que tengamos que hacer un tercer asalto.

Permanezco de pie, desnuda pero no cohibida, con la mandíbula floja y los ojos parpadeando, como si eso fuera a ayudarme a comprender lo que dice.

—Es hora de empezar. Va a ser una noche *jodidamente larga*. —Da un paso adelante y me toca el rostro—. Juego de palabras. —Sus labios se encuentran con los míos en un beso burlón—. *¿Estás lista?*

Hago una mueca burlona y retrocedo hasta encontrar la cama. Me siento, retrocedo y separo los muslos.

—¿Parece que estoy lista? —Me encanta su rápida inspiración. El sutil aleteo de sus fosas nasales. La sacudida de su polla al verlo.

Entonces su risita resuena en las paredes de la habitación del hotel mientras se aprieta la polla y desliza la mano arriba y abajo sobre ella.

—Estás jodidamente empapada para mí.

Un paso más cerca. Otro bombeo de su polla. Un lametón en el labio inferior.

—Rosa y brillante.

Otro paso. Una respiración entrecortada. Un giro de su mano sobre la cresta de su polla.

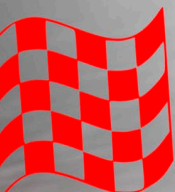
—Apuesto a que estás apretada, ¿verdad? Tan apretada que vas a tener que estirarte para mí.

Se sube a la cama mientras yo me relamo los labios. El frescor de las sábanas sobre mi piel no aplaca el calor que han generado su mirada y sus palabras.

—Déjame comprobarlo.

Me mete tres dedos y yo grito, sacudiendo las caderas contra su mano. Cabalgando sobre sus dedos. Necesitando sus dedos y la avalancha de sensaciones que está creando.

Su gemido estrangulado es la personificación del sexo. Pero son sus ojos, cómo se nublan al ver cómo sus dedos entran y salen de mí. Son sus dientes que se hunden en el labio inferior mientras intenta que me acerque a



su polla. Son los sonidos resbaladizos de los movimientos los que me excitan aún más.

—Camilla —gime, una mano trabajando su propia polla, la otra trabajando la mía—. Tan jodidamente hermosa. Esas tetas. Esos labios. Este coño. Cariño, voy a necesitar usarlos todos esta noche. Cada uno de ellos. ¿Crees que puedes hacer eso por mí?

Su imagen entre mis muslos. Lo auditivo: las palabras que dice y la forma en que las dice con ese gemido de dolor. Lo físico: las sensaciones que crea, las terminaciones nerviosas que prepara para su polla son tan eléctricas que es como si mi cuerpo fuera una corriente.

—Fóllame, Riggs.

Una sonrisa arrogante se dibuja en un lado de sus labios.

—Buena chica. Dime lo que quieres. —Alinea la cabeza de su polla en mi entrada y la utiliza para extender mi excitación.

Cuando sus ojos se cruzan con los míos, sé que no hay vuelta atrás. Y sé que nunca había deseado tanto que me tocaran, que me llenaran, sentir placer como ahora.

Es en lo único que puedo pensar. Todo en lo que puedo concentrarme. Todo lo que quiero.

—Ahora —le insto mientras bajo la mano y me separo para que pueda ver mejor lo que está a punto de follar hasta el éxtasis.

Las yemas de sus dedos se clavan en uno de mis muslos mientras sujeta su polla y empuja dentro de mí con la otra.

Intento quedarme quieto. Intento mantener la calma. Pero mi cuerpo tiene otras ideas y se convulsiona de placer ante la invasión. Se estira para que él me llene hasta los topes.

Pone los ojos en blanco y se sienta completamente dentro de mí. Creo que tengo una reacción muy parecida, pero la mía va acompañada de un gemido salvaje que pide y suplica más.

Por mucho más, joder.

Nuestras miradas se cruzan. Asiento sutilmente.

Y entonces Riggs comienza el lento y constante ascenso hacia la locura. En el placer casi violento de castigar mi coño con su polla.

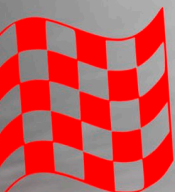
Entra.

Machaca.

Sale.

Repite.

Se inclina hacia mí, sus labios encuentran mis pechos y hacen que mi cuerpo entre en una espiral paralela de sensaciones que no sabía que existían o que sabía que necesitaba, pero lo necesito. Cómo lo deseo.



Mis uñas marcan su espalda mientras sus dientes raspan mis pezones.
Mi coño se aprieta a su alrededor mientras él empuja, y me encanta el tartamudeo del movimiento, el gruñido de la reacción.

Las terminaciones nerviosas cobran vida.

Los dolores se convierten en ardor.

Las llamas se convierten en incendios forestales.

Doy la bienvenida a la quemadura.

Cada lametazo de llama con cada empujón.

Cada brasa estalla cuando él se retira.

Es el magullante agarre de sus dedos en mis muslos. Es el roce de nuestras pieles. Es la acumulación de sensaciones, capa sobre capa, de modo que cuando todo esto implosione, solo puedo imaginar lo jodidamente potente que va a ser.

Un orgasmo de la mano de un hombre. O mejor dicho, por la polla de un hombre. ¿Cómo va a ser? ¿Qué se va a sentir?

—Riggs —jadeo.

—Vamos, Cami. Córrete para mí. Muéstrame lo que mi polla te hace. Córrete encima.

Mi orgasmo aumenta como si hubiera encendido una cerilla y la tuviera lo bastante cerca como para sentir la quemadura, pero no tanto como para quemarme.

Está esperando.

Está construyendo.

Y golpea con venganza. Dinamita detonada. La neblina del olvido me sumerge al mismo tiempo que una oleada de sensaciones me eleva.

—Riggs —grito su nombre. Le ruego que pare y que no pare, todo al mismo tiempo.

Un ruido fuerte me sobresalta. Vuelvo al presente: una habitación de hotel en Barcelona, las sombras de las persianas abiertas jugando contra la pared y mis manos entre los muslos. Los dedos en el clítoris, los muslos empapados, la respiración agitada y el coño palpitante por un orgasmo tan fuerte que me arranca de mis sueños.

De mis sueños.

Eso es todo.

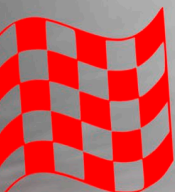
Un sueño.

No es una realidad.

Me quito las mantas de encima y miro al techo mientras mi corazón late con fuerza y mi cuerpo experimenta el subidón del orgasmo.

Mientras pienso largo y tendido sobre Spencer Riggs.

K. BROMBERG
OFF THE



GRID

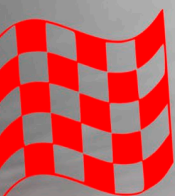
139
Simply Books

Como me confieso, hace tiempo que le perdoné.

Me atrevo a decir que ha empezado a gustarme.

Hablando de crearme problemas.

Sobre todo cuando mi trabajo me obliga a estar con el hombre con el que fantaseo.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Riggs

—**E**stán esperando.
Miro a Anya.

—Parece que *siempre* están esperando —
digo sobre la única cosa que no creo haber entendido del lado del circuito de Fórmula 1. Los patrocinadores.

El cortejo de los patrocinadores.

Los actos sociales con los patrocinadores.

Su presencia constante durante los cinco días de la semana de la carrera.

—Bueno, están ayudando a pagar las facturas, ¿verdad? Así que asegúrate de llevar esa bonita sonrisa tuya y saca tu encanto.

—Lo sé. No me quejo. Es solo que es difícil tener un momento a solas. Parece que el único día que tengo son los sábados, antes del día de la carrera.

Ella asiente.

—Las cosas se calmarán después de esta carrera. Les estamos vendiendo tu habilidad. Tu carisma. Tu factor eso. Tienen que estar tranquilos porque eres nuevo y no han tenido nada que ver en tu elección. Es un montón de dinero que están poniendo. Quieren examinarte y asegurarse de que su dinero está en buenas manos.

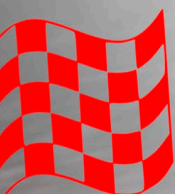
No lo sé.

Técnicamente no he estado en casa en casi dos semanas, a menos que cuentes la noche que volví de España para luego dar media vuelta y volver a una pista privada. Una pista en la que pasé horas y horas aprendiendo a manejar mi auto. Días y días entendiendo todas y cada una de las métricas y cómo puedo ayudar mejor a mi equipo a ayudarme a mí. Noche tras noche, los patrocinadores vinieron a realizar diversas actividades. Algunos me hicieron sentir como un mono en una jaula dorada. Llevé a otros por la pista en los autos de carreras biplaza proporcionados por nuestro fabricante de motores.

—Lo sé, pero está bien echar de menos mi cama, ¿verdad? —me burlo.

—Pues sí. ¿Tus amigos siguen de fiesta en tu piso como si fuera suyo? —pregunta.

K. BROMBERG
OFF THE



Gimo y asiento.

—Sí. Anoche enviaron una nueva ronda de fotos. Parece que se lo están pasando como nunca. —Me hago el enfadado pero en realidad no me importa. Wills, Junior y Micah son como hermanos para mí. Somos amigos desde la secundaria. Confío en ellos implícitamente.

Sin embargo, no me enfadaría por tener la oportunidad de relajarme con ellos.

Han sido dos semanas muy largas.

En casa dentro de tres días. Y lo estoy deseando.

—Arréglate el cuello y ponte una sonrisa de Spencer Riggs para mí.

—¿A quién queremos impresionar esta noche? —pregunto mientras nos acercamos a la entrada de nuestro edificio de hospitalidad.

—VidShort.

—Oh —digo refiriéndome al gigante de las redes sociales al que subo la mayoría de mis vídeos. La plataforma preferida ahora mismo por casi todos los grupos demográficos.

—Sí. Les encantan tus vídeos. La atención que recibe la aplicación cuando publicas. Camilla les habló de un posible patrocinio y se mostraron más que interesados.

—Guau. Bien.

—Enciende el encanto al máximo. Hagámoslo.

Entramos en la sala y paso la siguiente hora o así conociendo a gente. Aprendiendo sobre ellos. Intentando averiguar qué respuestas quieren que les dé.

Y sonriendo. *Mucho*.

Lo que no espero es levantar la vista y ver a Camilla al otro lado de la habitación. No nos habíamos *visto* ni habíamos pasado un rato agradable desde el palco de prensa y el champán.

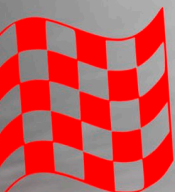
Los pocos momentos en los que hemos podido mantener una conversación rápida durante los preparativos del día de la carrera aquí en Montreal han sido interrumpidos, la mayoría de las veces por ella. Así que empiezo a pensar que me evita a propósito.

No me gusta la sensación.

Y me gusta aún menos el hombre que se acerca a ella y le pone una mano en la espalda. Se inclina y le susurra algo al oído. Ella lo mira y se sonroja, con los ojos vivos y los labios curvados en una sonrisa.

No me gusta.

No me gusta *nada*.



Y me gusta aún menos cuando el hombre se vuelve hacia la sala y no es otro que Steele Pennington, el último actor que ha sido elegido para interpretar a James Bond.

Parecen cómodos. Cariñosos incluso. Con la mano de él aún en la espalda de ella y ella inclinándose hacia él cada pocos segundos con esa sonrisa.

—¿Riggs? —me llama Anya y me duele apartar la mirada.

—¿Hmm?

—¿Por aquí? —Ella levanta las cejas y mira hacia otro maldito patrocinador.

Si esta habitación está llena de patrocinadores, ¿qué hace él aquí con ella?

—Sí, claro. —Me dirijo hacia donde Anya está de pie con varios otros mientras la risa de Camilla atraviesa la habitación como una corriente de aire frío que me pone la piel de gallina.

Esto es ridículo.

—Spencer Riggs, este es... —continúa Anya y yo reclamo mi lugar en el espectáculo de perros y ponis como respetuosamente debo hacer.

Pero la siguiente vez que miro hacia ellos, ya no están. Recorro la habitación justo a tiempo para verlos salir por delante. La mano de él aún en la espalda de ella.

Ruedo los hombros cuando se cierra la puerta.

Los celos no son un sentimiento al que esté acostumbrado.

Diablos, ni siquiera es un sentimiento que debería sentir. Es Camilla. Ella es ella y yo soy yo y no hay nada entre nosotros. Nada más que unos besos y el recuerdo de cómo quise besarla la última vez que estuve con ella.

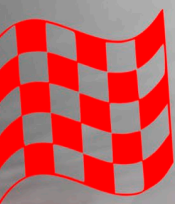
Y sin embargo... Miro hacia la puerta por la que acaban de salir y todavía lo siento.

Quiero ir tras ella y ver qué demonios está haciendo con él.

No quiero reconocer que todos estos juegos entre nosotros pueden estar afectándome cuando no quiero que me afecten.

Tienes un trabajo que hacer, Riggs. Un enorme maldito juego final que cumplir. Concéntrate en eso.

No en Camilla Moretti.



CAPÍTULO VEINTITRÉS

Riggs

—Jesús. ¿Está Moretti tan desesperado por seguidores que están usando tus redes sociales ahora?

Miro hacia Cruz Navarro y su sonrisa de comemierda y levanto el dedo corazón. El cabrón y yo nos conocemos desde que estoy en el karting. Puede que fuera él quien llegara con un equipo lleno de piezas de repuesto y gráficos extravagantes, el hijo de un legado de la F1 en todo lo que yo no soy, pero siempre ha sido un amigo decente para mí.

No de los que hablamos todos los días, sino de los que cuando hablamos es como si no hubiéramos perdido el tiempo.

—No están desesperados. Simplemente reconocen algo bueno cuando lo tienen y quieren utilizar todas mis facetas para conseguirlo —digo.

—Suenas como lo que hice anoche. Usé todas las facetas de la chica que tenía encima. —Cruz mueve las cejas y mi dedo corazón se levanta de nuevo—. ¿Qué? No me vengas con esas. Tú y yo sabemos que has tenido todas las oportunidades posibles de hacer lo mismo desde que te llamaron. Diablos, te vi en Montreal. Las conejitas de la pista siguiéndote como si fueras un juguete nuevo y reluciente, soltando sus números de teléfono por ti como si quisieran soltar sus faldas.

—Quizás. —Me encojo de hombros. Mi sonrisa dice que puede que me haya aprovechado.

Pero no lo hice.

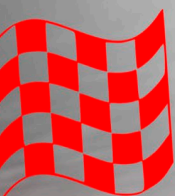
¿No es ese el quid de la cuestión?

No lo hice, joder, y puedo echarme humo por el trasero y decir que es porque estoy ocupado concentrándome en dar a conocer mi nombre, pero si me creo ese humo, puede que sea simplemente porque es más fácil que creer la verdad.

Hay una mujer en particular que se ha instalado en mi mente.

—Es tan doloroso en la cima, que creo que deberías presentarte voluntario para volver a la F2.

K. BROMBERG
OFF THE



—Ahí es donde digo que te jodan. Te amo, pero que te jodan.

Lanza una carcajada y me da una palmada en la espalda.

—Me alegro de que estés aquí aunque eso signifique que voy a tener más competencia en el departamento femenino.

—No importa. No creo que te duela lo más mínimo.

—Nunca. —Toma un sorbo de su agua—. Mierda, hombre. Míranos a los dos, compitiendo entre nosotros como hacían nuestros padres.

—Loco, ¿eh?

—Sí, excepto que tú persigues fantasmas que quieres atrapar mientras yo no alcanzo la perfección que se espera de mí.

—Qué suerte tenemos —murmuro mientras me vienen a la mente los recuerdos del gran Dominic Navarro menospreciando a su único hijo por no cruzar la línea de meta lo suficientemente rápido.

—Qué suerte tenemos. —Menea la cabeza—. ¿Pero te gusta Moretti? —pregunta y se aparta la espesa mata de cabello de la frente antes de volver a colocarse la gorra de Gravitas Racing.

—Bien. Bueno. Todavía estamos haciendo ajustes en el auto, al igual que parece que todos. Pero creo que lo estamos consiguiendo. Es rápido como la mierda.

—No más que yo. —Levanta las cejas y sonrío.

—Todavía no, pero hay tiempo, Navarro.

Lanza una carcajada.

—Sigue persiguiéndome y yo seguiré esperándote en el podio.

—Bastardo —murmuro juguetonamente.

—Sí, lo soy. —Guiña un ojo—. ¿Pero en serio? ¿Estás bien?

—Amigo, estoy feliz de finalmente estar aquí. Y Moretti es sólido. Su equipo. Su tecnología. Su ingeniería. Realmente han cuidado de mí. —*A diferencia de Camilla Moretti, que me encantaría que cuidara de mí.* Porque me he dado cuenta de que está buena en *todos los* sentidos.

—Tienen un buen equipo allí. Me cortejaron una o dos veces, pero mi contrato con Gravitas es sólido como una roca. Si no lo fuera, lo habría considerado.

—Todavía estoy conociendo a todo el mundo, pero de momento todo va bien.

Se lame los labios y baja la voz.

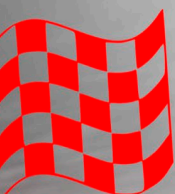
—¿Has hablado con Maxim? —pregunta con cautela.

Desvío la mirada y niego sutilmente, avergonzado por mi respuesta.

—Sigue sin responder las llamadas. Lo he intentado.

Se hace el silencio entre nosotros y Cruz suspira pesadamente.

K. BROMBERG
OFF THE



—Sí, hombre. Yo también.

Me mira a los ojos y levanta las manos. Probablemente los dos estamos pensando lo mismo, sintiendo lo mismo. Contentos de que no reciba visitas porque entonces tendríamos que verle y ver en qué podríamos convertirnos. Y sintiéndome terriblemente culpable por sentir eso también.

Está todo jodido y ambos lo sabemos.

Unas voces llegan por el pasillo y pasan por delante de la puerta donde estamos sentados. La interrupción bienvenida.

—Así que F1. ¿Cuál es tu mayor reto estando aquí arriba?

—Joder, hombre. ¿Puedo optar por todo lo anterior? —pregunto y nos reímos.

—Sí, pero por lo que oigo y veo estás tomando velocidad más rápido que la mayoría.

—Gracias por el voto de confianza. Significa mucho.

—Es lo mismo pero muy diferente, ¿verdad? —pregunta Cruz.

—Más o menos. Lo que más temo es meter la pata. No conocer el auto lo suficiente como para acabar provocando un accidente. Hacer daño a la gente. Ese tipo de cosas.

—Oye, mi competencia es juego limpio. Yo no. —Bromea mientras se levanta de su asiento y me da una palmada en el hombro—. Hora de enfrentarse a las cámaras. Esperemos que ese feo rostro tuyo no rompa ninguna.

—¿Eso es todo lo que tienes, Navarro?

—No. Eso fue un calentamiento. Acabo de empezar.

—Genial. De puta madre —digo riendo mientras entramos en la sala de prensa.

—Si no tengo oportunidad de decírtelo mañana, buena suerte. Acaba alto, pero detrás de mí. —Suelta una carcajada mientras tomamos asiento y comienzan las preguntas y respuestas con los periodistas.

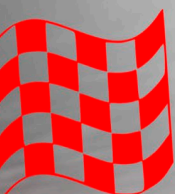
La mayoría de las preguntas se hacen a los que ya están establecidos. ¿Cómo se sintieron en la última carrera? ¿Qué ajustes están haciendo en sus autos? ¿Qué posibilidades creen que tienen este fin de semana?

Preguntas benignas.

Se lanzan pelotas blandas para ellos.

Es raro estar aquí sentado, con el telón de fondo de la F1 y las pancartas delante. Muchas de las entrevistas de mi padre que memoricé fueron tomadas con un escenario de este tipo.

Me hace pensar en él, sonreír y preguntarme qué opinaba de las ruedas de prensa. Sé cómo respondía a las preguntas, pero ¿le molestaba que se las



hicieran? ¿Ponía los ojos en blanco o estaba tan concentrado en su trabajo que no le importaban?

—¿Qué hay de ti, Riggs? ¿Estás listo para poner la tercera carrera en su cinturón mañana?

—Lo estoy.

—Esta fue una gran pista para tu padre. Tuvo mucha suerte aquí. ¿Se te pasa eso por la cabeza?

Cada maldita vez que me subo al auto.

Tengo que superar el miedo. La expectativa. La historia con sus cuerdas invisibles, la gente de esta sala y los recuerdos que me limitan.

—¿Cómo no? —Sonrío y respondo lo más sinceramente que puedo.

—Parece que te estás adaptando bien a Moretti. Los fans te han tomado cariño con tus entradas en la columna de consejos.

—No hay nada malo en divertirse un poco e interactuar con los aficionados. Les gusta este deporte tanto como a todos los que estamos en el escenario —digo y veo que la sonrisa de Anya se ensancha en el fondo de la sala, claramente satisfecha con mi respuesta.

—¿Tienes miedo de que te distraiga y te desconcentre de la carrera y de la seguridad de los demás corredores?

Y ahí está. La pregunta sobre la que han pasado de puntillas las últimas semanas. Y no sorprende que sea el maldito Harlan Flanders.

—¿Me estás preguntando si soy mi padre?

Harlan se encuentra con mi mirada y no palidece.

—Te estoy preguntando a ti. En la F2, fuiste al límite en situaciones en las que otros no lo harían. Corriste riesgos y esos riesgos pueden tener consecuencias para cualquier otra persona en la pista.

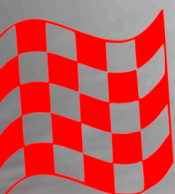
—Qué mal, hombre —dice Cruz en voz baja. Solo los que están en el escenario pueden oírlo.

—Y esos riesgos me llevaron a donde estoy hoy. —Mi sonrisa es un *jódete con amor* para él—. Si quieres hacer comparaciones, hazlas. Pero no frenes mi potencial por algo que hizo mi padre. Ya tengo suficientes fantasmas a los que enfrentarme cuando estoy en la pista que no necesito que añadas más a la pila. Mira cada carrera tal y como se desarrolla. Júzgame por ellas, y no te juzgaré por las preguntas capciosas que has hecho en el pasado ni por la campaña de desprestigio que sigues librando sin causa justificada.

Cuando dejo el micrófono y miro a Anya, esta vez tiene las mejillas hinchadas y las cejas levantadas.

Supongo que tendrá que limpiar eso.

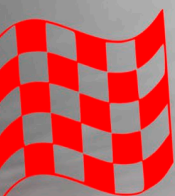
O simplemente me coloca más arriba que la última vez y les callo la boca.



GRID

147
Simply Boring

Yo apuesto por eso.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO
VEINTICUATRO

Camilla

—**L**o sé. Soy una zorra ocupada, pero no puedo —digo mientras empujo la puerta y salgo del despacho.

—¿No puedes o no quieres? —pregunta Isabella.

¿Qué tal las dos cosas?

—No puedo. Tengo un evento de patrocinio esta noche. Tengo que ir a impresionar a los peces gordos. —Me acomodo el bolso al hombro y atravieso el estacionamiento en dirección a mi auto.

—Eres un pez gordo y vas de farol —dice—. Te conozco demasiado bien.

—Quedemos para cuando vuelva de la próxima carrera. Entonces saldré de copas con él —le digo sin intención de salir de copas con nadie, y menos con una cita a ciegas que ella me elija.

—No, no lo harás. Pero te acosaré. Luego te engatusaré. Luego te acecharé desde lejos para asegurarme de que aparezcas.

—Perfecto. No esperaba menos.

—Hasta luego, Cam. Te amo.

—Yo también te amo.

Exhalo un suspiro de alivio. He esquivado esa bala. Esperemos que pueda seguir haciéndolo.

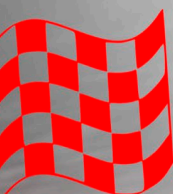
Y justo cuando dejo caer el teléfono en mi bolso oigo:

—Eh, ¿Moretti?

Los pasos caen pesadamente detrás de mí mientras Riggs trota tras de mí. Por mucho que quiera seguir andando, me detengo y me giro para mirarle.

Jesús. El hombre sabe cómo usar un jean.

Y cuando veo el vaquero, pienso en mi sueño. En la perfecta V de músculos que cubren. En su polla liberándose.

K. BROMBERG
OFF THE

Y esta, tu ridícula fantasía, es la razón por la que le has estado evitando cada vez que has podido.

—Hola —digo y sonrío—. ¿Qué tal?

Se detiene frente a mí y su sonrisa ilumina su rostro.

—Estás en todas partes y en ninguna. Solo quería saludarte. Ver cómo estabas.

Le miro. ¿Qué está pasando? Mis mejillas se tiñen de rosa mientras mi mente se va a lugares locos, como si no hubiera forma de que supiera lo de mi sueño.

—Bien —digo con cautela.

—Tengo algunas ideas para lo de AITA.

—Bien. Haré que Elise prepare algo para repasarlo contigo.

—Quiero que participes en la reunión —dice, frunciendo el ceño.

—De acuerdo. —Me rio entre dientes—. ¿Por qué?

—Porque me estás evitando, y no me gusta que me eviten.

Mierda. Lo sabe.

—No, no lo he hecho. He estado... ocupada. Adulando a los patrocinadores. Tratando de conseguir estas nuevas campañas en todas partes. Y muchas otras cosas.

—Muchas otras cosas. ¿Es un término técnico? —pregunta.

—Sí. Muy técnico.

—Eso es lo que pensaba. —Mira por encima del hombro.

—Tuviste unos resultados impresionantes en la última carrera. ¿Cómo te sientes con todo?

—Bien. Bien. —Ladea la cabeza y me estudia. Me retuerzo bajo su escrutinio—. Te vi con Steele Pennington en Montreal. ¿De qué va todo eso?

Oh.

Oooh.

¿Son celos lo que detecto en Spencer Riggs? Celos que no tienen por qué estar ahí. *¿Y por qué me gusta?*

¿Pero por qué está celoso? No le gusto. Tarjetas Dare y todo con ellos.

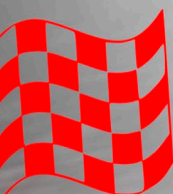
—Camilla... —gime mi nombre.

Me congelo. Mi nombre. El tono en que lo dice. La extraña desesperación que encierra. Juro por Dios que suena exactamente como mi sueño. Mi cuerpo se anima, como si su presencia no lo hiciera ya, pero ahora es diez veces más.

—¿Qué? ¿Qué he hecho? —Sueno tan culpable como me siento.

—¿Por qué estaba allí? ¿Contigo?

K. BROMBERG
OFF THE



—A Steele le gustan las carreras. Es un ávido seguidor.

—¿Y casualmente era qué, un invitado tuyo a la carrera?

Esto es bastante divertido. Está pescando y es adorable.

—De mi padre. Son conocidos.

—Pero te fuiste con él. Del evento. Por *la puerta*.

La forma en que dice *por la puerta* es hilarante.

Mi sonrisa se intensifica.

—Lo hice.

Pregúntame dónde fui. Demuestra que mi teoría es correcta.

Se balancea sobre sus talones.

—Genial. Bien. —Engancha un pulgar sobre su hebilla—. Tengo hora sim programada. Debería irme.

—De acuerdo. Que tengas una buena sesión de entrenamiento.

Da unos pasos hacia atrás.

—Lo haré —dice, pero no se gira para irse. Se queda mirándome. Los labios fruncidos y los ojos entrecerrados—. ¿Adónde fuiste con él?

Necesito todo lo que tengo para no echarme a reír.

Una parte de mí piensa que le haría bien si me encogiera de hombros y me marchara, dejándole con la duda.

La otra parte está encontrando esto demasiado divertido y entrañable. Es otro lado de Riggs que nunca esperé.

—¿Por qué te importa? —pregunto.

—No lo hace. —Se encoge de hombros.

—Pero me lo has preguntado, así que te importa. —Me resisto a sonreír mientras él permanece de pie, claramente nervioso y, por su lenguaje corporal, no del todo cómodo con sus propias preguntas.

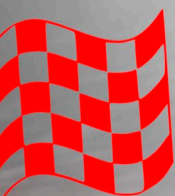
—Sí. Como quieras. —Esta vez sí gira sobre sus talones y se aleja.

Observo su trasero. Los hombros fuertes. El bonito espectáculo. Espero a que llegue a la entrada del edificio para gritarle:

—Le llevaba a buscar a su novia. Ahí es donde fuimos.

Riggs hace una pausa. Un pie en la acera, el otro en el bordillo. Cuelga la cabeza y su risa llega hasta mí.

Y entonces entra, dejándome con la duda, ¿qué demonios ha sido eso?



CAPÍTULO VEINTICINCO

Camilla

Me sorprende poder oír los golpes en mi puerta por encima del bajo que golpea la pared. O la ronda de vítores que se levanta de vez en cuando y que suena como una sección de animación en toda regla.

El Chico Fiestero está de nuevo en plena ebullición al lado de casa y, como ha sido un fin de semana sin descanso en nuestro circuito de casa, Silverstone, estoy cansada, mental y físicamente. Estoy de mal humor, a pesar de estar encantada con el cuarto y el sexto puesto de Moretti. Y lo único que quiero es dormir en mi cama. Disfrutar de mi propio silencio. Tal vez comer mi pedido para llevar cuyo repartidor probablemente esté en mi puerta sin... todo este ruido adicional.

Toc. Toc. Toc.

—Ya voy —grito, pero dudo que el repartidor pueda oírme por encima del ruido.

Pero cuando abro la puerta, no es mi comida. Son dos mujeres increíblemente guapas pero claramente borrachas. Tienen los ojos vidriosos. Se ríen demasiado alto. Sus expresiones tardan un segundo en pasar de la alegría a la confusión.

—Eh, ¿dónde ha ido la fiesta? —me pregunta la del vestido rosa apenas ceñido. Mira detrás de mí como si estuviera escondiendo a más de cincuenta personas.

—Al lado.

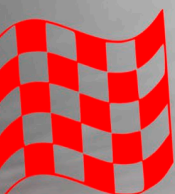
—¿Por dónde? —pregunta la del vestido negro, girando la cabeza de un lado a otro como si no supiera de dónde viene el alboroto.

Me encojo de hombros y sonrío.

—¿Qué tal donde está el ruido?

Las dos me miran con las cejas fruncidas y las piernas tambaleantes sobre sus tacones altos. Está claro que a mi vecino no le importa el intelecto cuando lanza las invitaciones a la fiesta.

K. BROMBERG
OFF THE



—Pero... —suspira y pestañea Vestido Rosa.

—Por ahí. —Señalo el pasillo. Cuanto antes se vayan, antes podré volver a mi fingida paz y tranquilidad.

Una sonora risita. Las tetas casi se derraman mientras Vestido Negro rebota arriba y abajo.

—Muchísimas gracias. Te lo debemos de por vida.

Me quedo mirándolas mientras caminan por el pasillo hacia la fiesta. *¿Alguna vez fui así? Dios, espero que no.*

En cuestión de segundos oigo un alboroto al abrirse la puerta y una fuerte ovación seguida de sus risitas.

No. Definitivamente no era así.

Y justo cuando estoy a punto de cerrar, mi repartidor dobla la esquina con la comida en la mano y negando.

—Esa es una fiesta salvaje.

—Me duele la cabeza —digo mientras saco dinero del bolso para pagarle.

—Tuve un vecino así una vez. Una maldita pesadilla. —Me pasa la comida.

—¿Qué hiciste?

Se encoge de hombros.

—Intenté ser paciente, pero después de unos meses e intentar dormir con una almohada en la cabeza, me harté. Fui allí y le dije que o bajaba el volumen o les contaré a todos sus amigos que le gustaba dormir con lencería femenina y que celebraba reuniones de zoofilia anónima en su casa para asegurarse de que mantuvieran a sus mascotas alejadas de él.

Lanzo una carcajada.

—Eso es brutal.

—Tal vez, pero funcionó. —Mira hacia el pasillo y luego vuelve a mí con una sonrisa—. Al principio pensó que exageraba, pero la siguiente vez que montó una bronca, me uní a la multitud, me subí a una silla y grité para que todo el mundo me escuchara. Eso llamó su atención rápidamente y levantó las manos en señal de rendición. Bajaron el volumen de la música. Los borrachos dejaron de aporrear mi puerta. Era el paraíso.

—Un buen consejo. Gracias por ello.

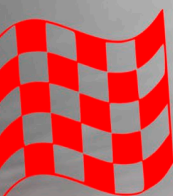
—No se sabe hasta dónde puede llegar uno cuando está agotado y alguien le impide dormir.

—No puedo estar más de acuerdo.

Da un paso atrás y se quita el sombrero imaginario.

—Mucha suerte. Y si quieres dormir, es mejor que impongas la ley cuanto antes.

K. BROMBERG
OFF THE



Sus consejos dan vueltas en mi cabeza mientras me como la lasaña del único restaurante de aquí que la hace parecida a la de casa. Lo peor es que estoy tan distraída con el ruido de la fiesta que se me cae accidentalmente parte de la comida en mi sudadera blanca recién estrenada.

—Grrr —le digo a nadie mientras quito la maldita cosa y la rocío con quitamanchas. Pero justo cuando por fin vuelvo a sentarme para comer algo que empieza a enfriarse, otro puñetazo golpea mi puerta.

Pero cuando contesto esta vez, no hay nadie.

¿En serio?

Molesta porque ahora mi comida está definitivamente fría, la meto en el microondas para calentarla.

Justo cuando está hecho, llaman de nuevo a la puerta.

Ignóralo, Cam. Cómete la comida. Toma tu libro y tu copa de vino, e intenta disfrutar de los tres.

Pero esa es la cuestión: no hay paz para disfrutar de la mierda, sobre todo cuando quien está en la puerta vuelve a aporrearla.

Irritada.

Molesta.

Enojada.

Me acerco a la puerta y la abro de un tirón.

—¿Qué?

Los ojos de Doe me miran fijamente.

—Um, ¿está Wills ahí? —Mira por encima de mi hombro. Su rostro se cae cuando ve que mi lugar está vacío.

—¿Wills como el futuro Rey de Inglaterra? —Miro por encima del hombro como ella y luego vuelvo a mirarla—. No. Siento decepcionarte. Seguro que está en palacio.

Se ríe.

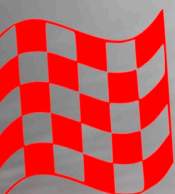
—No. Wills como Wills Wentworth. Ya sabes de quién hablo. —Agita una mano en señal de indiferencia y me tiende el teléfono para que pueda ver el texto en la pantalla. El número de mi piso aparece justo después de la dirección de nuestro edificio—. ¿Ves? Nos envió el mensaje de grupo diciéndonos que la fiesta era aquí.

—Por supuesto que sí. —No hay ni una pizca de humor en mi tono—. ¿Me atrevo a preguntar cuántas personas están en ese grupo?

Se muerde el labio inferior concentrada mientras desliza el dedo sobre su teléfono.

—Veintipico. He perdido la cuenta.

K. BROMBERG
OFF THE

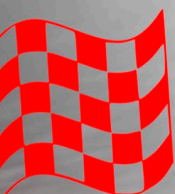


GRID

154
Simply Books

—Estupendo. Aún mejor. —Miro hacia donde mi microondas me ha avisado varias veces de que mi comida ha terminado de recalentarse y luego vuelvo a mirarla—. ¿Por qué no te enseño dónde es la fiesta?

—Qué amable de tu parte —me arrulla como si fuera un niño pequeño. Quizá sea el momento de la *Operación Bestialidad*.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Camilla

En cuestión de segundos estamos en el pasillo y llamando a la puerta. Cuando se abre, la chica que está a mi lado chilla y se lanza a los brazos del hombre que está allí. Él se tambalea hacia atrás por la fuerza del peso de la chica, pero no se inmuta cuando sus labios encuentran los de él.

Pero bastan unos segundos, y unas cuantas lenguas metidas en la garganta del otro, sin duda, para que se fije en mí. Me resulta familiar, pero no sé de dónde. *Probablemente porque es tu vecino.*

—Hola. ¿Y tú eres? —pregunta por encima del ruido a sus espaldas que se extiende por el pasillo.

—Tu vecina. —Mi sonrisa es rápida y sarcástica mientras intento ubicarle.

—Oh. Uh. —Mueve a la mujer a su lado para poder mirarme—. No es mi lugar.

—¿De quién es entonces? —Me pongo de puntillas e intento mirar a mi alrededor, orientarme, pero lo único que encuentro es gente pared con pared que claramente se lo está pasando bien.

Wills, supongo, mira por encima del hombro.

—Um. Un segundo. Voy a tratar de encontrar, oh, ahí está. Vamos.

Sigo a Wills un trecho. Me tropiezo con gente cada pocos pasos, rechazo las bebidas que me lanzan y recibo miradas extrañas, lo que supongo que se debe a que no voy bien vestida.

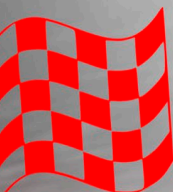
—Eh —grita Wills. No puedo ver a la persona a la que grita, pero justo cuando la multitud se separa, justo cuando veo la espalda de alguien a quien reconozco, dice—: Riggs. La vecina ha venido a quejarse.

—Joder, hombre —dice, pero se da la vuelta y se detiene de golpe cuando me ve allí de pie. Estoy segura de que los dos tenemos la misma expresión: sorpresa por vivir uno al lado del otro.

Pero mi cerebro procesa más que eso. Me devuelve al maldito sueño. Al orgasmo inducido por la imaginación y ayudado por la mano que sacudió mi mundo tras dicho sueño. Al mismo lugar al que mi mente ha ido todas y cada una de las veces que le he visto este fin de semana en la carrera.

La razón por la que sigo evitándole.

K. BROMBERG
OFF THE



Y esta reacción visceral al encuentro imaginario de nuestros cuerpos, el sonido de sus gemidos al correrse y la sensación de sus dedos agarrando mis caderas mientras me penetraba, es la razón por la que tuve que hacerlo.

—¡Eh, tú! —Riggs se balancea sobre sus pies, claramente borracho, y una sonrisa lenta y torcida se dibuja en sus labios—. Camilla. Cam. Cami. Cami-cam-cam. —Se le escapan las palabras mientras da un paso hacia delante y me envuelve en el mayor abrazo de oso de la historia.

La parte de mí que va a apartarlo vacila cuando mis manos chocan con el duro plano de su pecho, y mi mente vuelve a todas las razones por las que lo he evitado.

A las uñas marcando su pecho empapado de sudor. A sus fuertes brazos sujetándome contra él. A mi nombre jadeando en sus labios.

—Pensé que no bebías durante la temporada.

—Esta es mi *única* excepción. ¿Te lo he contado? —Ladea la cabeza y me estudia.

—¿Cómo podría olvidarlo? —murmuro. *¿Cómo puede parecer adorable y sexy al mismo tiempo?*

—Mirad quién está aquí —grita a todo el mundo mientras se echa hacia atrás, con el brazo aún sobre mis hombros, y me mira con ojos vidriosos pero tan condenadamente adoradores—. Es Camilla, a la que no le gustan las cartas atrevidas, los bastardos, ni James Bond, pero adora los buenos besos, los conductores y el champán recién sacado de la botella.

—Hola, Camilla —grita la multitud, seguida de un estruendo de vítores. Un rugido que explica muchas cosas sobre el sonido que sigo oyendo desde mi apartamento. Está claro que así es como saludan a la gente.

Me encojo al oírlo, pero levanto la mano en señal de saludo.

—Vamos, Gasket —dice Riggs.

—¿Junta? —Me río de la palabra.

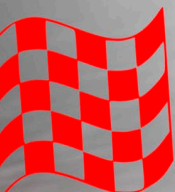
Asiente.

—Explotas fácilmente. Te enfadas en un santiamén, sobre todo cuando se trata de mí... así que te llamo oficialmente *Gasket*. —Sonríe y agita una varita de mentira hacia mí, claramente orgulloso por el apodo.

—Estás loco.

—Culpable de los cargos. —Levanta la mano—. ¿Te dije que me gustaba tu cabello? Espera. No lo hice porque estabas demasiado ocupada evitándome este fin de semana...

—Te estaba dejando trabajar. Igual que yo trabajaba —miento, pero me halaga que en medio del caos de este fin de semana se haya dado cuenta del sutil cambio de mi cabello. El color es un poco más claro y el marco del rostro un poco más pronunciado, gracias al primer paso del plan de brillo de Isabella y Gia.



—Mentira. Me evitabas porque estabas muy ocupada tratando de convencerte de que mi beso es una mierda cuando sabes muy bien que es el mejor que has tenido.

—El hombre tiene bromas cuando está borracho.

—Nena, tengo bromas todo el tiempo. —Me agarra la mano y me la estrecha con indiferencia—. ¿Es este el día en que finalmente lo hiciste?

—¿Hacer qué? —pregunto por encima de la multitud.

—¿Dibujar los corazones en el calendario para mí? Quiero decir, estás aquí y tan emocionada de verme... Me lo imaginaba. ¿Eran rosas? ¿O azules? Oh. Espera. Rojo Moretti, seguro.

—Ignóralo —dice Wills—. Es un borracho odiosamente feliz. —Y es entonces cuando me mira más de cerca y sus ojos se abren de golpe al reconocermelo de la pista. O del bar. Puede que sea lento en al menos uno de ellos—. Hostia puta. Eres...

—Mía —dice Riggs, empujándole juguetonamente en el pecho y poniéndose entre Wills y yo. Suelta un gran suspiro cuando su mirada se posa en mis labios y luego sonríe—. Hola de nuevo.

—Hola.

Me pone la mano en la cintura para apartarme del camino de un montón de gente pero, una vez que pasan, ya no me la quita. Mi piel se enciende bajo él.

—Si hubiera sabido que estabas al lado, te habría invitado.

—Si me hubieras invitado... —digo, con el corazón latiéndome en el pecho—. Probablemente no habría venido.

—Es una pena —murmura y, por el aleteo de sus fosas nasales, juraría que la *venida* de la que habla se refiere a algo más que una inocente invitación a una fiesta—. Es bueno soltarse de vez en cuando. —Levanta la otra mano y me pasa un mechón suelto por detrás de la oreja—. Es bueno para el alma.

—Lo tendré en cuenta.

—No, no lo harás. —Me guiña un ojo—. Tú seguirás por el camino recto mientras yo me aventuro por un sendero desconocido. Deberías probarlo alguna vez. El subidón de adrenalina es inigualable.

—Prefiero tener los pies bien plantados en el suelo, muchas gracias.

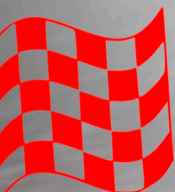
—Creo que es hora de demostrarte que te equivocas. —Echa la cabeza hacia atrás y se ríe, como si le hubieran dado a un interruptor y, sin previo aviso, se sube a la mesita junto a nosotros, con la mano aún agarrada a la mía.

—¿Qué estás...?

—Disculpen. Todo el mundo, ¿pueden prestarme atención, por favor? —grita, y cuando la gente no escucha, Wills suelta un silbido infernal que hace que las voces se callen y los cuellos se tuerzan—. Gracias.

—Dánoslo, Riggs —grita alguien desde atrás.

K. BROMBERG
OFF THE



—Ya conocen a Camilla —dice y, sin avisar, me tira del brazo y me levanta para que me ponga a su lado—. O como yo la llamo, Gasket.

No muy contenta con este acontecimiento inesperado, me subo a la mesa y miro fijamente a Riggs en lugar de contemplar lo que parece un mar de gente.

—Así que ella es la responsable de idear toda esta columna de consejos de *¿Soy el idiota?* que estoy haciendo en mis redes sociales. —Aplausos—. Pero creo que es justo que invierta el papel esta noche. ¿Qué tal si yo les hago la pregunta y ustedes me aconsejan esta vez?

—Riggs. ¿Qué estás haciendo? —pregunto en voz baja.

—Relájate. —Me guiña un ojo y me tira de la cintura para que me ponga a su lado.

—Spencer. —Su nombre es una advertencia de dos sílabas.

—¿Están listos? —pregunta entre vítores—. Porque cuento con que me den la respuesta correcta. —Levanta la mano para que se callen—. Ahí va. ¿Soy un idiota por querer besarla ahora mismo? ¿Por querer demostrarle que soy bueno?

Todo el público ruge que no.

Y antes que pueda darme cuenta de que habla en serio, me estrecha contra él y cierra su boca sobre la mía.

Por un momento, siento pánico ante la torpeza de sus movimientos y el tanteo de sus manos al enmarcarme el rostro.

Pero es solo el alcohol. Es solo Riggs.

Y una vez que entierro el recuerdo que amenaza con asediarme, la multitud se escabulle. Mi sueño resurge pero en vivo color tridimensional mientras saboreo la cerveza en su lengua y me pierdo en su beso.

Mientras me deleito en las sensaciones que parece que solo él puede evocar.

Los silbidos atraviesan la niebla de la lujuria y las asombrosas sensaciones que su tacto ha creado en su interior.

Se echa hacia atrás, con una sonrisa en los labios.

—Cambia de opinión ahora, porque si necesitas más convencimiento...

—Sí. De acuerdo. —Levanto las manos en señal de rendición—. Besas muy bien.

—¿Solo bien? —Arruga el rostro como un niño pequeño esperando ser elogiado y es adorable.

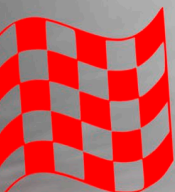
Suspiro y digo la verdad.

—Mejor que bien.

Levanta las manos y grita:

—¡Victoria! —mientras la sala estalla en aplausos a nuestro alrededor.

K. BROMBERG
OFF THE



Me río. ¿Cómo no hacerlo cuando tengo delante a un Riggs borracho que es total y absolutamente entrañable?

Salta de la mesa en medio de una estridente ronda de choca esos cinco mientras yo permanezco de pie, aturdida, con los labios hormigueando y el vértice de los muslos ardiendo dulcemente.

Estoy sin aliento y desesperada... *sí, desesperada* por más de él.

Pero cuando Riggs se vuelve para ayudarme a bajar, se congela. Su sonrisa vacila. Parpadea un par de veces... como si realmente me viera por primera vez.

Oh, mierda.

Siento un extraño pánico en la garganta al darme cuenta de que llevo una camiseta de tirantes ajustada y unos *leggings*, y no mi ropa holgada habitual.

Los ojos de Riggs se oscurecen. Espero que hable. Para hacer un comentario absurdo.

Hace exactamente lo contrario, casi como si a pesar de estar borracho, entendiera lo importante que es esto para mí sin que tenga que explicarle ni una palabra.

—¿Eh, Gasket? —Me tiende la mano para ayudarme a bajar y mantiene sus ojos únicamente fijos en los míos. No vagan. No me miran. Para un hombre que acaba de tener sus labios sobre los míos y que normalmente estudiaría todo el paquete que ha hecho comentarios sobre mí, no me mira ni una sola vez. Espera hasta que mis pies están firmemente en el suelo y la fiesta empieza a moverse a nuestro alrededor antes de hablar—. ¿Estás bien?

Asiento con el corazón en la garganta.

Tanta gente en esta sala.

Mucho alcohol. Piruetas. Manos torpes. Manos errantes y codiciosas.

Necesito salir de aquí.

Ahora.

—Yo... Tengo que irme.

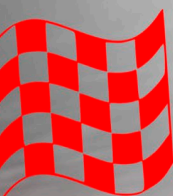
Se agacha para estar a la altura de mis ojos.

—¿Cam?

—Lo necesito. —Fuerzo una sonrisa y doy un paso atrás—. ¿De acuerdo?

Se limita a asentir, me devuelve la sonrisa e intenta aligerar el ambiente.

—Estaré aquí esperando a que coloreen corazones de color rojo Moretti en el calendario sobre mí.



CAPÍTULO VEINTISIETE

Camilla

Me siento ridícula.

Como absoluta y totalmente ridícula por cómo reaccioné. El mini enloquecimiento fue completamente injustificado. Y el hecho de que dejé que el pánico ganar la guerra sobre el beso y las manos de Riggs en mi cintura hace lo que hice aún más molesto.

¿No acepté este trabajo y me prometí que tenía que ser más valiente?

Primer desafío y me acobardé en un rincón.

Era la primera oportunidad de sentir esa atracción entre nosotros, y me levanté y salí corriendo como un perro en una tormenta.

Para colmo de males, la fiesta continúa al otro lado del muro. Suenan más vítores. Suenan más risas. Suena más música.

Ignoro los golpes en la puerta.

Sin duda es otro fiestero en la cadena de texto de grupo de Wills. Se irán. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que la música viene del pasillo.

Vuelven a llamar a la puerta, pero esta vez es un puñetazo seguido de un *soy yo, Camilla. Ábreme. No me voy a ir.*

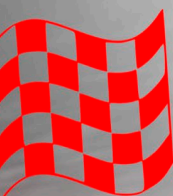
No hay forma de que sepa que estoy aquí. Por lo que sabe, podría haber salido a dar una vuelta. Me ahorraré más vergüenza.

Lo que me molesta es el ruido. El golpe fuerte e inconfundible de lo que parece un cuerpo contra el suelo.

Corro hacia la puerta y la abro de golpe, pensando que se ha desmayado. En lugar de eso, Riggs está sentado con la espalda pegada a la puerta, de modo que cuando la abro cae hacia dentro y hacia atrás, con la cabeza sobre mis pies. Me mira con una sonrisa bobalicona y una risa entrecortada.

—Hola, vecina. ¿Qué tal? *Estás en casa.* —Se ríe como el borracho que es y luego levanta los brazos hacia mí—. Voy a necesitar ayuda.

K. BROMBERG
OFF THE



En segundos, Riggs está erguido y se balancea un poco más.

—Tu piso se está moviendo —dice mientras se encarga de pasar a mi lado y examinar mi casa—. Pero te queda bien. Ordenado. Conservador a la moda. Práctico. —Se vuelve hacia mí y se ríe—. He dormido en sitios mucho peores, así que no me quejo.

—Seguro que sí. Espera... ¿qué quieres decir? ¿Estás durmiendo aquí? —le pregunto mientras se agarra la camisa por detrás del cuello, como solo saben hacer los hombres, y se la pasa por encima de la cabeza. Echa un rápido vistazo a su alrededor, casi como preguntando dónde ponerla, antes de arrugarla en la mano y tirarla sobre una de mis sillas—. *Spencer.*

—Ooooh, ahora tengo problemas. Está usando mi nombre de pila —le dice a nadie en particular. Y ahora me encuentro con el torso desnudo de un hombre que he visto en Internet y he disfrutado en sueños.

—No has respondido a mi pregunta.

—Tienes que usar mi nombre y apellido. Eso si estás *enfadada* conmigo. Si no, Riggs estará bien. —Sonríe y extiende las manos, lo que, por supuesto, desencadena una reacción en cadena de músculos moviéndose y tensándose en su pecho—. Entonces, ¿dónde me quieres?

En mí.

Yo invito.

Hacer que ese sueño mío se convierta en una fría y dura realidad.

Toso para ocultar la conmoción de mis propios pensamientos inmediatos.

—¿Cómo que dónde te quiero?

Muestra una sonrisa que podría crear la paz mundial.

—Estoy durmiendo aquí.

Y justo cuando lo dice, como si fuera una señal, se oye una ovación en el piso de al lado.

—No puedes. Tienes la casa llena de gente.

—¿Y?

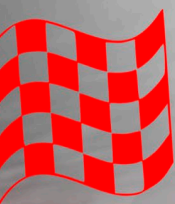
—Y no puedes dejarlos.

Mira por encima del hombro hacia mi puerta cerrada y se encoge de hombros.

—Sí, puedo. Fácil. —Se quita el polvo de las manos como para reforzar lo que dice—. Además, mis amigos hacen fiestas allí todo el tiempo cuando yo no estoy. Están entrenados para ir al baño y saben cómo cerrar cuando terminan. —Su risa roza la carcajada.

Lo único que puedo hacer es sacudir la cabeza.

—Pero...



—Me parece que se están llevando bien por allí. No parece que me necesiten. Además, la última fiesta así, me fui a la cama y había una mujer. *En mi cama* —exclama, con los ojos abiertos como un niño de cinco años que ve a Papá Noel la mañana de Navidad.

—Pobrecito. Seguro que no querías tener nada que ver con ella.

Su risita es pura sugestión.

—Quiero decir... si llevas un caballo al agua.

Resoplo.

—¿Así que por eso estás aquí? ¿Para evitar mujeres en tu cama? —Me pongo una mano en la cadera y le lanzo *una mirada* mientras odio la idea de tener a alguien en la cama con él.

Supongo que lo de los celos va en ambos sentidos, ¿no?

—No. —Imita mi postura y endereza los hombros como si se burlara de mí—. Estoy aquí porque uno —alza un dedo—, no me interesa y dos —otro movimiento exagerado de dos dedos hacia fuera—, tú no querías estar allí y yo no quería que estuvieras sola... ¿y? —Se encoge de hombros como si lo que acaba de decir no fuera nada. *Acaba de sacudir el mundo bajo mis pies.*

—No... no lo entiendo. —Me quedo parpadeando como si eso fuera a ayudarme a comprender que este hombre arrogante y egocéntrico abandonó su propia fiesta porque estaba preocupado por mí.

Y justo cuando se me derrite el corazón y me convierto en un montón de baba, se baja el pantalón, y con ello los calzoncillos, y me deja ver a un hombre perfectamente bien dotado.

—Dios mío.

—¿Qué? —Sonríe—. ¿Nunca has visto una polla antes?

—No. Quiero decir sí. Quiero decir... —No una que se parece a eso. Santo Dios. *Dios santo.* Definitivamente mejor que el sueño—. Súbete el pantalón. —Me sobresalto. Quizá tardo un segundo en hacerlo porque estoy ocupada mirando fijamente, pero me sobresalto. Es más porque me doy cuenta de lo que estoy haciendo y no de lo que él ha hecho. Levanto las manos para bloquear cualquier visión de su región pélvica.

El que tiene una V de músculos muy definidos, muslos esculpidos y feliz estela que baja hasta su polla.

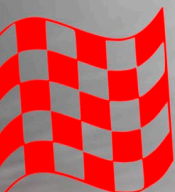
Suena su risa, su sonrisa amplia.

—Está bien, ¿eh? —Se mira a sí mismo y frunce los labios—. No puedo decidir si soy una ducha y no un cultivador o un cultivador incluso con todo esto ya mostrando. Ha habido mucho debate al respecto.

Me resisto a reír. La seriedad con la que está contemplando esto mientras está de pie, borracho y desnudo en mi salón es demasiado para soportarlo.

También lo es la reacción visceral de mi cuerpo hacia él.

K. BROMBERG
OFF THE



Sí, el dolor sigue ahí.

—¿Debates esto a menudo? —pregunto entre risas.

Vuelve a poner las manos en las caderas, con la mirada todavía dirigida hacia abajo.

—Quiero decir, no a menudo. Pero a veces. Hmm. —Se concentra—. Voy a ir con esto es lo que tengo para mostrar, pero definitivamente hay más cuando crezca. —Me mira y sonrío—. ¿Estás de acuerdo?

—I-uh-Riggs-uh... —Simplemente levanto las manos y me encojo de hombros, negándome a dar una respuesta o a echar otro vistazo furtivo a la perfección masculina que tengo delante.

Se golpea las manos.

—Ahora que eso está arreglado, vamos a la cama. —Se da la vuelta y tropieza, ya que no se había quitado el pantalón que le rodeaba los tobillos. Se ríe de nuevo.

—No dormirás desnudo en mi sofá.

—Pero siempre duermo desnudo.

—Aquí no.

—¿Tu cama entonces? —Empieza a caminar por el corto pasillo, mi gemido le sigue. Entonces veo su trasero y su espalda. ¿Hay algo en este hombre que no sea perfecto?

Jesús.

Se vuelve para mirar por encima de su hombro y me pilla mirando.

—Tranquila. Puede que esté borracho, Gasket, pero también sé bromear.

Agarro sus calzoncillos y se los lanzo.

—Ropa interior. Primero. —Señalo el sofá—. Luego a dormir.

Me saluda y la expresión de severidad que pone es adorable.

—Sí, señora. —Pero hace lo que le digo y se pone los calzoncillos—. No eres divertida.

—Soy muy divertida. Toda la diversión del mundo. Pero no quiero tu trasero desnudo en mi sofá.

Su suspiro es dramático mientras tira el pantalón en el mismo montón que la camisa. Claro que ahora está vestido, pero aún puedo imaginarme cómo es ese bulto bajo los calzoncillos bóxer azul oscuro.

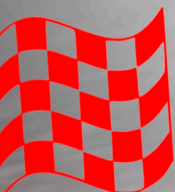
Se oye otra ovación desde su piso, sin duda una llegada tardía.

—Vaya. Deberías decirle al tipo de al lado que se calle. Su fiesta es demasiado ruidosa.

—Gracioso.

—Lo sé. Olvidaste la parte de guapo, sexy y colgado.

K. BROMBERG
OFF THE



—Te vas a odiar por la mañana cuando recuerdes todo lo que has dicho.

—No, no lo haré. Quiero decir, sí, lo de recordar, pero no lo de odiarme.

—Eres un idiota.

Se ríe y se ajusta el paquete para que no tenga excusa para confundir lo que significan sus siguientes palabras.

—Me lo han dicho una o dos veces.

—Tú. Sofá. —Le pongo las manos en la espalda y le empujo hacia él—. La manta está ahí.

—No me culpes si me acaloro y cuando despiertes estoy desnudo — murmura.

—Entonces quítate la manta. Los calzoncillos no.

—Oh. Sí. Buena idea. —Se deja caer sin contemplaciones en el sofá y pone una mueca rara al mismo tiempo que oigo el arrugamiento de mi revista. La saca de debajo de él y entrecierra los ojos ante el Cosmopolitan doblado por la mitad para guardar la página que yo estaba leyendo en último lugar.

Por favor, haz que esté lo suficientemente borracho como para que no le importe.

Pero su zumbido dice que ya se ha dado cuenta.

Joder.

—Cómo ser dueño de la propia sexualidad. —Lee el título del artículo en voz alta y levanta una ceja solitaria cuando me mira a los ojos. Mis mejillas se sonrojan y, maldita sea, mis pezones no se endurecen con solo mirarlo—. Mira eso —murmura—. Primero cambiar la ropa esta noche. Ahora esto. —Me levanta la revista.

—Es solo un artículo.

—Lo que me interesa es lo que dice el artículo. —Lo deja sobre la mesa, se echa hacia atrás y me estudia—. Puedo enseñarte lo mismo que este artículo, pero mis clases son gratuitas. *Y prácticas.*

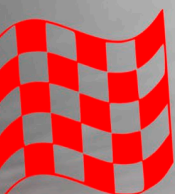
Antes que pueda responder, se tumba y se cubre con la manta. Se queda mirando el techo mientras yo me muevo por la habitación apagando luces. No vuelve a hablar hasta que la habitación está a oscuras y estoy a punto de salir al pasillo.

—Esta es la parte en la que puedes darme las gracias, Camilla. Donde puedes desahogarte antes de dormirte.

—¿Gracias por qué? —Me río.

—Que nadie se enterara de lo que llevabas, o en realidad, no llevabas, ni lo comentara.

—Tenía una mancha en la sudadera —le digo.



—Te lo dije. Las curvas son sexys. ¿Y las tuyas? —Besa sus dedos—. Los besos de chef son calientes. —Él gime—. Me encanta tener mis manos sobre ti.

—Oh... —No sé qué decir, pero para cuando lo hago, los suaves ronquidos de Riggs llenan la habitación.

Le miro fijamente a través de la oscuridad. ¿Cree que mis curvas son sexys? ¿Que mi cuerpo es sexy?

¿Quiero que piense así de mí cuando llevo tanto tiempo sin querer ese tipo de atención de nadie?

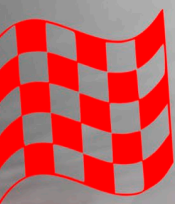
Sí. *Quiero eso. Muchísimo. Pero...*

Puedo enseñarte lo mismo que este artículo, pero mis clases son gratuitas. Y prácticas.

Sé que está borracho, pero mientras me duermo, la oferta está tan presente en mi mente como el sabor de su beso y el tacto de sus labios. Del sueño que no puedo quitarme de la cabeza.

Quiero sus manos sobre mí. Otra vez.

Más de lo que he deseado nada en mucho tiempo.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO
VEINTIOCHO

Riggs

Gimo.
Jesús.

Mi boca sabe al trasero de un rinoceronte muerto.

¿Qué clase de veneno me dio Wills anoche?

Definitivamente no es suficiente si... espera. Este *no* es mi piso.

Ahora tengo los ojos muy abiertos mientras me paso una mano por el rostro y por el cabello. ¿Por qué parece mi casa?

¿Me robaron Chip y Joanna Gaines mientras dormía?

No robado, tonto de mierda.

Hecho.

¿Por qué sé siquiera quién son?

Porque este lugar se parece al mío, pero es diferente. Marrones y neutros y... Me siento y la manta se me cae de las piernas al suelo. Miro a mi alrededor, desorientado y desconcertado, pero, si el estado de mi polla sirve de indicación, excitadísimo.

Retazos de anoche vuelven a mí. Celebrando otro buen resultado en los puntos una vez más. Secretamente feliz de que yo, el número dos, haya terminado mejor que Andrew, el número uno.

La fiesta de bienvenida a casa, mi única noche trampa del mes, con chupitos por doquier.

Camilla.

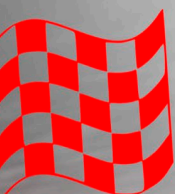
Besándola.

Fijándome en ella: la ropa, el pánico, el cuerpo jodidamente increíble que llevaba ambas cosas.

Y ahí va mi polla poniéndose aún más dura.

Mi polla.

Parece ser un tema recurrente aquí. Delante y en el puto centro.

K. BROMBERG
OFF THE

—Abajo chico —murmuro.

—¿Qué? —pregunta Camilla mientras entra en la sala de estar desde la cocina. No tenía ni idea de que estaba allí, y por el bien de mi polla, probablemente sea mejor.

Mientras que su sudadera puede ser holgada de nuevo, sus piernas están desnudas. Unas piernas largas, torneadas y bronceadas que me invitan a mirarlas.

—¿Necesitas algo? —pregunta mientras se detiene en medio de la habitación y me estudia—. ¿Agua? ¿Nurofen?

—No —refunfuño, con la voz cascajosa y la cabeza borrosa despejándose poco a poco—. He dicho *abajo, chico*.

Sus ojos bajan automáticamente hasta mi erección. No puedo ocultarlo. Y traga forzosamente.

Otro flashback me golpea. *Me gusta dormir desnudo.*

Me quité el pantalón.

Con los ojos muy abiertos.

Su sonrisa jodidamente increíble.

Me rio por lo bajo. Vuelve a mirarme a los ojos y sus dientes se hunden en el labio inferior. Sabe que recuerdo lo que pasó. Todo.

¿O debería decir las diez pulgadas enteras?

—No es algo que pueda evitar, ¿sabes? —digo, bajando la mirada a mi regazo y volviendo a levantarla con una sonrisa sin disculpa—. Me despierto y ahí está, haciendo de las suyas, como si tuviera mente propia.

—Sé anatomía básica. —Está nerviosa, y es adorable.

—Y sin embargo te quedaste mirando anoche.

Abre la boca y la cierra, atrapada entre reconocer sus ojos errantes e ignorar por completo mi comentario.

—Estabas desnudo en mi salón, no tenía otra opción.

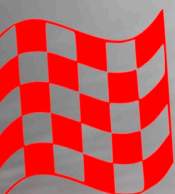
—Se supone que debes decir, *no es como si pudiera perdmelo*. Quiero decir, lo menos que podrías hacer es darle un pequeño golpe al ego.

—Creo que lo tienes todo controlado. —Se dirige a la cocina—. El café está listo si quieres.

Ser dueño de tu sexualidad. Otro flashback.

Miro hacia la mesa donde tiré la revista. Se ha ido.

Con un gruñido, me levanto y la sigo. La cocina tiene la misma distribución que la mía. La suya está más arreglada en la mayoría de los aspectos.



—Eres más que bienvenido a servirte —dice señalando el café, la leche, el azúcar y la taza sobre la encimera—. Tengo que prepararme para el trabajo.

Sale y por más que quiero seguirla, el café me llama por mi nombre como una sirena.

El primer sorbo es como el paraíso. El segundo me despeja la cabeza. El tercero me hace sentir como un hombre nuevo.

Salgo de la cocina pensando en ponerme el pantalón, pero me detengo al oír sus uñas chasqueando sobre un teclado. Está a mi derecha, en una especie de escritorio con las piernas cruzadas.

—Creía que tenías que prepararte para ir a trabajar. —Apoyo la cadera en el borde de la mesa junto a ella sin preguntar y recojo lo que parece un pisapapeles. Lo estudio y vuelvo a dejarlo en el suelo.

—Primero tengo que hacer un par de cosas. —Ella mueve el pisapapeles de vuelta a donde lo tomé.

—¿Cómo? —Muevo el bolígrafo junto a su portátil, pulso la parte superior unas cuantas veces para que la tinta entre y salga, y luego lo vuelvo a dejar en un lugar diferente de su escritorio.

—Cosas. —Agarra el bolígrafo y lo devuelve a donde estaba.

—Así que, en otras palabras, me estás evitando otra vez. —Tomo sus notas, las hojeo y las dejo detrás de mí.

¿Me vas a rodear para cogerlo?

—No evitándote. —Va a estirar la mano por instinto y se da cuenta de que va a tener que tocarme o pasar a través de mí. Resopla y niega frustrada.

—¿No? ¿Entonces por qué no me miras? —Vuelvo a mover el pisapapeles hacia donde lo moví la primera vez.

—¿Quieres parar? —suelta, pero finalmente me mira.

—Por fin está aquí —murmuro por encima del borde de mi taza—. Buenos días, Camilla.

¿Qué coño estás haciendo, Riggs?

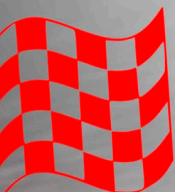
Su rostro se suaviza. En sus ojos se dibuja una expresión que no sé interpretar.

—Buenos días. Estás en mi escritorio, Riggs.

—¿En serio? —Hago ademán de mirar a mi alrededor—. Vaya. ¿Soy el idiota o qué? —Muevo las cejas.

—Ingenioso.

—Lo sé. —Sonríe cuando cambia de sitio su silla, que la gira para mirarme, y esas piernas suyas, una cruzada sobre la otra, quedan al frente y en el centro—. Primero, anoche y ahora esta mañana. Toda esta piel. ¿Debería preocuparme que no te sientas bien?



Se encoge de hombros, pero puedo ver cómo se le desencaja la mandíbula. Está claro que esto es importante para ella por razones que desconozco.

—Quizá me demostraste algo anoche.

—¿Cómo?

—Como si pudiera confiar en ti.

No sé por qué sus palabras me causan una extraña presión en el pecho, pero me la causan. Nunca me propuse gustarle a Camilla Moretti, y mucho menos que confiara en mí, pero el tonto que hay en mí, que asoma su patética cabeza como una o dos veces al año, cree que me siento bastante bien.

—Si un hombre tiene que demostrarte por qué no puedes llevar lo que quieres, no es el tipo de hombre en el que deberías perder el tiempo, y mucho menos el pensamiento.

—¿No tienes un piso que ir a limpiar? —pregunta, dando a entender claramente que la discusión ha terminado.

Decido seguirle el juego. Sonrío. Alargo la mano para tirarle de un mechón de cabello.

—¿Me estás pidiendo que haga el paseo de la vergüenza? Es algo difícil de hacer cuando no ha pasado nada.

Me levanto de mi sitio y no soy inmune a su mirada fija en mi paquete.

—Como si fueras a recordar si fue así o no —dice, reclinándose en su silla y mirándome a los ojos.

Me inclino, pongo las manos a ambos lados de su silla y la miro a los ojos.

—Sí que me acordaría. Sobre todo cuando se trata de ti. —Hago una pausa—. Tengo la sensación de que eres el tipo de mujer que deja marca.

—¿Una marca? —Entrecierra los ojos y ladea la cabeza. Le cuesta no desviar la mirada.

Perfecto. Vamos a ayudarla con eso. Me rasco un picor imaginario en el pectoral. Luego otro en la parte superior del muslo. Puede que gruña un poco también al satisfacer un picor.

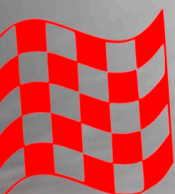
Y joder, tengo uno que necesita ser satisfecha.

—Sí. *Una marca* —digo, captando su mirada cuando levanta la vista de mi mano sobre el muslo.

—¿Eso es bueno o malo? —susurra.

—Todavía no lo he descubierto. —Me pongo en pie, con mi pene a la altura de sus ojos. Hago una pausa. Me río. Recojo la camiseta y el pantalón de anoche antes de dirigirme a la puerta.

Otro flashback me golpea.



Puedo enseñarte lo mismo que este artículo, pero mis clases son gratuitas. Y prácticas.

—Oye, ¿Moretti?

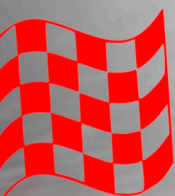
Me mira por encima de la tapa del portátil. Con el sol entrando por la ventana, parece que tiene un halo alrededor de la cabeza. Tiene el cabello revuelto y el rostro desnudo.

Joder. Ella es algo más. Más que otra cosa. Belleza y cerebro.

—¿Hmm?

—La oferta sigue en pie —digo. Salgo por la puerta, sin volverme, y me dirijo a mi piso y al desastre en el que sin duda me estoy metiendo.

Yo diría que valió la pena.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Camilla

—E^s bueno.

La cálida risa de mi madre llena la línea.

—¿Bueno? Eso equivale a *bien*. ¿Has estado discutiendo con papá otra vez?

—Unas cuantas veces, pero nada serio.

Miro fijamente la parrilla de salida a mi izquierda. En este circuito en concreto, la suite de visitantes está encima del garaje, lo que me ofrece un magnífico punto de observación de los boxes.

Miembros del equipo hablando mierda entre ellos. Una posible cita secreta entre uno de nuestros miembros del equipo de boxes y uno de los encargados de relaciones públicas de Bickman, si hemos de creer la pequeña desaparición detrás de un remolque.

Y luego está Riggs. Santo infierno, está ahí Riggs. Decidió que en vez de caminar por la pista con Hank la única vez, iba a trotarla de nuevo para parte de su cardio.

Sin camiseta.

Y ahora está de pie debajo de mí, con la piel empapada de sudor brillando bajo el sol radiante, el pantalón corto de chándal Moretti rojo con una mancha roja oscura de sudor y el cabello revuelto, hablando con Ari de quién sabe qué.

Pero no me quejo.

En absoluto.

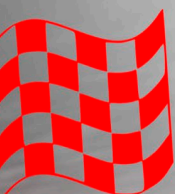
—¿Qué ha sido eso, mamá? —pregunto, tratando de *distraerme*.

—Entre tú, yo y el poste de la valla, llega a casa cada noche presumiendo de lo increíble que eres. Tus ideas. La forma en que ves las cosas. Lo bien que organizas todo.

—Es mi padre, tiene que decir cosas así.

Su risa flota a través de la línea.

K. BROMBERG
OFF THE



—En realidad no. Ha habido muchas veces a lo largo de los años que se ha quejado de ti...

—Hola. —Me rio.

—Tú preguntaste. He contestado, pero lo digo en serio. Está muy impresionado con lo que has aportado. —Se queda en silencio durante un tiempo, su voz más suave cuando habla de nuevo—. Gracias, Cam. Sabía que esto iba a suponer una diferencia para ti, para él... pero no tenía ni idea de cuánto. En el poco tiempo que has estado aquí, le he visto relajarse considerablemente. Que sepas que estoy muy agradecida de que hagas este sacrificio por él.

Las lágrimas empañan mi visión del cielo azul y trago saliva por el nudo en la garganta.

—Estoy en el trabajo. No me hagas llorar.

—Lo siento. —Se ríe a través de lo que puedo decir que son sus propias lágrimas.

—A decir verdad, estoy disfrutando más de lo que pensaba.

Y en el momento exacto en que digo eso, Riggs mira hacia donde estoy y sonrío. Sí, eso fue mi útero apretando. Eso fue un dolor en todo el cuerpo con el zoom a la derecha en la ubicación entre mis muslos.

¿Cuánto tiempo más vamos a jugar a este juego?

—¿Acabas de decir que lo estás disfrutando? —Parece sorprendida.

—Lo hice. Lo estoy haciendo. —*Aparta la mirada de él. Aléjate del balcón. Salva tu cordura y tus bragas*—. Echo de menos mi casa y todo lo que hay allí...

—Esta también ha sido tu casa —dice. Y tiene razón. Lo ha sido. La familia Moretti siempre ha dividido su tiempo entre Italia y el Reino Unido, pero después de la universidad, elegí Italia. Elegí estar lo más lejos posible de la parte de carreras de nuestra familia.

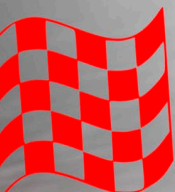
—Lo ha hecho —digo y sonrío—. Pero no así. No con tanta permanencia. Pero creo que el cambio ha sido bueno. No pensé que lo sería cuando me lo pidió, pero ha sido bueno para mí.

Es increíble cómo he empezado a crear una nueva vida aquí en solo unos meses. Los mismos amigos y algunos nuevos. He descubierto nuevos lugares: tiendas de antigüedades, bares de mala muerte, jardines pintorescos y dignos de postal.

Y luego está el trabajo. Me encanta el reto que supone. De tener que probarme a mí mismo. De tratar de llevar a Moretti a la vanguardia de la industria de nuevo.

—Hablando de cambio —dice con esa voz que me hace ponerme alerta.

—¿Qué? —pregunto con cautela.



—¿Tengo que enterarme por las redes sociales del nuevo cabello? Parece increíble.

Automáticamente levanto la mano y juego con las puntas. No hicimos gran cosa, pero es increíble cómo un poco de forma y unas sutiles luces bajas refrescaron mi melena.

—¿Cómo lo sabes?

—Isabella y Gia están muy orgullosas de su hazaña. Habrán posteado varias veces sobre ello. ¿Me atrevo a preguntar con qué tuvieron que sobornarte?

Por supuesto, lo publicaron.

—Nada. Bueno, retiro lo dicho. Era el menor de muchos males. Cabello. Zapatos. Vestuario. Estar preparada.

Se ríe.

—Vaya. Realmente te golpean con todas las cosas que odias.

—¿Ves? Elegí los dos más fáciles.

—¿Cabello y zapatos?

Asiento y sonrío.

—Cabello y zapatos.

—Bueno, si el cabello se ve tan bien, no puedo esperar a ver cómo son los zapatos.

—Pronto lo sabrás. Me han convencido para ir de compras con ellas el lunes. —Lo digo como si lo temiera, pero solo la parte de ir de compras. No la parte de estar con ellas.

Añaden un poco de chispa a la semana, y no puedo negar que siempre salgo sintiéndome de mejor humor.

—Ohhh, envía fotos. O mejor aún, basta de estas paradas rápidas para un abrazo y asaltar mi nevera.

—Nunca estás en casa. —Me río.

—Sí estoy. Solo que no a las horas que tú frecuentas. —Se ríe—. He estado ocupada, pero cruzo los dedos para que todos mis casos lleguen a su fin el mes que viene —dice sobre su puesto de voluntaria como defensora de los niños en el sistema de acogida. Es el proyecto que la apasiona desde que tengo uso de razón. Le da un propósito y al mismo tiempo ayuda a los demás.

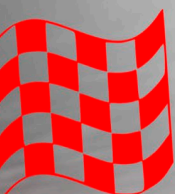
—¿Todos a la vez? ¿Cómo ha ocurrido?

—No sé. ¿Un golpe de suerte? ¿El destino sabiendo que mi niña se mudaría aquí para que pudiera colmarla de todo mi amor? Lo cual es perfecto para mí. Tenemos que ir a comer. Tú y yo. Tenemos que hacer nuestro propio tiempo de chicas. Te prometo que no te obligaré a ir de compras ni nada.

Sonrío.

—Me encantaría.

K. BROMBERG
OFF THE



—Bien. Ahora asegúrate de decirle a las chicas que también están invitadas. Me encanta lo mucho que te cuidan.

—A mí también —murmuro, su comentario sigue en mi mente mucho después de que termine la llamada.

Me encanta lo mucho que te cuidan.

Últimamente pienso mucho en lo mismo. Me controlan constantemente. Me envían comida cuando consideran que estoy trabajando demasiado. Me secuestran para darme masajes sorpresa.

Quizá sea hora de que les diga por qué no quiero cambiar de vestuario.

Tal vez es hora de que finalmente deje entrar a alguien.

Pero la pregunta es ¿por qué? ¿Por qué me siento así ahora?

Un ruido detrás de mí me hace girarme, me hace mirar directamente a los ojos grises claros y la sonrisa devastadora de un sexy Spencer Riggs.

El hombre que me miró, me protegió... y me mostró que Brandon LeCroix es la excepción, *no* la regla.

Y entonces hace clic.

Qué ironía.

Gracias a Riggs, el hombre que había considerado egoísta y egocéntrico, creo que por fin puedo compartir lo que he mantenido oculto emocionalmente durante años.

Vaya. No me lo esperaba.

Ahora, si me atrevo a actuar así, con mis dos amigas... *y con Riggs...*

Pasitos de bebé.

—Hola. Estás sudado.

—No es sudor. Se llama sex appeal. Y mi oferta sigue en pie. —Su sonrisa se vuelve ladeada mientras cierra la puerta tras de sí y entra en la habitación.

Esperaba que hubiera olvidado lo de la oferta. No lo ha hecho, pero esperaba que sí.

—No, no lo es —digo y pongo los ojos en blanco—. Se llama sudor.

Se encoge de hombros. Sonríe.

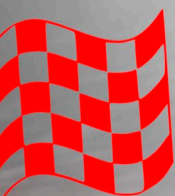
—Eso es lo que pasa cuando subes el ritmo cardíaco. *Esfuézrate.* Deberías probarlo alguna vez.

—Debería, ¿eh?

Me mira de arriba a abajo, con ojos tan sugerentes como su tono.

—Sí. Hay muchas formas de aumentar el ritmo cardíaco.

—¿Las hay? —Me hago la tímida cuando la reacción de mi cuerpo dice que sabe exactamente lo que está deduciendo.



—Oh, Camilla... —murmura—. Definitivamente las hay.

Se pone a mi lado y su cuerpo roza el mío.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

Me congelo.

Mis terminaciones nerviosas arden ante su contacto.

Su rostro está a centímetros del mío. Su sonrisa ladeada al frente y al centro.

—Tomando una botella de agua.

—Oh. Bien. —Voy a apartarme de un salto sólo para darme cuenta de que la mesa está a mi espalda y él delante. Me giro para ver hacia dónde mira y vuelvo a chocar con él—. Espera. Ese es mi a... gua —le digo mientras levanta la botella y se la bebe entera.

Tiene el brazo levantado, de modo que su bíceps está ahí, en mi rostro. Tiene el pecho a la altura de mis ojos, con las estrías de los músculos tan claras como el agua. Y luego está la pequeña cantidad de agua que cae de su boca y se desliza en un riachuelo por su cuello hasta caer al suelo.

Bésalo.

Agárralo y bésalo, Camilla.

Mi ángel y mi demonio guerrear con mi libido empujando a ambos a un lado y diciéndome que mejor actúe o se va a amotinar.

—Riggs. —Su nombre es jadeante. Tenso.

Se toma su tiempo para dejar la botella vacía y luego me mira con una ceja fruncida y una leve sonrisa.

—¿Querías algo? —murmura.

A ti.

Cien por cien tú.

Trago saliva mientras el corazón me golpea en el pecho con un staccato que juraría que puede oír.

—Sí —murmuro, con los dedos ansiosos por tocarlo y los labios desesperados por volver a sentir los suyos.

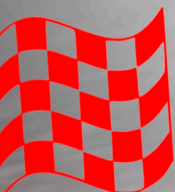
—Habla más alto —dice acercándose aún más, sus ojos clavados en los míos—. No puedo oírte.

—Esto se está volviendo ridículo —susurro.

—¿Qué parte? ¿Tú queriendo besarme o yo queriendo hacer mucho más contigo?

Y ahí van las bragas.

¿Qué me dices de la parte en la que quiero hacer esto, todo esto, contigo, pero me aterroriza pensar que me voy a paralizar? ¿Que no voy a hacer o ser lo que necesitas que sea? ¿Que no voy a sentir nada? Otra vez...



—Yo... Uh...

—¿Camilla?

Riggs ya está a un metro de mí cuando la puerta se abre del todo.

—¿Sí?

—Oh, lo siento —dice Heather—. No quise inter...

—No lo hiciste. —Obligo a sonreír. Por favor, haz que se lo crea—. Riggs me estaba enseñando su último vídeo de AITA.

Sonríe.

—Todo el mundo habla de ellos. Brillante. Una idea simplemente brillante.

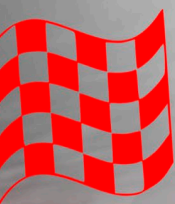
—Gracias.

—¿Me concedes un minuto? —pregunta.

—Sí. Por supuesto —digo mientras Riggs se mueve hacia la puerta.

—Te veo luego, Camilla. Tenemos que terminar esta conversación. —Mira hacia atrás y sonríe—. Mis ofertas no se quedan sobre la mesa para siempre.

Tanto Heather como yo le vemos alejarse, pero solo una de los dos niega.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO TREINTA

Riggs

—**E**stá tirando a la derecha. —Todo el auto vibra a mi alrededor.

Lucho contra el volante durante toda la maldita carrera. Me duelen los brazos y no dejo de intentar que mis manos se relajen.

Un agarre más firme no siempre significa una reacción más rápida.

—Lo sabemos. —Ese es el equivalente de Hank a *lo sabemos y no estamos cerca de tener una solución*. Es el día de la carrera. Ya pasó el momento en que podemos hacer ajustes importantes—. Haz lo mejor que puedas, amigo.

—Entendido —digo, decidido a llevar esto a la meta.

Y aunque puede que necesite aflojar mi agarre al volante, estoy seguro de que no dejo de apretar los dientes cada vez que otro piloto, Rossi, Laurent, Cavanaugh, McElroy, Navarro, y lo que parece ser todo el maldito mundo, me adelanta.

Les desafío cuando puedo, pero sobre todo me quedo cerca de Andrew, que está sentado en P3. Le ayudo a esquivarlos. Es más difícil adelantar a dos autos a la vez que a uno solo.

Porque seguro que no voy a tener la oportunidad de llegar alto, pero Andrew sí. Y eso es bueno para Moretti. Es el trabajo en equipo de F1 en su máxima expresión.

Así que conduzco como un loco. Sin duda, enfadando a otros conductores y, al mismo tiempo, ganándome su respeto.

Nunca he trabajado tanto por otra persona como hoy.

Y cuando Andrew se coloca en tercera posición, sube al podio, y el equipo estalla en un torrente de vítores, puede que me sienta celosísimo, pero también orgulloso y reclamo una pequeña parte de ese logro para mí.

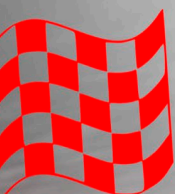
—Un día duro ahí fuera. Hiciste lo que pudiste, Riggs —dice Hank.

—Diez-cuatro. Gracias por todo vuestro duro trabajo, chicos.

Por primera vez, cuando entro en el garaje, Carlo no está esperándome.

No es porque no hayas acabado en los puntos.

K. BROMBERG
OFF THE



Es porque ayudó a otra persona a hacerlo y por eso está celebrándolo con ella.

No te van a quitar el vehículo.

Reitero una y otra vez todas las razones por las que podría no estar allí, pero sigue existiendo un pánico subyacente.

Ari me saluda.

—Vaya carrera, amigo. No es culpa tuya que el auto no estuviera donde debía. Pero luchaste. Has hecho una carrera de la que deberías estar orgulloso. Felicidades.

Le doy la mano, aun pensando que podría haberlo hecho mejor, pero en el fondo sabiendo que no podría.

Un poco de humildad hace mucho.

Me giro para entregar mi casco a alguien y me sorprende ver a Camilla en el garaje. Este no suele ser su lugar. Y definitivamente no es el suyo cuando Carlo no está aquí.

Pero lo que me llama la atención no es tanto que Camilla esté en el garaje, aunque a mi ego eso le gusta más que nada, sino la expresión de su rostro cuando mira a la multitud que se arremolina en la fila del foso.

El público estaba compuesto por miembros de varios equipos y dignatarios de las escuderías.

Su rostro está pálido, su expresión... la única forma en que puedo describir la expresión de su rostro es *asustada*.

Intento encontrar su mirada, ver lo que ella ve, pero solo veo un montón de gente. Y cuando vuelvo a mirarla, se da cuenta de que la estoy observando y se reprime más rápido que una mierda.

Alzo las cejas hacia ella, la curiosidad me posee cuando debería estar preocupado por los puntos que no he ganado.

Se limita a negar, me ofrece una sonrisa tensa y, antes que pueda pensar mucho más, Hank me aparta.

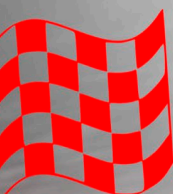
—Describeme el auto. Cómo se sentía. Cómo se sentía el tirón en la parte delantera derecha.

Estoy muy agradecido de que el equipo y yo no hayamos tardado demasiado en fusionarnos. Encontrar nuestro ritmo y trabajar bien juntos. Para comunicarnos de forma que ambos nos entendamos.

—Sentí que teníamos algunos problemas con el graining en la curva número cuatro. La parte delantera no se agarraba lo suficiente, así que se deslizaba y me quemaba el agarre. Algo de subviraje.

—Sí, creo que nos equivocamos con los neumáticos —dice Hank—. Deberíamos haber cambiado a medio en lugar de duro.

—De acuerdo.



—Buen trabajo apoyando a Andrew ahí fuera.

—Gracias, amigo. —Me dirijo a la fisio porque no me importaría que Tori me mirara el hombro derecho.

No puedo cruzar el paddock y entrar en la suite Moretti lo suficientemente rápido.

Casi me desplomo sobre la camilla del fisioterapeuta.

—¿Dónde está el dolor, Riggs? —pregunta Tori.

—Hombro derecho hasta el bíceps. Creo que me pincé algo.

—De acuerdo. Déjame ver qué puedo hacer por ti. Entonces necesitarás calor y luego hielo.

—Tú mandas. —Mis gemidos y quejidos siguen poco después mientras Tori y sus increíbles manos trabajan los nudos de mis hombros y cuello.

—Podría besarte —murmuro, con el rostro apretado contra el donut de la mesa.

—Si me dieran un dólar por cada vez que he oído eso, sería rica.

Sus manos parecen el paraíso. Firmes pero relajantes, amasan, presionan y trabajan los músculos de mi espalda.

—Vamos a tirar la precaución al viento. Escápate conmigo, Tori. Te prometo que podríamos tener una buena vida.

Su risa resuena, sin duda su marido y sus cuatro hijos no estarían de acuerdo conmigo, y luego se calla. *Alguien más ha entrado en la habitación.*

—Vete —murmuro y hago un gesto con la mano en dirección a la puerta.

Se aclara la garganta. Anya.

—Hay que mirar algunas cosas —dice.

—Aguafiestas.

Se ríe entre dientes.

—¿Tu teléfono?

Mierda.

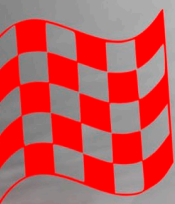
—Sí. Gracias. No pensé en traerlo. ¿Debería preocuparme por los textos que ves ahí?

—No. ¿Quieres que te los lea? —Sus pies hacen ruido mientras se adentra en la habitación.

—Solo los inocentes —me burlo.

—Bien. Tu madre dijo: *Gran trabajo para el equipo. Así es como debe hacerse.* Wills dijo, y cito: *Siento lo del auto. Beberemos en tu honor esta noche.*

—Por supuesto que lo hará.



—Y Dee envió un mensaje. —Hace una pausa—. Ella dijo: *Maxim dijo que te lo dijera, no fue tu culpa. Son cosas que pasan. No te preocupes, se quedará lesionado más tiempo para que puedas redimirte.*

Sonríó. Sonríó de verdad porque es Maxim. Suena como si hubiera vuelto.

—Impresionante.

—Ah, y dijo que quiere verte pronto.

Levanto la cabeza para mirarla.

—¿Lo hizo?

Asiente.

—Lo hizo.

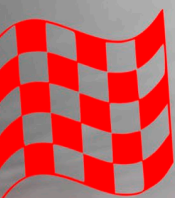
Mi sonrisa se convierte en una mueca cuando Tori golpea un punto especialmente dolorido y vuelvo a bajar la cabeza.

Dejo mi mente a la deriva.

Hoy no hay puntos.

Pero no un DNF. Luché contra el maldito auto. Hice una buena actuación con lo que tenía.

Lo tomaré como un rito de iniciación. Como mi propia victoria personal.



CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Camilla

—Voy a tropezar y romperme los tobillos con esto. —Miro los tacones de tiras de mis pies y sé que voy a tener uno, probablemente *varios*, de esos momentos en los que pierdes el equilibrio y pareces una niña de cinco años con los tacones de tu madre. El pie va hacia un lado, el tobillo hacia el otro y caes de bruces al suelo.

Esa seré yo.

Dame unos minutos más.

—¿Regla número uno para estar a la moda? El sufrimiento es imprescindible —dice Isabella con un gesto de la mano.

—Impresionante. Por favor, recuérdame por qué accedí a esto otra vez. —pregunto, deseando que mi agua fuera vino, pero una de las dos tiene que volver al trabajo después de nuestra cita para comer.

—Siempre podemos devolver los zapatos y optar por el cambio de ropa —dice Gia por encima del borde de su copa de merlot.

Levanto las manos.

—Aquí no hay quejas. Ninguna en absoluto. —Me río y vuelvo a mirarlas a ellas y a las cuatro bolsas de zapatos de diseño que acepté comprar en nuestro viaje de compras.

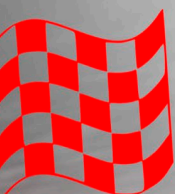
O mejor dicho, *sus* compras. Mis pies para probarme esos zapatos. Mi tarjeta de crédito para pagar.

Nunca lo admitiría ante Isabella o Gia, pero hay algo que decir sobre cómo me hacen sentir estos zapatos. Femenina. Malvada. Fuerte pero delicada.

Si no lo querías, tal vez no deberías haberme tentado, Milla. ¿Ese vestido? ¿Esas tetas? ¿Tu cuerpo? No me culpes por aceptar lo que me ofrecías.

Incluso todo este tiempo después, todavía puedo oír la condescendencia en el tono de Brandon mientras estaba de pie junto a mí abrochándose la bragueta.

K. BROMBERG
OFF THE



¿Me lo “busqué” coqueteando con él? ¿Me lo busqué vistiendo faldas cortas y camisetas ajustadas que mostraban mi cuerpo como hacían todas las chicas de mi edad?

No.

Lo sé ahora. Lo sabía entonces. Pero eso no impidió que el trauma me hiciera creer de otra manera. De cambiar cómo me presentaba al mundo.

Pero estos zapatos... es como si el más mínimo toque de feminidad me hubiera hecho reconocer el poder que tiene.

¿Quién iba a pensar que los zapatos podían hacer eso?

—Sí que le gustan. No deja de mirarlos —dice Gia cuando salgo de mis pensamientos.

—Me estoy acostumbrando a ellos, eso es lo que estoy haciendo. —Si les cuento mi epifanía, para cuando llegue a casa me habrán elegido y entregado todo un vestuario nuevo. Es mejor dejarme digerir esto un poco más antes de contárselo.

En las últimas semanas he pensado muchas veces en contarles mi experiencia. Si supieran lo que hizo Brandon -la agresión, cómo afectó a mi sensación de seguridad, a mi confianza en mí misma, por no hablar de cómo me siento con mi cuerpo-, quizá entenderían por qué me visto como me visto.

Y con esa revelación, sin duda vendrá la culpa masiva por su parte. Por no saberlo. Por intentar cambiarme la ropa cuando no entendían por qué me pongo lo que me pongo. Lo último que quiero es hacerlas sentir culpables.

Así que un día de estos se los diré.

Pero hoy no. Hoy es para divertirse y, al parecer, con zapatos de tiras.

—Tienes razón. Le gustan. —La sonrisa de Isabella es lo suficientemente brillante para las tres—. Primero los zapatos, luego quién sabe qué más será lo siguiente.

—Ya sé qué más —dice Gia, girando todo su cuerpo hacia mí y levantando las cejas.

—¿Qué? —Oh, mierda. No esa mirada.

—Creo que hay algo que no nos estás contando —dice Gia.

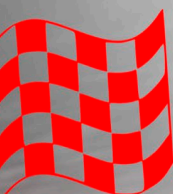
—¿Qué quieres decir? —le pregunto.

—¿Crees que no seguimos a Moretti y a sus corredores? ¿Que en algún momento no reconoceríamos que un corredor en particular es el mismo hombre con el que convenientemente te encontraste en el bar esa noche? Quiero decir, gran trabajo de marketing; su cara está en todas partes. Y mal trabajo ocultándolo, porque su cara está por todas partes. —Se ríe y me mira con los ojos entrecerrados—. Nos la has jugado, Moretti.

—No lo hice. Lo juro. —Levanto las manos—. Te lo juro. Fue tan chocante para mí que fuera el nuevo conductor como lo es para ti.

—Ajá. —Gia no parece convencida.

K. BROMBERG
OFF THE



—Sabes que la excusa va a ser que ahora es un empleado, así que ella no puede follárselo. —La siempre sutil Isabella ataca de nuevo.

—Sí. Nos engañó. Nos engañó por completo —dice Gia.

—Hola. Aquí estoy. —Agito las manos de un lado a otro para evitar que continúen.

—Sabemos que lo eres, pero también sabemos que nos engañaste haciéndonos creer que tenías algo con ese tal Spencer.

—Riggs. Se hace llamar Riggs —le digo.

—Claro que sí —dice Isabella.

—Y nos hemos besado —ofrezco.

—Lo sabemos. Te vimos en el bar. —Gia pone los ojos en blanco.

—Y hace un par de semanas. Y casi en la carrera de este fin de semana. Eso llamó su atención.

—¿Ooohhh? —Es un sonido colectivo hecho por ambos.

Asiento y de repente quiero contárselo todo -las burlas, los ataques de pánico, cómo durmió en mi sofá, los celos, las insinuaciones-, pero pensarán que estoy loca por no actuar. Ya no es necesario mantener la carta del desafío en secreto. Lo he superado completamente... y Riggs definitivamente no es el tipo que creí que era la noche que nos conocimos. El tiempo me lo ha demostrado.

Así que les digo.

Sobre la tarjeta del desafío.

—Espera —dice Isabella, levantando las manos—. ¿Tiene algo que ver con el post viral que hizo sobre esto?

No mientas.

Lo sabrán.

Asiento.

—Sí.

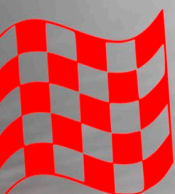
—Bien, eso ha sido de alto nivel, quiero tu atención porque he sido un imbécil, pero soy un hombre así que no sé cómo disculparme. —Gia frunce los labios—. No me convence. Tiene que arrastrarse más.

Les hablo de la primera carrera y del baño, de nuestros mutuos ataques de pánico y de su tranquila comprensión.

—Espera. —Los ojos de Isabella se agrandan—. ¿No hizo un AITA¹, uno sobre besar a la hija del jefe?

—Y eso fue después de que crearas el segmento, así que *sabía que ibas a verlo*. —El tono escéptico de Gia se vuelve de repente más alegre.

¹ AmItheAsshole, abreviado como AITA, es un subreddit donde los usuarios publican sobre sus conflictos interpersonales del mundo real y reciben el juicio de otros redditores.



Asiento.

—Y me enfrenté a él por eso. Lo que llevó a un casi beso y champán y.... —Las dos intercambian una mirada con sonrisas de suficiencia—. ¿Qué?

—A alguien le gusta —canta Gia.

Se me calientan las mejillas. Me encojo de hombros.

—A mí sí. Sobre todo después de la otra noche.

—¿Qué pasó la otra noche?

Le explico lo de la fiesta. Sobre el beso. Sobre el hombre desnudo en mi apartamento.

Dejo fuera los frecuentes sueños que protagoniza. Riggs de rodillas entre mis muslos. Su lengua, traicionera para mi cordura, me hace caer en el olvido de la forma más pecaminosamente decadente. Un orgasmo que me despierta del sueño mientras me recorre.

Y definitivamente omito esa parte sobre cómo Spencer Riggs es el primer hombre que me hace reaccionar físicamente y sentir cosas. Guardo eso para otra discusión que sé que tendremos pronto.

Isabella levanta un dedo mientras da un largo sorbo a su bebida. Espero que haya considerado que mis mejillas enrojecidas eran de vergüenza y no que se había acalorado al recordarlo.

—Has visto la mercancía, Cami. Te gusta la mercancía. Ve y fóllate por fin a la mercancía. —Su última frase es un grito que hace que la gente gire la cabeza y yo me agache avergonzada.

—Jesús. ¿Quieres callarte?

—No. —Sonríe diabólicamente—. Te gusta este chico. Te gusta de verdad, a pesar del comienzo difícil.

—Y trabaja para la empresa —le digo.

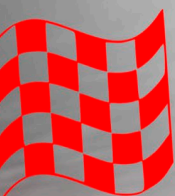
—¿Y qué? —Gia levanta las manos—. Dijiste que era un piloto contratado, ¿verdad? ¿Temporal de carrera en carrera? ¿Realmente vas a dejar pasar algo con un tipo que podría no estar al servicio de Moretti por mucho más tiempo?

—Le estás dando más importancia de la que tiene —digo.

Otro intercambio de miradas antes de recibir la mirada de *mamá* de ambas.

—Camilla. Nuestra dulce Camilla. —Gia sonríe suavemente—. No ha habido ningún chico desde que te conozco que te haya hecho poner la cara que tienes ahora mismo. Ni siquiera los chicos con los que has tenido relaciones duraderas han puesto el fuego en tus ojos.

—Pero...



—El tipo se fue de su propia fiesta porque tú no querías estar allí. Durmió en tu sofá. Hace columnas de consejos sobre ti en las redes sociales. Um, ¿hola? Le gustas.

El comentario de Isabella se me queda grabado en la mente cuando entro en el despacho, sí, con los tacones puestos.

Gia e Isabella se aseguraron de ello cuando se llevaron mis compras y mis Jordans cuando me dejaron.

Me conocen lo suficiente como para saber que me los cambiaría inmediatamente.

Entro en mi despacho y me detengo al ver a mi padre sentado en una de las sillas frente a mi mesa.

—Papá. —Es una palabra sorprendida—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Sonríe.

—En cierto modo soy el dueño.

—Gracioso. —¿Se enteró del beso? ¿Alguien lo grabó y lo publicó en las redes sociales? ¿Hay rumores sobre la sala de conferencias cuando Heather entró?—. Quiero decir, ¿a qué debo el placer? —pregunto con mi voz más dulce posible.

Se ríe entre dientes.

—Vi a las chicas dejarte, así que pensé en reunirme contigo aquí en lugar de que Halle te llamara.

Me muevo alrededor de mi escritorio y tomo asiento frente a él. Hoy no hay temblores visibles. De hecho, he visto muy pocos últimamente.

Sé que la falta de ellos no significa que su diagnóstico haya cambiado. No soy tan ingenua. Pero es una buena señal de que tener a la familia cerca y menos estrés es algo bueno para él.

—Te ves bien. *Realmente* bien.

—Me siento bien. —Asiente y mira por la puerta abierta para asegurarse de que Elise no sigue allí antes de continuar—. El cambio de medicación me ha ayudado mucho. Dentro de un mes puede que sea diferente, pero por ahora me lo tomo día a día.

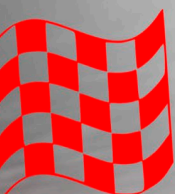
Asiento y suelto una risita nerviosa.

—Entonces... ¿qué pasa?

—¿Por qué? ¿Tengo motivos para preocuparme por algo?

—No, pero llevo aquí casi tres meses y es la primera vez que estás en mi despacho, esperándome con esa mirada enigmática.

—Siempre fuiste la más preocupada. —Se ríe—. No pasa nada, Cam. De hecho, todo va bien. Ambos coches han terminado en los puntos cuatro de las últimas cinco carreras. Hemos conseguido un podio. Vi a un piloto convertirse en un jugador de equipo con esa carrera. El público está amando



el dúo de Andrew y Riggs. Maxim está haciendo progresos para volver. Está aumentando lentamente su movilidad. Ah, y las ventas de mercancía se han disparado con todo eso de A-I-T-A que estás haciendo.

Me río a carcajadas de cómo deletrea AITA, como si fuera un idioma extranjero.

—Papá, ¿tienes idea de lo que significa AITA?

Su mirada perdida me dice que no ha hecho la correlación entre los puestos y el acrónimo.

—Um, ¿Andrew es el Animal? —Arruga la nariz. Incluso él sabe que suena ridículo.

—No. Definitivamente, eso no. —Miro por la ventana de mi despacho, donde Elise ha vuelto, y la veo reírse—. Significa “Soy el idiota”. Por eso Riggs lo dice con cada mensaje.

—Oooohhhh. —Niega con la cabeza—. Tu generación y sus YOLOs y FOMOs y FMLs o mi favorito personal, WTF.

Me da miedo preguntarle si sabe lo que significa.

—Suenas tan viejo.

—Soy viejo. —Hace una pausa y sonríe—. Sólo quería venir a decirle que tú y tu equipo están haciendo un trabajo excelente. No es habitual que los beneficios reflejen cambios de marketing en tan poco tiempo y, sin embargo, van en la buena dirección.

—Gracias. —Apenas puedo pronunciar las palabras, tengo la garganta muy apretada—. Eso significa... —*Todo*.

—Soy yo quien debería dar las gracias. —Frunce los labios—. No has dado tu opinión sobre Riggs, aparte de tu crítica inicial. Ahora lleva cinco carreras con Moretti. ¿Ha cambiado algo tu opinión?

¿Estoy cayendo en una trampa?

¿Soy idiota por querer besarlo ahora mismo? ¿Por querer demostrarle que se me da bien?

Me tomo un momento para pensar antes de responder.

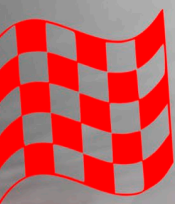
—Todavía es un poco tosco, pero creo que esa ventaja le da ventaja. Está corriendo bien y demuestra que tiene la habilidad para estar por derecho en la F1.

—Cierto. —Asiente y se pasa el dedo y el pulgar por la barbilla, pensativo—. A la FIA no le entusiasmó su adelantamiento en Hungría.

—Tampoco estaban encantados con el de Rossi.

Asiente contemplativo y luego dice suavemente:

—Sí, bueno, Rossi es... *Rossi*. La excepción a todas las reglas. —Se ríe y luego pone una mirada melancólica en sus ojos—. El padre de Spencer, Ethan Riggs, era realmente especial de ver. No podías apartar los ojos de él. Más



grande que la vida. Llamaba la atención dentro y fuera de la pista. Era tan temerario que te daba miedo apartar la vista un segundo porque podías perderte algo increíble, bueno o malo. Estábamos cerca en edad, y recuerdo estar un poco celoso de que él consiguiera el trabajo divertido. —Su sonrisa es agri dulce.

—¿Cree que la comparación que hacen los medios es justa?

—Creo que es natural. No ayuda el hecho de que sean idénticos. Hace que la comparación sea más fácil de hacer. —Se encoge de hombros—. Probablemente pasará lo mismo cuando me sustituyas algún día.

—Cierto. —No estoy lista para pensar en eso—. Pero no creo que sea justo. Me refiero a las comparaciones.

—De acuerdo. Aunque parece bastante imperturbable. Muerde cuando es necesario.

—Estoy segura de que eso emociona a Anya.

Mi padre sonríe. Siempre le han gustado los rebeldes.

—Así es, pero eso la mantiene alerta.

—Lo ha insinuado. —Miro hacia la mesita donde están los carteles. Riggs, con su Moretti rojo y esa sonrisa devastadora, me devuelve la mirada—. Sé que todos los conductores dicen que son intrépidos, pero a veces tienen que asustarse. Un choque fuerte. Un casi accidente. ¿Crees que ese miedo es diferente debido a su padre?

—Es curioso que digas eso. Omar se me acercó el otro día por algo. Tal vez por eso vine a hablar contigo. Para conocer tu opinión.

—¿Sobre qué?

—Han pasado diecisiete años desde el accidente. Todas las pistas se han actualizado o el circuito cambiado a una nueva ubicación. Todas las pistas excepto Suzuka, donde murió el padre de Riggs.

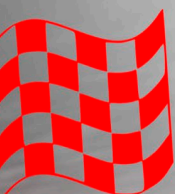
—Oh. —Pienso en la pista japonesa y la imagino en mi mente. Un escenario tan apacible, como casi todas las pistas, pero con el potencial de causar tanta devastación.

Asiente, torciendo los labios.

—Pronto llegará. Nunca ha corrido allí, así que será la primera vez. ¿Le dejo? ¿Hablo con él y le doy a elegir? ¿Le pido al nuevo piloto de reserva que acabamos de contratar que se ponga al volante? No tengo ni puta idea. —Se pasa una mano por la cara y por primera vez veo un temblor. Claramente, ha estado agonizando por esto.

Miro fijamente a mi padre, con la cabeza llena de pensamientos. Me viene a la mente la escena del baño durante la primera carrera. Riggs vomitando. Mi ataque de pánico.

¿Fueron los nervios en general o el miedo a acabar como su padre?



¿No es lo mismo que me he preguntado yo? ¿La enfermedad de mi padre? ¿Soy portadora de la misma mutación genética que le ha hecho enfermar?

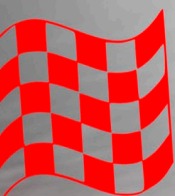
¿Cómo me sentiría si alguien me retuviera de algo por prejuizar que lo tengo?

—¿Qué me dijiste cuando te pregunté por qué ocultabas... *todo*? —pregunto en voz baja con una rápida mirada al exterior de mi despacho—. Que es tu decisión *si decides* contarle a la gente tu diagnóstico *y cuándo*. Que mantener tu dignidad es importante. Sé que ni siquiera está en el mismo ámbito, pero ¿no crees que el sentimiento es similar? ¿Que Riggs probablemente siente lo mismo? ¿Que es su decisión?

—Sí, lo sé. Estoy de acuerdo... Yo sólo... El accidente de Maxim no fue hace tanto. Lo último que quiero es un conductor con la cabeza poco clara en el coche. No necesito, ni quiero, ni deseo otro mal accidente. —Aún siente culpa por el accidente de Maxim. Eso se nota en el tono de su voz y en las arrugas de su cara.

—Nadie desea eso, papá. Es el deporte. Es peligroso. Los pilotos lo saben y ¿no es eso parte del atractivo para ellos? ¿La emoción?

—Lo sé, Cam, lo sé.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Camilla

Ha sido un día largo y muy extraño. Las compras con las niñas. La charla con mi padre. No matarme con estos tacones. Y ahora esto.

La revista Cosmopolitan en mi piso, donde debe haber sido metida debajo de mi puerta. La misma revista sobre la que Riggs se sentó la otra noche y que yo moví rápidamente después de que se durmiera, mortificada por haberla leído.

Has visto la mercancía, Cami. Te gusta la mercancía. Sigue adelante y finalmente toma la mercancía.

Mis problemas nunca han venido de no querer sexo o no sentirme atraída por la persona con la que estoy. Eso es sencillo. Es el hecho de que cuando llega la intimidad, ¿la chispa que se supone que debes sentir? ¿Ese chasquido de un cable vivo cuando la otra persona te toca? No sucede. Para mí, el sexo es como hacer las cosas por hacer.

Uno nunca debería temer la intimidad y, sin embargo, así es exactamente como me he sentido desde Brandon.

¿Sé lo que es un orgasmo? Sí, y sólo porque me he dado uno por mi propia mano para demostrarme a mí misma que no estoy rota y que realmente siento.

Pero, ¿alguna vez un hombre me ha ayudado físicamente a conseguirlo?

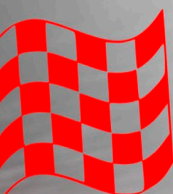
No. Nop. Nunca.

Bueno... ningún hombre excepto Riggs. O mejor dicho, la versión soñada de Riggs.

Agarro la revista y la hojeo. ¿Esta revista está aquí porque cree que ha arruinado la mía o porque renueva su oferta?

Pasan los segundos mientras miro las páginas encuadernadas, con los nervios a flor de piel.

K. BROMBERG
OFF THE



¿Qué parte? ¿La de tú queriendo besarme o la de yo queriendo hacer mucho más contigo?

Dejo el bolso y la bolsa en el suelo, justo detrás de la puerta, y avanzo a grandes zancadas por el pasillo hacia su puerta.

A cada paso mi confianza disminuye y mis nervios bailan.

Una parte de mí espera que no abra la puerta cuando llamo. La otra parte se pregunta qué demonios voy a decirle si lo hace.

Y como si nada, abre la puerta, sin camiseta y con un pantalón de chándal gris.

Por supuesto que lleva eso.

—Bueno, hola. —Sonríe y entrecierra los ojos, claramente consciente de que algo me preocupa.

—Hola. Sí. —*Oh, mierda.* Paso junto a él y entro en su piso. Vacilo un momento al apreciar los colores vivos y la madera desgastada. Parece tan diferente, más vacío, que la última vez que estuve aquí.

—¿Qué decías? —pregunta Riggs, incitándome a darme la vuelta y encontrarme con sus ojos divertidos y sus brazos cruzados sobre su pecho que hace visible cada músculo. Bulto. Subo los ojos para encontrarme con los suyos y sus cejas levantadas.

Respira, Camilla. Respira.

—Este es el trato. Yo tengo lo que tú quieres, y tú tienes algo que yo necesito.

—Aquí estoy, nena —bromea con los brazos extendidos, una sonrisa arrogante que acentúa sus hoyuelos.

—Exactamente.

—¿Qué? —Si el latigazo cervical fuera un meme, sería el chasquido de la cabeza de Riggs y el sobresaltado abrir de sus ojos.

Levanto un dedo para que deje de hablar justo cuando empieza.

—Quieres un F1 a tiempo completo. Tus ventajas. Que hable bien de ti en otro equipo cuando Maxim vuelva.

—Sí. —Esboza la palabra, esa sonrisa arrogante se desvanece mientras sus ojos se entrecierran—. No te estoy siguiendo. Quiero decir que sí, créeme que sí... pero haz que tenga sentido.

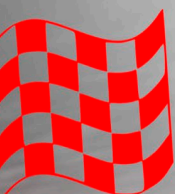
—Estoy trabajando en algunas cosas.

—Vas a tener que darme más que eso, Gasket.

Lanzo un suspiro de fastidio ante el tonto apodo, sin conseguir hacerme a la idea de que una parte de mí no lo encuentra entrañable.

—¿Te comió la lengua el gato? —me dice.

—Sexo.



—Una palabra de cuatro letras. Empieza por S. Es un sustantivo pero personalmente creo que debería ser un verbo teniendo en cuenta que hay mucha acción cuando lo tienes. Y claramente algo que te hace sonrojar. ¿Qué me estoy perdiendo?

—Necesito tener sexo.

Tose por encima de una carcajada.

—¿Necesitar o querer? Necesitar es una palabra muy fuerte.

La diversión en sus ojos dice que está disfrutando jugando conmigo, casi como si supiera por qué estoy aquí y fuera a hacerme pasar por toda una *perorata* para conseguirlo.

Morir mil veces suena más atractivo ahora mismo que terminar esta conversación.

—No. No pares ahora. —Debe verme titubear—. La Camilla Moretti que conozco va tras lo que quiere. Ya sea un beso en un bar. Un conductor que ella quiere que sea viral. Y esto. Sea lo que sea *esto*.

—Hay algunas cosas que... Quiero tener sexo. Sexo contigo. —*Joder*—. ¿Así está mejor?

Me hace esperar una respuesta. Se toma un tiempo minuciosamente lento para hacerlo.

—Así que pasamos de que yo te ayudara a encontrar tu sexualidad a que tú quisieras tener sexo. Quiero decir... eso escaló rápidamente.

—Van de la mano.

—Bien. Claro. Puedo ver la correlación, pero.... —Deja colgar la cabeza y se ríe. Normalmente me ofendería pero, por alguna razón, la reacción de Riggs no me hace sentir así—. ¿Quieres explicar?

—Es... —balbuceo. Luego gimo. Luego arrugo la nariz—. Hubo esta cosa, que causó esta otra cosa que me hizo... no importa.

—Parece que hay muchas cosas.

—Es complicado.

Se acerca un paso, con una sonrisa burlona en un lado de la boca.

—¿Qué es? ¿El sexo? ¿La sexualidad? ¿Poseerlo? ¿Quererlo? —Se encoge de hombros—. La verdad es que no.

—Te pagaré. —*Joder*. ¿*Realmente dije eso*? La desesperación hace que la gente diga las cosas más estúpidas. Caso en cuestión, aquí mismo.

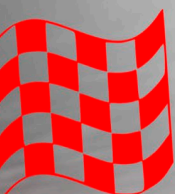
—Oh. Así que me quieres como chofer y como prostituto. —Lucha contra su sonrisa.

Estoy haciendo un desastre de esto.

—No. Así no. Te pagaría por tu tiempo. Quiero decir...

—Así que un acompañante, un prostituto y un conductor. Entendido.

K. BROMBERG
OFF THE



—¿Sabes el valor que se necesita para venir aquí? ¿Lo difícil que es pedirle esto a alguien?

—No me lo puedo imaginar.

—Deja de hacer esto más difícil de lo que es.

—Duro es lo que estás pidiendo, ¿verdad?

—Oh, Dios mío. —Está disfrutando esto, ¿verdad? Y él me va a poner a través de los pasos.

Se le mueve la nuez de Adán y suelta una carcajada.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué yo? ¿Por qué ahora? Por qué... —Señala su piso como si fuera la tercera persona en esta conversación—. ¿Esto?

—¿Por qué haces tantas preguntas? ¿Qué hombre no diría que sí al sexo sin ataduras? ¿A no tener que lidiar con emociones o sentimientos? —La carta del desafío se cuela en mi cabeza, pero luego la alejo. Puede que aquella primera noche me dijera que no era su tipo, pero desde entonces cada día me ha demostrado lo contrario. Y, sin embargo, me asalta la duda. La inseguridad. Me acobardo—. ¿Sabes qué? Olvídalo. Deja que me meta en un agujero y me muera.

Pero cuando intento pasar junto a Riggs, éste se desliza para bloquearme el paso y la puerta. Sus manos se mueven hacia mis bíceps y su voz se calma hasta que por fin levanto la vista y me encuentro con sus ojos.

—Déjame ir. *Por favor.*

Asiente lentamente, pero sus ojos no se apartan de los míos.

—Sé que el sueño de la mayoría de los hombres es desvirgar a una virgen, pero yo no. No quiero que se me recuerde por eso. Ese tipo de cosas deben tener ataduras. Muchas.

Tardo un segundo en asimilar lo que está insinuando.

—No. Dios. ¿Qué? No soy virgen.

Qué ironía. El sexo, al que no di mi consentimiento, es la razón por la que estoy en esta situación. He superado lo que me hicieron, pero aún intento entender cómo se siente el cuerpo que me dejaron cuando me tocan.

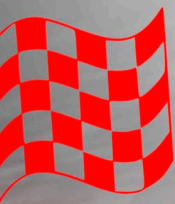
—¿Entonces de qué se trata? —Me mira con una intensidad que casi me dan ganas de decírselo.

—Es... ¿importa por qué?

Se ríe, y juro por Dios que es el sonido de una pluma haciéndome cosquillas en la piel.

Su cercanía.

Su olor a recién salido de la ducha.



La sensación de sus manos en mis brazos.

El calor de su aliento en mis labios.

—Si estás planeando usarme como tu chico follador, entonces sí, Camilla, importa.

Los nervios son dueños de cada uno de mis movimientos. Todos mis pensamientos. Todas mis reacciones.

—Ni siquiera sé qué decir a eso —susurro.

—Sí, quiero.

—¿Qué? —Las lágrimas arden en el fondo de mis ojos. ¿Por qué he hecho esto? ¿Por qué no perdí los nervios, entré en mi piso y me encerré? Ha sido un grave error. Me temo que no podré superarlo.

Es una dicotomía tan extraña. Querer que me toque y saber que probablemente se esté riendo de mí en su cabeza ahora mismo.

—No me digas que vas a sacar una carta de desafío para ponerme en mi lugar y asustarme de nuevo.

—No. Voy a decirte que cometiste un pequeño error de cálculo.

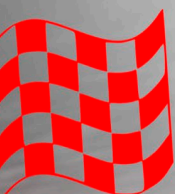
—¿Sobre qué?

—Hay dos cosas que quiero, Cami. La que mencionaste, mantener una carrera en F1, pero eso puedo hacerlo yo mismo.

—¿La otra?

Mis nervios recorren cada parte de mí. Necesito irme. No puedo...

—Camilla. Mírame. —Espera a que mis ojos revoloteen hasta los suyos, y la expresión seria de sus ojos me conmociona—. Tú. Tú eres lo otro que quiero.



CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Camilla

—**Y**^{o?} Y antes de que pueda procesar adecuadamente el pensamiento, los labios de Riggs están sobre los míos. Una mano me sube por la columna vertebral y me aprieta el cabello, mientras la otra se acerca a la parte baja de la espalda y me atrae hacia él.

A ti. Tú eres lo otro que quiero.

Las sensaciones hacen su aparición. El dolor. El dulce ardor. Los pezones tensos. La humedad que se acumula entre mis muslos.

—Hay normas —suelto, con los nervios a flor de piel, mientras aprieto las manos contra su pecho.

¿Y si no siento nada?

¿Y si no funciona?

Me echa la cabeza hacia atrás por el pelo, me obliga a dejar de pensar y tengo que mirar sus ojos oscurecidos y su sonrisa arrogante.

—¿Vas a sacar un PowerPoint para mí?

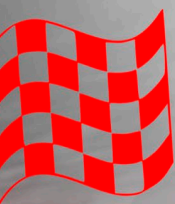
—Cuando estás conmigo, no hay nadie más.

—Deja de hablar, Camilla. Estoy a punto de follarte. Quiero pensar en lo bien que te vas a sentir cuando te penetre por primera vez. Quiero pensar en los sonidos que harás cuando te corras. No hay reglas. Ahora es para follar. Para gritar mi nombre. Después es para cualquier curso intensivo de Reglas de Camilla que haya. ¿Entendido?

—Sí. —Es una sílaba de consentimiento sin aliento y menos mal porque, ¿en qué estaba pensando *al hablar* cuando lo único que quiero es perderme en las sensaciones ya abrumadoras y ni siquiera hemos empezado todavía?

Tu turno, Camilla.

Toma lo que has pedido.



Me inclino hacia Riggs y encuentro sus labios. El beso empieza lento, constante, pero hay un hambre subyacente en él. Una vibración reveladora que insinúa lo fuerte que se aferra a su control.

Es una sensación embriagadora.

Empoderada.

Y quiero más de todo.

Sus manos esposan mis muñecas contra su pecho para que nuestra única atención sea nuestro beso. El encuentro de nuestros labios. Nuestras lenguas. Nuestros gemidos ahogados y tragados.

Sus labios me seducen, me marcan, me tientan con la promesa de lo que está por venir. Y con la certeza de que si esto es lo que su boca puede hacer sentir a mi cuerpo, entonces podría arder cuando estemos piel con piel.

Cada beso es más urgente que el siguiente.

Cada tirón de mi labio o roce de nuestras lenguas crea más desesperación.

Me suelta las manos y la necesidad contenida de tocar, de ser tocado, estalla en una guerra sin cuartel para ver quién toca la piel del otro más rápido.

Sus dedos callosos suben por mi caja torácica mientras me quito la camiseta por la cabeza.

Son respiraciones entrecortadas mientras raspo con mis uñas esa perfecta V suya y luego le bajo el chándal para que su polla pueda liberarse.

Es aún más hermoso de lo que recordaba.

Es su silbido cuando me ve sin camiseta.

—Cristo, mujer. Eres preciosa.

Nos quedamos así, separados por unos centímetros, mientras la expectación corre por mis venas.

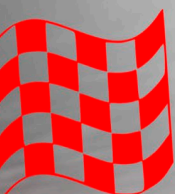
Y de un latido a otro, nos lanzamos uno contra el otro, encontrándonos en algún punto intermedio. Somos una masa de manos y lenguas y órdenes y prisas.

La ropa impide lo que más deseamos. Tocar. Saborear. Ver. Y por eso las desechamos tan rápido como podemos, mientras intentamos besar nuestra gratificación retardada.

Se quita el chándal. Y sus dedos encuentran su camino bajo mis bragas mientras empuja mis pantalones hacia abajo.

—Sí. —Es un grito estrangulado mientras sus dedos me separan, juegan conmigo, entran en mí.

—Eres jodidamente preciosa —murmura antes de que su boca se incline de nuevo sobre la mía—. Impresionante. —Desliza su lengua por la



curva de mi cuello—. A punto de ser follada. —Su risita retumba contra el pulso de mi garganta y resuena en mí.

Pero no necesito palabras.

No necesito seducción.

Sólo está él haciendo exactamente lo que le pedí que hiciera: hacerme sentir. Abrumarme con sensaciones que nunca antes había imaginado que existieran. Soy como una ciega que ve colores por primera vez, y ahora quiero ver toda la maldita carta de colores a la vez.

Y estoy bastante segura de que Riggs entiende mis maullidos y gemidos porque no cede. No se rinde.

Está en todas partes a la vez, manos y dientes y labios y piel, y no es suficiente para mis sentidos despiertos.

De alguna manera retrocedemos, nuestros pies se mueven mientras nuestros corazones se aceleran, hasta que me tropiezo con una pared. Se me escapa una risita nerviosa, pero enseguida se convierte en un gemido cuando él se inclina y se lleva el pezón a la boca.

Cuando lo rodea con los labios y lo chupa, es como una línea directa a todas las zonas erógenas de mi cuerpo. Al mismo tiempo, coloca la otra mano para que su pulgar friccione mi clítoris.

Es un puñetazo que me hace chocar contra su mano y suplicar por más.

Las sensaciones son muchas y pocas a la vez.

Soy codiciosa. Necesitada. Desesperada por más.

Tropezamos hacia atrás y entramos en el dormitorio, con nuestras risas flotando en el aire. Me empuja juguetonamente sobre la cama mientras agarra un condón para protegernos.

Y en cuanto eso ocurre, se acaricia la polla y se arrastra entre mis muslos. Pero no llega a tocarme y de repente me entra el pánico.

—¿Qué...?

—Estás... Jesús, estás buena.

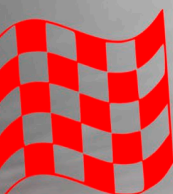
Y en cuanto me acomodo a sus palabras, jadeo cuando desliza su polla por mi raja.

—Dios mío, mujer —gime, el sonido es un afrodisíaco auditivo, y utiliza la cabeza de su polla para extender mi excitación por todas partes.

Y entonces se abre paso dentro de mí, centímetro a centímetro, hasta envainarse de la raíz a la punta. Nuestro gemido mutuo es el único sonido de la habitación, mientras deja que me adapte y disfrute de la sensación de que me está llenando.

Es la más dulce de las quemaduras y el más placentero de los dolores. Las terminaciones nerviosas cobran vida. Estoy abrumada por la avalancha de sensaciones, pero es el temblor de su mano en mi cadera lo que me devuelve a la realidad.

K. BROMBERG
OFF THE



A Riggs se le está escapando la rienda de su restricción.

Me retuerzo bajo su contacto. Sobre su polla. Necesito que se mueva. Intento cortar esas riendas.

Sisea “joder” en la habitación segundos antes de empezar a moverse. En cuanto lo hace, me sumerjo en el placer que me produce su polla y me dejo llevar por su bruma.

Cada entrada y cada salida provoca una reacción en cadena de sensaciones indescriptibles que nunca había sentido y que sé que sólo querré sentir de aquí en adelante.

—Más rápido —gimo mientras mi cuerpo pide más. Mientras mi coño se aprieta a su alrededor.

—Sí. La respuesta siempre es sí —gime, sus ojos se encuentran con los míos, sus párpados pesados por el deseo—. Eres una puta diosa. Toda mojada para mí. Tan lista para mi polla.

Impone un ritmo agotador, y me imagino que me saldrán moratones por la forma en que me agarra las caderas.

Esto. Se. Siente. Increíblemente. Asombroso.

Cierro los ojos momentáneamente e intento dejarme llevar. No pensar. Concentrarme en la acción. En las sensaciones. En el hombre que me las da.

Vamos, Cam. Nunca ha sido así. Me sentí así.

Se ve tan sexy mientras me sube a la cama. Sus bíceps se flexionan mientras sujeta mis caderas. Su cuello, tenso, casi enfadado. El roce de nuestras pieles. La respiración agitada.

—Vamos, Cam. Córrete para mí. Córrete sobre mi polla.

Quiero esto. Quiero esto tan tanto.

Mi respiración se entrecorta mientras mi cuerpo se agita con la inesperada corriente que me atraviesa. Es como si hubiera recibido una descarga, pero no hay punto de liberación. No hay forma de aliviar la presión que crece como el agua tras una presa.

Le cae el sudor por la frente, y su cuerpo está tan jodidamente tenso y su polla se hincha tanto de tanto intentar que me corra. De intentar que me corra.

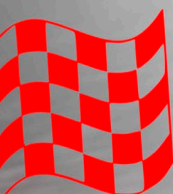
Grito cuando las sensaciones son demasiado fuertes. Cuando me siento abrumada y frustrada y todo lo demás.

—Eso es, justo así —arrulla, pensando que he llegado al clímax segundos antes de que su grito estrangulado y desgarrado llene la habitación. Su cuerpo se sacude y sus manos se tensan mientras se vacía. Mientras reclama su merecida recompensa.

Y aunque reconozco que ahora definitivamente puedo sentir más, tristemente, sigo rota.

Se inclina hacia delante, sin aliento.

K. BROMBERG
OFF THE



GRID

198
Simply Books

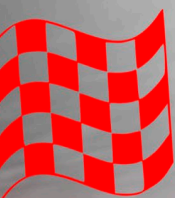
Yo le hice eso. Yo le hice eso.

La mirada de asombro en sus ojos me hace tambalear.

—Camilla... —dice *mi nombre con reverencia*—. Vamos a hacerlo otra vez. Y otra vez. Joder, me pones cachondo. —Desliza su mano libre por mi caja torácica hasta posarla justo debajo de mi pecho—. ¿Y esos tacones tan sexy que llevabas?

—Los llevaba para mí.

—A la mierda con eso. Llevarás eso y nada más la próxima vez que te lleve contra la pared.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Riggs

Mi pecho se agita y mi corazón se acelera mientras me tumbo boca arriba, miro al techo y le pido a mi cerebro que hilvane pensamientos coherentes.

Jesucristo.

No estoy acostumbrado a desear y esperar.

Estoy acostumbrado a querer y tomar.

Todo este tiempo, la existencia, lo que sea que haya sido esto con Camilla, ha sido como un prolongado juego previo. Y aunque nunca le di mucha importancia al acto, estoy empezando a verlo bajo una luz totalmente nueva.

La mujer es... *jodidamente increíble*.

No es una idea para encadenar en absoluto.

Se ríe sin aliento y es el puto sonido más sexy de la historia.

—Bueno, supongo que puedo marcar la casilla de *sólo preguntar* cuando tenga una pregunta precaria.

—Pregunta. Pregunta siempre —digo mientras me pongo de lado, con la cabeza apoyada en la mano, mirando su perfil.

—Tomo nota. —Sonríe pero sigue mirando al techo. Su pecho desnudo atrae mis ojos. Pezones rosa empolvado. Piel suave como el pecado.

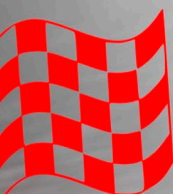
Ya la quiero otra vez.

—Hablando de preguntar siempre. Parece que tienes lo que buscabas.

—Me río entre dientes. *Nunca he tenido ninguna queja*.

Su respiración es entrecortada. Sus músculos se tensan rápidamente. Si no la estuviera mirando fijamente, nunca me habría dado cuenta, pero de repente, mi ego está en serio peligro.

—Te has corrido, ¿verdad?



Repito todo lo que recuerdo de los últimos treinta minutos, hasta que prácticamente me desmayé al correrme. Pero es el apretón de nariz y el taparse la cara con las manos lo que me hace caer de culo.

No tiene que decir ni una palabra.

—Vaya. De acuerdo. —La incredulidad empaña mis palabras mientras mi ego se desinfla rápidamente. Me pongo a la defensiva sobre mis habilidades sexuales. Nadie se había quejado antes. ¿O han fingido como acaba de hacer Camilla?—. Um... —Exhalo audiblemente, sin saber qué decir por primera vez en mucho puto tiempo.

Camila debe de notar mi sorpresa, porque se pone de lado y me agarra la cara con las manos.

—No eres tú —dice, con ojos preocupados pero mejillas aún sonrojadas por el sexo que yo creía que estaba disfrutando. *Pensé que era la puta palabra clave*—. Te lo prometo, Riggs. No eres tú.

—Se necesitan dos. Te aseguro que hacen falta dos.

—No. Escúchame. Por favor —suplica, de repente nerviosa y desesperada por que la entienda—. Soy yo. Estoy rota. Por eso... por eso te lo he pedido esta noche. Por esto. Por sexo.

—¿Rota? Yo no... háblame. ¿Por qué dices eso? Todo... —*Funcionó bien*. O al menos eso creía.

En lugar de responder, niega rápidamente con la cabeza y empieza a levantarse de la cama.

—No. —La tomo de la mano y tiro de ella hacia abajo, poniéndome inmediatamente a horcajadas sobre ella. Beso su torso desnudo hasta que se estremece por las sensaciones. Hasta que se deja atrapar por ellas hasta el punto de que sus ojos se sobresaltan para encontrarse con los míos cuando me detengo.

Ahora tengo su atención.

—Dímero, Moretti. Es hora de la verdad. ¿Tuviste un orgasmo?

Incluso en la habitación a oscuras puedo ver las emociones en su cara y en sus ojos. Creo que me va a dar largas, pero vuelve a negar suavemente con la cabeza.

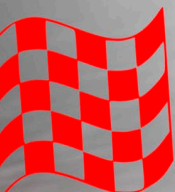
—Riggs. —Su voz es apenas audible mientras desvía la mirada antes de volver a posarla en la mía—. Me has hecho sentir cosas que nunca antes había sentido. Sensaciones. Dolores. Placer. Cosas que me había resignado a creer que nunca disfrutaría y, para mí, eso es más que suficiente.

Juro por Dios que se le llenan los ojos de lágrimas. Me alegro mucho de que las disipe, porque soy un hombre y no me gustan las lágrimas.

—Joder. —La palabra es un suspiro mientras me restriego una mano por el cabello e intento procesar lo que me está diciendo.

—El sexo no es como montar en bicicleta. No te vuelves a subir y todo funciona.

K. BROMBERG
OFF THE



—Lo hace si hablas y le dices a tu pareja lo que quieres. Cómo darte placer. Cómo...

Ella resopla.

—Apenas podría pedirte sexo, Riggs. ¿Esperabas sugerencias cuando ni siquiera lo sé?

—No, pero pensé... no importa lo que pensé. —*¿Cuando ni siquiera lo sé?* Sus palabras golpean mis oídos y finalmente proceso—. Espera. ¿Qué quisiste decir con eso?

—Nada. —Su sonrisa es falsa, apaciguadora—. Olvida que he dicho nada.

—Camilla. Estás desnuda debajo de mí. Mi polla acaba de estar dentro de ti. Está descansando sobre tu estómago y ya quiere tenerte otra vez. ¿Me estás diciendo que un hombre nunca te ha hecho correrte?

Sus mejillas se sonrojan y de repente se vuelve tímida, pero de una forma que me da que pensar. Tiene un cuerpo de infarto, pero lleva ropa holgada. ¿Por qué?

¿Por qué parece inexperta, pero...?

Joder.

¿Alguien le hizo daño en el pasado?

—Camilla, ¿te ha pasado algo? ¿Antes? ¿En el pasado?

—Riggs. Yo... no puedo. Simplemente... no puedo.

¿Quién mierda te ha hecho daño?, quiero exigir una respuesta. La necesito. Pero su mirada... *me hace entrar en pánico.*

Así que me inclino hacia delante y aprieto mis labios contra los suyos. No sé qué más hacer. Me siento impotente, culpable y furioso porque alguien pueda utilizar el sexo como un arma. Apoyo la frente en la suya y la hago callar.

—No pasa nada. No debería habértelo pedido. No tienes que confiarme esa información. Ya me has confiado mucho más que eso.

Siento su pecho estremecerse contra el mío, y es como si la tensión abandonara su cuerpo con alivio.

Ahora muchas cosas tienen sentido.

Chica de Bar Despreocupada.

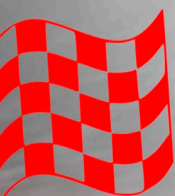
Sí, tú eres el idiota, Riggs, que la llamó así.

No se me dan bien estas cosas.

¿Cómo puedo ayudarla? ¿Me corresponde a mí ofrecérselo?

Ella vino a ti por sexo, Riggs.

Mis labios vuelven a encontrarse con los suyos. Brevemente. Suavemente. Pero mi cerebro no deja de pensar.



¿Y si pudiera ayudarla a llegar al orgasmo? ¿Y si pudiera hacerla sentir tan bien? Sobre sí misma. Sobre el sexo. *Sexy*. Eso es lo que ella es, y debería saberlo. Ser dueña de eso. *¿Es eso lo que necesita?*

¿Y si pudiera enseñarle que el sexo puede hacerla sentir bien?

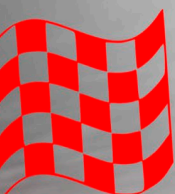
No es que sea una dificultad follársela. Ni en lo más mínimo.

Beso con la boca abierta la curva de su cuello y la pendiente de su hombro. Me dirijo a su pecho, tomo el pezón con la boca y lo chupo. Lo acaricio con la lengua.

—Riggs. ¿Qué...?

—Shh. —Un beso debajo de su pecho—. Soy un hombre decidido. —Una presión en su ombligo—. Si al principio no tengo éxito. —Hasta donde empieza su tira de rizos apretados—. Inténtalo. —Separo sus muslos con las manos—. Inténtalo. —La tomo. Inhalo su aroma. E inmediatamente se me vuelve a poner dura—. E inténtalo de nuevo.

Levanto la vista para encontrarme con sus ojos cuando bajo la boca y deslizo la lengua por la raja de su coño.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Camilla

—Déjame acompañarte a tu piso.
—Estás haciendo el ridículo. Está justo ahí — señalo la corta distancia por el pasillo—, ahí.

—Nunca se sabe lo que puede acechar en el camino. —Sonríe y me hace sentir todo tipo de cosas diferentes. Cosas que ni siquiera quiero cuestionar. Cosas que sólo quiero disfrutar.

—Cierto. Muy cierto.

Está de pie en la puerta, con una mano en el marco. Lleva un pantalón corto de gimnasia y casi nada más, aparte del cabello revuelto, sin duda de donde lo agarré con fuerza.

Sí, Camilla. Esto realmente sucedió. Cada segundo.

Es como si hubiera empezado a sentir y ahora no puedo parar.

El aire es más frío contra mi piel. Mis pantalones golpean justo cuando me muevo, y es un recordatorio evidente de lo que acaba de ocurrir. Aún me hormiguean los labios por sus besos, los dos.

Nuestros ojos se encuentran. Sujétala. Y esa lenta sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios.

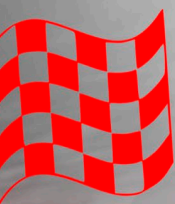
Por Dios. Mis pezones se tensan solo por la imagen.

—Sabes que se suponía que esto iba a ser sexo del bueno, desenfadado, de agárrate a las sábanas, ríete en algún sitio en medio porque nos hemos dado un golpe en la cabeza, ¿verdad? No se suponía que... asumieras la carga de...

—En primer lugar, vi un poco de agarre de sábanas, así que eh, si estás tratando de herir mi ego de nuevo para que puedas tener más sexo, no voy a caer en eso. *Todo lo que tienes que hacer es pedirlo.* —Guiña un ojo—. Y segundo, tú, esto, esta noche *no fue* una carga. De hecho, estoy bastante seguro de que acabo de encontrar mi nuevo hobby fuera del trabajo. Una misión, si quieres.

—Riggs... ¿una misión? ¿Qué?

K. BROMBERG
OFF THE



—Sí. ¿Cuántos orgasmos puedo darle a Camilla?

Entierro la cabeza entre las manos y me río, mientras disfruto del subidón de la primera y trato de imaginarme teniendo más de una durante la noche.

—De hecho, esos corazoncitos que se supone que tienes que colorear en el calendario porque te hace ilusión verme han cambiado oficialmente para representar orgasmos. La pregunta es: ¿cuántos corazones caben en uno de esos cuadraditos? —Sonríe, claramente orgulloso de sí mismo por esta idea—. Supongo que lo averiguaremos.

Me río. El sonido burbujea en mi interior y no hay forma de detenerlo. Me siento tan bien. Tan jodidamente liberador. Me duelen las mejillas de sonreír.

—Lo último que quiero es impedir que completes tu misión.

Se acerca a mí y, sin preámbulos, enmarca mi cara y me besa. Mi cuerpo se ha despertado a tantas sensaciones en las últimas horas, tantas formas de sentir que no sabía que existían, y sin embargo sus labios encontrándose con los míos, su lengua tocando la mía, solo sirven para despertar aún más.

—Soy un cabrón competitivo, Gasket. No me gusta perder. —Me da una palmada en el culo mientras doy un paso atrás. Sonrío.

—Menos mal que soy una jugadora de equipo.

Su risita me sigue mientras camino por el pasillo hacia mi piso.

Siento sus ojos clavados en mí mientras camino. Cada paso despierta un ligero dolor entre mis piernas. Dios mío, no tenía ni idea de que pudiera sentirme tan bien. Sólo de pensarlo...

El deseo pesaba en su mirada mientras bajaba la cabeza y deslizaba su lengua entre mis muslos.

La aspereza de su cabello se apoderó de mis dedos mientras mis caderas se agitaban y mis muslos se apretaban.

Jesús, santa madre de todas las cosas. Me he dado orgasmos a mí misma. Con un vibrador. Con el chorro de agua de la ducha. Con mis propios dedos... ¿pero cómo es posible que las sensaciones fueran más intensas, más abrumadoras cuando venían de la mano -o más bien de la muy hábil lengua- de Spencer Riggs?

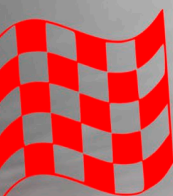
Pensé que tendría la acumulación pero nunca llegaría al punto de no retorno.

Llegué muy bien.

Lo he conseguido y no quiero mirar atrás.

Cierro la puerta y me desplomo contra ella, cerrando los ojos, con la sonrisa permanente en los labios.

Joder.



Riggs me mira desde entre mis muslos.

Mi excitación cubre su sonrisa.

Mi cuerpo sigue palpitando: grandes olas que se convierten en pequeñas olas que se transforman en ondas. Me hormiguea la piel. El interior de mis muslos sigue sintiendo el rasguño de su barba. Mi coño sigue sintiendo su boca cuando me chupa el clítoris.

Siento cada maldita cosa. En lugares que nunca supe que mi cuerpo podía sentir.

Incluso las sábanas son casi demasiado para mi nueva hipersensibilidad.

Pero Riggs, poniéndose de rodillas entre mis muslos, con la polla endureciéndose de nuevo, es bienvenido a tocar. Al placer. Para tomar lo que quiera de mí.

Y su sonrisa de satisfacción cuando se arrastra sobre mi cuerpo y aprieta sus labios contra los míos dice que lo sabe.

Se apoya en el codo y levanta una ceja.

—Ahora por favor, por favor, por favor, dime que no estabas fingiendo. Porque si lo estabas, te mereces un maldito premio de la academia.

Me pregunta justo cuando otro temblor recorre mi cuerpo.

Me río contra sus labios, su lengua se hunde para acariciar los míos.

—Nunca me había alegrado tanto de no ganar un premio.

Me río en mi piso vacío. El sonido resuena en el vacío, pero es muy satisfactorio.

Durante años y años, he dejado que las acciones de Brandon LeCroix me ataran.

Su tacto me encadena a sentimientos de duda e inseguridad.

Sus palabras inhiben mi propia sexualidad. Limitan la recepción de mi cuerpo de cualquier otro toque.

Pero ya no.

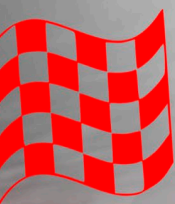
Puede que no sea capaz de reemplazar o reparar por completo esas partes que me robó, pero Spencer Riggs acaba de hacer un gran trabajo demostrándome que puedo disfrutar del tacto de otro hombre. Sexo. Puedo tener un orgasmo.

Temía no sentirme nunca completa... sensual. ¿Pero ahora?

Las grietas que creía rotas en mí podrían llenarse.

Las cicatrices siempre estarán ahí, difuminadas y bajo la superficie.

Pero después de esta noche, después de lo que Riggs me mostró que es posible, podría finalmente ser libre.



CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Riggs

—¿Y te cuidan bien?
Resoplo.

—Sí, mamá. Tengo entrenadores, relaciones públicas, fisioterapeutas y dietistas. Es decir, si hay un puesto que se te ocurra, Moretti lo tiene.

Miro a través del paddock y levanto una mano hacia Oliver Rossi. Él levanta a su vez el dedo corazón. El cabrón.

—Bueno, es reconfortante saberlo. ¿Y todo ese viaje no te está afectando?

—Mamá, nada ha cambiado en cuanto a los viajes, salvo que el alojamiento es mucho mejor, la comida es mejor y el trato en general es de primera. Te prometo que no me maltratan.

—Ahora todo parece tan diferente de lo que era —murmura.

—¿No lo es todo hoy en día?

—Cierto. —Hace una pausa—. Has tenido más éxito de lo que los presentadores de la televisión predijeron que tendrías. Como si tuviera alguna duda.

—Sólo necesitaba una oportunidad. La aprovecho y corro con ella.

—Y estás haciendo un trabajo magnífico.

—¿Dudabas de mí, mamá? —me burlo.

—No, Spence. No lo hice. Tú lo sabes. Debes saberlo. —Pero hay algo en su tono que me dice que está preocupada.

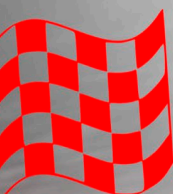
El silencio que sigue comunica que su preocupación tiene que ver con mucho más que yo pensando que ella dudaba de mis capacidades.

El elefante gigante en la habitación que hemos estado eludiendo desde que acepté este contrato hace acto de presencia.

—Pienso estar allí —dice en voz baja.

Y ahí está.

K. BROMBERG
OFF THE



La tirita se rasgó. La herida se abrió en canal.

Está hablando de cuando corramos en Japón. En Suzuka. La pista donde murió mi padre.

No será hasta dentro de unas semanas y, sin embargo, parece que todo el mundo habla de ello. Salió de la nada en la rueda de prensa de ayer. Ha aparecido en artículos escritos sin ninguna correlación real más allá de mencionar la pista en la misma frase que mi nombre.

Suspiro. ¿Me gustaría tenerla allí? Claro que sí. ¿Es una buena idea para cualquiera de los dos que esté? No.

—No creo que sea una buena idea, mamá —le digo en voz baja, sabiendo cuánto le van a doler esas palabras—. Ya va a ser bastante duro estar allí atrás, corriendo esa curva, luchando contra el recuerdo. Necesito tener la cabeza despejada, y habrá suficientes fantasmas llenándola que no tendré espacio para preocuparme por ti o por cómo estás. —Suspiro—. Sé que suena egoísta, pero....

—¿Y si es algo que tengo que hacer?

Hay una silenciosa desesperación en su voz. Una tristeza que pesa en la conexión.

—Te diré que entiendo por qué te sientes así, pero que también me hace sentir que necesitas estar ahí porque temes que algo vaya a pasar. No puedo reconocerlo de ninguna manera, o si no empezaré a preocuparme yo también.

—Lo entiendo —dice en voz baja.

Su silencio me devora mucho después de que cuelgue, y doy un paseo por el enorme complejo que alberga la carrera de esta semana.

Suzuka.

Llevo años compitiendo en todos los niveles, pero aún no he vuelto allí en calidad alguna. No como espectador. Ni como piloto. Y seguro que no como hijo que recuerda a su padre.

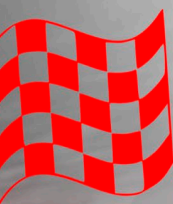
Tengo sentimientos encontrados sobre el lugar en general. Y por supuesto, es la única pista que se ha mantenido igual. Será la única vez que siga literalmente sus pasos. Y aunque eso es poderoso para mí, esos pasos también me llevarán al lugar que acabó con su vida.

Y no estoy seguro de lo que haré o debería hacer para afrontarlo y superarlo.

He intentado controlar lo único que puedo en esta situación: yo y mi preparación. He pasado horas interminables en el simulador, intentando entender los giros y las curvas del circuito. Intento que sea tan natural que no piense en ello. Así que no dudo cuando llego a él.

Aún me quedan algunas semanas antes de la carrera para perfeccionar esa indiferencia por la que estoy luchando. Sería aún más fácil si los medios de comunicación me dejaran en paz con lo de las “próximas” carreras (por

K. BROMBERG
OFF THE



“próximas” se entiende el Gran Premio de Japón) y me dejaron centrarme en la que tengo entre manos. La carrera de dentro de dos días que necesita toda mi atención.

Sin embargo... es agotador. Necesito una distracción. Algo que no sea pensar en las preguntas que me hicieron ayer los periodistas. Anya está imponiendo la ley con respecto a futuras entrevistas conmigo.

Y encuentro esa distracción perfecta cuando levanto la vista al entrar en nuestra suite de hospitalidad.

Camilla.

Está sentada en el último rincón de una de las salas de conferencias de nuestras suites portátiles.

Sé que no debería, pero me detengo y miro fijamente.

No puedo evitarlo.

El sexo sin ataduras es un concepto increíble. No es la primera vez que hago algo así, así que ya sé cómo tiene que ir: el coño incorporado, una persona con la que reírte un rato antes de meterte en la cama, el deseo que no se sacia fácilmente... pero sin las putas complicaciones.

No hay sentimientos heridos si tenemos otros planes. No hay necesidad de dividir el tiempo entre mis compañeros y mi chica sin que alguien se enoje.

Hay sexo.

Pasamos unos momentos tumbados, jadeando, mientras nuestros corazones se desaceleran y nuestros cuerpos bajan del subidón del sexo, y hablando de las cosas más aleatorias.

Hay limpieza.

Luego un beso de despedida en la puerta.

Y la noche se fue a hacer lo nuestro.

Pero joder, hombre, esta vez -la versión Camilla del sexo sin ataduras- es tan jodidamente diferente. Estoy bastante seguro de que la mujer con el ceño fruncido mirando su portátil ahora mismo es la razón de ello.

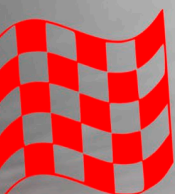
Hasta ahora, el sexo con ella ha sido increíble. No se necesitan más explicaciones.

Puede que sólo llevemos dieciocho días haciendo esta mierda sin ataduras durante las vacaciones de verano obligatorias -sí, llevo la cuenta-, pero han sido unos días jodidamente increíbles.

El récord hasta ahora -los corazones que podía rellenar en el calendario- es de cuatro en una noche. *Cuatro*. Un vibrador. Mi lengua. Mi polla, *dos veces*.

Puede que haya puesto el listón demasiado alto con eso, porque la mujer es insaciable... y me encanta, joder. ¿Aún mejor? Ver cómo se ha disparado su confianza en las últimas semanas. Las manos que eran tímidas para deslizarse hacia abajo y frotar su clitoris para aumentar su placer, ahora

K. BROMBERG
OFF THE



van directamente allí. Se separa para que pueda ver el puto color rosado de su coño y se pone a trabajar para correrse, mirándome todo el tiempo. Mirándome ver lo que se hace a sí misma. A mí. A nosotros.

Y con esa confianza viene el deseo de mejorar en otras cosas. ¿Quiere aprender a chupar mejor la polla? Quiero decir... es una dificultad, pero claro, puede practicar conmigo. *No hay problema.*

Una llamada telefónica para tomar un café por la mañana acabó con ella inclinada sobre mi mesa de comedor.

Una petición de compañía durante una tarde de footing de fin de semana acabó con nosotros golpeándonos contra la puerta cerrada nada más llegar a casa y teniendo sexo a cara descubierta.

Las pocas noches que pasamos juntos tampoco estuvieron nada mal. Nos tomábamos nuestro tiempo para explorar los deseos y necesidades del otro antes de que uno de los dos volviera a su piso.

Y cuando nos separamos, me pregunto si ella lo disfrutó. Si le di lo que necesitaba.

Y eso nunca me había pasado. No es que no me haya preocupado por el disfrute o la satisfacción de amantes anteriores, pero nunca ha sido tan prioritario. Sí, soy un imbécil egoísta innegable.

Es como si sintiera una presión autodeterminada para asegurarme de que Camilla sepa que no todos los hombres son idiota.

La ironía, dado que normalmente lo soy.

Pero no del tipo que creo que ella ha experimentado.

He tenido que apagar mi cerebro. He tenido que decirme a mí mismo que cada roce de su piel, cada apretón de sus caderas y cada mordisco en sus labios, no la devuelven a lo que él -presumiblemente- hizo. Si soy sincero, ha sido jodidamente brutal.

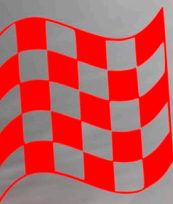
Pero hasta ahora he tenido éxito.

—Toc. Toc.

Camilla levanta la vista de la mesa en la que está sentada. A su alrededor hay papeles y gráficos impresos. Tiene el portátil abierto y un lápiz detrás de la oreja, pero hay un ligero cambio en ella. Tardo un segundo en darme cuenta. Lleva su típica camisa blanca abotonada, pero con algunos botones desabrochados y una camiseta roja de tirantes.

¿Es de extrañar que me quede mirando un poco más, con la boca hecha agua, la mente saltando de nuevo a hace dos noches y el hambre con que me recibió cuando llamé a su puerta? Un tirón de mis solapas. Un encuentro de bocas. Y con mucha menos ropa poco después.

—Estás sonriendo —murmura, esos expresivos ojos marrones se encuentran con los míos a través de la corta distancia.



—Estoy recordando. Reviviendo. —Me encojo de hombros, contento conmigo mismo por haberla dejado con dos malditos corazones para colorear cuando dejé su piso para volver al mío.

—Bueno, termina de revivir para el sábado porque necesitas la cabeza despejada para la clasificación —dice y sonríe.

—Gracias, mamá —bromeo, pero luego entro en la sala de conferencias donde está sentada—. ¿Qué es esto?

Se reclina en la silla y emana orgullo.

—Acabamos de firmar un contrato de patrocinio con Connigo —dice, refiriéndose a una importante marca de tequila—. Supongo que muchos equipos han estado detrás de ellos, pero les gustaron nuestras publicaciones en AITA y nuestro uso de las redes sociales para promocionar la marca, así que... firmaron con nosotros.

Mi sonrisa es imparable, sabiendo que he contribuido de alguna manera a esto. Cuanto más pueda dar a este equipo, más difícil será separarse de mí. Puede que me acueste con Camilla Moretti, pero no me hago ilusiones de que eso vaya a ayudarme a mantener mi puesto.

Ni quiero que lo haga.

—Felicidades. Eso es enorme. —Se sienta un poco más recta, los ojos vivos bajo el elogio—. Supongo que tu padre se estará dando palmaditas en la espalda ahora mismo por sobornarte para que vinieras a trabajar aquí.

—No creo que mi padre se dé palmaditas en la espalda por nada —dice—. No es un hombre que se satisfaga fácilmente.

Ella lo dice, pero no ve lo que yo veo cuando los veo interactuar. El orgullo que rebosan los ojos de Carlo cuando la ve trabajar con su equipo o dirigirlo. El amor que desprende cuando ella habla de algo.

A veces es como un puñetazo en las tripas. Un recordatorio de lo que no tengo. Otra bandera que se suma a la que acaba de izar mi madre.

Miro por encima del hombro y luego vuelvo a mirarla.

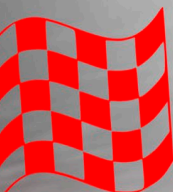
—Necesito una distracción, Gasket.

—¿Una distracción? Creo que ir a trescientos kilómetros por hora es suficiente distracción.

—Hmm. Lo hace. Pero también crea un montón de adrenalina no utilizada en mi cuerpo que necesita ser liberada... *de alguna manera*. —Me adentro en la habitación y cierro la puerta a mi espalda. Hay una ventana en la puerta, pero me preocupa más lo que pueda oír la gente que lo que pueda ver.

Sólo soy un conductor hablando con su directora de marketing. Una discusión sobre el nuevo endoso.

No un amante diciéndole a su pareja que tiene necesidades que podría estar desesperado porque ella cubra.



—Hay un gimnasio al final del pasillo. Una cinta de correr. Una bicicleta estática. Demonios, hay toda una pista justo al otro lado de esa puerta por la que seguro que podrías encontrar la manera de hacer footing. —En las comisuras de sus labios se dibuja una sonrisa que no tiene nada de inocente, como parece ser su voz.

—Ya veo cómo eres. Tienes exigencias y yo las *cumplo* regularmente. —Apoyo las manos en la mesa frente a ella y sonrío—. ¿No va siendo hora de que dé a conocer mis exigencias?

Se ríe entre dientes, se echa hacia atrás en la silla, cruza los brazos sobre el pecho y me mira con desafío.

—¿Ah, sí?

Levanto las cejas.

—Si esta es una situación de nadie *más*, entonces, vas a tener que ayudarme a aliviar esa abundancia de adrenalina.

Tuerce los labios pero es sólo para combatir su sonrisa.

¿Cómo pensé que no era mi tipo? Ropa holgada. Algo de ropa. Sin ropa. La mujer es tan sexy como el pecado.

—Por favor, dime que no me estás pidiendo que te folle en el paddock.

—Por algo lo llaman *coño de potrero*. —Me encojo de hombros mientras sus ojos se agrandan.

Tose sobre su aliento.

—Por favor, dime que estás bromeando.

Me encojo de hombros y emito un sonido de no compromiso, amando su reacción atónita.

—Por algo hay muchas puertas cerradas en todas partes. —Miro hacia atrás, a la puerta de cristal de la sala de conferencias—. Lástima que esta puerta no tenga persianas.

—No. Aquí no. *No puedo* tener sexo contigo aquí. En parte soy tu jefa. Tu...

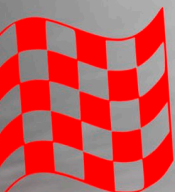
—Sé lo que eres. Y para que conste, eso lo hace aún más tentador. Incluso más jodidamente sexy —gimo al pensarlo.

—Estás loco de verdad.

Apoyo una cadera en la mesa, sin apartar los ojos de los suyos.

—Estoy seguro de que te ha costado conseguir que algunos de los chicos se avengan a escuchar a una mujer. Sobre todo desde que parece estar sustituyendo a tu padre de vez en cuando. Podría aliviar tu estrés si te dejo hacer lo que quieras conmigo. Toma el control. Agárrame de la polla y llévame por ella.

—Más bien me lo llevas directamente a la boca —murmura, con las mejillas sonrojadas y los ojos oscurecidos.



Mi sonrisa es inmediata. Mi polla se endurece.

—¿Crees que me quejaría por eso?

—Lo que creo es que estás mal de la cabeza.

—Tú eres la que se ofreció a pagarme por sexo.

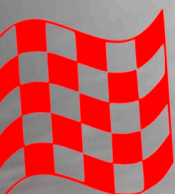
—Tú fuiste quien me lo dio gratis.

Entablamos una guerra visual mientras la tensión sexual prácticamente estalla en esta habitación. Miro la mesa en la que está sentada y enarco las cejas. Sin duda, una superficie utilizable.

—Antes de que termine mi... permanencia aquí. —Casi me ahogo con la idea de volver a ser relegado a F2—. Haré que me folles en algún lugar del paddock.

—¿Seré tu coño de potrero? —pregunta, divertida—. Estás muy seguro de ti mismo.

—Soy un corredor, Camilla. Vivo para el peligro. Tengo que estar seguro de mí mismo. ¿Y de esto? De esto estoy seguro.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Riggs

—**B**ox. Box. Box —dice Hank.
Aprieto los dientes, sin perder la concentración mientras persigo a Evans.

Un sitio más.

Quiero un puesto más en la parrilla.

Será el mejor resultado para Moretti en cinco años... y está a mi alcance.

Si recorto otra centésima de segundo, estaré a tiro de DRS en la siguiente recta. Adelantaré a Evans con un tirachinas, esperaré a que haya un aviso para salvar los neumáticos y terminaré la carrera con el mejor resultado que he conseguido personalmente para Moretti hasta ahora.

—Box. Box. Box. Tenemos neumáticos más duros listos para ti —dice Hank.

—Estos están bien. Deja que me quede fuera. —Mi voz vibra con la mayor carga aerodinámica del coche. Lucho contra la presión que ejerce.

Evans está justo ahí. Justo ahí para atraparlo. *Vamos, cabrón.*

Mis brazos están cansados.

Mis piernas se tensaron.

Me arden los ojos.

Tan malditamente cerca.

—Tenemos que boxear.

Estoy volando en la última recta, intentando recortar ese tiempo, esperando a que Hank me diga que el DRS está activado.

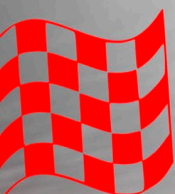
La fila de boxes se acerca.

Más cerca.

Más cerca.

Joder. Me encuentro con tráfico. Costas está ahí apretándome, nuestros coches chocan y me empuja hacia el exterior mientras tomamos la curva.

K. BROMBERG
OFF THE



Agarro el volante, buscando daños por el contacto, pero no encuentro ninguno.

Salimos por el otro lado de la curva y voy rueda con rueda con él. Mi temperamento saca lo mejor de mí. Mi único objetivo es adelantar a este cabrón y recuperar el tiempo que me ha hecho perder con Evans.

Tomo la línea exterior, empujando el coche al límite... y posteriormente pierdo mi salida a la fila de boxes.

¿Subconscientemente? No tengo ni puta idea, pero el sonido de la radio de Hank en mi oído me dice que la ha encendido para decir algo y luego la ha apagado. Sin duda mantiene las palabrotas fuera de la radio, ya que es para consumo público.

—Riggs. —Es todo lo que dice. Todo lo que tiene que decir.

Acabo de hacer caso omiso de las indicaciones de mi ingeniero de carrera. Eso no va a ir muy bien. Para nada.

Más tarde, Riggs.

Paso a Costas y redoblo mis esfuerzos para recuperar a Evans. Para cerrar la brecha.

Piénsalo después.

—Estás dentro del alcance del DRS —dice Hank, siempre profesional, dejando cualquier otra cosa que tenga que decir fuera de las comunicaciones de carrera.

—Entendido —digo y pulso el botón para conectar.

Vamos. Vamos. Vamos.

Voy alrededor de Evans. Estamos rueda con rueda.

Me adelanto.

Intenta esquivar mi ataque.

Empujo con más fuerza sabiendo que se acerca un giro y que si no lo tomo ahora, nunca lo haré.

El coche lo trae. Velocidad y garra. Adelanto a Evans mientras frenamos para tomar la primera curva. Justo cuando estoy a punto de acelerar fuera de ella, el coche se sacude violentamente.

Joder. Un neumático.

No.

Joder. No.

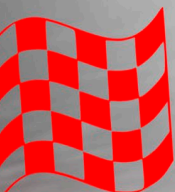
Agarro el volante y me agarro para intentar controlar el coche, que tira y se resiste. Mientras lucho con él.

Saltan chispas detrás de mí.

Humo.

Chillidos.

K. BROMBERG
OFF THE



Más humo.

—¿Estás bien, Riggs? —Oigo a través de los auriculares.

—Aguantando, pero joder.

—Cruza a la trampa de grava.

—Sí.

Esto es por mí. Toda la puta culpa es mía.

Es mi cagada. Sin puntos. UN DNF. Un coche dañado.

Moretti se va a enojar.

Cojeo por toda la pista para entrar en la fila de boxes y luego entro en el garaje Moretti.

Por Dios. Esta va a doler.

Me desabrocho el cinturón y salgo del coche ante el frío recibimiento de mi tripulación.

Hank está de pie delante de mí en cuestión de segundos.

—A la habitación de atrás. *Ahora* —ordena, siempre consciente de las cámaras en todas partes.

Joder.

Joder. Joder. Joder.

Le sigo, me quito el pasamontañas y me desabrocho el traje.

En cuanto se cierra la puerta, está en mi cara.

—¿Qué mierda ha sido eso, Riggs? ¿Crees que tu apellido es Moretti ahora? ¿Que eres el dueño de este puto equipo? ¿Crees que conoces este coche mejor que yo? Llevas en la F1 un puto minuto. Te aseguro que no. Ni siquiera jodidamente cerca.

Asiento. Es lo mejor que puedo hacer, porque Hank enrojece y se le tensan los tendones del cuello mientras camina por la habitación como un animal enjaulado.

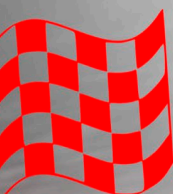
Me merezco la ración de mierda que me están dando. Cada maldita porción.

La autopreservación -el miedo a volver a F2- me hace querer culpar a alguien. A Costas por el aire sucio. En la llamada de Hank para cambiar los neumáticos. A todo.

—La forma más rápida de perder un viaje es ignorar a tu ingeniero, Riggs. —Deja de caminar y me mira—. Tienes mucho talento, como has demostrado hoy al subir a P4 desde tu P10 de salida. ¿Pero esa mierda? ¿Ignorando a tu equipo? Será tu arrogancia la que enviará tu culo de vuelta a la F2.

—Lo siento. —Una palabra. Y probablemente ni siquiera acepte eso.

K. BROMBERG
OFF THE



—No quiero tu maldita disculpa. Esta es tu primera advertencia. Asegúrate de que no vuelva a pasar.

Sale de la habitación sin mediar palabra y me deja de pie, mirando la ira que deja a su paso.

Agacho la cabeza y respiro hondo.

La jodiste, Riggs.

Cometiste un error de novato. Uno enorme. No hay vuelta atrás. No hay repeticiones.

Cometiste un error en una carrera pública que sin duda se compartirá en las redes sociales como la pólvora. Se verá mal. *Es malo.*

Y lo más probable es que todos los equipos a los que quiero impresionar para que me den una plaza fija también lo vean.

Espero los golpes en la puerta antes incluso de que lleguen. Anya asoma la cabeza antes de que pueda responder.

—¿Estás bien? —pregunta.

Miro detrás de mí.

—¿Me queda algo de culo?

Niega con la cabeza y se ríe.

—Si lo hubieras conseguido, te habrían aclamado como un piloto de F1 serio y experimentado. Pero no me oíste decir eso.

—No te he oído decir nada —digo, agradecida por el voto de confianza pero no tan preparado para las próximas preguntas de los medios.

—Pero tendrás que oírme decir esto. Fue un movimiento de mierda por el que serás cuestionado sin descanso. ¿Harlan Flanders? Le acabas de dar el material por el que se moría. ¿La gente que aún duda de ti? Acabas de hacer que sea mucho más difícil ganárselos. Cuando los riesgos valen la pena en este deporte, eres un héroe. Cuando no, es difícil salir del agujero. Especialmente con tu equipo de boxes.

—Lo sé.

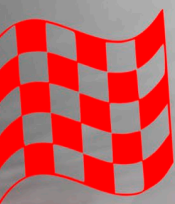
—No, no creo que lo hagas. Te sugiero que hagas esta rueda de prensa y luego hagas una gira de disculpas en tu garaje.

—Lo haré. —*Joder.*

—Venga, vamos.

Sigo a Anya por el pasillo y acepto la gorra de béisbol y la bebida deportiva que me da para reponer electrolitos. Estamos a punto de entrar en el garaje cuando pasamos junto a una puerta abierta y algo me llama la atención.

Anya sigue caminando, sin darse cuenta de que me he detenido. A través de la rendija de la puerta, veo a Camilla de pie junto a Carlo. Las manos



de él están sobre los hombros de ella, pero temblorosas, temblorosas, mientras ella le sujeta la cintura e intenta lo que parece, estabilizarlo.

Durante unos brevísimos segundos, me olvido de mi metedura de pata mientras miro fijamente, tratando de entender algo que claramente no me incumbe.

Camila debe de sentirme allí porque levanta la vista por encima de los hombros de su padre y se encuentra con mi mirada.

En sus ojos destella una rápida mirada de pánico y luego niega sutilmente con la cabeza.

¿Qué significa eso?

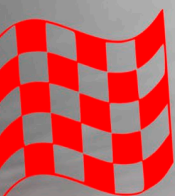
¿Qué está pasando?

—¿Riggs? —me llama Anya desde el final del pasillo—. Tenemos a los medios esperando.

—Sí. Claro. Claro. —Me obligo a apartar la mirada, a apartar lo que he visto.

Que no me importe aunque me importe.

—Vas a recibir una tormenta de preguntas. Tienes que... —Continúa indicándome cómo responder, mientras sigo viendo a Carlo y Camilla de hace un momento.



CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Camilla

Es tarde. Las luces están apagadas en la mayoría de los cubículos y todo el edificio está en silencio.

Y Riggs está de pie en la puerta de mi oficina. Lleva puesto su característico cuello en V negro, vaqueros azules e, irónicamente, Jordans. Mi zapato de elección.

Hay tantas cosas que probablemente haya que decir después de lo que vio tras la carrera de este pasado fin de semana, pero he estado evitándolo, así que no ha habido ocasión de hablar.

Hacer otras cosas con él ocupan mi mente en su lugar. Es mucho más fácil pensar en sexo. Pensar en el placer. Investigar formas de devolverle el favor, ya que no soy precisamente la amante más experimentada.

—Sabes que no es habitual que un piloto esté tan presente en la sede, ¿verdad? La mayoría viven en Mónaco y sólo vienen cuando se les necesita.

Asiente.

—Sí. Soy más que consciente. Pero como todavía no soy un piloto contratado a tiempo completo, Mónaco parece ser una apuesta extravagante que no puedo hacer todavía. Además, me imagino que si estoy por aquí más a menudo que no, no tendrán motivos para despedirme. Tal vez me quieran. Tal vez quieran tenerme cerca. Tal vez me mantengan el año que viene.

—¿Por eso estás aquí tan tarde? ¿Esperando que quiera tenerte cerca?

Pasa el pulgar por encima del hombro.

—Estoy pasando algún tiempo en la simulación —dice—. Mi módulo de origen tiene problemas y no quería saltarme un día.

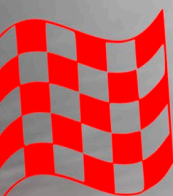
—Mira qué aplicado eres.

Su sonrisa hace cosas en mi interior que deberían ser ilegales... y aun así siento este extraño muro invisible entre nosotros.

—¿Quieres salir de aquí? —pregunta.

—¿Qué quieres decir? —pregunto porque no salimos juntos de ningún sitio a menos que sea la cama.

K. BROMBERG
OFF THE



—Te pido que salgas de la oficina. Que salgas de nuestros pisos. Y después de este fin de semana, vuelves a evitarme. Ya sea por mi cagada en la pista o por... *otras cosas*. —Se mete las manos en los bolsillos y se pone en pie—. Viajamos juntos por el puto mundo, Camilla, pero no *hacemos* nada. Tú trabajas y me dices qué publicar en las redes sociales. Yo conduzco y conozco a cientos de personas. Pero no disfrutamos de nada fuera de eso porque estamos muy concentrados. Así que vamos a hacer algo. *Cualquier cosa*.

Trago saliva por el nudo en la garganta. No sé por qué me ha afectado esta simple petición.

—La gente sabe quién eres ahora —digo, dando una excusa inútil que en realidad no quiero decir—. No pueden vernos juntos.

—¿Qué quieres decir? —Señala la ventana—. Afuera está oscuro. Hay muchos sitios a los que podemos ir para escondernos en las sombras. Donde podemos hablar, reír y simplemente estar. —Se acerca a mí, donde estoy sentada en mi escritorio, y me tiende la mano—. *¿Por favor, Gasket?* Me estoy volviendo loco.

La expresión de su cara -entusiasta, esperanzada, juguetona- se me queda grabada mientras atravesamos pueblo tras pueblo. La capota de su descapotable está bajada y el aire cálido de la noche nos envuelve mientras las estrellas se hacen cada vez más brillantes.

Paramos a comprar comida en una charcutería local que está a punto de cerrar. Una mirada a Riggs y los ojos del dueño se agrandan, y su mano a punto de girar el cartel de cerrado se detiene. Compramos algo de todo lo que le queda, decididos a hacer que sus pocos minutos de tiempo extra merezcan la pena. Luego nos dirigimos a una popular zona de parques que está cerrada a estas horas de la noche.

Riggs me toma de la mano y me lleva hasta una verja cerrada.

—¡Riggs! —susurro como si alguien estuviera cerca y pudiera oírme—. Dice cerrado. No podemos entrar ahí. Es allanamiento de morada o como se llame aquí.

—No es allanamiento de morada. —Se ríe entre dientes y empieza a poner la combinación en la cerradura para abrirla, mientras yo lo miro boquiabierto.

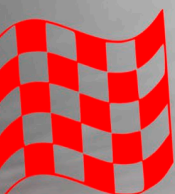
—Qué estás... quiero decir... —Miro a nuestro alrededor. Claramente, él conoce la combinación, pero eso no significa que esto esté permitido—. Riggs.

Me pone la mano en la nuca, me atrae hacia él y junta su boca con la mía. Su beso tiene un efecto vertiginoso en mí. La cabeza me da vueltas y siento un hormigueo en el cuerpo.

¿Esto se acaba alguna vez?

Quiero decir, es nuevo para mí, como si todo se hubiera despertado, pero ¿se desvanece en algún momento? ¿Te acostumbras a la sensación y ese zumbido de alta frecuencia se convierte en un “meh” de baja intensidad?

K. BROMBERG
OFF THE



—Está bien romper algunas reglas, Gasket. Relájate. Te estás ganando tu apodo ahora mismo.

—Pero... —Su beso me interrumpe de nuevo.

—Sigue discutiendo y seguiré besándote.

—Yo salgo ganando, Riggs. —Sonríe contra sus labios mientras su risa retumba contra mi pecho—. Puede que siga discutiendo.

Se echa hacia atrás y me aparta el cabello de la frente, sus ojos se encuentran con los míos bajo la noche iluminada por la luna.

—Entonces te perderás la mejor vista en un radio de cien kilómetros.

—¿En serio?

Asiente.

—Oh, de verdad.

—¿Cómo sabes el código? —Enarca una ceja y me mira los labios en señal de advertencia—. Sólo es una pregunta.

Recoge la bolsa de comida, la manta que llevaba en el maletero y me conduce a través de la verja, cerrándola a nuestra espalda.

—Mi madre trabajaba aquí para el departamento municipal. Me traía aquí cuando era niño. Era nuestro lugar al que ir después de... después de todo.

Nuestras manos se encuentran mientras caminamos. Entrelazamos nuestros dedos como si fuera lo más casual, cuando para mí no lo es.

Es... íntimo en este entorno. La noche oscura. Las estrellas en lo alto. La intimidad.

Caminamos un rato, los ruidos nocturnos filtrándose a nuestro alrededor. El susurro de los árboles. El canto de los insectos. La caída de nuestros pies. Y cuando despejamos una cresta y Riggs se aparta, entiendo por qué estamos aquí.

Todo Londres se extiende ante nosotros en la distancia. Es hermosa, con sus luces parpadeantes y sus iglesias abovedadas, y las chimeneas interrumpiendo el horizonte.

—Vaya. Es todo lo que digo mientras lo asimilo.

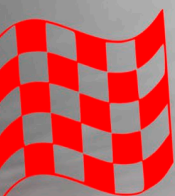
—Lo sé. —Extiende la manta—. No he estado aquí en mucho tiempo. Olvidé lo increíble que es.

—Admítelo. Este es tu lugar al que traes mujeres para impresionarlas.

—Nunca había tenido que impresionar a una mujer hasta ahora —bromea.

O al menos creo que bromea, pero la expresión de su cara dice lo contrario.

—En serio. ¿Nunca has traído a una novia aquí antes?



—No. Nunca tuve una novia que traer aquí. —Toma asiento.

—Estás lleno de mierda.

¿Nunca ha tenido novia? ¿Con esa apariencia y ese encanto? ¿Y las habilidades en el dormitorio?

—Camilla, sal y pregunta lo que sea que estés preguntando.

—No estoy preguntando nada. Pero si esperas que crea...

—¿He tenido citas? Sí. ¿He tenido mi tiempo con aventuras de una noche? Sí, otra vez. ¿He tenido alguna vez una novia seria? No —dice con un resuelto movimiento de cabeza—. Estoy demasiado ocupado intentando perseguir este sueño. Demasiado ocupado centrándome en mí y en todo lo que necesito para llegar hasta aquí y quedarme, que no sería justo para alguien estar con ella, pero no convertirla en mi prioridad número uno. ¿Responde eso a tus preguntas no formuladas?

—Sí. Claro.

—Vamos. Siéntate. —Me tira de la mano—. Me muero de hambre.

Lo hago y empezamos a abrir y probar las distintas cosas que hemos comprado. Sabemos lo que son algunas cosas. Otras no tanto.

—Dios mío. Sea lo que sea, aléjalo de mí —chillo y le empujo un recipiente de plástico lo más rápido que puedo cuando veo una especie de gelatina transparente mezclada con cosas que no quiero comer.

Agarra el recipiente y mira dentro.

—Anguilas en gelatina. —Se estremece—. No. Gracias. Gracias. —Y entonces se echa a reír—. Una vez mi padre le gastó una broma a mi madre con ellas. Las puso debajo de su almohada para que cuando ella deslizara sus manos debajo de ella para dormir...

—No. Para. —Me tapo los oídos y chillo—. Tu pobre mamá.

Su sonrisa es tan condenadamente brillante y agri dulce.

—Había olvidado ese recuerdo. Me parecía tan gracioso que se las señalaba en cada tienda o restaurante en el que estábamos.

—Seguro que le encantó. —Estudio su perfil mientras revive el recuerdo en su mente—. ¿Están muy unidos?

Asiente.

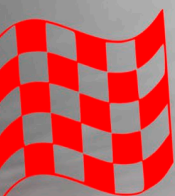
—Mucho. Ahora vive cerca de Birmingham, así que no la veo tanto como antes con tanto viaje, pero sí.

—No ha ido a ninguna carrera, ¿verdad?

Tuerce los labios.

—No. No le van bien. ¿Recuerdas que te dije que tiene ataques de pánico? —Asiento—. La pista es el único lugar donde ocurren.

—Debe ser duro para ti.



No puedo imaginar amar un deporte que también te arrebató algo tan vital y significativo.

Se encoge de hombros como si no fuera gran cosa, pero entonces suelta la bomba.

—Estábamos allí ese día. Cuando tuvo el accidente. Tiene todo el sentido del porqué para ella.

—No hay nada que pueda decir siquiera...

—Lo sé. —Alarga la mano y une sus dedos con los míos—. Lo sé.

Nos sentamos en silencio unos instantes. Se oye una sirena a lo lejos. La música a todo volumen de un coche que pasa por algún lugar cercano.

Lo único que se me ocurre es ver morir a la persona que amas en un accidente y sentirte absolutamente impotente para hacer algo al respecto.

Y entonces la ironía me golpea. Qué diferentes pero qué similares son nuestras historias. Estoy haciendo lo mismo con mi padre. Una espectadora indefensa, de pie y apoyándolo, pero incapaz de hacer nada para evitar lo inevitable.

La inesperada constatación me golpea como un ariete.

—Me has estado evitando —dice finalmente, llenando el silencio con la verdad.

Me aclaro la garganta. Estoy más que agradecida cuando me da tiempo para ordenar mis pensamientos.

—Bélgica fue una carrera dura en general. Andrew acabó en el muro en la última vuelta. Tú...

—La cagué y no seguí las instrucciones de Hank. —Asiente pero no me mira—. Pero ambos sabemos que no me refiero a eso, ¿verdad, Camilla?

Joder. Lo que daría por poder compartir esta carga sobre el diagnóstico de mi padre con alguien. Tener un hombro sobre el que llorar con la única persona con la que parece que paso más tiempo que con nadie estos días. Pero no puedo traicionar la confianza de papá. No puedo dignificar su indignidad.

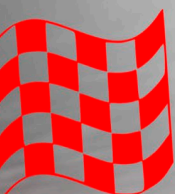
No puedo cargar a Riggs con más cosas de las que ya tiene. Porque el sexo... el sexo ha sido fenomenal entre nosotros y, sin embargo, después de que la bruma orgásmica se haya disipado, noto que me estudia como si temiera haberme hecho daño.

Otro secreto que no estoy dispuesta a compartir.

Pero no se refiere a eso.

Habla de lo que vio el otro día después de la carrera. La rendija de la puerta por la que miró. El ataque agudo de mi padre en el que perdió el equilibrio después de que los temblores se apoderaran de su cuerpo. Los episodios son escasos, pero violentos cuando se producen.

K. BROMBERG
OFF THE



Yo había pasado por allí, lo vi luchando y me apresuré a ayudarlo, intentando evitar que se cayera. Mi único error fue no cerrar la puerta del todo.

Eso y que Riggs nos viera.

—Confías en mí con tu cuerpo, con lo rota que crees que estás pero que en realidad no estás, pero no me confías tus pensamientos —me dice en voz baja, haciendo que se me llenen los ojos de lágrimas antes de que las disipe.

—Eres de los que hablan. —Es un mecanismo de defensa que aprendí... *después de todo*. Desviar. Redirigir. Disociar.

—¿Yo? Creía que sólo estábamos hablando de mí. ¿Qué más quieres saber de mí antes de compartir algo de ti, Cam?

—Háblame de tu padre.

—Tú sabes de él. Todo el mundo sabe de él. Es todo lo que oigo y es una bendición y una maldición. —Se encoge de hombros—. Me alegro de que su memoria siga viva, pero también estoy más que harto de que me comparen con su fantasma.

—¿Supongo que el artículo te molestó entonces? —pregunto. Moretti acaba de conseguir unos cuantos artículos importantes en revistas y plataformas que van más allá del mundo de las carreras. Elise se ha dejado la piel para conseguirlos. Para expandir la marca en la corriente principal. La notoriedad de Riggs en AITA y sus temerarias payasadas nos ayudaron a conseguirlos.

Los artículos eran humorísticos, perspicaces y, en ocasiones, un poco duros en sus comparaciones de dónde se encontraba el a veces venerado, a veces vilipendiado Ethan Riggs en su carrera en el momento de su muerte en comparación con dónde se encuentra su hijo a una edad similar.

—Seguro que sabes lo de mi padre —dice sin responder a mi pregunta.

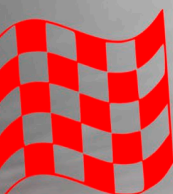
—He oído que era divertido y carismático y...

—Imprudente. Olvidaste poner eso ahí. Tienes que hacer esa comparación o no serías como los demás.

Así que le molesta. ¿Cómo podría no hacerlo?

—En realidad, no iba a decir eso. Está claro que los comentarios y las comparaciones te molestan, como debe ser. Eres tu propio hombre en un deporte en el que él podría haber corrido, pero que ha cambiado exponencialmente en los años transcurridos desde que él estuvo en él.

—Diecisiete años. Dios. —El dolor en su voz es desgarrador y un presagio tal de mi propio futuro que me cuesta oírlo. Su suspiro es pesado. Resignado—. Intento usar la comparación a mi favor, pero joder, sí, me fastidia. Usan la palabra imprudente como si fuera algo malo. Como si fuera lo que provocó el accidente. —Me mira a los ojos, la pena sigue ahí después de todos estos años—. Todos somos imprudentes. Debemos serlo para estar en este deporte o no seríamos buenos, así que deja de usarlo como algo



negativo. Como un medio para tratar de avergonzar a un hombre que era más grande que la vida en casi todos los aspectos que puedo recordar. Había mucho, mucho más en él.

Su voz se quiebra y mi corazón no lo hace, por el hombre que está a mi lado.

Tengo a mi padre. Ha sido mi roca toda mi vida. ¿Qué suerte tengo de poder decir eso? ¿Cuán increíblemente ingenua soy por haberlo dado por sentado? ¿Cuán estúpida fui al contemplar rechazar la oportunidad de trabajar con él cuando alguien como Riggs mataría por esa oportunidad?

Nueve años de recuerdos con tu padre no son suficientes para toda una vida. Sin embargo, eso es todo lo que Riggs consigue.

Dios, soy afortunada de tener la oportunidad de hacer más con mi padre.

—Háblame de él. *Cuanta más gente no lo sepa. Quiero conocerlo.*

Su sonrisa es la más genuina que he visto nunca. Ilumina su rostro y sus ojos, y es tan inquietantemente hermosa. Es evidente el amor que siente por un hombre al que probablemente apenas recuerda. Eso, en sí mismo, dice mucho de lo mucho que su madre mantuvo vivo a su padre por él.

—Algodón de azúcar —murmura—. Lo recuerdo en las carreras. Tomaba el paquete que tenía dos colores, rosa y azul, y me los comía en ese orden. Intentaba medirlo perfectamente, un bocado por vuelta, para que quedara un bocado después de cruzar la línea de meta. Cuando salía del coche, corría hacia mí y me abrazaba como un oso. Yo le daba el último bocado de algodón de azúcar y él me decía: “*La victoria es dulce*”.

Le dejo que repase el recuerdo en silencio con nuestros dedos entrelazados.

—Viajaba todo el tiempo por el trabajo, pero siempre tenía la sensación de estar allí de alguna manera. Con lo que sé ahora del deporte, no sé cómo lo hacía, pero lo hacía. Y no sólo en los cumpleaños. Hablo de eventos escolares tontos, ferias de artesanía raras a las que mi madre quería ir, noches de cine los lunes por la noche. —Sonríe—. Dios, le encantaban sus películas.

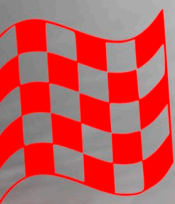
—¿Cuál era su favorita? —le pregunto para que siga hablando. Para mantener esa hermosa y agri dulce sonrisa en su cara.

—*Regreso al Futuro*. Podíamos recitar las tres de la serie línea por línea. Las veíamos al menos una vez al mes. Le gustaba el concepto de poder volver atrás y arreglar las cosas que habías hecho mal. A mi madre le gustaba Michael J. Fox. —Se ríe entre dientes e inmediatamente pienso en mi padre y en la enfermedad que él y el actor comparten. Riggs continúa, completamente ajeno a mi conexión—. Es todo lo contrario al tipo de mi padre, así que no estoy seguro si a ella le gustaba de verdad o sólo intentaba echarle una pulla a mi padre después de que dijera que quería comprarse un DeLorean.

—Eso es divertidísimo.

—Las burlas entre ellos dos cada vez que la veíamos eran épicas.

K. BROMBERG
OFF THE



—Debe haberlo sido para que lo recuerdes.

—Hmm —murmura—. Así fue. Al día de hoy, ella dona anualmente a la fundación contra el Parkinson de Michael J. Fox en nombre de mi padre. Una forma de mantener viva su broma casi dos décadas después.

Tengo recuerdos similares del tiempo que pasé con mi padre. Podía ser un hombre de negocios muy ocupado, pero siempre sacaba tiempo para mí. Ahora me pregunto cómo lo hacía.

—Parece que fue un buen padre. Un buen hombre —digo.

—Lo era. A veces me preocupa que me envuelva tanto en el ruido sobre él que me olvide de cosas así, ¿sabes? Como el tiempo y los recuerdos se desvanecen.

—Nadie podrá cambiar tu percepción de él. Tú lo conocías. Ellos no.

—Sí. —Se queda callado.

—¿Sería negligente si no te preguntara si te preocupa Suzuka? Se acerca.

Todo su cuerpo se paraliza. Su cabeza se inclina hacia abajo mientras contempla la ciudad.

—¿Me lo preguntas como Moretti o como la mujer junto a la que estoy sentado y con la que me acuesto actualmente?

—¿Qué tal si soy quien tú quieras que sea?

Sonríe con satisfacción.

—Esa es una respuesta abierta que podría llevar a un juego de rol serio.

—¿En serio?

—Hmm. —Se inclina y me da un beso en los labios. Es inesperado, pero muy bienvenido. Apoya la frente en la mía durante un rato antes de asentir, casi como si estuviera fortificando su respuesta, antes de volver a sentarse—. La carrera. *La carrera. La carrera* —se queja—. Es de lo único que quieren hablar. O más bien no hablar porque prefieren fingir que no están pensando en ello y se quedan mirándome como si estuvieran esperando... No sé qué esperan de mí.

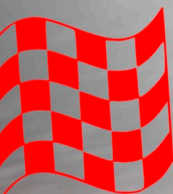
—Eso tiene que ser... duro. Intrusivo. Molesto. Todo lo anterior.

—Sí. —Suspira y guarda silencio durante un rato—. ¿Se me pasa por la cabeza? Claro que sí. ¿Cómo no? Hay una razón por la que he agotado esa pista en la simulación. Quiero decir... la única manera de enfrentarse a esta pista es de frente. Me habrá llevado diecisiete años llegar hasta ahí, pero probablemente ya va siendo hora.

—Eso no lo hará más fácil ni los ojos vigilantes sobre ti menos curiosos.

—Lo sé. Créeme, lo sé. ¿Mi plan? Ser un robot. Bloquear toda emoción. He sido un profesional haciendo eso toda mi vida, así que supongo que he estado practicando para este momento. No tengo ni puta idea. —Se pasa una mano por el cabello y frunce los labios—. Es fácil encerrarse en uno mismo

K. BROMBERG
OFF THE



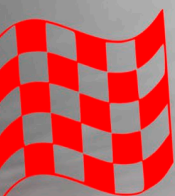
GRID

226
Simply Books

cuando te quitan lo que más quieres. Quiero decir, tengo unos cuantos amigos íntimos que han traspasado ese muro. Supongo que hasta ti. —Sonríe suavemente—. Quiero decir, sí. A *ti*. No hablo de esta mierda con nadie realmente.

Me mira y niega con la cabeza como si no se lo creyera.

—Bueno, me alegro de poder ser eso para ti.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Riggs

¿Por qué es tan cómodo sentarse en silencio con ella?
¿Por qué?
¿Por qué me encuentro contándole cosas que ni siquiera hablo con mis amigos?

Por supuesto, tampoco me follo a mis compañeros, así que ahí está eso.

Pero cambió de tema cuando le pregunté por ella. Se centró en mí. Me preguntó por mi padre cuando claramente están pasando cosas con su padre.

Quizá los rumores sean ciertos. Tal vez ella está aquí para aprender las cuerdas y, finalmente, hacerse cargo de la empresa.

Pero si es así, ¿por qué no decírselo a todo Moretti Motorsports?

—Esto es perfecto. La vista. La noche. La...

—¿Compañía?

—Sí, la compañía. Gracias por traerme aquí —murmura Camilla desde donde está arrimada a mi costado.

Tengo tantas formas de responder a su comentario, pero joder si no ha sido una conversación bastante seria para una noche en la que sólo quería reírme y no pensar.

Quizá sea el momento de cambiar de rumbo.

—Lo es. —Asiento y decido sacar la frase cursi—. Pero hay algo más que preferiría mirar.

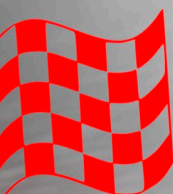
Se echa hacia atrás, con el brazo enganchado al mío, y resopla.

—Ah, parece que alguien está intentando adularme para conseguir algo de.... —Entrecierra los ojos y entorna los ojos—. ¿Cómo llamarías a esto?

Dios. ¿Cómo lee mi mente? ¿Cómo sabe dónde está mi tren de pensamiento y lo impulsa?

Por otra parte, soy un hombre. En cualquier momento, mi mente está a un pensamiento del sexo.

K. BROMBERG
OFF THE



—Bueno, seguro que no es un coño de corral, así que creo que es... ¿un coño escénico? —le digo, y suelto una carcajada cuando asiente.

—Exacto. *Coño escénico*. Suena bien —dice mientras se pone de rodillas y me mira—. Bueno, ¿lo eres?

Ni siquiera me resisto a sonreír mientras la miro fijamente y acojo con satisfacción el brillo diabólico de sus ojos.

—Oh, ¿es aquí donde jugamos? Donde tú eres... ¿qué eres?

Mueve las pestañas y se revuelve un mechón de cabello.

—Sólo soy la humilde secretaria que intenta llamar la atención de mi importantísimo jefe sobre mi... trabajo.

—¿Tu trabajo?

—Mm-hmm. —Se inclina hacia delante y me lame la comisura de los labios—. Mis activos.

—Tengo debilidad por esos activos. —Le toco las nalgas y tiro de ella hacia mí. Se sienta a horcajadas sobre mí para que estemos cara a cara. No voy a quejarme.

—Oh, señor Riggs —susurra sin aliento—. ¿Qué necesita?

Me excito al instante mientras ella se retuerce sobre mi polla encerrada en vaqueros.

—¿Yo inclinada sobre el escritorio? ¿Yo de rodillas? ¿Yo pegada a la ventana, con el culo fuera? —Rompe el personaje y se echa a reír.

Es el mejor puto sonido de la historia.

De hecho, me encanta oírlo. En el cuartel general. En la pista. Sin aliento en mi cama.

¿Quién me iba a decir que la mujer que en un principio pensé que tenía un palo metido por el culo sería alguien con cuyas bromas, sentido del humor e ingenio me gustaría pasar tiempo?

Me inclino hacia delante y beso justo donde tiene la camisa desabrochada, en el esternón.

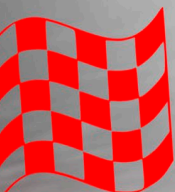
—Todo lo que sé es que me está gustando mucho este nuevo cambio. La camisa desabrochada. La camiseta sin mangas. A los demás les da una pista, pero a mí me recuerda lo que voy a probar después. —Lamo una línea en la curva de su cuello. El calor de su coño a través de nuestra ropa es mi paraíso e infierno personal.

—No ha respondido a mi pregunta, señor Riggs —dice, volviendo a su papel mientras se abalanza sobre mí.

Mi risita vibra en la noche.

—Móntame, Camilla. Quiero verte a la luz de la luna.

Hace una pausa, con las cejas levantadas y los labios en un perfecto mohín follable.



Sí, eso también ocurrirá más adelante.

—Bueno, señor Riggs. Me encantaría cumplir con su demanda, pero parece que tenemos demasiada ropa puesta para hacer realidad ese deseo.

—¿Qué tal si hacemos una apuesta?

Rompe el personaje y me mira con desgana. —Creo que una apuesta es la razón por la que estamos sentados aquí ahora mismo.

Lanzo una carcajada.

—Tienes razón. —Aprieto mis labios contra los suyos—. Sigo proponiendo una apuesta.

—¿Y qué sería eso, señor? —La Moretti sin aliento está de vuelta y joder si no me la pone dura.

—El que se desnude más rápido recibe oral después.

Una lenta sonrisa se dibuja en sus labios.

—Pero tengo más ropa. Más que desabrochar.

—Entonces tendrás ventaja. —Ambos nos levantamos—. Tres. Dos. Uno.

Tengo que reconocerlo. Camilla se desnuda más rápido que una mierda. En cuestión de segundos, los dos estamos sin aliento, riendo y tropezando al quitarnos los vaqueros.

—¡Victoria! —grita mientras levanta ambos brazos en el aire, con sus tetas rebotando al hacerlo.

Gimo al verla a la luz de la luna. He ganado. Incluso con ventaja, he ganado, pero no se lo voy a reprochar. ¿Qué hombre perdería la oportunidad de lamerle el coño? ¿De sentirlo apretarse alrededor de su lengua mientras ella se corría? ¿De saborear el dulce sabor de su excitación en su lengua?

—Ven aquí —gruño mientras me siento y le tiendo la mano. Se sube a mi regazo y se coloca a horcadas sobre mis caderas, de modo que mi polla queda justo en su entrada.

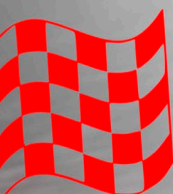
Se inclina hacia delante y me besa. Está cargado de una demanda de más, pero un deseo de tomar las cosas con calma. De disfrutar. De saborear. De dar. De recibir.

Mis manos están en sus pechos, los pulgares rozan sus pezones mientras ella baja lentamente hacia mí.

—Jesucristo. —Se traga el gemido mientras su cuerpo me acepta. Mientras el calor húmedo y cálido de su coño me absorbe y aprieta a mi alrededor.

Su cabeza cae hacia atrás por la sensación de estar dentro de ella.

Mis manos bajan hasta su cintura, para mantenerla quieta un segundo más y que su excitación se filtre y me cubra los huevos. Para poder sentirla



por todas partes. Nunca he querido estar más marcado por nadie en mi vida que ahora mismo.

—Dios, me encanta tu polla —murmura segundos antes de empezar a moverse. Sus manos están en mis hombros mientras mueve sus caderas hacia delante y hacia atrás sobre mí. Crea un ángulo en mi polla para bajar y otro para subir.

Es una mezcla de sensaciones.

Un contraste de placer.

Y aceptaré cualquier otra cosa que me lance porque la mujer sabe cómo poseerme en momentos como éste.

Arriba.

Abajo.

Remoler.

La visión es increíble mientras me apoyo en los codos y veo a Camilla trabajar sobre mí. Cabalgarme. Follarme.

Su cuerpo. Su cara hacia el cielo. El cabello le cae tan largo por la espalda que las puntas me hacen cosquillas en los muslos, añadiendo otra sensación. Sus hermosos pezones moteados por el aire nocturno. La parte superior de su coño, la estrecha franja de rizos, reluciente de humedad mientras me cabalga. Sus manos presionándome el pecho y sus uñas clavándose ligeramente mientras su deseo se vuelve voraz. Los gemidos que salen de sus labios se convierten en jadeos cuando su avidez se convierte en necesidad.

—Riggs —gime.

—Lo sé, nena. Se siente tan jodidamente bien —digo, incapaz de apartar mis ojos de ella—. Justo así. Fóllame la polla como si fuera en serio. Como si la quisieras. Como si vivieras para ella.

Vivo en sensaciones. La tensión de sus muslos en mis caderas. El golpe de su coño contra mi pelvis cuando acelera el ritmo. La sensación de su excitación goteando en mis pelotas. El sonido de su maullido en el fondo de su garganta. El aroma de su perfume haciéndome cosquillas en la nariz. La sensación de sus músculos contrayéndose bajo mis dedos con cada movimiento de sus caderas.

—Voy a necesitar que te corras por mí, Cam —gimo mientras ella se abalanza sobre mí con más fuerza.

—¿Así?

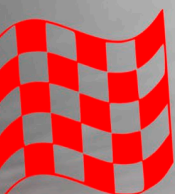
Esta mujer...

—Eres tan malditamente hermosa montando mi polla así.

Se levanta para que sólo la punta de mí está dentro de ella y se burla de mí mientras ella pulsa allí.

—¿O así?

K. BROMBERG
OFF THE



—Jodida provocadora de pollas —murmuro pero mi sonrisa es sucia y me duele la polla de lo dura que está.

—Dime lo que quieres, Riggs —dice.

—Tú. —La agarro por la cintura y la mantengo quieta para poder meterle el pistón—. Solo te estoy follando —gruño con cada embestida.

Jadea y se inclina hacia delante, con las manos en mis hombros y las tetas balanceándose en mi cara.

No puedo resistirme. Me meto uno en la boca. Hago girar la lengua alrededor de su capullo mientras mi orgasmo crece y crece y crece.

—Córrete por mí —me dice con su voz gutural—. Lléname. Muéstrame lo que te hago.

¿Qué me haces?

Arruíname.

Destrúyeme.

Poseerme.

Cada parte de mí está tensa. Al límite. A punto de perder el control mientras espero a que se corra. Que grite y sacuda sus caderas sobre las mías.

Pero no puedo hacerlo.

No puedo durar.

El orgasmo me golpea como un rayo. Rápido. Feroz. Me quema el cuerpo y rebota desde los dedos de los pies hasta las yemas de los dedos de las manos. Me dejo llevar por la corriente eléctrica. El calor blanquecino que crea me hace ver las estrellas.

Me corro con fuerza. Mi cuerpo se sacude, mi polla se agita y mis pulmones buscan aire mientras mi corazón se acelera y mi mente se llena de la bruma del éxtasis.

Mis manos se relajan en sus costados mientras salgo del coma del clímax.

—No te muevas —susurra mientras su coño se aprieta a mi alrededor.

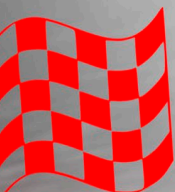
Sus gemidos llenan el cálido aire nocturno. Separa los labios, echa la cabeza hacia atrás, se agarra los pechos con las manos y respira entrecortadamente mientras su cuerpo entra en coma conmigo.

Jesús, es un espectáculo para la vista.

Camilla Moretti.

Ahí me tienes otra vez.

Y en cuanto se le pasa por la cabeza, Camilla dice: “Desmonta”, y se cae de lado juguetonamente para caer de espaldas con un golpe mientras su risa resuena a nuestro alrededor.



—¿De qué te ríes? —pregunto, apoyándome en el codo en medio de nuestra maraña de ropa debajo de nosotros.

—Ya me lo imagino. Este va a ser el próximo AITA.

—¿Qué? —Lanzo una carcajada.

—Soy Spencer Riggs, de vuelta con otra petición de consejo. —Camilla hace su mejor imitación de mí.

—Yo no sueño así.

Pero ella continúa.

—¿Soy un idiota por follarme a una chica en un montículo de hierba en el que entramos ilegalmente? Si vinieran los polis, ¿está bien si la dejo atrás para que ella cargue con la culpa?

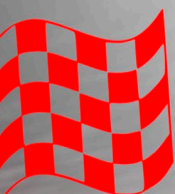
—Mentira —digo y aprieto mis labios contra los suyos para detener su risa—. Primero te empujaría y luego correría.

—¡Eh! —Me da un manotazo, pero luego me agarra de la nuca y me tira hacia abajo para que sus labios vuelvan a encontrar los míos.

—No mires ahora, Moretti —digo contra sus labios—. Pero esta fue una noche hermosa, caprichosa.

Sus labios se extienden en una sonrisa contra los míos y luego vuelve a besarme.

Qué noche tan perfecta.



CAPÍTULO CUARENTA

Camilla

—¿Debería preocuparnos que nos hayas invitado a tu piso y que *hayas* cocinado para nosotros? — pregunta Isabella.

No es como si fuera a comer de todos modos. Nunca lo hace.

Gia mira a su alrededor, con los ojos entrecerrados, como si intentara averiguar qué hay de diferente en mi casa.

—Da igual, desde que me ayudaste a deshacer la maleta —le digo, pensando que la ayudaré. Además, estoy nerviosa por alguna ridícula razón.

No debería.

Pero lo hago.

—Entonces, ¿qué está pasando, Cam? Por favor, dinos que no estás embarazada...

—Dios mío. No. —Me río y eso alivia la tensión—. ¿De dónde demonios has sacado esa idea?

—A ver —dice Gia—. No has explicado si te has acostado o no con el Dios de las carreras, pero cuando te preguntamos, cambias de tema a pesar de que hay una —señala hacia el borde de mi sofá—, camiseta de hombre asomando por debajo de tu sofá.

¿Lo hay?

Oh. Mierda. La hay.

Uy.

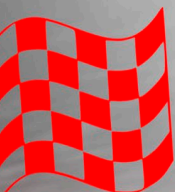
Mis mejillas se calientan al recordar exactamente lo que estábamos haciendo cuando esa camiseta llegó por casualidad a ese lugar.

—Intentamos citarte con Archie este fin de semana pero, sólo después de que pongas todas las excusas bajo el sol por las que no puedes ir, nos invitas a cenar. Así que pensamos que estás embarazada o prometida —dice Isabella, echándose hacia atrás mientras cruza sus largas piernas y bebe un sorbo de vino.

Mis ojos se agrandan, horrorizada ante la idea de cualquiera de las dos cosas a estas alturas de mi vida.

Se miran y sonríen.

K. BROMBERG
OFF THE



—Tenías razón —le dice Gia a Isa.

—¿Sobre qué? —pregunto. Claro que habían hablado de mí antes de venir aquí.

—Simplemente dilo. No tenías que invitarnos, aunque nos encanta que lo hayas hecho, para decirnos que te estás enamorando de Spencer Riggs —dice Isabella.

—Ya nos lo imaginábamos —añade Gia.

—NUNCA dije que me estuviera enamorando de él —afirmo.

Suenan sus carcajadas.

—Ajá —dicen al unísono mientras chocan sus copas.

—Son unas pesadas —refunfuño—. Aunque se equivoquen.

—Y te queremos con locura —dice Gia—. Aunque tengamos razón.

—No...

—Ahórratelo, Camilla. Llevas los zapatos nuevos *incluso* cuando no estamos cerca. Has vuelto a pedir cita para arreglarte el cabello sin que te lo pidamos. Y estás desabrochando los botones superiores de tu camisa y mostrando un poco de escote con esa camiseta de tirantes debajo. Quiero decir, eso grita “tengo un hombre por todas partes”.

Ahora o nunca, Camilla. Ella acaba de darte la apertura que necesitabas.

—Más o menos —digo y luego suelto una larga exhalación que sin duda despierta su interés.

—¿Sobre qué? ¿Todo? ¿Tenemos razón sobre Riggs? ¿Qué? —pregunta Isabella entre risas.

—No sobre Riggs. Sobre mí. Sobre mi ropa. yo... —Los nervios traquetean dentro de mí, pero se trata de Gia e Isabella. Mis chicas.

Unos ojos curiosos me estudian mientras me decido a seguir adelante con la decisión que tomé anoche.

La que finalmente dejó entrar a Riggs y le contó lo que pasó. Él sigue abriéndose a mí y yo sigo desviando.

Pero tiene razón. Puedo compartir mi cuerpo con él, pero no partes reales de mí.

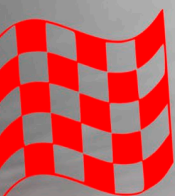
Además, ya es hora. He pasado seis años ocultando algo que no es culpa mía. Como un sucio secreto... que *yo no me he buscado*. Quiero ser sincera con el hombre que me ayudó a ver eso.

Pero estas dos mujeres que han estado a mi lado y me han tomado de la mano, sin saberlo, me han ayudado. Merecen saberlo.

Quiero que lo sepan.

Gia mira a Isabella, repentinamente preocupada, y pregunta:

—Cariño, ¿qué? Nos estás asustando.



Esta es la nueva yo, Camilla Moretti, fuerte y en control.

Respiro hondo y los miro a los ojos. Cuando hablo, mi tono es uniforme y sin emociones.

—Me dijo que me lo había buscado por lo que llevaba puesto. Que me lo merecía.

—Déjame a ese cabrón —dice Gia, tirando la almohada en su regazo al suelo y comenzando hacia la puerta—. Voy a reorganizar la cara de Riggs en...

—No. No. No fue él. —Me río, la idea es ridícula. Verla furiosa y dispuesta a defenderme es la definición más hermosa de nuestra amistad—. Pero... gracias.

—¿Entonces quién? —pregunta Isabella cuando Gia vuelve a sentarse, con la cara tensa y los ojos llenos de ira—. ¿Qué? Háblanos.

Cada una de ellas me tiende una mano en señal de apoyo silencioso.

—Yo... los detalles no importan.

Gia me aprieta la mano, las tres en los bordes de nuestras sillas, un pequeño círculo.

—Cuéntanos sólo lo que quieras. Estamos aquí para escuchar. Para apoyarte.

—Y sentirme jodidamente horrible por burlarme de ti por tu ropa y no considerar el hecho de que podría haber una razón detrás —dice Isabella con lágrimas nadando en sus ojos—. Una verdadera razón.

—No te culpo. No lo sabías. No podía saberlo. —Sonrío—. Fue hace seis años. Antes de conocernos. Como he dicho, los detalles son irrelevantes en este momento, pero como parece que ya has averiguado, me encontraba en una situación en la que no di mi consentimiento. Él tomó lo que quiso e insinuó que *yo lo había querido*, basándose en lo que llevaba puesto.

—Jesucristo —murmura Isabella con lágrimas en los ojos.

—Entendemos por qué no quieres hablar de ello —dice Gia, con los ojos vidriosos—. Si alguna vez lo haces, sin embargo, estamos aquí para ti.

—Has aguantado todo este tiempo. Eres una guerrera —dice Isa.

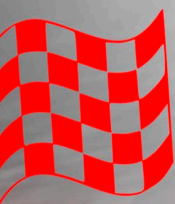
Pero lo que siento es estupidez. Estupidez por no decírselo a mis mejores amigas. Por pensar que me juzgarían por ello. Por preocuparme de que pensarán diferente de mí.

Si supiera entonces lo que sé ahora...

Sonrío suavemente y aspiro las lágrimas que amenazan. Lágrimas que son de felicidad. De alivio. Que hacen suspirar a mi alma de la mejor manera.

—Nunca se lo he contado a nadie. Aparte de a mi terapeuta. —Me río entre dientes—. No sé por qué tenía miedo de contárselos —digo.

—Eso no importa. Ni una pizca. Lo hiciste y ahora estamos aquí, y siempre que nos necesites, estaremos aquí en una fracción de segundo. Nos



sentimos muy honradas de que hayas confiado en nosotras —dice Gia mientras apoya la cabeza en mi hombro.

—Tengo otra confesión —murmuro.

—¿En la que nos dices que te estás enamorando de Riggs? —Gia pregunta.

—Sí, esa parte. —Las palabras salen suavemente. Casi como si necesitara quitarme una cosa de encima para reconocer otra.

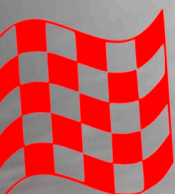
Pero aprecio que Gia e Isabella no se regodeen de tener razón. Más bien, ambas sonríen.

—¿Algún hombre que te dé la seguridad suficiente para ser tú misma, que permanezca en silencio a tu lado para matar cualquier demonio silencioso al que te enfrentes? ¿Quien te hace desear cosas que antes no querías y quien te hace sonreír tanto como tú hoy en día? Definitivamente, merece la pena enamorarse de él —afirma Isabella.

—Sí, pero si te hace daño, igual le pateo el culo —añade Gia.

Pongo los ojos en blanco y me río.

—No me cabe la menor duda de que lo harías.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Camilla

Me quito los auriculares de radiocomunicación de las orejas y me los pongo alrededor del cuello cuando miro y veo a mi padre mirándome fijamente. Tiene una expresión curiosa en la cara y me dirijo hacia donde está sentado.

Ahora se ha propuesto sentarse más cerca de los chicos. Después del incidente que vio Riggs, decidimos tomar algunas precauciones más para que no vuelva a caerse.

Lo odia. Sé que lo odia, pero si algo indica la larga cadena de mensajes entre mi madre y yo es que no nos tomamos a la ligera la decisión de abordar el tema con él.

—Hola. Me alegro de verte por aquí.

Hace una pausa, sus ojos buscan los míos.

—Siempre estoy aquí. Tú eres la que parece acostumbrarse a no estarlo.

—¿Y? —*Me gusta mirar a Riggs.*

—Y nada. Sólo me he dado cuenta del cambio. —Se encoge de hombros y deja su taza de café mientras el coche de otro equipo pasa volando por la pista para la clasificación. Nuestros coches siguen en los garajes, con los mecánicos a su alrededor, comprobando todos los detalles, ya que pronto será la sesión de clasificación.

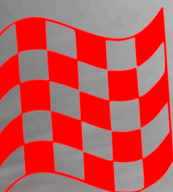
—¿Entonces por qué siento que estoy en problemas? —Me río.

—No tengo ningún problema. Estás haciendo el ridículo. Acabo de verte ahí de pie con los auriculares puestos y he tenido un déjà vu. Tú sentada sobre los hombros de tu nonno con un auricular de gran tamaño puesto y una cosa pegajosa en una mano mientras la otra se agachaba sujetando la suya.

Puede que mis recuerdos sean débiles, pero recuerdo la vista desde aquellos hombros. Parecía un caos a mi alrededor mientras estaba de pie en medio del garaje con el equipo moviéndose a la velocidad del rayo.

—Lo recuerdo vagamente.

K. BROMBERG
OFF THE



—Tu madre tiene muchas fotos tuyas así. Libros llenos de ellas.

—Seguro que sí.

Su sonrisa se suaviza.

—Ahora que su trabajo de defensa de los niños ha terminado por este año, estará aquí más tiempo. Será un verdadero asunto de familia.

—¿En serio?

—De verdad. —Su sonrisa ilumina su rostro, pero cuando me mira a los ojos, levanta la barbilla en dirección al garaje—. ¿Qué opinas de Riggs hasta ahora? No te entusiasmaba que lo contratara. Parece que has cambiado de opinión.

—Ya me lo has preguntado.

—Sé que lo hice. Te lo pregunto de nuevo. El trabajo de este puesto es reevaluar constantemente. Carrera por carrera.

—Es coherente. Moretti se está colocando más arriba que antes de él. Está claro que se está adaptando. ¿Ha cometido algún error? Sí, por ejemplo, no escuchar a Hank en Bélgica.

—¿Pero?

¿A dónde quiere llegar con esto? Mi padre rara vez hace la misma pregunta dos veces.

—Pero creo que aprende rápido. Dedicado a mejorar. Limpio en la pista hasta ahora. Y si todos fuéramos juzgados por nuestros errores, que el cielo me ayude. —Me río entre dientes. Mi padre me mira como si no quisiera saber las locuras que he hecho o dejado de hacer.

Tal vez se lo esté replanteando todo con Suzuka a la vuelta de la esquina.

—Parece que ustedes dos se están acercando.

Hmm. Tal vez no es a donde va con esto.

Me resisto a mirar alrededor del garaje. Si desvió la mirada, mi padre sabrá que está pasando algo.

—Es nuestro conductor.

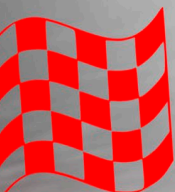
—Andrew también —replica—, pero no te veo tan unida a él como a Riggs.

Joder. ¿A dónde quiere llegar?

—Andrew no está tan disponible como Riggs. Tiene su novia y es ahí donde prefiere pasar su tiempo fuera de la pista. Hace lo que se le dice, pero no le importa quedarse para la gloria. Riggs sí. Le encanta y toda la campaña que hemos construido a su alrededor. La campaña que ha despegado y beneficiado a Moretti diez veces. Así que sí, por supuesto, nos hemos acercado. Es la única manera de estarlo cuando trabajas con alguien día tras día. Como yo con Elise. Con el resto de mi equipo.

—Son muchas explicaciones para una respuesta sencilla.

K. BROMBERG
OFF THE



Nuestros ojos se encuentran. Aguanta. Y temo que pueda ver a través de mí.

En ese momento tengo la suerte de que Omar se acerca para hablar con mi padre. Aprovecho la oportunidad para escapar.

Pero sus comentarios permanecen en mi mente mucho después de que nos hayamos separado. Pienso en todo lo que podría haberle contestado, pero solo habría llamado más la atención.

—Ahí estás —dice Elise mientras se dirige a la zona de descanso superior de nuestro paddock Moretti. Estoy delante de la televisión, viendo la vuelta de clasificación de Rossi. A juzgar por su tiempo, va a salir muy arriba en la parrilla.

—Sí. Estoy aquí. —Todavía cuesta acostumbrarse a ver un coche por televisión y luego oírlo fuera del edificio en el que estamos. Me acerco al mando a distancia y bajo la voz de los comentaristas—. Estoy trabajando en el material de Connigo y luego en la nueva campaña de Perfection Oil. Quiero terminarla para poder ver nuestras carreras de clasificación.

—Dónde puedo meterme y ayudar... oohhh —dice, señalando mis zapatos—. Muy monos. Como *guau*. —Mira los zapatos y luego vuelve a mirarme—. ¿Qué te pasa? Primero el cabello. Luego los ligeros cambios en tu ropa. Los zapatos sexys.

—No es nada.

—El amor te sienta bien.

Balbuceo sobre el sorbo de agua que acabo de tomar.

—¿Qué acabas de decir?

Me mira con una mirada que dice *no me jodas*.

—Sólo hay una razón para que una mujer cambie esas cosas. Y es un hombre.

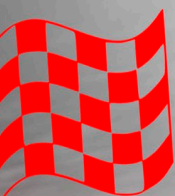
—No en mi mundo. —Miro por la ventana de mi habitación del segundo piso, y por supuesto Riggs está pasando por abajo. En algunos aspectos, tiene razón, pero al revés. Dejé que un hombre definiera lo que vestía, cómo me sentía conmigo misma. Pero yo hice el cambio aquí. Finalmente tuve la fuerza para darme cuenta de que estaba dejando que un hombre insignificante reinara sobre mi psique.

Estos cambios eran para mí.

—Elise, un hombre puede derribarte más rápido que una mierda, pero sólo tú puedes ponerte a trabajar para sentirte mejor contigo misma.

—Ajá. Así que ese ánimo extra en tu paso y no sé, color en tus mejillas, no tenía absolutamente nada que ver con un hombre. Entendido. —Levanta las cejas y abandono la lucha por ocultar mi sonrisa.

—No es la razón... pero podría haberme ayudado a sentirme mejor conmigo misma. ¿Es una respuesta más adecuada?



Su sonrisa es respuesta suficiente.

—Bueno, sea lo que sea y quien sea, te queda bien. Ahora, si puedes susurrar algo similar alrededor de Riggs, tal vez reciba el mensaje subliminal de que yo soy la que le quedaría bien.

Esta vez necesito todo lo que tengo para no ahogarme con mi propio aliento.



El garaje bulle.

Como un chasquido de electricidad, la excitación a punto de explotar.

Y lo hace, con un estruendoso rugido de vítores, cuando Riggs y Andrew entran en el garaje después de clasificarse para las parrillas de salida P3 y P4 para la carrera.

El mayor golpe de uno-dos para un comienzo que hemos tenido en dos años.

Y Riggs perdió la P2 por dos centésimas de segundo.

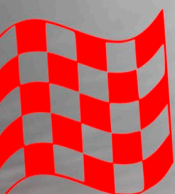
Ambos se quitan los cascos. Sonrisas amplias. Cabello revuelto. Sudor en la piel.

Pero es sólo un corredor al que miro tras la oscuridad de mis gafas de sol.

Sólo hay una persona a la que quiero correr y abrazar ferozmente.

Sólo hay un hombre del que me estoy enamorando lentamente.

Y se suponía que eso *nunca* iba a ocurrir.



CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Riggs

Ni siquiera tengo un segundo para procesar mi acabado P4.

A un paso del podio, pero tan cerca que puedo saborearlo.

Me quedé a las puertas del podio porque defendí la posición de mi compañero de equipo, así que él no tuvo que hacerlo.

Hice lo que se supone que debe hacer un piloto número dos. Luchar por el éxito general de mi equipo y no solo por el mío.

Para un hombre que está empeñado en demostrar que merece quedarse aquí, ¿habría querido el podio para mí? Claro que sí.

Pero, ¿demostrar lo buen jugador de equipo que soy me hará querer a otros equipos para un posible contrato el año que viene? Por supuesto.

Es el juego largo que me veo obligado a jugar en un plazo de tiempo limitado. Demostrar que puedo tener éxito por mí mismo al tiempo que demuestro que soy un jugador de equipo. Es una dicotomía que no siempre es divertido sopesar.

Lo que importa es que he contribuido al Equipo Moretti en la medida en que me necesitaban. Cuando Hank me pidió que defendiera, lo hice.

Y ahora estamos mejor situados en la clasificación general por puntos gracias a ello.

—Brillante conducción, Riggs.

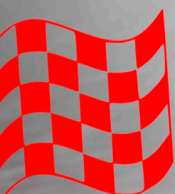
—Otro final en los puntos, hombre.

—Qué manera de ser un miembro del equipo, amigo.

Los comentarios me persiguen mientras me meten en la lavadora de la prensa más rápido de lo habitual por una razón u otra. Anya me explica las razones, pero yo no me entero entre palmaditas en la espalda y apretones de manos.

Siete carreras en Fórmula 1 y he acabado en los puntos en todas menos en una.

K. BROMBERG
OFF THE



Eso es mejor de lo que algunos de estos pilotos con plazas permanentes han logrado este año.

Carlo está feliz. Omar es feliz. Hank es feliz.

Veo un futuro para mí aquí. No sé qué camino tomaré, pero empiezo a vislumbrarlo con la trayectoria que llevo.

—De acuerdo. Te hemos preparado aquí mismo —me dice Anya, llevándome a una zona acordonada con la pancarta de Moretti detrás y una media luna de periodistas esperando. Saca su grabadora, porque cada entrevista que damos no sólo es anotada por el periodista, sino que también es grabada por nuestro personal.

Es un intento de evitar que un periodista cite erróneamente al conductor y cree su propio relato para los titulares.

Paso los diez minutos siguientes respondiendo preguntas. Algunas de periodistas que me gustan. Otras de periodistas que no me interesan. Otros que no conozco.

Pero sé que cuando levanto la vista a mitad de camino y veo a Camilla al otro lado, mirándome, me pongo un poco más alto.

—Háblanos de ese casi accidente con Evans al principio de la carrera.

Le explico la situación, pero estoy muy preocupado.

Lleva tacones. Tacones sexys tipo bota que imagino clavándose en mi culo mientras sus piernas me rodean.

—¿Y cómo te sientes teniendo que defenderte del campo para proteger a tu compañero de equipo?

Como si fuera una estupidez. Como si hubiera podido pasar a Andrew y subir a mi primer podio.

Me trago el egoísmo y respondo con la frase de la empresa. La que se espera pero que aún siento como ácido en la lengua.

Un vistazo a Camilla me hace fijarme en su atuendo. Sus vaqueros son un poco más ajustados, su camisa es diferente, no es la clásica abotonada tras la que se esconde.

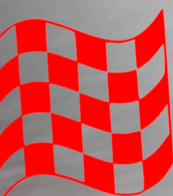
Hablando de una distracción bienvenida.

Joder. ¿Por qué se para Rossi a charlar con ella? Es el único piloto de la parrilla que no quiero cerca de ella.

—¿Riggs? —pregunta Anya, sacándome de Rossi y Camilla al aquí y ahora.

Sonrío a la periodista con los dientes apretados mientras hace su siguiente pregunta.

—El salto de la F2 a la F1 ha parecido imperceptible para los de fuera. ¿Cuál es tu nivel de comodidad en el coche ahora mismo? ¿Crees que aún puedes mejorar?



—Siempre se puede mejorar. Sigo intentando mejorar mis tiempos de reacción. Mis habilidades. Todo. Estoy bastante cómodo en el... —Mis palabras vacilan. Rossi se ha ido. No me quejo. Pero incluso con la distancia que nos separa, es evidente que algo la sobresalta.

Su expresión palidece. Se le cae la cara -es la única forma en que puedo describirlo- mientras mueve la cabeza sutilmente de un lado a otro antes de correr en la dirección opuesta a la posición de Moretti en el prado.

¿Qué carajo?

Nunca había visto a Camilla con esa expresión en la cara, y espero no volver a hacerlo.

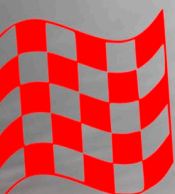
—Disculpe, pero...

—Riggs tiene espacio para una o dos preguntas más, antes de que nos dirijamos a la rueda de prensa de varios pilotos —dice Anya, cortándome.

Joder.

No puedo salir de eso.

Y mientras me alejan, miro por encima del hombro, esperando que Camilla esté bien.



CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Riggs

No espero que abra la puerta de su habitación de hotel cuando llamo, pero lo intento de todos modos.

Mis mensajes de texto no han sido contestados. Mis llamadas no han sido contestadas.

No estaba en el paddock cuando terminé con los medios. Luego con el interrogatorio del equipo. Luego con Omar sobre algunas cosas rápidas.

Reunión tras reunión y lo único en lo que puedo concentrarme es en dónde demonios está Camilla y qué demonios ha pasado.

¿O estoy viendo mierda y haciendo montañas de un grano de arena?

Pero aquí estoy, en el pasillo vacío de un hotel. El equipo está fuera celebrándolo pero yo no podía. Necesitaba estar aquí. Necesitaba saber qué estaba pasando.

Mi primera serie de golpes se queda sin respuesta.

Quiero llamarla para que abra. Que no me voy a ninguna parte. Pero en el caso de que un miembro del equipo decidiera volver a su habitación, no puedo parecer un amante despechado intentando acceder.

Así que hago lo siguiente mejor. Me hago una foto delante de su puerta, sola, y envío un mensaje: **No voy a ninguna parte. O me dejas entrar o el equipo me encontrará sentado contra tu puerta. Hablando de tener que dar explicaciones.**

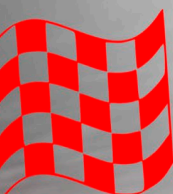
Los segundos pasan.

Creo que podría no estar ahí.

Y justo cuando estoy a punto de marcharme, oigo el tintineo de la cerradura de la puerta de la habitación del hotel, la puerta se abre y sus pasos se alejan.

Entro en su habitación. Es exactamente igual que la mía. Nadie puede afirmar que Moretti escatime en el alojamiento de sus pilotos y tripulación. Está sentada en la pequeña zona de asientos. Sus pies descalzos sobre la mesa. Tiene la cabeza apoyada en el respaldo del sofá y los ojos cerrados.

K. BROMBERG
OFF THE



Ella es una imagen de hermosa melancolía. De fuerza silenciosa. De desesperación tácita.

Y no sé cómo acercarme a ella.

Pero tengo que intentarlo.

Tomo asiento en la mesa, junto a sus pies, los recojo y los pongo sobre mi regazo. Necesitando algo que hacer con las manos, empiezo a frotarlos.

Al principio, se tensa, pero luego gime suavemente. Sus ojos siguen cerrados.

—¿Quieres hablar de ello?

—No.

—Bueno, mala suerte. —Abre los ojos y yo asiento—. Evitaste las preguntas la otra noche. Yo hablé en su lugar. Te dejé entrar. Confié en ti. Ahora te toca a ti hacer lo mismo, Camilla.

Inhala un suspiro tembloroso, y el sonido hace que me duela el pecho. ¿Llevar contigo algo tan poderoso que duele hablar de ello? Debe de ser brutal.

—¿A quién has visto hoy en el prado? —pregunto en voz baja, sin esperar respuesta—. Porque puedo sacarte algunas conclusiones. Conclusiones que saqué mientras estaba en ruedas de prensa e interrogatorios y quién mierda sabe qué porque estaba muy preocupado por ti. Por la cara que pusiste cuando saliste corriendo del paddock. ¿Quieres que comparta mis pensamientos?

—Sí. —La única sílaba es apenas audible.

—¿Recuerdas cuando te dije que todos tenemos un secreto que nos retiene? ¿Que nos hace daño? Creo que el tuyo tiene que ver con por qué te alejaste de la F1 hace años. Creo que tiene que ver con por qué necesitabas solucionar “algunas cosas”.

Me siento como un imbécil diciéndole eso. Pero, por supuesto, he considerado y reconsiderado que varias razones o acontecimientos podrían haber causado sus inseguridades, su... incapacidad para confiar en un hombre durante el sexo.

He intentado convencerme a mí mismo de que no creo en la única conclusión a la que llego una y otra vez.

Pero convencerme a mí mismo de lo contrario no niega los hechos que se suman de la misma manera sin importar cómo los apile.

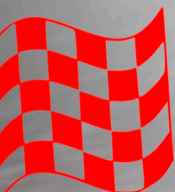
Alguien la lastimó.

Posiblemente la agredió.

Y lo odio con cada maldita fibra de mi ser.

He debatido esta conversación con ella cientos de veces. Nunca parecía el momento adecuado. No quiero ser otra persona que le haga daño. Las excusas siguen y siguen.

K. BROMBERG
OFF THE



Pero después de hoy, después de esa expresión en su cara, espero que me lo diga. Espero que confíe en mí lo suficiente como para dejarme entrar.

—Y... creo que el hombre que te hirió sigue siendo parte de esta pequeña comunidad.

Sus ojos castaños se agrandan y se llenan de emoción. Pero el más leve de los asentimientos me dice que tengo razón.

Joder cómo me gustaría no tenerla.

Se me cierran los puños. Aprieto los dientes. Y cada parte de mí quiere atravesar la pared de un puñetazo ante la idea de que alguien le haga daño.

¿Quién es?

¿La cara de quién puedo ir a reordenar?

¿El cuerpo de quién tengo que ir a enterrar?

Y entonces se me ocurre algo. *¿Es otro corredor? ¿Uno de esta banda de veinte hermanos?*

Jesucristo.

¿Entonces. Qué?

Me trago todas las demandas que quiero hacerle. *Cálmate, Riggs. Tu ira es lo último que necesita teniendo en cuenta que ya está alterada.*

—Dime sólo lo que quieras decirme. —Son las palabras más difíciles de pronunciar porque quiero exigirle que me lo cuente todo. Quiero sacudirle las respuestas. Pero mantengo la calma.

Guarda silencio un poco más. Su respiración es uniforme y acompasada.

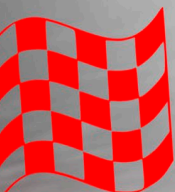
—Tienes razón.

¿Qué parte? ¿Sobre qué?

—Tenía casi diecinueve años. —Hace una pausa—. Era mi año sabático. Estaba... ocupada siendo joven y rica y sin tener que preocuparme por el mañana. Suena ridículo, pero es verdad. Vivía en el circuito. En el paddock durante la semana de carreras. Había un grupo de amigos. Yo era la más joven con diferencia, pero no les importaba. Los chicos eran lo suficientemente mayores como para conseguir trabajos en varios equipos y viajar por el mundo. Teníamos esta extraña burbuja de una vida que nadie entendía excepto nosotros. Nos hicimos íntimos. Salíamos durante los tiempos muertos. Salíamos cuando no teníamos trabajo.

—¿Es un conductor, Camilla? —Tengo que preguntar. No sería yo si no lo hiciera. Y estoy más que jodidamente orgulloso de mí mismo por mantener el asesinato fuera de mi voz.

Se queda mirando al techo e ignora mi pregunta.



—Salimos todos. Había un club. Bebimos. Había diversión. *Me sentía segura.* —Me mira a los ojos por primera vez—. Eso es lo que más recuerdo. Estar con mis amigos y sentir que estaba a salvo.

Y luego vuelve a su posición mirando al techo. No puede mirarme y decírmelo, ¿verdad?

Eso me destruye.

—Acabamos de vuelta en uno de los hoteles del equipo. Pasamos el rato, nos tomamos unas copas más, pusimos música, simplemente fuimos jóvenes y nos lo pasamos como nunca. Éramos muchos en la habitación... y luego ya no. —Se mueve en el sofá, pero yo sigo frotándole los pies. Necesito la conexión. Necesito que ella también la necesite.

Y esa es la primera vez para mí. Nunca he sentido eso con otra mujer, como si necesitara ser su fuerza. La única en la que puede confiar.

—Cristo. —Suspiro, sabiendo lo que pasa a continuación.

—Empezó a besarme. Yo estaba más que borracha. Era guapo y yo estaba encantada de que le gustara. Pero entonces me metió las manos por debajo de la camisa y de la falda e intenté apartarle. Le dije que no. Le grité que no. Que me dejara. Claro, me había metido con chicos antes, pero...

—Pero tu pasado, tu experiencia, no tiene nada que ver con esto. Lo único que importa es que le dijiste que no.

Ella asiente, pero mantiene la mirada en el techo. Una única lágrima cae desde el rabillo del ojo hasta el nacimiento de su cabello. Es fugaz, pero la veo y temo oír la siguiente parte.

—Me empujó a la cama. Me inmovilizó. Me dijo que si no quería sexo, no me vistiera como lo hacía. —Hace una pausa, y yo sigo frotándole los pies.

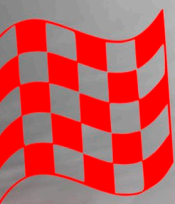
Me siento impotente. Destripado. Con el estómago revuelto.

—Luché contra él. Lo intenté. Grité. Dije que no. ¿La música estaba demasiado alta? ¿La gente no presta atención a los gritos en los hoteles? No lo sé, pero nadie vino a ayudar como yo rogué que lo hicieran. Estaba lejos de ser amable. Fue tan grosero, diciéndome que estaba recibiendo exactamente lo que me merecía por vestirme como la putita que era. Mentalmente, me fui a otra parte. Tuve que...

Necesito moverme. Caminar. Para aplacar mi rabia. Pero si me levanto, si suelto sus pies, ¿pensará que mi disgusto es con ella y no con su violador?

Así que me quedo donde estoy, con la mandíbula tan apretada que me sorprende que no se me rompan los dientes.

—Cuando acabó, cuando terminó, me soltó las manos y le arañé la cara. —Su cuerpo se tensa por el recuerdo mientras yo vitoreo en silencio—. El arañazo que le hice en la mejilla me valió un revés en la mía. Luego, mientras se abrochaba los pantalones, me escupió y me dijo que era una puta asquerosa. Que no era mejor que *el coño de un pez frío*. Luego se marchó, diciéndome que más me valía estar fuera de su habitación cuando volviera y



que si iba a la policía, tenía suficientes fotos mías de toda la noche. Que sacaría la carta del amante despechado y nadie me creería.

—Camilla. —Su nombre es todo lo que puedo manejar.

—Lo sé. —Se remueve en su asiento, así que no tiene más remedio que mirarme a los ojos—. *Lo sé.* —La vergüenza se agolpa en sus ojos—. Yo era joven. Tonta. Borracha. Sola en una habitación de hotel con un chico. Sabía lo que parecía.

—No fue culpa tuya —digo en voz baja.

—Lo sé ahora. Lo sabía entonces, pero tenía miedo. Mi padre estaba...

—¿Estaba qué?

—Mi padre estaba pasando por algunos sustos de salud. Acababa de hacerse cargo del negocio. Yo... lo último que quería era ser una carga para él.

—Veo cómo te mira, Camilla. Eres su mundo.

—Exacto. —Su sonrisa es triste—. Si lo hubiera sabido... ¿cómo me habría mirado entonces? ¿Con vergüenza? ¿Turbado? ¿Como si debiera haberlo sabido? —La emoción inunda su voz.

No acudió a sus padres. No porque no le creyeran, sino porque no quería que la vieran de otra manera. Porque no quería que su padre la mirara -a su mundo- y viera daño.

Cristo.

Maldito Cristo.

Siento que la piel se me tensa mientras lucho contra la furia que me recorre. Mientras lucho por mantener la derrota fuera de mi voz. Mientras intento averiguar cómo ser el hombre que ella necesita ahora mismo.

—No hay nada que pueda decir para mejorarlo y, como hombre, es una píldora difícil de tragar. Se supone que debemos arreglar las cosas. Se supone que debemos mejorarlas. No puedo hacer nada de eso por ti, pero puedo decirte que no fue culpa tuya. Puedo decirte que entiendo tu razonamiento, pero no estoy de acuerdo con él. Y puedo decirte que todo eso es probablemente lo incorrecto, pero no sé qué es lo correcto.

—No hay nada que decir. Que arreglar.

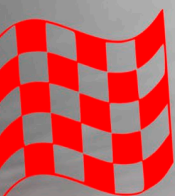
—Sin embargo, lo has visto hoy, ¿verdad? ¿Todavía es parte de la F1? ¿De esta comunidad? Puedo arreglar la mierda muy rápido. —Mi sonrisa es rápida y cruel mientras ella asiente y mete su labio inferior entre los dientes.

—¿Y no vas a decirme quién es?

—No le hará ningún bien a nadie. He seguido adelante. Tú me has ayudado a seguir adelante. ¿No es suficiente?

Gruño. Aunque eso no significa que el cabrón no se lo haga o se lo haya hecho a alguien más.

K. BROMBERG
OFF THE



—Ya era bastante duro vivir conmigo misma la mayoría de los días. Alejarme, cambiar mi rumbo... tienes que entenderlo.

Se sienta, deja caer los pies al suelo y me toma la cara por los lados, sin apartar los ojos de los míos.

—Eres la única persona a la que le he contado *toda la historia*, aparte de mi terapeuta.

—Gracias por confiar en mí.

—Nunca quise que nadie más lo supiera. Me niego a ser la víctima nunca más. Hablar de ello me convierte en eso.

—No estoy de acuerdo... pero lo entiendo. —¿Es eso lo que hay que decir?

Me pasa el pulgar por el labio inferior.

Gracias por escucharme.

—Por supuesto. Cami... cuando quieras.

Asiente y vuelve a sonreír suavemente mientras yo me siento a su lado para que pueda acurrucarse contra mí.

Nos quedamos así un rato, con su cabeza apoyada en mi brazo y mis dedos entrelazados con los suyos.

Nos instalamos en el silencio de una nueva norma que aún no estoy seguro de entender, pero que sé que me gusta.

Esta mujer entró en mi vida -una vida que he dedicado a las carreras y a mí mismo durante tanto tiempo- y me hizo reconsiderar la decisión de cerrarme a todo lo demás.

Me hizo esperar algo más que una carrera: *ella*. Claro que he salido con gente de vez en cuando, pero nunca ha habido alguien a quien quisiera agarrar el teléfono y llamar para contarle algo.

Lo hizo y lo hago.

Joder, hombre.

Llegó a mí.

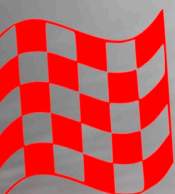
Y luego hizo que me importara. Y ahora esto.

Pensé que sería mejor saber la verdad.

A decir verdad, es casi peor.

Porque ahora sé que hay un cabrón sin nombre ni rostro ahí fuera, al que no puedo herir ni hacer pagar por lo que le hizo.

Y desamparado no le queda bien a ningún hombre.



CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Camilla

No sé qué esperaba cuando Riggs llamó a mi puerta, pero su tranquila comprensión y su firme presencia no lo eran.

Me escuchó a pesar de la rabia que sentía vibrar en él.

Se abstuvo de decirme lo que debería haber hecho cuando sé que probablemente quería hacerlo.

No me hizo sentir juzgada.

Y ahora, mientras estamos sentados apoyados contra el cabecero de mi suite, viendo la cobertura de la carrera de hoy, todo lo que siento es consuelo y compasión.

Aparece un gráfico con la clasificación final de la carrera y es ridículo el orgullo que siento al verlo tan cerca del podio.

—¿Sabes lo raro que es que un debutante acabe en los puntos de forma consecutiva como tú? Es increíble. Deberías estar orgulloso de ti mismo.

—Me burlé de tu ropa. —Sus palabras me sobresaltan.

Aquí estoy pensando en correr mientras él sigue pensando en mí.

Es nuevo para él. Fresco. Por supuesto, todavía está pensando en ello.

Igual que ver a Brandon por el paddock hoy me sobresaltó más de lo que quiero admitir. Especialmente después de todo este tiempo. Sobre todo porque pensaba que era mucho más fuerte de lo que hoy he demostrado.

Es casi como si hubiera hecho del paddock mi espacio seguro, y un vistazo suyo hubiera puesto mi mundo temporalmente patas arriba.

Pero Riggs lo enderezó de la forma más inesperada.

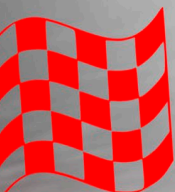
—No lo sabías —murmuro y lo digo en serio.

—Lo sé, pero qué imbécil más superficial. Me burlé de ti porque estabas tapada como si me debieras a mí y a todos mostrar tu cuerpo.

—No lo sabías —reitero.

—Pero debería haberlo hecho.

K. BROMBERG
OFF THE



—Mira. No te castigues. Has hecho más por mí de lo que nunca hubieras imaginado.

Resopla, pero me da un beso en la cabeza.

—Es verdad. A mucha gente le suena raro, pero después de... todo, no me daba vergüenza volver a tener relaciones sexuales. De hecho, quería hacerlo, para demostrar que no estaba rota. Para demostrar que... —Casi resbalo y digo el nombre del bastardo. Un bastardo que Riggs puede o no conocer—. *Él* no me rompió.

—No entiendo qué tiene que ver esto conmigo —dice.

—No sentí nada. Ninguna sensación, ningún placer, nada. Él había ganado. Me había destrozado... y luego estabas tú. Cuando te besé en el bar, fue como si alguien me hubiera enchufado a una toma eléctrica. Ardía donde debía arder. Me dolía donde tenía que dolerme. Sentí sensaciones. Fue... una locura.

Resopla y se frota el pecho con los nudillos.

—Me alegro de serte útil —bromea, y me encanta la ligereza que inyecta a una velada más bien seria.

—Incluso intenté salir con alguien más después del bar. Lo besé. Yo... —¿Por qué le estoy contando todo esto? Se va a asustar. Le pedí sexo para ayudarme a superar algo. Sexo sin ataduras. Y ahora le digo que es el único en años que me ha hecho sentir algo.

Aborten. Aborten. Abortar.

Si no, hará lo mismo con este pequeño acuerdo que tenemos.

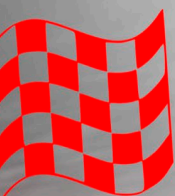
—¿Yo... qué? ¿Terminaste lo que estabas diciendo o mi mera presencia te cortó el hilo?

—Sí. Eso es. —Le miro y sonrío—. Eso es exactamente.

—Lo sabía. Soy un experto en todo. Finales de carrera. Besos. Orgasmos. Un reposacabezas humano. Pregúntame. Te lo diré.

—Y el ego vuelve.

—Y el ego te hizo reír.



CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Camilla

El olor a café es tan constante en mi suite como el silencio que se instala en torno a Riggs y a mí.

O más bien, casi silencio, ya que parece que algunos miembros de nuestra tripulación han iniciado una conversación en el pasillo fuera de mi habitación.

Riggs y yo nunca hemos dormido juntos. Como dormir, dormir. En la misma cama. Nos encontramos. Nos enganchamos. Hablamos un poco. Nos separamos.

Así es como se ha desarrollado todo esto en los últimos meses.

Pero anoche debimos quedarnos dormidos viendo la televisión porque me desperté con los brazos de Riggs rodeándome y mi cara acurrucada en la parte inferior de su mandíbula.

Me quedé helada.

Como totalmente congelada.

Y no fue porque no quisiera estar allí. Era porque quería. Fue porque me desperté con unos brazos fuertes a mi alrededor y una sensación de seguridad que no había sentido... nunca, creo. Aparte de la seguridad incondicional que siento con mi familia.

Claramente eran pensamientos locos.

Aún lo son.

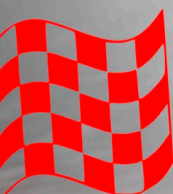
Me permití la gracia de respirar a Riggs durante unos momentos. Sentir el latido constante y uniforme de su corazón bajo mi mano. Sumergirme en la sensación de su cuerpo contra el mío. Simplemente estar sin pensar ni preguntarme ni... nada.

Entonces, justo cuando estaba a punto de intentar zafarme de sus brazos para evitar la incomodidad, Riggs enganchó su brazo alrededor de mi cintura y murmuró:

—Deja de pensar. Sólo estamos durmiendo. No es para tanto.

No es para tanto.

K. BROMBERG
OFF THE



Sus palabras se repiten en mi cabeza mientras lo veo preparar café en mi habitación de hotel.

Entonces, ¿por qué le pareció un gran problema?

Porque sientes algo por un tipo que no te corresponde.

Porque temías que, una vez que supiera la verdad de lo ocurrido, no quisiera volver a tocarte. En lugar de eso, te acercó aún más.

Y sigue mirándome por encima del borde de su taza humeante sin decir nada.

—¿Puedes hablar de algo y dejar de mirarme? —pregunto.

—Alguien no es una persona mañanera —dice.

—No. Es más como si siguieras mirándome como si me hubiera crecido una tercera cabeza en vez de hablarme de verdad.

—Roncas mientras duermes. Es bonito.

—¿Qué? No.

Se limita a sonreír y a dar otro sorbo a su café, sin dejar de mirarme.

—Todo el mundo lo hace. Y a ti no te ha crecido una tercera cabeza. No que yo vea. Pero eres adorable con tu cabeza de cama y tu malhumor.

—¿Estás intentando enojarme, Riggs?

—No. Estoy pensando en la gala.

—Espera. ¿Qué? ¿Acabas de ir de cabeza de cama al evento de caridad en Champagne?

Asiente respecto al evento en Francia.

—¿Vas a ir?

—No. No me gustan las galas. No me visto para galas. No hago galas.

—Tengo que ir.

—Estupendo. Me alegro por ti. Seguro que estarás ridículamente guapo con tu esmoquin encantando a todos los asistentes.

—Ven conmigo. Hazme compañía.

Le dirijo una mirada.

—Ambos sabemos que eso no puede pasar.

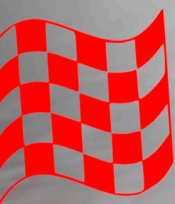
—¿Qué no puede? ¿Un Moretti yendo con su conductor? Seguro que está permitido.

—Tratando de atarme por obligación, ¿verdad?

—¿Atar? Quiero decir... No creía que hubiéramos avanzado tanto en esto-lo que sea esto-pero siempre podemos experimentar con eso si quieres.

Tardo un segundo en escuchar lo que dice y su intención.

—Bien. Ya es hora de que te vayas. —Me río y señalo la puerta.



—¿Qué? —Finge inocencia y esa sonrisa avergonzada hace que el corazón se me retuerza en el pecho—. Tú sacaste el tema. —Levanta una mano—. Sólo estoy aquí. A tu servicio. A tu disposición. A tu...

—A punto de ser expulsado de mi habitación es lo que estás a punto de ser para que puedas prepararte para tu...

—Oye. Omar.

Los dos nos sobresaltamos al oír voces en el pasillo y luego nos callamos al oír otras voces.

Nos quedamos inmóviles y nos acercamos a la puerta para escuchar.

Lo que pensábamos que era nuestro equipo de paso se convierte rápidamente en una reunión en el pasillo.

—Um —susurro y me río—. Esto plantea un problema. No puedes irte de aquí ahora.

—Entonces tendrás que decirle a Anya que llego tarde a la entrevista.

Lo único que puedo hacer es reírme mientras le envío un mensaje a Anya e intento moverme en silencio por la suite.

Pasan los minutos.

Y más minutos.

Riggs está de pie frente a mí. Los dos reflejamos la postura del otro mientras él se apoya en el respaldo del sofá y yo en el borde de la mesa, con los brazos cruzados y sonrisas divertidas pero incrédulas mientras hablan y hablan y hablan.

—Está claro que tienen mucho que decirse —murmuro.

—Mucho.

—Me pregunto qué podríamos hacer para ocupar nuestro tiempo —digo inocentemente, pero mi cuerpo sabe la respuesta.

—Ni idea.

Hago ademán de acercarme a la cama y presionar sobre ella como si estuviera probando el colchón.

Levanta las cejas pero duda. Me doy cuenta de la comparación que probablemente está haciendo en su cabeza. Una suite. Solo. Una persona de Fl. Yo.

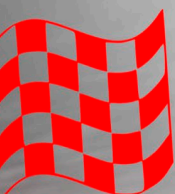
Eso es lo último en lo que quiero que esté pensando.

—Riggs —susurro.

—Hmm. —No me quita los ojos de encima.

Sus ojos se oscurecen y sus dedos se crispan como si tuviera ganas de tocar.

Pero espera a que yo dé el primer paso. Espera a que le demuestre que quiero esto.



Y para mí hay poder en eso.

Me giro hacia él y me despojo de mi ropa en un tiempo récord, de modo que estoy desnuda ante él, con nuestro equipo en la puerta, ajeno a todo.

Se pone en pie y se le mueve la nuez de Adán.

—Ocupa mi tiempo, Riggs.

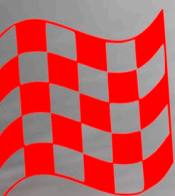
—Oh.

—O tiene toda la razón. —Sonríó—. Necesito algunos corazones en mi calendario para hoy.

Avanza hacia mí, sus ojos devoran cada centímetro de mí a medida que avanza. Cuando se acerca a mí, se inclina y me besa en los labios.

—Tus deseos son órdenes. Pero tendrás que guardar silencio, Gasket. Nada de gritar mi nombre.

Me guiña un ojo y me río mientras se zambulle entre mis piernas.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Riggs

Andrew está perdiendo terreno.

Está posicionado en P4 y está perdiendo ritmo. ¿Son sus neumáticos? ¿Su motor? ¿Qué carajo es?

Agarro el volante y me siento justo detrás de su parte trasera derecha, listo para rechazar a los atacantes. La pesadilla de mi existencia.

Mi coche está marcado. Es rápido y sensible y...

—Vamos —grito.

—Entiendo tu frustración, pero estamos esperando —dice Hank.

—¿Por qué? —Respondo bruscamente. El podio está al alcance de la mano. Sé que soy más rápido que el piloto de la P3. Mis tiempos en el sector lo demuestran—. ¿Somos libres para pelear? —pregunto, esperando que me dejen competir con mi propio compañero de equipo e intentar el podio—. Déjame luchar.

El silencio se come la conexión.

Es mi respuesta.

Es mi rechazo.

—Espera, Riggs. —Pero para cuando Hank termina esas palabras, yo ya estoy adelantando a Andrew y volando a su lado con la ayuda del slipstream².

Hay ruido en mis comunicaciones pero no presto atención. Sé que Hank no dirá mucho, ya que todos los aficionados y todas las cadenas pueden oírlo.

Así que no les presto atención.

² **Slipstream** es una maniobra aerodinámica utilizada por los autos de F1 para posicionarse detrás de otro vehículo y aumentar la velocidad.

Me centro en el coche que tengo delante. En atraerlo. En tener la conducción de mi puta vida aquí en Monza.

Seguro que me está regañando. Omar está de pie con las manos agarrando los auriculares con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos.

Pero el coche de Andrew está compitiendo mientras que el mío está ajustado. O protejo a un compañero de equipo que va más lento y termino más adelante en la parrilla, o confío en mis habilidades, en mi coche y en mi equipo, y les doy un podio.

La radio se queda en silencio durante un tramo, pero no dura mucho cuando Hank se da cuenta de que estoy a punto de alcanzar y adelantar a Halloran.

—Cinco décimas de segundo por detrás —dice finalmente, con la voz entrecortada.

—Entendido.

Entramos en una curva cerrada y Halloran amaga a la derecha antes de acercarse a la chicane³.

Pero conozco este movimiento suyo.

He ido en contra de él cuando competíamos en karts uno contra el otro. Me lo hizo una vez. No me lo volverá a hacer. No cuando importa aún más.

Él amaga a la derecha y yo me dirijo directamente hacia su amago, de modo que cuando se corrige, ya le llevo medio coche de ventaja.

Y luego paso.

No lo toco.

No hacemos contacto.

Pero se pasa de frenada y, de un rápido vistazo por el retrovisor, lo veo salir despedido hacia la grava.

—Sí, Riggs. Sí —grita Hank, con emoción en su voz—. Actualmente eres P3.

Y termino P3.

Un podio.

Mi primer maldito podio en F1.

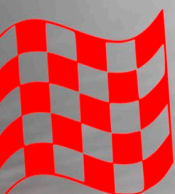
La cabeza me da vueltas de euforia.

Me acerco a la meta y me duele el pecho de contener la euforia.

Estoy fuera del coche.

Salto a los brazos de mi equipo.

³ **Chicane:** Es una serie de curvas pronunciadas que hay en un circuito por lo tanto se debe reducir la velocidad a la que van los pilotos y, por supuesto, poner a prueba su habilidad de conducción.



Y luego todo está borroso. El trofeo. El champán salpicado. El escozor en mis ojos. El dolor de la sonrisa en mis mejillas.

Toda la maldita experiencia.

La absorbo. Cada maldita parte.

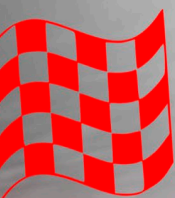
Pero a medida que la adrenalina disminuye.

A medida que la euforia se desvanece.

Me doy cuenta de que mis acciones en ese momento pueden haber estado justificadas, en mi cabeza, al menos, pero seguro que no fueron sancionadas.

Y cuando las cámaras se van, cuando la prensa pasa al siguiente piloto, entro en un garaje y en una situación cargada.

Mierda.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Camilla

—**Y**a sabes qué hacer por mí.

Miro a mi padre y odio el revoloteo de mis entrañas. Sé lo que me pide y es tan cruel por naturaleza, pero solo por quién me lo pide.

Asiento, con ganas de volver a preguntarle si está seguro de que no se siente con fuerzas para hacerlo, pero sé lo que parecería.

Debilidad.

Mostrar favoritismo.

Obviamente.

—Sí, quiero.

—Hank ya le dio la primera advertencia. El protocolo Moretti es que la alta dirección da la siguiente.

Claro que sí. Y por supuesto, hoy es un día en el que la enfermedad de mi padre está más presente que nunca.

—Y tienes que bajar y dirigirte a él delante del equipo. *Ahora mismo.* Tienen que saber que nosotros, la dirección, tomamos las decisiones. Que los defendemos cuando su conductor ignora sus peticiones. Que nos damos cuenta de que no fue su error de juicio.

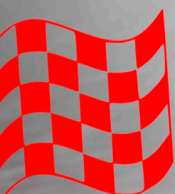
—Pero... subió a un podio. No es como si hubiera ido en contra de la orden directa de Hank. Diablos, él ni siquiera le dio una respuesta...

—Exacto. —La voz de mi padre es como un trueno en la silenciosa habitación—. Riggs no esperó instrucciones. La última vez que lo comprobé, yo soy el dueño de este equipo. Omar es el director. Y Hank da la instrucción.

—Pero papá...

—Esto es un equipo, Camilla. Simple y llanamente. Y como miembro de él, debes seguir las malditas reglas, incluso cuando no quieras. Reglas como, no ignores a tu ingeniero. Como, sólo porque tengas una oportunidad de vencer a tu compañero de equipo, eso no significa que puedas aprovecharla sin la aprobación de *Hank*, especialmente cuando eres el piloto

K. BROMBERG
OFF THE



número dos. —Su tono me recuerda a cuando yo era adolescente y lo cuestionaba. Dice que *no hay lugar para la discusión en esto*—. O como que tienes que bajar y confrontar a dicho conductor por estar equivocado. ¿Entendido?

No entiendo por qué presiona tanto.

—Entendido.

Levanta las cejas y mira hacia la puerta como si estuviera esperando a que lo haga.

Cada paso hasta el garaje es doloroso. Riggs acaba de subir a un podio. Algo que algunos de los otros diecinueve pilotos en la pista aún no han hecho, a pesar de que han estado en este nivel mucho más tiempo.

Y ahora tengo que ir a aguarle la fiesta.

¿Se equivocó al no esperar la respuesta de Hank? Sí.

¿Se equivocó al tomarse la justicia por su mano? Sí.

Pero, ¿le ha salido bien la apuesta y le ha favorecido? ¿A favor del equipo? También.

¿No podríamos dejarlo pasar y, como equipo, celebrar la llegada de un nuevo piloto y su increíble éxito?

Por supuesto que no.

Me trago la discordia y entro en el garaje con los hombros erguidos y la columna vertebral recta.

—Riggs —digo en voz alta, haciendo que el círculo del equipo a su alrededor se calle mientras todos se giran para mirarme.

Riggs frunce el ceño al asimilar mi mirada.

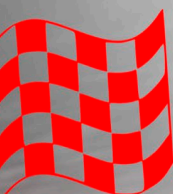
—¿Sí?

—En primer lugar, permíteme felicitarte por tu podio.

—Gracias. —La preocupación en su expresión se desvanece cuando su sonrisa dibuja las comisuras de sus labios.

Cree que estoy aquí para felicitarlo. El orgullo en sus ojos lo dice y hace que lo que tengo que hacer a continuación sea mucho más difícil.

—Que conste que el hecho de que hayas obtenido algunos buenos resultados en el tiempo que llevas con Moretti no significa que diriges este equipo y lleves la voz cantante. Él es tu ingeniero de carrera —digo, levantando el dedo en dirección a Hank—. Tú eres el piloto. Todo tu equipo trabaja duro para protegerte y guiarte en la pista. Hank te dirige según sus indicaciones. Ese es tu trabajo. La forma más rápida de salirte de la pista es no escuchar las indicaciones de tu ingeniero de carrera. Esta es tu segunda advertencia, Riggs. Y como sabes, en tu contrato se estipula que sólo hay tres advertencias antes de que el contrato se termine y estés fuera de este equipo. ¿Está claro?



El garaje es tan silencioso que se podría oír caer un alfiler, y eso es mucho que decir teniendo en cuenta que estamos en un circuito con otros nueve equipos trabajando.

—*Cómo el cristal* —dice Riggs, el músculo de su mandíbula palpitando y la ira ardiendo en sus ojos.

No sólo fue reprendido delante de su equipo, sino que lo hizo una mujer. Sé que Riggs es un tipo de igualdad de oportunidades, pero ser castrado delante de su equipo tiene que ser brutal. Pero él firmó el contrato. Él conoce las reglas, y están en su lugar por una razón. No es un código nuevo para Moretti.

Pero aun así... Odio esto.

Cada parte de mí intenta decirle con los ojos que lo siento, que no ha sido cosa mía, pero me encuentro con una cara de piedra y acero en los ojos.

—¿Hemos terminado? —pregunta, todos callados, inmóviles y, por las miradas furtivas que se lanzan, claramente incómodos.

Miro a mi alrededor, a nuestro equipo. Algunos parecen entender por qué hice lo que hice. Otros están claramente molestos conmigo. Vuelvo a mirarlo a los ojos y asiento.

—Sí.

Giro sobre mis talones y vuelvo por donde he venido. Me duele el pecho y las lágrimas me arden en el fondo de los ojos. Tengo un nudo en la garganta que parece una roca.

Voy a mi oficina en la suite de hospitalidad, necesitando un momento de respiro. Incluso un segundo para poder enviar un mensaje a Riggs y explicarle.

Pero me sobresalto cuando levanto la vista del teléfono y veo a mi padre sentado detrás de mi mesa. Tiene la cabeza inclinada hacia un lado y los ojos clavados en mí.

—¿Sí? —pregunto con cautela.

No habla en seguida, y desprecio la sensación de hundimiento en el estómago que me produce su silencio.

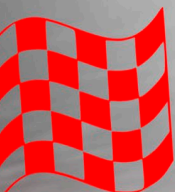
—Es duro tener que tratar con empleados cuando se han hecho amigos, ¿verdad?

Lo miro fijamente, parpadeando, como si esa acción fuera a hacerme comprender lo que ha dicho mucho más rápido.

—Me tendiste una trampa. —La incredulidad y el dolor empañan mi tono.

—No. Pensé que era importante que entendieras que esto es un negocio. Ante todo. Pone comida en la mesa de la gente. Crea puestos de trabajo. Crea un escape de la rutina diaria para muchos otros. Aprendí esta lección por las malas. Perdí muchos amigos porque no podían separar lo laboral de lo personal.

K. BROMBERG
OFF THE



—Entonces, ¿qué? ¿Crees que Riggs y yo somos amigos y por lo que iba a ponerlo en su lugar y poner fin a nuestra amistad?

—No —dice la palabra lentamente—. Creo que necesitabas que te recordaran que ante todo eres una Moretti. Necesitabas demostrar a todo el mundo *que* lo sabías. Fue algo difícil de hacer, pero sin duda acabas de ganarte el respeto de todas y cada una de las personas que estaban en ese garaje.

—Todas las personas excepto Riggs.

Tuerce los labios y responde al desafío de mi mirada.

—Ya es mayorcito. Lo han castigado por cosas peores. Es bueno, Cam. Es arrogante y hábil y un jodidamente increíble buen piloto, pero también es egoísta...

—Como esperamos que hagan todos los pilotos.

—No mires ahora, Camilla, pero tu amistad es evidente.

Aprieto los dientes para no decir nada más.

Lo ha dejado claro.

Y no hay forma de que siquiera se entretenga con la mía.

Se levanta de mi silla, sin los temblores de antes. Ve que me doy cuenta. Se da cuenta de que sé que acaba de jugar conmigo.

—Buen trabajo. —Es todo lo que dice mientras asiente y sale de mi despacho.

Me quedo mirando su espalda hasta que ya no puedo verlo más antes de hundirme en mi silla y montarme mi propia fiesta de lástima.

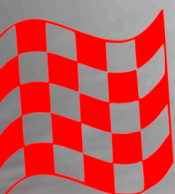
Mis deberes se alargan más de lo que quisiera. No ayuda que cada vez que miro el teléfono, Riggs no haya respondido a ninguno de mis mensajes.

En cuanto tengo ocasión, vuelvo al hotel del equipo y me dirijo directamente a su habitación.

Pero la limpieza está ahí cuando llego.

Ya se había marchado.

Se fue sin dejarme decir una palabra.



CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Riggs

¿Cambíé mi vuelo y volví a casa sin el equipo ni el alojamiento que había reservado?

Sí. Claro que sí.

¿He ignorado todos los mensajes, llamadas y señales de humo que Camilla ha intentado enviarme?

De nuevo, sí.

¿Hay alguna razón por la que desde hace dos días me dirijo a mi piso por la entrada de atrás para no tener que pasar por delante del suyo y cruzarme accidentalmente con ella?

Mierda, sí.

Sí, cometí el proverbial delito, pero mi delito dio a Moretti suficientes puntos para al menos mantenerlos en la pugna por un puesto más alto en el Campeonato de Constructores del que han tenido en cinco años.

Jodidamente ridículo.

Sin duda, Wills, Junior y Micah están hartos de oírme quejarme. El hecho de que hoy hayan dejado de responder a mis mensajes, cuando siempre lo hacen, lo dice todo.

Pero mierda, hombre. Todavía me molesta cuarenta y ocho horas después. Todavía me carcome. Todavía me deja mal sabor de boca.

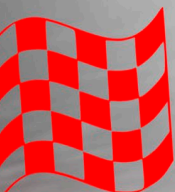
—La forma más rápida de salirte de la pista es no escuchar las indicaciones de tu ingeniero de carrera. Esta es tu segunda advertencia, Riggs. Y como sabes, en tu contrato se estipula que sólo hay tres advertencias antes de que el contrato se termine y estés fuera de este equipo. ¿Está claro?

¿Está claro? Sí. Conozco el contrato. Conozco las reglas. Actué por impulso.

Algo que conoces muy bien, ¿verdad, Camilla? ¿No es así como los dos nos metimos en este lío? ¿Por tu impulso de besarme?

Cristo.

K. BROMBERG
OFF THE



Ella me lastimó.

Mierda me duele cuando eso es algo que no permito que pase. Es algo que no puede pasar porque nunca dejo entrar a nadie.

Pero la dejé entrar. Obviamente. Y ahora me siento más jodido que nada, y no estoy muy seguro de qué hacer al respecto.

Doblo la esquina para dirigirme a la puerta principal y Camilla está sentada allí. Se levanta en cuanto me ve. Mis pies vacilan momentáneamente, pero a la mierda, ¿no? Es mi puerta. Mi piso.

Me acerco a zancadas y se me pasa por la cabeza recogerla y apartarla físicamente, pero no lo hago. Mi mirada dice aléjate, por mí.

No se echa atrás.

Y maldita sea. Puede que esté enfadado, pero ella tiene la cara fresca, sin maquillaje, el cabello recogido en un montón encima de la cabeza y una camiseta de tirantes puesta cuando ella no lleva camisetas de tirantes en público... y dudo.

—¿Quieres que lo hagamos aquí, en el pasillo? —pregunta, poniendo las manos en las caderas y adoptando una postura de batalla—. Me parece bien. Vamos.

Gruño. Es lo mejor que puedo hacer. La gente de nuestro edificio sabe quién soy ahora, y sin duda disfrutaría vendiendo algo jugoso para pagar el alquiler de los próximos años.

Se mueve lo justo para que pueda abrir la puerta antes de irrumpir detrás de mí y cerrarla a su espalda.

Avanzo a paso ligero hasta el final de mi casa. Mis maletas de la última carrera siguen amontonadas en el suelo porque sí, me comporto como un mocoso malcriado y pedante.

Y no me importa una mierda que lo sea.

Ella me lastimó.

Y ahora desearía no haberla dejado entrar.

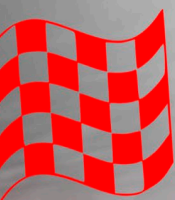
—Riggs. —Mi nombre es una súplica. Una pregunta. Y casi todas las malditas cosas intermedias que no quiero reconocer.

—¿Qué? —Me giro para mirarla. Brazos fuera. La ira al frente y al centro.

—Tenía que hacerlo. Estaba haciendo mi trabajo.

—¿Una directora de marketing amonestando a un piloto? ¿Reprendiéndolo delante de todo el puto equipo? La última vez que lo comprobé, eso no estaba en la descripción de tu trabajo.

No tiene nada que decir al respecto y eso significa que no me está diciendo toda la verdad sobre algo. ¿Debería importarme? ¿Debería molestarme? A la mierda si lo sé.



—¿El gato te comió la lengua, Moretti?

—Hice lo que tenía que hacer. —Su voz es tranquila. Resuelta.

—¿En serio? —Me burlo—. Me hablaste delante de todas las malditas personas de ese garaje como si fuera un chico de los recados que la cagó en vez de un piloto que te ha mantenido en el juego.

—Tienes toda la maldita razón —grita.

Su ladrido me sorprende.

—¿Por qué? —le pregunto.

—¿Por qué?

—¿He tartamudeado, carajo? —La expresión de su cara, dolor, incomodidad, disculpa casi me conmueve. *Casi*—. ¿O tengo que repetir la pregunta?

Estoy siendo un idiota. No me importa. Ella fue una idiota conmigo. El cambio es juego limpio.

—Mi jefe me pidió que diera el aviso —dice.

—¿Te refieres a tu *padre*? —Levanto las manos en señal de disculpa y me río como el idiota que soy—. Oh. Culpa mía.

—No seas así.

—¿De qué manera? Tratando de entender por qué mi... —novia. ¿*Novia*? Qué mierda, Riggs—. Actuaste de esa manera.

—¿Qué? ¿Profesional? ¿Imparcial? ¿Poner a un conductor en su lugar por básicamente decirle *jódete* a la gerencia? Te equivocaste, Riggs. Fuiste quién la jodió.

—Y tú eres la que lo hizo personal.

—No, no lo hice. Hice mi trabajo, como tú deberías haber hecho el tuyo. Y no podía ser blanda contigo.

—¿Y eso por qué? ¿Para poder demostrar que eres el gran hombre del campus? Felicidades. Misión cumplida. La mitad del equipo está enojado contigo y la otra mitad piensa que eres una perra. A mí me parece que todos salimos ganando.

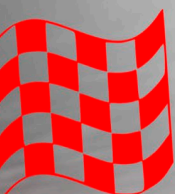
—Que te jodan —gruñe.

—Sí. Claro. *Jodeme*. —Me muevo. Mis manos. Mis pies. Necesito calmar la ira y los pensamientos en mi cabeza. Los que me dicen que estoy muy enojado porque ella significa algo para mí. Porque quiero que lo haga—. Pero aún no has respondido a mi pregunta.

—¿Cuál es?

—¿Por qué, Camilla? ¿Por qué, carajo?

—Porque si no lo hubiera hecho, entonces cada puta persona en ese garaje me habría mirado y habría visto a través de mí. Sabrían que... ¿Sabes qué? No importa.



Va a darse la vuelta, pero tengo mi mano en su bíceps y su cuerpo gira para mirarme.

—¿Saber qué, Camilla? ¿Qué estamos follando? ¿Sí? ¿Y? —Sacudo la cabeza, intentando pensar con claridad cuando quiero besarla. Cuando quiero joder el dolor que puse en sus ojos—. Acabé en el podio, carajo, y no fue porque hiciera lo correcto, así que ¿qué te hace pensar que está bien o mal cuando se trata de estar contigo?

Me mira fijamente, con el pecho agitado, la mandíbula apretada, los hombros subiendo y bajando, irradiando dolor. Abre la boca para hablar y luego la cierra.

Y de un latido a otro, mis labios están sobre los suyos. Vierto en el beso todo el dolor y la rabia que siento por su forma de vestir. Cada pizca de confusión por esta repentina comprensión de que me estoy enamorando de una mujer cuándo no debería haber ataduras.

Al principio hay un sobresalto.

Entonces se abren las compuertas y somos una mezcla de manos que agarran y dientes que muerden. De ropa descartada y órdenes en voz baja.

—Deprisa.

—Rápido.

—Te necesito dentro de mí.

—Necesito follarte.

No hay preliminares. No hay pruebas para ver si está lista para mí. La semana ha sido suficientemente dolorosa. El único bálsamo para el dolor es estar enterrado dentro de ella. Es sentir su entrega por mí. Es saber que ella necesita esto tanto como yo la necesito a ella.

La necesito.

Para probarla.

Para sentirla.

Para follármela.

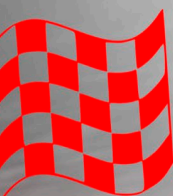
Caemos de espaldas sobre mi cama, su pecho es una almohada de felicidad mientras cae sobre mi pecho.

—Riggs. —Está sin aliento. Desesperada. Igual que yo.

—De rodillas —digo, esta repentina necesidad de ponerme de nuevo en control de esta relación. De enderezar nuestros límites. De hacerle saber que yo controlo su maldito placer, no ella a mí.

—¿Qué? Yo no...

—De rodillas. Arrástrate hasta aquí. Siéntate en mi cara. —Sus ojos se abren más. *Sí. Me ha oído bien.* Mis manos van a sus caderas y la guían por encima de mis hombros—. Voy a follarte el coño con mi lengua. Y luego te voy a follar más duro con mi polla.



—Yo... ¿y si no puedes *respirar...ohhhhhh*? —grita mientras entierro la cara entre sus muslos, con la nariz, los labios y la barbilla cubiertos al instante de su excitación.

Maldito cielo.

—No te preocupes por mí —le digo cuando noto que se tensa e intenta sentarse más arriba. Le sujeto la cintura con las manos—. Saldré a tomar aire cuando esté jodidamente bien y preparado. Pero ahora, ahógame, carajo.

Emite un suspiro y un aullido cuando vuelvo a sumergirme en su dulce terciopelo. Se agita sobre mi lengua con mi nariz golpeando su clítoris y mi barbilla golpeando su trasero. Es jodidamente glorioso.

Cada maldita lamida. Cada maldita chupada.

La acaricio hasta que me empapa la cara. Su coño se hincha y se moja cada vez más.

Su cuerpo se tensa.

Y cuando grita mi nombre, sus dedos me agarran del cabello y tiran de él, y su orgasmo se apodera de mi lengua y me ahoga de la mejor puta manera posible.

Son sus suspiros que quitan el hipo los que me ponen. Casi como si no estuviera segura de cómo sentir placer así. De poseerlo.

Jadea cuando vuelvo a bajar sus caderas para probarla por última vez. Pero no puedo aguantar ni un maldito segundo más. Tengo la polla tan dura que me duelen las bolas.

En cuestión de segundos le doy la vuelta; su jadeo se convierte en carcajada, pero ambas cosas quedan eclipsadas por el gruñido que emito cuando me entierro en ella de un rápido empujón.

Veo estrellas. Inmediatamente. Sin duda.

Se alinean tan malditamente rápido que no pienso. No puedo. Sólo me concentro en lo bien que se siente, en cómo se sacuden sus tetas con cada golpe. Cómo su coño es tan jodidamente resbaladizo y apretado. Cómo nuestros cuerpos encajan.

Y cómo, con esos ojos drogados por el sexo, me mira con mucho más que lujuria.

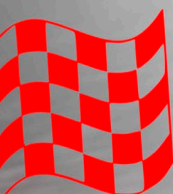
Pero es demasiado en lo que pensar ahora que lo único que me preocupa es este dolor que se me está acumulando en la base de la columna vertebral y la presión en el bajo vientre.

Acelero el ritmo. Una y otra vez. Una y otra vez. Sus ojos permanecen fijos en los míos todo el tiempo. Se adueña de mí.

Urgiéndome.

Me empuja sobre el maldito borde al igual que su cuerpo.

Y cuando me corro, nunca un orgasmo me había golpeado más fuerte.



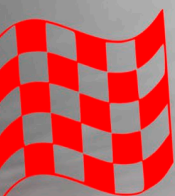
GRID

268
Simply Books

O con más impacto del que he sentido nunca.

Una cosa es segura, sea lo que sea lo que hay entre nosotros, seguro que sabemos cómo besarnos y reconciliarnos.

Al menos está eso.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Camilla

Mi corazón no para de latir y por muchas más razones que las físicas.

Miro al techo e intento procesar los últimos treinta minutos.

Diablos, los últimos días.

Los increíbles altibajos. Los bajos que revuelven el estómago.

Y luego lo que sentí cuando finalmente vi a Riggs. La necesidad de hacer las cosas bien de nuevo. De disculparme, a pesar de que él estaba equivocado. De borrar de sus ojos el dolor, la ira y algo más que no podía distinguir.

Su mano encuentra la mía y entrelaza nuestros dedos. Es la acción más sencilla, pero la tranquila seguridad de que estamos bien *me alivia la* presión que me queda en el pecho y que el sexo no ha aliviado.

—Mi padre —digo y luego dudo.

—Esas son definitivamente dos palabras que ningún hombre quiere oír después de tener sexo. —Se ríe y me da un beso en el hombro.

Se mueve en la cama, con la cabeza apoyada en la mano, pero el silencio no hace más que exacerbar el peso de su mirada sobre mí.

—Háblame, Moretti —murmura, con sus labios aún pegados a mi piel.

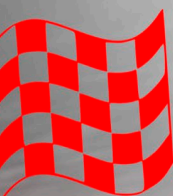
Lucho con el comienzo de mi confesión y las palabras que normalmente seguirían.

No puedo romper la promesa que le hice a mi padre. No puedo ser yo quien cuente su secreto. Pero al mismo tiempo, Riggs significa tanto para mí que necesito hacerle entender. Necesito que vea que lo que pasó en el garaje no fue un juego de poder de mi parte.

Que había una razón detrás.

Al mismo tiempo, lo último que quiero es mentir. Opto por una verdad parcial. La suficiente para intentar reparar esta valla, pero no para derribar la que me ha protegido toda la vida.

K. BROMBERG
OFF THE



—Mi padre tuvo un susto de salud —digo—. Fue suficiente para que se diera cuenta de que tenía que empezar a pensar en Moretti Motorsports más allá de él.

—Y por eso te llamó de vuelta a casa —dice en voz baja.

—En pocas palabras. El marketing es mi foco, pero también está decidido a enseñarme todos los aspectos del negocio.

—Como reprender a los pilotos.

—Como si quisiera darme una lección.

—¿Qué lección sería esa?

—Que a veces es difícil ser amigo de los empleados. Que hay mucha gente que depende de su sueldo.

Riggs se tumba de espaldas y su suspiro se extiende por toda la habitación. Su silencio se come el espacio, pero también hay una resignación que no sé si comprendo.

—Yo era más rápido. Mis tiempos por sector. Mis tiempos de vuelta en general. Eriksson se estaba desvaneciendo. Podía ver a Halloran en la distancia, y él estaba dentro de mi alcance. —Hace una pausa—. He tenido que probarme a mí mismo toda mi vida. Demostrar que soy el hijo de Ethan Riggs, que conduzco como él, pero que no soy él. Es un acto de equilibrio constante. Sé que no estaba bien en términos de Equipo Moretti, pero vi un carril para probar esto y lo tomé. ¿La cagué? Sí. Reprimenda hecha, pero punto hecho por mi parte también. Moretti quiere que su equipo sepa que el equipo los respalda, pero yo merezco lo mismo.

No hablo. No apruebo ni condeno sus razones para lo que hizo.

Personalmente, los entiendo, pero esta es la parte en la que escucho sin actuar. Ser piloto en un equipo de F1 significa que escuchas a tu ingeniero. Punto. Ellos saben lo que están haciendo. Ellos ven el panorama general. Conocen los coches al dedillo. Pero sospecho que no necesito decirle esto. Esperemos que vea más allá de la reprimenda, más allá del podio, y vea el panorama general. *Eso lo llevará de ser un gran piloto a ser un piloto de F1 excepcional.*

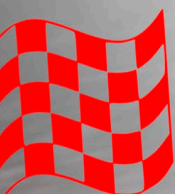
—Mi agente me dijo antes de la carrera que Maxim está mejor de lo esperado. Que... mi tiempo podría ser limitado.

—Estoy al corriente. Yo también me enteré justo antes de la carrera —le digo, sin querer que piense que se lo oculto, aunque en mi posición tengo todo el derecho a hacerlo.

—No lo sé, Cam. Quizá lo que hice fue un intento desesperado de demostrar a todos que merezco estar a este nivel.

Le aprieto la mano y me muevo para que mi cabeza quede apoyada en su hombro, mi mano en el latido constante de su corazón y mi pierna enganchada sobre la suya. Una silenciosa muestra de apoyo sin traicionar las líneas en la arena que mi apellido ha trazado para mí.

K. BROMBERG
OFF THE



GRID

271
Simply Books

Nos instalamos en un cómodo silencio, nuestras confesiones nuestras disculpas.

—¿Va a estar bien? —Riggs finalmente pregunta.

Cierro los ojos un instante y me pongo a horcajadas sobre él. Se ríe cuando bajo la boca y la encuentro con la suya.

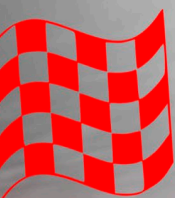
—Creo que ya hemos hablado bastante —murmuro contra sus labios.

—¿Es así?

Me arrastro por su torso, besando sus labios a medida que avanzo. Mis ojos no se apartan de los suyos.

—¿Te quejas? —pregunto mientras me llevo su punta a los labios y la beso.

—No. Dios, carajo, no.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO CINCUENTA

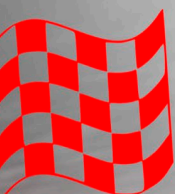
Camilla

El rostro apuesto de Riggs llena la pantalla, su sonrisa al frente y al centro.

—Hola. —Saluda—. De vuelta para otra ronda de *Soy el imbécil*. Sé que nos tomamos un descanso la semana pasada y publicamos una serie de preguntas y respuestas sobre la carrera, pero sus quejas fueron escuchadas. Alto y claro. Así que... volvemos a nuestro programa habitual. —Mueve un poco el teléfono—. Este Imbécil viene de alguien con el apellido Gasket. Me encanta el nombre, amigo. —Me levanta el pulgar y miro la pantalla con recelo. Si esto no es un mensaje dirigido a mí, no sé lo que es—. La pregunta de Gasket es la siguiente: Oye, Riggs. ¿Soy imbécil por mentir a mis compañeros sobre tener que ir a una función de trabajo cuando todo lo que quiero hacer es pasar el rato con la chica con la que he estado saliendo?

Y cuando sonrío y mira a la cámara.

Juro que me está mirando directamente a mí y a la sonrisa bobalicona que tengo en los labios.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Riggs

—¿Qué te parecen las cosas? —le pregunto a Ari mientras levanto una mano para darle las gracias a la azafata por mi bebida.

Gran Premio de Singapur, allá vamos.

El jet privado que Moretti pone a disposición de sus pilotos es de lo mejor en todos los aspectos, incluido el servicio, según Andrew. El mismo Andrew que en estos momentos me sonríe desde el otro lado del pasillo porque, al parecer, se ha aprovechado de dicho servicio.

Supongo que su servicio vino con el nombre de Savannah. Supongo que ya no está con su novia. O tal vez lo está. ¿Quién mierda lo sabe?

—No puedes hablar, ¿verdad?

—No.

—¿La gente delante de ti?

—Sí. Lo has adivinado —digo, intentando que no se note que estamos hablando de mierda que es privada.

—Así que Maxim tiene una semana o dos. Tal vez tres. Su objetivo es volver para el próximo mes. Ya sea Qatar o Austin. La idea que estoy recibiendo es que se siente un poco amenazado por tu éxito y ve la necesidad de volver y probarse a sí mismo de nuevo en su viaje antes de que lo robes.

Se me contrae el pecho: por orgullo, por miedo, por lo desconocido y por una buena dosis de pánico.

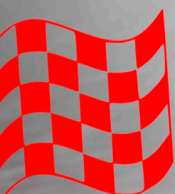
—¿Y?

—¿Estás preguntando dónde te deja eso?

—Correcto.

—No estoy seguro para ser honesto. Hay varias posibilidades. Moretti te despide, no encuentras otra escudería y vuelves a StarOne Racing a esperar a que acabe la temporada para que, con suerte, te vuelvan a contratar. Moretti te despide y otro equipo te contrata. Hay dos pilotos que están rindiendo por debajo de lo esperado y sus puestos podrían estar en juego. O... Moretti te

K. BROMBERG
OFF THE



mantiene. Ya sea como su número dos, porque no están cien por ciento convencidos de que Maxim esté listo, o te mantienen como piloto reserva.

—Hay que descartar la primera opción.

—Tenemos que ser razonables...

—Soy yo. Mi trabajo habla por sí solo. —Andrew me mira y su asentimiento indica que está de acuerdo con lo que digo.

Hay un código tácito entre los conductores. No hablamos mal los unos de los otros. Puede que no nos caigamos bien, que tengamos momentos de acaloramiento, pero mantenemos nuestros trapos sucios limpios de cara al público. Las luchas internas son malas para el deporte. Hablar mal de otros pilotos aún más. Y si lo haces, te arriesgas a perder cualquier apoyo secundario de la base de fans de ese piloto.

—Así es —dice Ari, atrayéndome de nuevo a la conversación—. Pero hay veinte asientos al principio de cada temporada. Es raro que los equipos recorten pilotos a mitad de temporada... pero ha ocurrido.

No voy a volver.

Merezco estar aquí.

Me he ganado el derecho a estar aquí.

—Tomo nota. —Es todo lo que puedo decir.

—Estoy luchando. Debes saber que estoy luchando por ti como siempre.

—Gracias.

—Y no te sorprendas si me ves en una próxima carrera.

—¿Tú? —Lanzo una carcajada—. ¿Sr. Ocupado e Importante?

—Eso debería decirte donde aterrizas en mi lista de prioridades, Riggs. Alto.

—Gracias, amigo.

—Vamos a hacer todo lo posible para mantenerte aquí.

Termino la llamada y echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y suspiro.

Dos advertencias.

Dos putas advertencias.

¿Y si hago otra cosa y consigo una tercera? ¿Y si...?

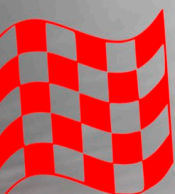
—Tipos como tú, hombre —dice Andrew y espera a que lo mire a los ojos antes de continuar—. Se habla por ahí. A los equipos les gustan tus agallas y tu habilidad. Ya llegará, Riggs. Ya lo verás.

—Gracias. Agradezco el voto de confianza.

—Te lo has ganado. A pulso. Y no soy el único que lo ve.

Esperemos que no.

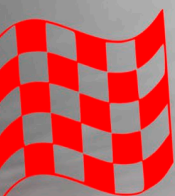
K. BROMBERG
OFF THE



GRID

275
Simply Books

Esperemos que así sea.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Camilla

Los nervios me sacuden.

Nervios que nunca imaginé que sentiría cuando estaba sentada en la última carrera de Singapur y se me ocurrió la idea de la aventura de una noche.

Una idea tan inesperada pero tan acertada. Siempre habrá otra gala, pero nunca habrá otra oportunidad para distraer a Riggs, para darle el tiempo y la gracia de tener un rápido respiro de toda la presión que rodea a la próxima carrera de Suzuka.

Así que aquí estoy, con un plan preparado, los nervios a flor de piel y la emoción desbordada.

Es ridículo, de verdad. El hombre me ha visto desnuda desde todos los ángulos imaginables.

Entonces, ¿por qué cuando estoy vestida con mis mejores galas me pone nerviosa que me vea así?

Porque nunca lo ha hecho.

Después de mirar a ambos lados del pasillo, inspiro con fuerza y llamo a la puerta de su habitación.

Abre la puerta rápidamente y en cuanto me ve dice:

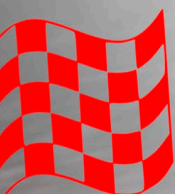
—No eres mi chófer.... —Pero es el abrir de ojos y la rápida y audible bocanada de aire que emite al verme lo que me hace engreírme ridículamente.

—Hola —digo, repentinamente tímida.

—¿Hola? No puedes quedarte ahí y decir hola cuando llamas a mi puerta vestida así y esperar que pueda hablar. Quiero decir, Camilla... —Gira su dedo para que dé una vuelta, y lo hago. El silbido bajo que sigue hace que se me dibuje una sonrisa en la comisura de los labios—. Mierda. Me he quedado sin palabras. Quiero decir, aparte de decir mierda, no tengo palabras.

Sé que tengo buen aspecto. ¿Es engreído pensar eso?

K. BROMBERG
OFF THE



Después de seis años con mi uniforme público de Camilla Moretti, creo que me merezco el derecho a pensar eso. Y por la reacción de Riggs, él piensa lo mismo.

Mi vestido es rojo oscuro. Es entallado, tiene tirantes finos, un escote sexy pero no demasiado revelador y me llega justo por encima de las rodillas. Llevo tacones de tiras, el cabello recogido y maquillaje natural y apagado.

Debatí hacer esto. El vestido. La sorpresa que le tengo preparada. Pero pensé que si hay algún momento para sacarlo de la cabeza el día a día y lo que se avecina este fin de semana, es ahora mismo.

Además, la expresión de su cara es demasiado impagable como para no haberla visto.

—¿Te gusta? —pregunto con timidez mientras lo observo todo en su clásico esmoquin negro. La tela entallada. Los hombros anchos que lo rellenan. La forma en que el cuello le ciñe la nuca. Lo malditamente devastador que está con él puesto.

—Nena, más que gustarme. Si no estuviera esperando a que mi chófer viniera a llevarme a la gala ahora mismo, te metería aquí, cerraría la puerta y te demostraría lo mucho que me gusta.

Sonríó. ¿Por qué me gusta tanto oír sus elogios? Es ridículo, pero así es.

—Bueno, sobre eso. Tu chófer no vendrá.

—¿Qué quieres decir con que no va a venir?

—Surgió algo y, por lo que todo el mundo sabe, tienes un repentino e innegable virus estomacal.

Me mira.

—¿Sí?

—Lo haces.

—¿Qué está pasando aquí?

—Vienes conmigo. —Lo sujeto de la mano e intento guiarlo por el pasillo, pero vacila.

—¿Contigo?

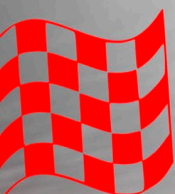
—Aquí no hay nadie. Los que se quedan aquí por la noche ya se han ido a la gala. Podría echar un vistazo. —Le guiño un ojo—. Sólo estás tú. Sólo estoy yo. Y un coche esperando para llevarnos a algún sitio.

—Camilla...

Le puse el dedo en los labios.

—Shh. Confía en mí.

Me lanza otra mirada larga e incrédula, pero me sigue cuando empiezo a caminar de nuevo.



Una hora y un viaje en helicóptero después, Riggs me mira fijamente mientras la aeronave vuela hacia el atardecer y nos deja en lo alto de una colina en las afueras de Champagne.

La bodega es impresionante. Se asienta sobre un valle que tiene ondulaciones de colinas más pequeñas debajo, algunas bañadas por el resplandor dorado de la hierba larga. Otras están bordeadas por los inconfundibles enrejados colgantes de las uvas y sus vides.

El edificio es pequeño en estatura pero rico en arquitectura. Su exterior está formado por arcos de piedra tallada con ricas enredaderas verdes que se arrastran por su fachada y macizos de flores de colores en su base. La madera del interior es oscura, el suelo de mármol brillante y las lámparas de araña proyectan un suave resplandor amarillo.

—Camilla —dice Riggs por enésima vez.

Enlazo mis dedos con los suyos y empiezo a caminar hacia la estructura.

—Es nuestro por esta noche. El chef ha dejado comida. El sumiller ha dejado los vinos adecuados para acompañarla. Y la suite tiene la cama lista.

Me tira de la mano y cuando me vuelvo para mirarlo con la puesta de sol a sus espaldas y sus ojos grises como nubes de tormenta mirándome fijamente, sé que me he enamorado de este hombre. Estoy enamorada de él.

Y mierda si ese no es el más pesado de los pensamientos para tener en un momento como este.

—¿Por qué?

Es la pregunta más sencilla y a menudo la más difícil de responder.

Me acerco a él y le doy un tierno beso en los labios.

—Porque te lo mereces. —Otro beso—. Porque a veces necesitas un minuto lejos del caos para disfrutar de esta vida que vivimos. Porque... porque quería hacer algo especial para ti.

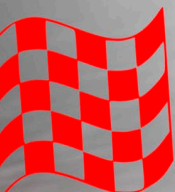
Es su turno de besarme. Es un beso a fuego lento. Uno que no se precipita por falta de tiempo o por miedo a que alguien nos vea. Es de naturaleza soñadora y está cargado de promesas de mucho más.

Cuando termina, me aparta los mechones de cabello de la cara y se queda mirándome un momento.

—Estás impresionante, Cam. Con ropa. Sin ropa. Con el uniforme de Camilla. Sin él. La ropa no te define a ti ni a tu belleza, esto lo hace. —Me da un golpecito en el pecho, justo encima del corazón, y cada parte de mí se debilita por sus palabras.

—Me hiciste ver eso —susurro.

—No. —Sacude la cabeza con el fantasma de una sonrisa—. Tú misma te lo has hecho ver. Puede que hayas depositado tu confianza en mí, pero tú has hecho el trabajo de hacerte sentir cómoda para llevar esto esta noche. Tú lo hiciste.



GRID

279
Simply Books

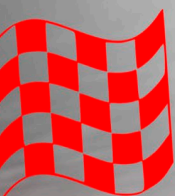
—Tú eres quien me ha hecho sentir lo bastante segura. —Mi voz vacila y su sonrisa se ensancha.

—Es lo más bonito que me han dicho nunca.

Mis emociones me atascan la garganta y, en lugar de intentar controlarlas, doy un paso hacia él, contra él, y lo beso con todas las palabras que no puedo decir pero quiero.

—Creo que la cena y el vino tendrán que esperar. Primero quiero el postre —dice, y entonces grito cuando me levanta, un brazo bajo las piernas, el otro bajo la espalda, y me lleva a la villa.

Definitivamente, no voy a quejarme por eso.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Riggs

Nos movemos a la suave luz de las velas.

Besos lentos y sensuales acentuados con el rico sabor del vino en nuestras lenguas.

No hay prisa.

No hay urgencia.

Es sólo en una villa vacía en lo alto de una colina desolada, con la luna arriba y lo más hermoso en un radio de diez kilómetros debajo de mí.

Su sonrisa está drogada de deseo cuando me deslizo dentro de ella. Un jadeo suave que se transforma en un gemido sensual.

Escalofríos recorren su piel. Veo cómo recorren su carne.

Sus pezones se fruncen. Sus músculos abdominales se contraen. Sus muslos tiemblan.

—Bésame —murmura y ¿quién soy yo para decirle que no?

Nos besamos. Nuestras lenguas danzan, se deslizan dentro y fuera de los labios entreabiertos del otro mientras yo disfruto de cada lento y delirante embriagador golpe de mis caderas contra ella.

—Qué bien —murmura contra mis labios—. Se siente tan malditamente bien.

Le acaricio la nuca con una mano y con la otra le acaricio una nalga mientras nos movemos juntos.

Su acción es mi reacción.

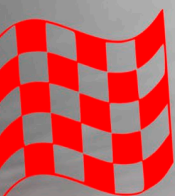
Mi exhalación es su próxima inhalación.

No necesitamos palabras. No necesitamos dirigir. Ahora conocemos el cuerpo del otro. Conocemos nuestras mentes.

Y sé que cada vez que la toco, ahora sólo piensa en mí.

Que he borrado su tacto. Que le he mostrado lo bien que esto puede sentirse cuando es correcto.

K. BROMBERG
OFF THE



Y carajo está bien entre nosotros.

Mi frente se apoya en la suya y se mueve ligeramente con cada embestida. Esto, tomarnos el sexo con calma, es muy diferente. Normalmente somos un lío frenético. Disfrutando del subidón. Persiguiendo el orgasmo, el juego final.

¿Pero esta vez? Esto es disfrutar. Esto es deleitarse.

Esto es la maldita perfección.

¿Esto es... amor?

Mierda. ¿Esto es lo que es? ¿Me he enamorado de Camilla Moretti?

Se me corta la respiración, me apoyo en el codo y la miro. Sus ojos se cruzan con los míos y me quedo de piedra con lo que veo en ellos.

Confianza.

Amor.

Deseo.

A ella. *Sólo fóllatela.*

—¿Qué? —murmura, con una sonrisa suave.

—Nada —digo y deslizo mis labios sobre los suyos.

Entrelazamos nuestros dedos, como lo están nuestros cuerpos, y aparentemente lo está mi puto corazón, y me pierdo en ella.

¿No es eso lo único que no he tenido que cuestionarme en todo esto? ¿Lo fácil que es perderse en ella? ¿Estar con ella? ¿Amarla?

—Vente para mí, nena —murmuro—. Sólo para mí.

Y esta vez, cuando me corro, es potente pero conmovedor. En lugar del agudo crescendo que golpea y se disipa con la desaceleración de mis latidos, siento como si me quemara, marcando mis venas con su calor. Marcándome de una forma que no creo que pueda olvidar jamás.

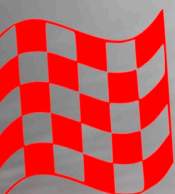
Sus labios se encuentran con los míos una vez más. Una sonrisa se extiende cuando nos separamos.

Gracias, señor.

Me dio esta noche cuando más la necesitaba, para olvidarme de lo que estoy a punto de afrontar.

Y sin saberlo me dio mucho más.

Un, más, con el que no estoy cien por ciento seguro de qué hacer.



CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Riggs

Mi corazón es un staccato constante en mis oídos. Un golpeteo constante mientras el sonido de mi respiración llena el interior del casco y el coche que me rodea hace vibrar todo mi cuerpo.

Es bueno estar de vuelta en la cabina.

Que mi equipo escuche mis disculpas por lo ocurrido en Monza y mi mediocre final en Singapur.

Recuperar la confianza de Hank en mí.

Que Carlo Moretti asintiera lenta y pausadamente con la cabeza y me dijera:

—De acuerdo —después de enfrentarme a él y admitir mi falta.

Ninguno me lo puso fácil. Las caras de piedra eran la norma, con la duda presente en sus ojos.

Pero me rompí el trasero para demostrarles que lo que decía iba en serio. Que sabía que estaba equivocado, y que el conjunto del equipo está por encima del ego individual.

Y lo necesitaba antes de poder afrontar esta carrera. Antes de poder seguir los pasos del único gigante al que he querido parecerme en el único circuito en el que he tenido la oportunidad de hacerlo: Suzuka.

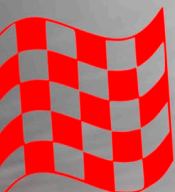
Papá. Por favor, protégeme. Por favor, dirígeme. Por favor, haz que esté bien.

Miro al cielo. A las nubes blancas más allá del árbol de la luz. En el tramo de pista que lleva a la curva que cambió a mi familia y mi destino para siempre. En el Sharpie del salpicadero con sus iniciales.

Y entonces lo dejé todo.

Todos los pensamientos.

K. BROMBERG
OFF THE



GRID

283
Simply Books

Todos los miedos.

Todos necesitan entender que todo el mundo se equivoca, que tengo razón o algo intermedio.

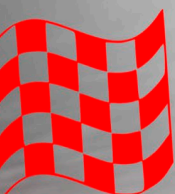
Todas las comparaciones con el hombre cuyo nombre llevo.

Y por primera vez en mi vida, puede que corra para el equipo Moretti, pero corro para mí y sólo para mí.

Corro por Spencer Riggs.

Por mi futuro.

No para huir de fantasmas de los que no puedo escapar.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

Camilla

No se parece en nada a él.

Es menuda, de cabello rubio y ojos azules.

Es callada y pensativa, con voz suave y sonrisa tranquila.

Está preocupada, y se nota, por el fuerte apretón que me da en la mano. Estamos una al lado de la otra y vemos al hombre que amamos luchar vuelta tras vuelta para terminar una carrera en una pista que es un polvorín emocional para esta familia.

Debe de estar aterrorizada y orgullosa de su increíble hijo.

No hablamos más que lo básico. Diablos, Riggs ni siquiera sabe que está aquí, pero nos aferramos la una a la otra como apoyo emocional en la suite privada que había preparado para ella.

A cada vuelta, su agarre disminuye ligeramente.

Al igual que con cada vuelta hacia abajo, doy otro mordisco a mi algodón de azúcar sabiendo que voy a terminar el juego que Riggs nunca llegó a terminar con su padre y que lleva diecisiete años preparando.

Hubo algunos apuros que me tuvieron al borde del asiento. Un desafío de Grimpladi en la vuelta diecinueve, cuando entraron en una curva, pero Riggs pudo esquivarlo.

Bustos y Finnegan han estado a punto de salir despedidos por los aires cuando se tocaron e hicieron giros en la grava.

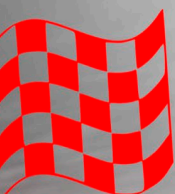
Pero está terminando fuerte. Con agallas, determinación y un poco de suerte, el público ruge cuando Spencer Riggs cruza la línea de meta en P2.

Clara Riggs da un grito de alivio y se seca las lágrimas de las mejillas.

Y sonrío porque me queda un trozo de filato de zuccherio azul -o, como lo llama Riggs, algodón de azúcar.

En la meta se desata el caos. Los medios de comunicación se hacen eco de la historia del hijo que termina la última carrera que su padre nunca pudo. Las gradas exhalan un suspiro colectivo.

K. BROMBERG
OFF THE



Quiero correr hacia él y abrazarlo como lo hace su mamá, pero me aparto. Le doy la mano como haría un dueño con un piloto. Actúo como una propietaria orgullosa y no como una mujer enamorada de un hombre.

Pero la espera merece la pena cuando Riggs me encuentra en un callejón lateral del prado. Mi sonrisa es amplia y mi corazón está tan lleno de amor y alivio que temo que pueda estallar.

Lo que quiero es lanzarme a sus brazos y besarlo hasta dejarlo sin sentido. En lugar de eso, le tiendo el algodón de azúcar azul que me queda.

El tiempo se ralentiza.

Es sólo él.

Sólo soy yo.

A pesar del ruido que nos rodea, todo parece simplemente silenciarse.

Es como si el mundo que nos rodea se hubiera desvanecido.

Sus ojos se abren de golpe y se llenan de lágrimas. Intenta esnifirlas, pero se le escapa una cuando toma el trozo que le tiendo. Lo mira con la más agri dulce de las sonrisas y susurra:

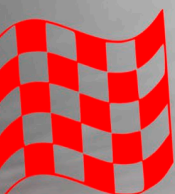
—La victoria es dulce.

Mi propia lágrima se desliza, el momento es tan conmovedor, tan poderoso. El amor que siento por él me impulsa a extender la mano, enmarcar su cara y secarle la lágrima con el pulgar.

Está a punto de meterse el algodón de azúcar en la boca cuando el resoplido al final del callejón nos hace saltar a los dos.

Me quedo helada cuando veo a Brandon allí de pie.

—Es toda tuya, hombre. Quiero decir, si los coños de peces fríos son lo tuyo.



CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Riggs

Veo rojo.

Rojo asesino.

El algodón de azúcar es descartado.

El gesto de Camilla olvidado.

Todo lo que puedo ver es al bastardo que le hizo daño.

Todo lo que puedo sentir es una rabia tan intensa que no sabía que existía.

Y en lo único que me concentro es en hacerle pagar por lo que le hizo.

Estoy sobre él en un segundo. Mis puños volando, su cara crujiendo contra ellos.

Entonces estoy a horcajadas sobre él. Cada puñetazo un pedacito de redención para Camilla.

Por lastimarla.

Por agredirla.

Por hacerla dudar de la mujer que es y de las decisiones que tomó.

Con pensamientos de este hombre, este *idiota sin agallas*, hiriendo a Camilla. Asaltándola.

No oigo los gritos.

Me quito de encima las manos que intentan arrancarme.

Lo veo haciéndole daño.

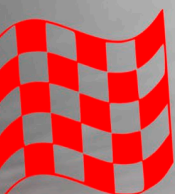
La oigo llorar para que pare.

Lo veo escupiéndole.

Lo oigo decirle que es una puta.

Me sacan de él en algún momento. Hay sangre. Por todas partes. En mis manos. En su cara. En el asfalto. En mi traje de carreras.

Y cámaras.



Están grabando por todas partes junto con los espectadores de las gradas que se han parado a ver el espectáculo.

No me importa. No puedo ver a través de la rabia. No puedo ver a través de nada.

Coño de pez frío se repite en mi cabeza.

Todo lo que veo es la puta sonrisa de suficiencia en los labios del imbécil.

Sólo siento el crujido de su mejilla bajo mis nudillos.

Satisfactorio.

Necesario.

Cuando levanto la vista de *todo*, veo a Camilla de pie. Le caen lágrimas por la cara. Su cuerpo se repliega sobre sí mismo. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho, como si se protegiera de él.

Tiene que ser de él, ¿no?

No de mí

Sabe que no le haría daño, ¿verdad?

Intento mirarla a los ojos. Intento decirle que lo siento. Dos miembros del equipo me tiran hacia atrás antes de que pueda decirle nada.

Así que hago lo único que puedo. Le digo:

—No *puede volver a hacerte daño* —segundos antes de que mi equipo me empuje al garaje.

Y directo a la oficina donde espera Carlo Moretti.

Me mira con una rabia que yo siento pero que él no puede entender.

—¿Qué demonios fue eso, Riggs? ¿Estás jodidamente bromeando? — Se pasea por el pequeño espacio, casi tropieza en un momento en que está tan concentrado en mí, pero se corrige—. ¿Quieres explicarme?

Lo miro fijamente. No puedo decirle por qué, mierda. No puedo traicionar la confianza de Camilla. No puedo explicarle nada.

—Se lo merecía. —Es todo lo que digo.

—¿Qué? ¿Tu paso por la F1 no fue suficiente como para que decidieras arriesgarte con una tontería juvenil de un viejo rencor?

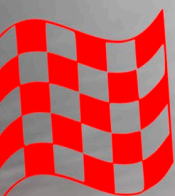
—No tengo nada. —Cada palabra es como una daga en mi corazón porque ya sé lo que viene a continuación.

Pero ella es más importante que esto.

No sé cuándo ocurrió, pero ocurrió.

—Esa es tu tercera y última advertencia. Recoge tus cosas y lárgate. Ya no eres piloto de Moretti Motorsports. Acabas de avergonzar a este equipo, a este deporte, y a mí como propietario. ¿Tienes algo que decir en tu defensa? ¿Algo que explique por qué golpeaste al piloto de otro equipo?

K. BROMBERG
OFF THE



Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que podría rompérsese.

No puedo explicarlo. No es mi historia. No puedo hierla más de lo que ya lo ha sido.

Miro a un hombre al que admiro y sé que si volviera a tener la oportunidad, conociendo las consecuencias, lo volvería a hacer.

En un santiamén.

—*Tener una relación tiene muchos paralelismos con ser un buen piloto de F1. Mantén siempre tu integridad, muestra siempre respeto por ti mismo y por tu mujer, y gana siempre para el equipo. Todo gira en torno al equipo.*

La voz de mi padre llena mi cabeza. Me viene a la memoria una de las muchas entrevistas que memoricé, justo ahora que más necesito recordarla.

Casi como si estuviera en algún lugar observando. Casi como si supiera que ahora mismo necesito oír el consejo que nunca tuvo la oportunidad de darme.

Esas palabras, esa entrevista, nunca habían tenido sentido para mí hasta ahora.

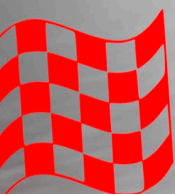
Hasta este momento. Porque ahora mismo, al oír sus palabras, me doy cuenta de que en eso nos hemos convertido Camilla y yo: en *un equipo*.

Y sé qué equipo debo elegir.

Así que lo miro a los ojos, asiento y le susurro:

—Gracias por la oportunidad.

Y cuando salgo de la habitación para ir a recoger mis cosas, dejo allí con él mis esperanzas y mis sueños.



CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

Camilla

—¿Dónde está? —pregunto en cuanto veo a mi padre de pie en la habitación, de espaldas a mí, con las manos en las caderas y los hombros caídos.

—¿Dónde está quién? —pregunta sin girarse para mirarme, pero su tono es mordaz y me indica que he cometido un grave error. Acabo de enseñar mis cartas y él lo sabe—. ¿Dónde está quién? —repite, pero esta vez se vuelve para mirarme con un escrutinio que me deja sin aliento.

Carlo Moretti es un hombre amable. Un hombre que perdona. Pero si se jode con él o se le miente, es cualquier cosa menos eso.

—Está fuera del equipo y, francamente, es para mejor. Para *todos*.

No es lo suficientemente bueno para ti.

Así lo dice su tono. Así se lee su mirada.

—Papá. No puedes. *No debes*.

—¿Y eso por qué?

—Porque... —Mi voz vacila desesperada mientras lucho con la adrenalina que me recorre. Necesito *llegar a Riggs*. Necesito ver si está bien. Toda esa sangre. *Su ira*.

¿Y mi padre? ¿Sus temblores? Me niego a cargarlo con más estrés ahora mismo contándole algo que pasó hace seis años.

Más tarde. Se lo diré más tarde. Cuando se resuelva.

—Papá. Tienes que escuchar. Él tenía sus razones. Él... no puedes hacer esto.

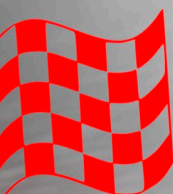
—Puedo y lo haré, carajo —trueno mientras se mueve por el pequeño espacio, con el cuerpo lento y los temblores acentuados por el estrés.

—No. *Por favor*. Intentaba proteger...

—Acaba de deshonorar a todo este equipo por un movimiento de colegial por quién sabe qué. Tengo algo más que tu novio en lo que pensar.

—Mi novio...

K. BROMBERG
OFF THE



—¿Crees que no sé cada maldita cosa que pasa con mi equipo? Lo sé, Camilla. Lo sé y me duele que me lo hayas ocultado.

Oh Dios. Él lo sabe. Odio decepcionar a mi padre.

Pero tengo que hablar claro. Actuar ahora y retomar el debate más tarde.

—Te equivocas por muchas razones. Riggs estaba defendiendo...

—¿Así que ahora vas a mentir por él para defenderlo? Ahora vas a arruinar tu reputación....

—PAPÁ —grito, pero él se limita a salir y cerrar la puerta tras de sí.

Mierda. No puedo explicarlo ahora. Está demasiado nervioso. Su temperamento italiano demasiado disparado. Más tarde. Tendrá que ser más tarde.

Necesito encontrar a Riggs.

Afortunadamente, está en su habitación de piloto. Está golpeando la mierda mientras la mete en una bolsa.

—Riggs.

—Ahora no. —Está de espaldas a mí, con las manos apoyadas en la mesa y la cabeza gacha.

Derrotado. Es la personificación de ello.

—Vamos. Háblame. Hablemos. ¿Cómo estás? ¿Estás bien? —Nerviosa por lo desconocido, por cómo arreglar esto, divago—. No era mi intención que...

—Estoy bien. Jodidamente bien —dice uniformemente—. Yo sólo... necesito un minuto.

La desesperación se abre paso a través de mí.

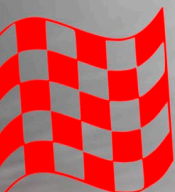
—Haré que te vuelva a contratar. Lo haré bien. Lo haré...

—¿Cómo? —Se vuelve para mirarme y se me parte el corazón. Tiene sangre en los nudillos. Ahora puedo verla. Su propia mejilla tiene una mancha roja de donde Brandon debió haberle asestado un golpe para defenderse. Quiero acercarme a él, tocarlo, consolarlo, pero la expresión de su cara me dice que no es el momento—. El mundo entero acaba de verme partirle la cara al hijo de puta. ¿Querías algo viral? Acabas de conseguirlo con las diez cámaras que estaban grabando. Felicidades. Seguro que es bueno para la marca Moretti.

—Podemos hacer que todos entiendan. Podemos...

—¿Cómo? ¿De verdad crees que voy a hacer que compartas con el mundo lo que pasó? ¿Por qué reaccioné? ¿Piensas tan poco de mí que voy a tirarte debajo del autobús para salvarme? —Da un paso hacia mí.

—No sé qué pensar.



—Me conoces mejor que eso. —Su sonrisa es reticente y tan triste—. Estás bien, ¿verdad?

Asiento.

—Necesitaba verlo por mí mismo. Lo vi. Ahora... No sé qué mierda necesito.

Sus palabras son un rugido silencioso que se entreteje en mi alma y clava una daga en mi corazón.

—*Por favor*, Riggs. —Voy a extender la mano y él aparta el brazo.

—Sólo. —Levanta las manos—. Simplemente no lo hagas.

—Te traeré de vuelta. Yo...

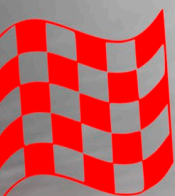
—No te preocupes. —Se echa la bolsa al hombro, me mira por última vez, una mirada que nunca olvidaré, y avanza hacia la puerta.

Me giro para mirarlo. Se detiene y agacha la cabeza, de espaldas a mí.

—Lo volvería a hacer sin dudarlo. Aun sabiendo las consecuencias. Pero no me sigas. Respeta que necesito... resolver mi propia mierda. Pero debes saber, Cam, que lo *volvería a hacer*. —Sus últimas palabras son apenas un susurro que me arranca el corazón y lo mima al mismo tiempo.

Y cuando sale de la suite, lo sigo con la mirada hasta que ya no puedo verlo, con una cosa muy clara.

Estoy enamorada de Spencer Riggs... *y creo que acabo de perderlo también.*



CAPÍTULO
CINCUENTA Y OCHO

Riggs

Veo que me saludan con la cabeza mientras atravieso el garaje y salgo al prado.

¿Moretti quiere que me vaya?

Me iré, carajo.

Pero no voy a escabullirme en un callejón. Voy a hacerlo aquí, donde las cámaras están presentes. Donde es obvio que no me estoy escondiendo.

Sí, hice algo malo. Pero es la razón por la que lo hice lo que me tiene con la cabeza alta.

Salgo a grandes zancadas a la zona principal y sigo adelante.

—Riggs.

Ignoro la voz que me llama.

Que jodan a Carlo si cree que va a perseguirme y montar una escena ahora mismo. Si quiere mostrar a todos lo pedazo de mierda que soy.

De lo único que soy culpable es de no haber matado a ese maldito tipo.

Ya está.

—Riggs —ordena, su voz más cercana. No me detengo—. He visto la cinta.

Vacilo pero sigo avanzando.

—Vi lo que le dijiste.

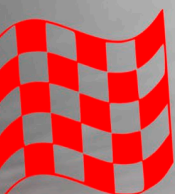
Mis pies se detienen.

Me doy la vuelta para mirar a Carlo Moretti, que corre detrás de mí, con los malditos camarógrafos detrás.

Hay un murmullo a su alrededor, la prensa se desplaza para ver los fuegos artificiales de Carlo Moretti despidiendo al nuevo piloto.

Lástima que no sepan ya que ha ocurrido.

Acorta la distancia, sus ojos en los míos. Su pecho se agita. Cuando se detiene, parece un poco tembloroso sobre sus pies.

K. BROMBERG
OFF THE

—Dije que vi lo que le dijiste —dice en voz baja, haciendo un gesto a las cámaras para que se aparten de una puta vez.

Lo hacen, pero siguen ahí, un poco más lejos, pero todavía muy presentes.

—¿Y?

—No es asunto mío, pero no hace falta ser un genio para sacar conclusiones. Para sumar dos más dos de lo que he cuestionado durante más años de los que me importa contar. Para avergonzarme de que tú fueras capaz de defender a mi hija cuando yo ni siquiera sabía que lo necesitaba.

—¿Señor? No sé de qué me está hablando —le digo, aún incapaz de traicionar su confianza, pero me aseguro de que mis ojos cuenten una historia diferente.

Asiente.

—Sé que no. Y te respeto por eso más de lo que creo que nunca sabrás.

—De nuevo, gracias por la oportunidad. —Son las palabras más duras que he tenido que decir antes de mirarlo por última vez y marcharme.

—Spencer. —Miro por encima del hombro y Carlo me tiende la mano para que se la estreche.

El temblor me toma por sorpresa. Es violento y evidente y, antes de que la preocupación termine de pasar por los ojos de Carlo, doy un paso hacia él, utilizando mi cuerpo para bloquear la visión de las cámaras. Tomo su mano entre las mías para estrecharla, pero no la suelto. ¿Por qué le tiembla la mano? ¿Por qué parece que está... vibrando? Está estresado, lo entiendo, pero...

Mi padre estaba pasando por algunos problemas de salud.

Fue entonces cuando empecé a recordar las pruebas.

Camilla ayudándolo en la sala de conferencias ese día. Su tendencia a llevar las manos en los bolsillos para estabilizarse. El bastón que utiliza de vez en cuando. Los temblores, leves, pero que yo ignoraba.

¿Cómo no uní las señales?

Al igual que el actor favorito de mi padre y enamorado de Hollywood de mi madre, Michael J. Fox, Carlo Moretti tiene Parkinson.

Me mira a los ojos con sorpresa y gratitud, mientras yo aguanto, esperando a que se calme.

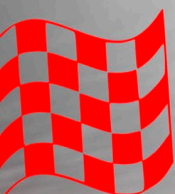
—¿Estás bien? —murmuro.

Sacude la cabeza y mira a la multitud que nos rodea.

Mantengo mi mano en la suya y le doy una palmada en el hombro para prolongar la conexión. Para ayudarlo a camuflar lo que ha intentado ocultar.

Pasa otro momento.

—Gracias —susurra.



Le suelto la mano y nos ponemos cara a cara. De hombre a hombre. Un padre y el amante de su hija. Un caballero y un luchador.

Como dos hombres que aman a la misma mujer pero de maneras completamente diferentes.

—Lo resolveremos, Riggs. Lo haremos bien. Dios sabe cómo mierda teniendo en cuenta que la FIA estará en nuestras gargantas con multas. LeCroix probablemente va a presentar cargos.

—Pagaré las multas, señor. Todo esto corre por mi cuenta.

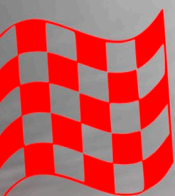
—Y una mierda que lo harás. Yo cuido de mi familia. Dios sabe que claramente no lo hice en este caso.

—¿Señor?

—Cabeza arriba. Déjame arreglar la mierda. Hablaremos más tarde. Si crees que te voy a dejar fuera de este equipo ahora, estás jodidamente loco. ¿Sí?

Se me llenan los ojos de lágrimas que no quiero derramar y parpadeo.

—Sí, señor.



K. BROMBERG
OFF THE

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

Camilla

—**S**e lo dije.
—¿Qué? —Riggs me mira con incredulidad en los ojos mientras se para en mi puerta a medio golpear.

Puede que lo estuviera acechando y esperando a que llegara a casa. Pero cuando oí sus pasos por el pasillo y abrí la puerta de golpe, estaba allí de pie, con el puño en alto para llamar.

Y ahora, de pie, con el susto en la cara.

—Quiero decir, se lo dije. No podía. . . No podía hacerte cargar con la culpa. No podía dejar que te alejaras de un sueño por el que has trabajado tan duro y que ya habías conseguido solo porque yo era demasiado gallina para enfrentarme al miedo por...

Sus labios están sobre los míos en un instante. Sus manos en mi cabello, su cuerpo apretado contra el mío, sus labios implacables de hambre.

Un beso por el que se libran guerras y lo conquista todo.

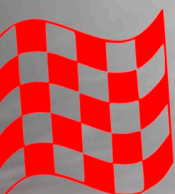
Y cuando termina, cuando nuestros cuerpos están ardiendo y nuestros labios entumecidos, se echa hacia atrás, con las manos en mis mejillas y las rodillas dobladas para que estemos frente a frente.

—Dejemos de jugar a este juego, Gasket.

—¿Qué juego?

—El de sin ataduras. Estoy enamorado de ti. ¿No lo ves? Ropa holgada. Sin ropa. Un Monte Everest de ropa, no me importa. Tú lo eres para mí, Camilla. El tipo de amor que nunca esperé, que nunca quise. Pensé que el amor era para hombres débiles y tontos. Seré el primero en admitir que estaba equivocado. Sin lugar a dudas. Muy equivocado. Me vuelves loco pero carajo si esa locura no hace que te ame más. Me desafías. Me haces el tipo de hombre que renunciaría a su sueño porque es lo correcto. Y eso es decir mucho. Porque lo haría. Lo he hecho. Y lo haría un millón de veces más si eso es lo que necesitas, porque estoy jodidamente enamorado de ti.

K. BROMBERG
OFF THE



Lo miro fijamente mientras mi corazón se hincha tanto que duele. Se me saltan las lágrimas y se me escapa el habla.

Se supone que el amor no duele.

¿No fue él quien me enseñó eso?

Se supone que cura. Se supone que te llena. Se supone que te hace completo.

—Es el apodo, ¿no, Gasket? —pregunta—. Lo odias tanto que no puedes corresponderme.

Toso sobre mi sollozo y me limpio las lágrimas de las mejillas.

—No. Es perfecto. Igual que tú.

La tensión de mi pecho se alivia por primera vez, y el dolor se llena de un amor tan conmovedor que casi cuesta creerlo.

Pero, ¿no es curioso que cuando empiezas a creer, te das cuenta de que es real? Que sabes que puede ser real.

—Somos una pareja jodida, pero mi roto te hace entera. Tu rota me ha hecho entero. Ahora es el momento de dejar que esas roturas sanen. Para que las cicatrices se desvanezcan como si nada hubiera pasado.

Me lanzo sobre él y vuelvo a besarlo. Me derramo sobre él. No me canso de él, de esta sensación, de esta posibilidad.

Enmarco su cara con las manos y sé que mi sonrisa *debe de* parecer tan bobalicona como la suya.

—¿Cuándo lo supiste? —le pregunto.

—¿Saber qué? —Se hace el tonto.

—Que me amas.

—Fue mi noche de borrachera en tu piso. Cuando pensaste que me había desmayado pero volviste para mirar bajo la manta y ver mi polla.

—¡No lo hice! —Le doy un golpe en el pecho y él se limita a rodearme las muñecas con las manos y a besarme el interior de la palma.

—No, pero estabas pensando en ello. —Se ríe entre dientes—. ¿En serio? No puedo señalar un hecho concreto. Es como si en un momento me estuvieras besando en un bar y al siguiente estuvieras en todas partes. Y *me gustó que estuvieras*. Me conquistaste. Corazón por corazón coloreado en el calendario.

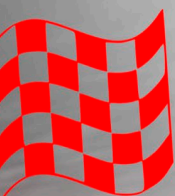
—Creo que voy a tener que comprar un nuevo calendario.

—Una provisión para toda la vida —bromea, y yo me río mientras rozo mis labios con los suyos.

—Lo tomaré con gusto.

—Bien. —Asiente con decisión—. Hay una cosa más que tengo para ti.

—¿Qué es?



GRID

297
Simply Books

Saca una bolsa de algodón de azúcar de su mochila.

—Nunca llegué a disfrutar del último bocado. Es un momento que ha estado esperando diecisiete años para cerrar el círculo. No quiero perder la oportunidad de compartirlo contigo.

Y ahí va mi corazón cayendo a mis pies, *otra vez*.

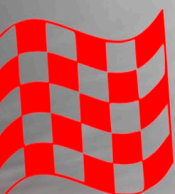
Extiende la bolsa y los dos tomamos un trozo de color azul. Lo levantamos, con los ojos fijos el uno en el otro, y nos lo llevamos a la boca al mismo tiempo.

—La victoria es dulce —susurra, con emoción en la voz.

—Lo es. Te amo Riggs. Es tan simple y tan complicado como eso.

Se ríe y el sonido hace que se me hinche el corazón.

—Así es. Menos mal que tenemos todo el tiempo del mundo para descubrirlo. —Me da otro beso en los labios, con el sabor del azúcar en la lengua—. La victoria es definitivamente dulce.



K. BROMBERG
OFF THE

EPÍLOGO

Camilla

UN AÑO DESPUÉS

—**N**o entiendo por qué me exigen que venga aquí para ver el anuncio —le digo a Elise—. ¿No puedo verlo fácilmente desde mi mesa? ¿En mi ordenador?

—Alguien orinó en tus Cheerios esta mañana, ¿no?

La fulmino con la mirada. Hoy va de rosa chillón. El color le sienta bien. Su personalidad burbujeante que viene con ella un poco demasiado para mí hoy.

Decir que la quiero es quedarse corto, pero lleva todo el día zumbando como una abeja, revoloteando.

—No. Sólo estoy cansada. Con Riggs en Estados Unidos, no estoy durmiendo mucho porque estamos hablando con la diferencia horaria.

—Oh, estar enamorada —dice—. Sigo culpándote de haberme robado a mi futuro marido, pero esta vez lo dejaré pasar.

—Sólo esta vez. —Sonrío.

—¿Acabas de sonreír? Madre mía, todo el mundo —dice a la tribuna vacía de Silverstone—. Camilla Moretti acaba de sonreír.

—Graciosa.

—Gracias.

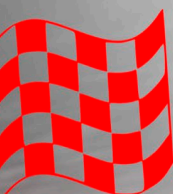
Caminamos un poco más y no puedo evitar sonreír al recordar lo diferente que era mi vida hace un año, cuando estuve aquí por última vez.

Y cómo ha cambiado para mejor.

Mudándome con Riggs. Riggs se queda toda la temporada con Moretti, y ahora es un piloto de F1 como siempre había soñado. Todavía estoy aprendiendo de mi padre, pero si hay una cosa que estar con Riggs me ha enseñado, es a disfrutar de cada segundo que tengo con mi padre. Mi mamá está de vuelta con un caso lleno de niños para defender. Y Gia e Isabella han encontrado en la F1 muchos más caramelo para los ojos de lo que pensaban. Ahora son huéspedes frecuentes de la suite de hospitalidad de Moretti Motorsports.

—Hombre —murmuro.

K. BROMBERG
OFF THE



—¿Qué?

—Sólo de pensar en la diferencia que puede suponer un año.

Se frota la pequeña barriguita que apenas se ve.

—Qué bien lo sé. —Sonríe—. Mira. —Señala la pantalla Jumbotron a la que miran las gradas. Se enciende.

—Más vale que sea muy bueno para haberme traído hasta aquí.

—¿Esto está encendido? —resuena por los altavoces seguido de un repiqueteo como el de un micrófono.

Pero es la voz que habla la que me tiene paralizada.

La cara de Riggs parpadea en la pantalla, de forma muy parecida a como lo hace en su serie AITA, aunque ahora de forma más esporádica.

—¿Pero qué...? —Miro hacia Elise, pero no está por ninguna parte.

Definitivamente, algo está pasando.

—Así que, como de costumbre, hoy tengo una edición muy especial de Soy el imbécil. Me escribió un muy buen amigo y me hizo una pregunta para la que voy a necesitar su ayuda. —Riggs acerca la cámara a su cara y abre los ojos—. ¿Están listos?

¿Es una tontería que tenga lágrimas en los ojos? Lágrimas de felicidad. Lágrimas, porque hace dos semanas que no lo veo y lo echo mucho de menos.

—Bien. Están listos. Así que aquí va. ¿Soy un imbécil por enamorarme de esta mujer increíblemente inteligente, hermosa y amable y por planear nuestra fiesta de compromiso antes incluso de pedirle que se case conmigo porque estoy tan desesperado por que sea mi esposa?

¿Cómo?

Dios mío.

Esto no puede ser...

—¿Riggs? —Grito, pero la pantalla se queda en negro.

Me doy la vuelta para buscar a Elise y preguntarle de qué demonios está hablando, pero cuando lo hago, Riggs está allí de pie. Una sonrisa en su atractivo rostro mientras se arrodilla.

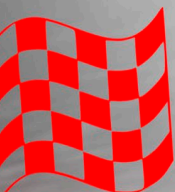
—Se supone que estás en Austin —susurro, temiendo creer lo que estoy viendo.

—No, estoy justo donde se supone que debo estar. Aquí. Contigo.

Avanzo unos pasos, con los ojos empañados por las lágrimas mientras intento procesar lo que está sucediendo.

—Sí. Esto está pasando de verdad —dice, leyéndome la mente—. Realmente estoy aquí, de rodillas, pidiéndole a la mujer que amo que se case conmigo. Estoy aquí de verdad, diciéndole que la vida no ha sido la misma desde mi gran cagada en un bar donde casi la pierdo antes de saber que la amaba. Estoy aquí de verdad, pidiéndole que esta vez acepte el reto. Que se

K. BROMBERG
OFF THE



case conmigo. Para hacer esta vida juntos, conmigo. Para irrumpir en parques privados para hacer picnics y tener una vida ridícula y caprichosa juntos en la que nunca sepamos lo que viene después, pero que nos emocione porque lo afrontaremos juntos. Cástate conmigo, Gasket. Por favor.

—Ludicrous whimsical, ¿eh?

—No es mi término. —Se ríe—. Es el de mi esposa.

Esposa.

El término me produce escalofríos.

Y el amor de sus ojos.

—Sí. Por supuesto, sí.

Se levanta y presiona sus labios contra los míos, antes de echar la cabeza hacia atrás y gritar:

—¡Dijo que sí!

Se levanta una ovación.

Me doy la vuelta para ver a todos los que me son apreciados. *¿Cómo lo consiguió?* Mi mamá. Mi papá con su bastón. Gia e Isabella. La mamá de Riggs, alguien a quien me he acercado mucho en los últimos doce meses. Micah, Wills y Junior. Elise.

Todos los que importan.

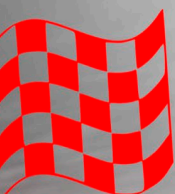
Todos los que quiero.

Todos con los que quiero crear más recuerdos.

La victoria es realmente dulce.

Que empiecen las aventuras absurdas y caprichosas.

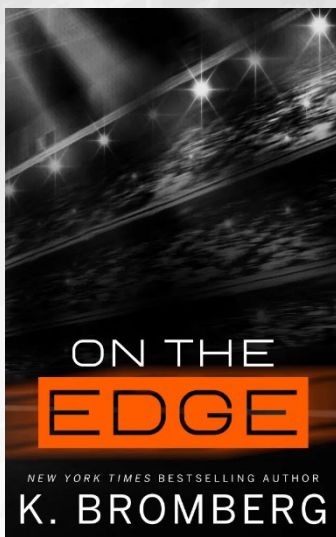
Fin



GRID

301
Simply Books

ON THE EDGE

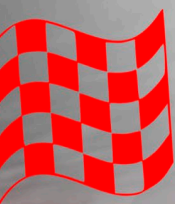


Cruz Navarro es el príncipe playboy de la Fórmula 1. Perderse en las "prebendas" de su carrera es mucho más fácil que enfrentarse a la presión de estar a la altura del apellido Navarro.

Maddix Hart es la mujer que su jefe está decidido a domar.

¿Qué ocurrirá cuando lo que empieza como un espectáculo para los medios se convierta en una realidad para su corazón?

Disponible en enero del 2024



K. BROMBERG
OFF THE

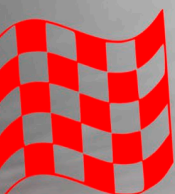
ACERCA DE LA AUTORA



K. Bromberg, autora superventas *del New York Times*, escribe novelas románticas contemporáneas que contienen una mezcla de dulzura, emoción, mucho sexo y un poco de realidad. Le gusta escribir sobre heroínas fuertes y héroes dañados, a los que amamos odiar pero no podemos evitar amar.

Desde que publicó su primer libro por capricho en 2013, Kristy ha vendido más de dos millones de ejemplares de sus libros en veinte países diferentes y ha estado en las listas de los más vendidos del New York Times, USA Today y Wall Street Journal más de treinta veces. (Todavía se despierta y se pregunta cómo ha tenido tanta suerte para que todo esto ocurra).

Kristy, madre de tres hijos, considera que lo único más difícil que terminar el libro que está escribiendo es lidiar con la maternidad durante la adolescencia (¡manda más vino!). Le encantan los perros, los deportes, un buen libro y es una procrastinadora experta. Vive en el sur de California con su familia y sus tres perros.



K. BROMBERG
OFF THE

GRID

303
Simply Books

SIMPLYBOOKS TE INVITA A APOYAR
LA LECTURA Y COMPRAR LOS
LIBROS DE TUS AUTORAS
FAVORITAS



K. BROMBERG
OFF THE